LA GARANTÍA DEL MIEDO

José Ruivary

CELYA

La garantía del miedo

José Ruivary

Contents

Title Page
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
EPÍLOGO

Ofrezco estas páginas a mi esposa Raquel, por su santa paciencia y su inquebrantable fuerza de voluntad; a mi nieta Adriana, un torbellino de alegría y travesuras que, a sus tres años, dejaría aturdido al mismísimo Daniel el Travieso; a mi hija Reichell Verónica y su esposo Denis Vankhuche, ángeles protectores durante el confinamiento en España y en Perú; a mi hermano Jesús María; a mis amigos Juan Ramón García de la Calva, Lucía Vicente Silva, Karmele Quintana, Alicia Ferreiro Cancela, Paloma Ruiz Olaortua, David Sustatxa Ortega, Amador Pardo y a Fernando Zugasti y su esposa Teresa. Y a J. Gonper, excelente narrador y un editor al que le gusta leer y entiende de Literatura.

CAPÍTULO I

–1–

DISTRITO DE MIRAFLORES CIUDAD DE LIMA

DESDE MEDIADOS DE FEBRERO A PRINCIPIOS DE MARZO DE 1988

El ambiente de la noche es húmedo y denso. El aroma que despiden los árboles, las flores y las plantas ornamentales de los jardines recién regados, perfuma ligeramente el aire sofocante.

A lo largo y ancho del parque Kennedy, o parque de Miraflores, son visibles destellos lejanos y un montón de luces amarillas, azules, blancas, rojas y verdes. Luces que iluminan a los paseantes que intentan aliviarse del bochorno. El tráfico es intenso. La Ciudad de los Reyes se revuelve inquieta intentando respirar. Todavía es verano en Lima y se nota en el ambiente.

El abogado y coronel de infantería, Sergio Bolaños López, observa con expresión reconcentrada el tráfico de autos y de peatones de la avenida Larco, seis pisos más abajo.

Lo observa como hubiera podido observar el fuego de la chimenea de su humilde casa infantil, en Arequipa, si no la hubieran tapiado con ladrillos y cemento muchos años atrás.

Mira a alguno de los transeúntes como hubiera podido mirar a los ladrones que le robaron el primer televisor que consiguió adquirir, en blanco y negro; el cual se lo hurtaron al día siguiente de haberlo instalado en su humilde hospedaje, en el distrito problemático de la Victoria.

Ahora, muchos años más tarde, distrae la vista mirando por una de las ventanas del salón de su discreto si bien confortable departamento privado, en el distrito más dinámico y comercial de la capital peruana, el distrito de Miraflores. En esta oportunidad, se ha asomado a la ventana para sujetar los nervios y aliviar su ansiedad. Mira a la calle, porque le quedan tantas cosas por hacer y no sabe o no quiere saber cómo y por dónde comenzar.

Lo que en verdad le ocurre, o cree que le ocurre, es que se siente asqueado de lo que le rodea; es por eso que ha preferido recluirse en su discreto y confortable departamento. En consonancia con su lóbrego estado de ánimo, lo que menos le apetece es recibir una visita, sea de una de sus amantes habituales, uno de sus contados amigos e incluso la de su leal y perruno asistente, el sargento Demetrio Vela, El Loro.

Se ha pasado más de dos horas planchando sus camisas, sus pantalones, sus chaquetas y el resto de sus prendas de ropa interior. Hasta que ha caído en la cuenta de que está un tanto aburrido o fatigado y que le hace falta efectuar un receso. Esta noche, como otras noches en los últimos meses, siente la imperiosa necesidad de estar solo, huir de la rutina, del entorno asfixiante que le rodea, de la dolorosa mediocridad general, de sus amoríos y desamores, de amigos traicioneros y de causas innobles y derrotas nobles. Entre otras alternativas tal vez más satisfactorias, aunque menos esclarecedoras, prefiere afrontar sus dudas cara a cara. De ahí que haya optado por recluirse a recordar y dialogar consigo mismo o con los espectros de su pretérito imperfecto. Como le sucede las más de las veces, apenas descorre el tul de los recuerdos, le reciben en tropel sus amantes dolientes, las recurrentes amarguras, la implacable ansiedad y sus eternos conflictos irresolubles. Lo primero que le acude a su pantalla mental, es su madre o el espectro de su madre.

Teresa López, su madre, fue una voluminosa mujer, hija de madre soltera y criada por sus abuelos, de tez aceitunada, los rasgos porcinos, el rostro de aspecto un tanto tristón. El pelo era lacio, oscuro con mechas grises.

Así fue o recuerda que así era su madre. Ella seguía contándole a la gente que era modista, a pesar de que llevaba once años, desde que él nació, sin cortar una pieza de tejido. La cocina jamás se le había dado muy bien, eso que se había criado en una picantería, en Tacna. Había dejado la escuela a los catorce años. Nunca había sido lo bastante agraciada como para atraer a la clase de hombre que hubiera querido mantenerla.

En resumidas cuentas, Teresa López se había visto obligada a aprender a la fuerza el oficio de costurera.

Resultó que su abuela tenía una amiga que era modista y accedió a aceptar a la chica como ayudante. Las manos de la anciana costurera se le habían quedado rígidas a causa de la artritis y la mirada se le había apagado. Teresa le podría ser útil. A pesar de que a la anciana le habían recomendado que llamara a Teresa López para que le ayudase, la muchacha hacía todo el trabajo; en cambio, la vieja le entregaba a regañadientes unos pocos Soles que le pagaba cada semana. La clientela era cada vez más reducida. Junto con ella, habían menguado las ganancias. Era doloroso verse obligada a compartir con otra persona, aunque fuera una mínima parte de lo poco que recaudaba.

Un día del mes de agosto de 1923, se produjo un terremoto y la casita en la que habitaba Teresa López estuvo a punto de venírsele encima. A pesar de que no sufrió ningún daño físico, el terremoto y sus secuelas penetraron en su espíritu, hasta el punto que le impidieron recuperar la serenidad durante mucho tiempo. Su estado

nervioso se agravó de tal manera que, en cada ocasión que temblaba la Tierra, experimentaba un sobresalto y entraba en pánico. Empezó a tragar como una desesperada siempre que conseguía encontrar comida con que atiborrarse. Cuando falleció su maestra, Teresa se quedó con las pocas clientas que a la anciana le restaban, aunque con eso a duras penas lograba ganarse la vida.

A los treinta años se encontraba sola, tal como siempre había temido encontrarse. Más tarde aprendería que hay circunstancias mucho peores que quedarse sola en la vida: eso se lo debería a Isaías Bolaños. Haber estado casada había sido, en cualquier caso, una experiencia de vida.

Durante buena parte de su juventud creyó a pie firme que un marido habría completado su personalidad. ¡Qué equivocada estaba! Isaías Bolaños le llegaría a enseñar la indigna naturaleza de la mayor parte de los hombres casados con la política.

Poco después de haber cumplido los treinta y dos años, conoció a quien sería el único hombre de su vida. Isaías Bolaños le llevaba diez años, aunque aparentaba muchos más. Calvo y encorvado, por regla general o por desidia, solía vestir una casaca de cuero de color oscuro, con unas mangas demasiado largas para él. Isaías Bolaños era conocido por su militancia comunista y por perder todos los empleos en que le contrataban.

Teresa había heredado una casita y algunas chacras de sus abuelos. Un día ella le preguntó si sabía trabajar la tierra. Él contestó que sí. De ese modo iniciaron una relación.

El interés del recalcitrante comunista por Teresa López aumentó de grado al enterarse de su reciente herencia. Se casaron un par de meses después. Isaías Bolaños se instaló en la casita que ella ocupaba y que formaba parte de la herencia. A un ojo imparcial, la casita le hubiera podido parecer deslucida, pequeña y un tanto destartalada; aun así, era más atractiva que ir de mata en mata, sin un lugar fijo donde cobijarse.

A los dos o tres meses de haber nacido Sergio, en contra de los deseos de su progenitor que no quería dejar descendientes, Isaías Bolaños trató de convencerla de que regresara a sus trabajos de costura. Necesitaban el dinero con urgencia. Las ganancias de la venta en el mercado de los productos de las chacras les duraban una semana. Los trabajos que a él le salían le duraban menos. Entonces había otra boca más que alimentar.

Al principio, Teresa se mostró reacia, alegando en tono apacible que su prioridad era la de ocuparse del niño. Que sus rechonchos dedos no daban para mucho y explicando que ya no poseía la misma destreza manual de antes. Isaías Bolaños empezó a comportarse como un rufián. De ahí pasaría a los golpes y los insultos, en los que le

gruñía que era una inútil y que estaba más gorda que una cerda, a las humillaciones, las borracheras, las injustificadas ausencias del padre y el que la madre se viera obligada a pedir limosna para conseguir alimentar a su hijo.

Para peor, si su madre lograba unos soles a fuerza de patearse las calles arequipeñas, de sudarlos a conciencia, el padre mostraba la misma habilidad para arrebatárselos y chupárselos como que le despidieran hasta de los trabajos más modestos. Lo único que ella podía hacer era llorar su pésima suerte. Aparte de proclamar que jamás se hubiera casado con él de haber sabido la clase de trapacero y borracho que era.

Isaías Bolaños estuvo preso durante tres años, por haber participado en no se sabía qué complot. Madre e hijo aprovecharon la circunstancia para trasladarse a Lima. Teresa López trabajó como una mula para sacar a su hijo adelante. Para Sergio Bolaños, y a pesar de que hubo de crecer en medio de la penuria de Villa El Salvador, de moldearse en la calle, aquel purgatorio sería un cielo en comparación con el infierno de Arequipa. Aprendió a sobrevivir, a defenderse y a disimular. Hasta que un jesuita español que dirigía la escuelita parroquial, a la cual la madre lo había entregado mientras ella se buscaba la vida, le tomó a su cargo y supo descubrir lo que ninguno había visto en él. Nunca supo cómo sucedió, pero su padre apareció un día en Lima y con él regresaron los maltratos a la madre, las borracheras y los problemas de su infancia.

En cuanto a lo de su internamiento en el Colegio de Nuestra Señora de la Paz, en Chosica, el caso fue que su padre se enteró de lo que había sucedido y quiso arrancárselo a los curas del internado donde lo habían acogido, por el odio que sentía por todo aquello que oliera a sotana.

Los meses posteriores a cumplir once años y regresar a la fuerza a Villa el Salvador, fueron un suplicio. A pesar de que intentó fugarse varias veces, tantas veces como lo intentó, tantas fue atrapado y regresado a aquella miserable choza, a aquellas miserables calles y a aquel miserable destierro.

¿Qué ocurrió entretanto? Lo único que recuerda o quiere recordar es aquella primavera como una de las más horripilantes que haya conocido y padecido en su existencia. Le quedaban dos cuadras para llegar a su humilde domicilio, cuando atinó a descubrir un ejército de policías a la puerta de la entrada. Echó a correr con aquellas chanclas dañinas, cuyos huecos de las suelas le clavaban las piedras en los pies. Entró en la casa y se deslizó hasta el sitio que hacía de dormitorio de sus padres. Se quedó de pie en la entrada del dormitorio, sin que los gendarmes se hubieran percatado de su presencia.

Observó con detenimiento: había una gruesa mujer desnuda

colgada de una viga del techo, la boca abierta y una lengua negra enorme, los ojos espantados. Las axilas como las de un simio, las caderas y el vello del pubis y las ingles brillaban húmedas; presentaba los dedos de los pies deformados por los callos y las articulaciones arrasadas de ampollas amarillentas.

¡Era su madre!

Torció la boca, espeluznado. Debió balbucear algo, porque uno de los agentes volvió la cabeza de pronto y le descubrió. Frunció el ceño y atravesó la habitación en dos zancadas, bloqueándole la vista.

–Sal de este sitio, sal de este sitio, sal, sal, sal. Lo siento, lo siento. Vamos, pues, tú no puedes estar aquí. Lo agarraron por el brazo con cuidado y se lo llevaron de la habitación.

Había una silla volcada y unos cuantos trozos de vidrio se habían esparcido por el suelo de arena apelmazada. Otras manos le arrastraron lejos de la figura obscena que colgaba de la viga, hasta la calle, donde se puso a temblar descontroladamente.

Se quedó allí, de pie en un rincón, a un costado de la puerta de la entrada de la vivienda, sin saber qué hacer. Alguien le aferró por el codo con seguridad.

–Tranquilo, Sergio, tranquilo.

La voz apaciguadora le resultó conocida: era la voz del padre Santiago Ruiz de Arkaute, el director del Colegio de Nuestra Señora de la Paz, el colegio donde él había estado interno. El jesuita estaba ahí, con su figura magra pero impresionante, la sotana negra, los ojos grises distantes y el rostro demacrado, sin expresión.

Sergio Bolaños se volvió hacia él, como un niño pequeño se vuelve hacia el delantal de su madre, sollozando, temblando.

–Lo siento, Sergio, lo siento –dijo otra vez el jesuita, poniéndole la mano en el hombro con incomodidad mal disimulada–. Lo siento. Ojalá no lo hubieras visto.

–¡Es mi mamá, es mi mamá! ¡Está muerta! ¡Está muerta!

Su padre irrumpió como una tromba. Apartó al sacerdote de un empujón y se acercó a él abriendo los ojos y mirándole directamente a la cara.

–Lo de tu madre nomás ha sido un ataque al corazón.

Sergio Bolaños estaba destrozado por dentro; aun así, tuvo el coraje de clavar a su padre una mirada de desprecio y le hubiera vociferado todo lo que llevaba dentro, por las porquerías que les había hecho a él y a su madre, aunque no lo hizo. No lo hizo porque para él los dos habían muerto ese mismo día.

Para entonces el pequeño Sergio Bolaños no era de los que se dejaban apabullar por sus enemigos. Y su principal enemigo era su padre. A partir de ese instante, incluso en las exequias de su madre, mantuvo una serenidad sin fisuras y el rostro inexpresivo, como si

estuviera haciendo una más de sus labores cotidianas.

Llegado el momento de elegir, se plantó en medio de la puerta de su casa y le advirtió a su padre:

–Mañana regresaré al colegio de nuestra señora de la Paz. Si intentas retenerme en contra de mi voluntad, puede que a ti también te entre un ataque al corazón, como a mí mamá.

Su mentor, el enigmático jesuita, el padre Santiago Ruiz de Arkaute, hubiera querido que su protegido escogiera la carrera religiosa, no obstante, pronto constató que ése no era el camino que el muchacho tenía *in mente*. Llegada la hora de elegir una profesión, Sergio se decantó por la carrera militar. Ingresó con el número uno de su promoción en la Escuela de Cadetes de Chorrillos. A los veintiséis años, luciendo las estrellas de capitán, sería destacado como agregado militar a la embajada de Perú en París. A mediados de los años sesenta, el capitán Sergio Bolaños, aterrizaría en París para tomar posesión de su despacho en la embajada del Perú en Francia.

* * *

Los frutales en flor entretejidos, el aroma de los tilos al caminar, los castaños desplegando sus hojas en filas ordenadas a lo largo de los Campos Elíseos, el susurro de la seda y el satén de las mujeres batiendo como alas de pajarillos o mariposas, mientras se apresuraban para acudir a sus labores o a divertirse, todo lo que observaba desprendía un aroma sensitivo y un sabor dulce, peligrosos para el joven militar peruano. El cual, andando el tiempo, llegaría a proclamar que, hasta cuando rugía el viento del norte, batían las tormentas, nevaba copiosamente o llovía a cántaros, París parecía radiante. Las calles brillaban en medio de los torrentes súbitos, sin importar la suciedad, el humo de los automóviles o el tufazo de los urinarios públicos. París resplandecía con un brillo que era atractivo, sensual y misterioso. Ahí, en aquel escenario de ensueño, conocería a Anna Brous, su atormentado amor y su motivo de horas de dicha y días de celos y sufrimiento sin límites.

Aquella noche Sergio Bolaños estaba luchando a codazos contra la marea de gente en el Pont Neuf, por encima del punto más angosto de la islita que se asentaba como una balsa en medio del Sena, después de haberse abierto paso con esfuerzo y a empujones entre los puestos de libros del Quai de la Tournelle. Más tarde, tropezaría con una belleza escultural, de piel oscura que era incapaz de moverse con ligereza, porque los tacones finos de los zapatos de noche se le enganchaban en las juntas de los adoquines del pavimento.

Las calles estaban oscuras, totalmente oscuras. La belleza de ébano tal vez estaba tratando de buscar un taxi, pero no había ninguno.

Sergio Bolaños, que caminaba detrás de ella, notaba el pánico en los hombros encorvados y los pasos demasiado apresurados de la

escultura de ébano. Los escasos paseantes se volvían y la miraban sin disimulo. Anna Brous era tan alta como él y de rasgos felinos, de piernas muy largas y hermosas y una constitución bien definida bajo un vestido que parecía tejido con hilos de seda y estampado con los colores de las alas de mariposas tropicales.

Ella se dirigía hacia el norte, hacia la Rue Saint-Jacques, en la orilla derecha, al apartamento diminuto, si bien exquisito, frente al Louvre, que era el domicilio más o menos oficial de su último esposo. El departamento poseía unas vistas espléndidas de Notre Dame y un lecho con dosel igualmente espectacular. Sergio Bolaños entabló conversación con ella y se ofreció gustoso a acompañarla. Ella aceptó y le propuso cenar con él, aunque le advirtió que por regla general no solía comer mucho durante la temporada de actuaciones.

El capitán Sergio Bolaños había alquilado un departamento al final de la Rue de Rivoli, en su confluencia con la Rue Saint-Honoré, en un edificio viejo alrededor de un patio, con una puerta doble de madera de roble que permanecía abierta todo el día. Era la antigua residencia de algún aristócrata venido a menos, dividida desde hacía tiempo en una decena de diminutos departamentos. Aquella no era una zona muy buena; no obstante, el Agregado Militar de la embajada peruana era demasiado joven y extranjero para saberlo.

Sergio Bolaños estaba empeñado en residir en el corazón de París: el diminuto departamento tenía vistas al río Sena desde el salón. Oía los gritos de los vendedores ambulantes bajo la ventana y las campanas de la iglesia repicaban junto a su cama cada hora, por la noche.

Anna Brous llevaba residiendo en París más tiempo que Sergio Bolaños. En cambio, a él le gustaba más esa ciudad. Adoraba su comida y le hacían gracia los acentos guturales de los parisinos. Anna Brous era originaria de Senegal. Al parecer –según contaba– había sido el resultado de las relaciones más o menos apasionadas y casuales entre una bailarina senegalesa y un marino tal vez de procedencia francesa o canadiense. Había cumplido veintinueve años ese mismo mes de marzo, aunque los años no eran más que un collar de perlas puras alrededor de su cuello.

Se casó por primera vez a los dieciséis años, en Dakar, con un armador de pesca de origen español, treinta años mayor que ella, para viajar a Europa. Veintisiete meses más tarde, al ser atrapada por su marido en la cama con uno de sus amantes, huyó de Barcelona y se perdió su pista en Europa. Hasta que volvió a casarse, esta vez en Berlín, con un compositor y arreglista musical checo o polaco, quizá mafioso, que fue asesinado en Ginebra de cinco disparos. A los veintidós años era una talentosa cantante de jazz y una espectacular bailarina en París. A los veintitrés hacía giras por el Reino Unido,

Bélgica, Holanda, Alemania y Austria.

En Roma y en Milán los carabineros tuvieron que protegerla de los disturbios que provocaba su comportamiento depravado. Tres años atrás, se había vuelto a casar con el hombre que había organizado su gira triunfal por Francia y su residencia en París, que le había ayudado a «borrar» sus huellas de su paso por España y que contribuyó con su plata y sus contactos a que ella con su talento consiguiera hacerse un nombre.

Antoine Daladier era un belga de más de cincuenta y siete años, de ojos de lagarto, mostacho gris enroscado e historias vagas sobre el tráfico de metales preciosos, armas, drogas y el lavado de activos financieros, cuyo rastro en la INTERPOL se había perdido en algún punto del camino.

Con el cuerpo espectacular y la voz maravillosa de ella, más la inteligencia y los contactos de él, habían ganado dinero a puñados. Anna Brous era en sí misma un espectáculo. Anna Brous jamás dejaba de cantar y bailar, bailar y bailar: en los clubes de Montmartre, los del Boulevard Saint-Michel, los de los Campos Elíseos, en el Folies Bergère o en los cabarés de la Rue Saint-Honoré. Si dormía o no dormía, era algo que nadie más que sus amantes sabían, envuelta en las finas sábanas de hilo hasta bien entrada la mañana.

Anna Brous bailaba y cantaba para ganarse los francos que derrochaba Antoine Daladier. Él era el propietario del departamento del Barrio Latino, frente al Museo del Louvre. Eso era lo único que les mantenía unidos en un equilibrio inestable, a pesar de las discusiones constantes por la plata que él dilapidaba en apuestas y francachelas y los hombres a los que ella era incapaz de resistirse.

Daladier toleraba la fila interminable de sujetos con los que ella fornicaba, por el dinero que traían y por la manera en que la divertían. Ella era tan insaciable como agotadora para acostarse con un solo hombre y sentirse satisfecha.

De rendir culto a algo o a alguien, lo rendía a su manera de ser y a su modo de vivir. Ambos eran extranjeros, marginales: Antoine Daladier un escurridizo trapisondista beige y Anna Brous una negra de Senegal, los cuales embrujaban a la ciudad más elegante del mundo con atrevimiento, canciones y bailes afroamericanos y una ropa exquisita.

Cada vez que Anna cantaba o bailaba, el efecto era impactante: todas las miradas estaban clavadas en ella. Todos los hombres y las mujeres se levantaban y la aplaudían. De nuevo la *Princesa de Ébano* era diferente por el simple hecho de existir, por el aroma a sexo exótico que llevaba consigo al lugar donde ella aparecía.

En cuanto a Sergio Bolaños, para él Anna Brous comenzaba a ser un descontrolado amor y la causante final de unos celos implacables.

El capitán Sergio Bolaños nunca antes había experimentado tantos celos, tanta angustia y tanto resentimiento un mes tras otro, como a los que le estaba sometiendo Anna Brous. El menosprecio y los celos, el frenesí y la ansiedad, estaban durando bastante más que sus anteriores entretenimientos. Hasta que poco a poco, comenzó a reflexionar.

En las horas de ataques de celos, odiaba a Anna Brous y a Antoine Daladier y detestaba los ritmos que vendían, como si fueran la cocaína peruana, por las calles de Montmartre. Música degenerada y bailes depravados, los llamaba. Una alianza de medio monos y perros sarnosos que convertía a los unos y los otros en cómplices de la maldad, afirmaban varios de los examantes sometidos a extorsión por parte de Anna Brous y sus compinches, los cuales habían quedado resentidos con ella.

Sergio Bolaños aborrecía a cada uno de los sujetos que formaban la fila interminable de los que fornicaban con la *Princesa de Ébano*. Por su parte, Anna Brous siguió escandalizando, bailando y cantando de esa manera insinuante, como una muñequita con un vestido de terciopelo. Una niñita que era capaz de dar saltitos en su regazo y hacerle el amor durante toda la noche. Otras veces ella entraba en una fase melancólica, suspiraba, recorría su habitación arriba y abajo, anhelante. Las noches con ella eran alucinantes. Las noches sin ella eran el prólogo de la locura. Anna le había recalcado que se conformara con lo que le daba, puesto que era muy afortunado, ya que ella había tomado por norma jamás pasar dos noches seguidas con el mismo hombre y en la misma cama, a menos que el hombre pagara por ello.

Anna Brous siempre les hacía pagar, fuesen quienes fuesen. Y todos y cada uno la adoraban y la detestaban por ello. Adoraban y detestaban su falta de sensibilidad sin tapujos, sus exigencias imperturbables, su avaricia descarada. En verdad, de ese modo tan radical Anna Brous estaba vengándose por aquellos años de hoteles y comedores vedados y de servicios exclusivos donde solo los blancos podían defecar. Fuera del escenario se sentía como si estuviera medio muerta, vacía por dentro y frustrada. Era una mujer angustiada que recorría su departamento como un perro enjaulado.

Con el transcurso de los meses sucedió lo que era previsible: Sergio Bolaños sucumbió a los celos, perdió la cordura, le dio por perseguirla como un sabueso, a invadir su privacidad y a aportar porquería a sus sentimientos. Aquella noche un hombre se deslizó sigiloso en el departamento del Barrio Latino. Era una reunión privada. Sergio Bolaños les observó desde su rincón de vigilancia. El sujeto era quisquilloso y pequeño, lucía un mostacho gris recortado por los extremos. Su tipo de ropa proclamaba que era alguien que disponía de

recursos económicos suficientes. Los ojos abultados y penetrantes le recordaban a los de un chantajista profesional. Sergio Bolaños pensó que lo conocía de algo. Sí, era Antoine Daladier, el escurridizo delincuente de guante blanco, casado con Anna Brous.

–Es urgente que salgamos a la carrera y abordemos el primer tren que podamos, antes de que los bastones de la gendarmería golpeen la puerta de este departamento, nena. Antes de que nos caigan encima las porras de la gendarmería, antes de que se abra una fosa y nada ni nadie puedan salvarnos. ¿Sabes lo que les hacen a los chantajistas en este país, a los extorsionadores, a los traficantes de drogas, a los estafadores y a los negros como tú? Un tiro en la nuca, no salir jamás de un penal donde te eliminan de todas, todas. Deportaciones o reformatorios peores que manicomios.

Una hora antes ella les había estado lanzando besos a los clientes habituales y le ponía ojitos a un rubio de más de un metro noventa, con cara de niño bueno, al que movía el trasero en su dirección para insinuarle que esa noche sería suya la muñequita de dedos electrizantes y de voz ronroneante de sus sueños. Ahora, en cambio, intentaba esconderse el pánico en las bragas.

Anna Brous echó un vistazo a su alrededor con un mohín de disgusto. Entonces no prestaba atención a su esposo y cómplice. Se había puesto de pie de un respingo; su mirada huidiza como la de un pájaro se había fijado en las cortinas ondulantes de la entrada y en la diosa negra y alta que enmarcaba el espejo del armario ropero.

–¿Qué demonios pretendes insinuar, con que hay que largarnos? –protestó ella, sin mover los labios y sin perder la sonrisa; esa sonrisa tan enigmática que se duplicaba en el espejo plateado del ropero.

La sonrisa de ese hombrecillo, ahora nervioso y amedrentado, era la viva imagen de la sonrisa de pregón de carnaval de un individuo que hasta hacía poco tiempo había manejado los hilos de la tramoya. Por supuesto que la realidad era que Anna Brous decidía quién sostenía los cabos de los suyos. Y desde luego que hacía mucho, mucho tiempo no era Daladier, como tampoco lo era Sergio Bolaños quienes los manejaban.

–Esto me huele muy mal. Debemos irnos de viaje ya mismo. Se me eriza la piel con imaginar lo que nos pueden hacer si nos quedamos aquí. Tenemos que abordar un tren y largarnos cuanto antes a cualquier sitio, no sé, a Bélgica o a Alemania.

–¡Lárgate tú, si quieres! Yo me quedo en París. Yo no me largo a ningún sitio –murmuró, con los ojos fijos en ninguna parte.

Contoneó su cuerpo interminable en dirección a Daladier y le acarició la cabeza ahuevada con las manos. Anna Brous no se iba. No señor. De ninguna manera. Poco importaba cuántos desgraciados les acosaran. Poco importaba cuánto se lo suplicase y llorara Daladier:

Anna Brous se quedaba en París. Quedarse significaba aposentarse en una ciudad sobrada de dinero y de amantes con los bolsillos repletos que vaciar. Eso era el mundo de esa *Princesa de Ébano*. Eso era el mundo que había nacido para asombrar y dominar. Anna Brous se quedaba. Poco le importaba que Antoine Daladier se fuese o no. Si volvía a huir una vez más, se moriría sin remedio.

Dos noches más tarde, Sergio Bolaños continuaba espiando a Anna Brous. Las mesas del club se hallaban prácticamente llenas. Anna bailó y cantó durante más de una hora y media. Luego hizo una pausa para tomarse una copa de champán tan seco que le quemaba en la garganta; no era lo más adecuado para cantar; en cambio, a ella el champán seco le encantaba y la copa le quedaba muy elegante en la mano y era importante cuidar la imagen.

Charló con los clientes habituales, mientras se deslizaba entre las mesas, evitando mirar hacia atrás, hacia su nuevo amante, el gigante norteamericano de rostro aniñado que estaría furioso de impaciencia, con la mente saturada de citas y horarios. Tendría que irse a casa antes. Entonces la historia volvería a empezar: Daladier pretendiendo largarse. Daladier amenazándola. Daladier suplicando. Gritó su nombre, pero él no respondió.

En la cama había una nota escrita; ella agarró la hoja de papel y la leyó rápidamente. Tenía la visión algo borrosa esa noche, por el humo del tabaco, la bebida o por lo avanzado de la hora. Tal vez fuera el pánico de nuevo, que le subía reptando desde los zapatos hasta las bragas, de ahí al estómago y después a la cabeza.

> «Anna, Antoine Daladier está muerto. Han dejado un policía de vigilancia en la entrada de la habitación del hotel donde estaba hospedado. Si nos mezclamos en los asuntos de la policía, jamás saldremos de París. Por favor, querida, saca tu dinero del banco cuando abra por la mañana y dile a todo el mundo que te has tomado unas vacaciones largas».

Era una nota de Gastón Paine, uno de sus antiguos amantes y compinche en sus chantajes y extorsiones. La *Princesa de Ébano* ni se inmutó: arrugó el papel y lo aplastó con el tacón. «Esta noche Anna se irá de fiesta hasta el amanecer» –recitó en viva voz.

Cuando ella salió, Sergio Bolaños aprovechó para entrar en el departamento, recuperar la nota pisoteada, hurgar en sus pertenencias y llevarse las carpetas donde ella había guardado las fotografías y negativos con los cuales chantajeaban a sus víctimas. Lo que en ese instante le preocupaba, consistía en cómo dejar a buen recaudo su botín y regresar al departamento de su amante.

Su objetivo, más que seguir llenando de mierda sus sentimientos, era encontrar nuevas pruebas de las fechorías de Anna Brous y sus cómplices. Enfiló la Rue Saint-Jacques, calle arriba, pensativo, justo cuando las campanas de Saint-Julien-le-Pauvre anunciaban las dos y

media de la madrugada. Al pasar debajo, pensó que la gigantesca acacia de la plaza René Viviani podía ser casi tan vieja como las campanas. Aligeró el paso, sintiendo el aire otoñal temblar a su alrededor, como si se hubiera convertido en unas aguas profundas.

Sus ojos se fijaron en el edificio de enfrente. En una de las ventanas de la segunda planta era visible una claridad opalina y una sombra se perfilaba a contraluz detrás de las cortinas. Sergio Bolaños sonrió para sus adentros: él podía ver, en cambio era imposible que a él lo descubrieran, puesto que había tomado las debidas precauciones.

Apenas había iniciado su rastreo en el armario ropero del cuarto principal, cuando se vio obligado a dejarlo al abrirse la puerta de la calle sigilosamente. A Sergio Bolaños apenas le dio tiempo de deslizarse a gatas para no ser descubierto, abrir la puerta de la terraza con mucho cuidado, cerrarla a su espalda y quedarse en cuclillas en espera de acontecimientos.

Pasaban unos pocos minutos de las tres de la madrugada. Un sujeto enmascarado se dispuso a revolver las pertenencias de Anna. La habitación principal disponía de un radiador y un mueble tocador en un rincón, ocultos con una cortina de terciopelo azul celeste descolorido, un diván del mismo material, una mesa de madera crucificada de marcas que servía igual para los cócteles que para las cenas, una estantería con unos cuantos libros y decenas de álbumes de fotografías. Destacaban dos ampliaciones de fotografías a color enmarcadas en sendos cuadros, una de ellas del perfil oscuro de Sinatra firmada, y un retrato de Anna desnuda, una serpiente de plumas que había llevado en una producción, hacía mucho tiempo. Era la parte donde ella recibía a sus visitas y a sus amantes.

El hombre enmascarado no encontró ahí nada de interés. Sin embargo, el dormitorio principal era su espacio privado y en ese espacio Anna Brous había dejado volar su imaginación. Las paredes estaban cubiertas de seda azul celeste, la cama había sido decorada a la *polonaise*. Un escritorio con una escultura modernista, podía ser de Pagnol o podía ser una copia, quedaba justo bajo una ventana estrecha que miraba a un callejón monótono y a la zona de los estacionamientos del edificio de enfrente.

El intruso se concedió unos segundos para retirar la máscara y atisbar a su alrededor; consideró brevemente la impresión vívida de apetito carnal que le inspiraba la foto de la cantante desnuda, en un portarretratos del tocador. Acto seguido, retiró la mirada dispuesto a dedicarse a registrar el escritorio. Era un hombre bastante preciso, con un autocontrol escrupuloso. Sergio Bolaños lo reconoció de inmediato: se trataba de un abogado norteamericano, famoso en París por su inteligencia profesional y su discreción.

Magnus Heather era un caballero estirado, si bien especialmente

respetable y merecedor de una confianza ciega por parte de sus clientes. Tenía una esposa sueca o noruega con la que residía en la zona más exclusiva del Boulevard de Boulogne. Sin aparente vida social. Rechazaba el trago incluso en nombre de la amistad. No se le conocían líos amorosos. No había indicios de que hubiera desarrollado demasiado el sentido del humor. Era un hombre de inteligencia aguda y una sutileza con las que podría haber regido una nación entera. No obstante, y en contra de lo que cabía imaginar de sus probadas capacidades y su talento, parecía haberse conformado con establecerse como abogado en París, donde la vida era elegante y la libertad completa. En Washington o en Nueva York se sentía encasillado, según proclamaba.

A la enigmática Anna Brous, le encantaba encontrar la brecha de debilidad de los hombres poderosos con los que solía tratar. En el caso de Magnus Heather, sospechó que tal vez fuera la falta de imaginación y el gusto secreto por mujeres como ella. Si en los Estados Unidos ese caballero se sentía amarrado de pies y manos, en París era libre y podía ser cualquier cosa, desde un genio de la abogacía o de las altas finanzas a un espía, un estafador, un criminal, un seductor, un constructor o un destructor de mundos. En París, con su atractiva esposa sueca o noruega, sus respetables conciudadanos no podían saber qué clase de individuo sería en la trastienda.

Aparte de la máscara que cubría su rostro, y que al poco de invadir el departamento había guardado en un bolsillo del pantalón, se había calzado unos guantes de látex para lo que estaba haciendo. No tenía problemas para ver en la oscuridad absoluta, porque llevaba una linterna pequeña con una lente blanca, cuyo haz era estrecho como un cable. Colocó los papeles y facturas que el fallecido había dejado en montones ordenados. Estaba buscando algo que no sabía definir, pero que reconocería en cuanto lo viese.

Magnus Heather aparentaba sentirse tranquilo, siempre aparentaba sentirse tranquilo, si bien era consciente de que el tiempo estaba corriendo muy rápido y jugaba en contra de sus intereses. La policía debía estar a punto de llegar en cualquier momento. Acababa de abandonar el escritorio y estaba abriendo la puerta de un armario ropero, cuando oyó que una llave giraba en la puerta principal. ¿Una llave? ¿Sería de un amigo o de la propietaria del departamento? Heather se quedó inmóvil. Volvió de repente la cabeza plateada en dirección a la ventana, pero ni siquiera un hombre con una constitución tan estrecha como la suya podría escabullirse por aquel vano que quedaba a ocho o diez metros de la calle.

En lugar de eso, se deslizó como una sombra en el armario ropero. ¿Y si era la policía? Entonces, ¿qué? Lo descubrirían. Lo interrogarían. En el peor de los supuestos, él era Magnus Heather, ciudadano

americano, un prestigioso abogado penalista, socio y directivo de la principal oficina de París del Bank of América. Si era la gendarmería, se las arreglaría para salir de ese embrollo por las buenas. Estaba pisando un par de botines viejos. Intentó sofocar su respiración y aguzar el oído para distinguir los sonidos que provenían del otro lado de la puerta del armario. Oyó los taconazos de un par de zapatos que entraban en el piso. Unos pasos vacilantes que desconfiaban del suelo que pisaban. No era la policía.

–¿Robert, Robert? Hola, hola, muñeco…

Era la voz de una mujer, potente, aunque entrecortada; una voz conocida para él. Heather entreabrió muy despacio la puerta con cuidado y observó a Anna Brous que se encontraba de espaldas a la habitación y no cesaba de moverse con impaciencia. Sin duda –dedujo Heather– esa mujer se preguntaba dónde se habría metido su pareja de cama para aquella noche. No tenía más que esperar a que se fuera. Lo cierto sería que ella le había chafado el plan, al girarse con agilidad felina hacia el dormitorio y cruzarlo sin vacilar. Ahí no estaba buscando a Robert Leys.

Esa mujer escultural, de una mirada felina y un rostro seductor tenía un propósito claro. Magnus Heather notó el aroma a Chanel mezclado con el olor a tabaco puro que dejaba a su paso, por delante de él. La cantante de jazz levantó bruscamente las sábanas de la cama y pasó las manos con habilidad por debajo del colchón. Maldijo en voz baja y fue hacia el escritorio.

–«¡Otro buitre carroñero sobrevolando los huesos!» –se dijo Magnus Heather.

Los montones de papeles estaban ordenados. ¿Que había hecho con los papeles de Antoine Daladier? Esos papeles carecían de interés para esa mujer y los esparció como si fueran las hojas de un árbol. A renglón seguido, se volvió sin previo aviso y abrió de golpe la puerta del armario. Se miraron directamente a los ojos.

–Señorita Brous –la reconoció Magnus Heather–. Es un placer.

–¡Usted! ¿Qué demonios hace ahí, hombre blanco? ¡Mierda! ¿Qué quiere de mí, abogado Heather? –y retrocedió dos pasos hacia la cama.

Hubiera querido agarrarle esa cara de sabueso y meterle la nariz en la taza del váter. Hubiera querido arrancarle los pelos, escupirle a los ojos y obligarle a largarse; sin embargo, algo advirtió en esos ojos rapaces. Y notó como el pulso le vibraba en las sienes, le recorrió un escalofrío la espalda y las rodillas se le habían vuelto de mantequilla. De inmediato se percató de que estaba agotada y no le quedaban fuerzas, notaba flojos los músculos y los pensamientos desorganizados, como si estuvieran dominados por un oscuro presagio. Eso provocó que le entrara más pánico todavía. Se quedó sentada, hasta el punto

de perder poco a poco, el aplomo inicial.

–Está usted bellísima, amiga mía. Si hubiera llevado un sombrero, me lo habría levantado ante usted.

El arte de la ironía era el favorito del abogado norteamericano.

–¿No fue usted a trabajar esta noche?

La cantante de jazz entornó los ojos y se encogió de hombros.

–No fue usted a verme esta noche. Le recuerdo que habíamos concertado una entrevista, ¿lo recuerda? Yo quería verlo a usted en el club, ¿me entiende?

–Sí, claro. Pero yo no sé si usted sabe que Antoine Daladier está muerto, señorita Brous… Yo no creo que fuera su cuerpo lo que usted estaba buscando debajo del colchón.

Anna parpadeó, aturdida.

–Yo sospecho que Antoine me cogió un dinero hace unos días y yo lo estaba buscando porque ahora lo necesito.

No hizo preguntas acerca de la muerte de su esposo, ni fingió lamentarlo, se extrañó Sergio Bolaños que estaba observando la escena desde su puesto de vigilancia en la terraza.

–Pues ya ha comprobado usted que no hay dinero en el piso. Por otra parte, debo advertirle que la gendarmería viene para acá. Sería incómodo para usted que la encontrasen aquí.

Anna desmesuró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se rio. Su breve carcajada sonó tan infantil y tan alegre, que el abogado se desconcertó.

–¿Se cree usted que yo nací ayer, caballero? ¿Se imagina que Anna Brous es la clase de mujer que se asusta por nada y hace lo que le dicen? Vea usted, señor; yo no me voy sin mi dinero. Y si los policías me hacen preguntas incómodas, no les responderé y les presentaré a mi abogado, el señor Marcel Holland. Ah, se me olvidaba; un par de cositas para usted; que yo sepa, ésta es mi casa… ¿Sabe usted lo que eso significa? Si viene la gendarmería, ¿podrá explicar usted qué hace aquí y por qué se escondió en el armario de mi esposo? –su voz se tornó ronca por la ira. Con las mismas, se aclaró la garganta e intentó tranquilizarse.

El abogado Heather estudió su rostro con detenimiento: siempre atenta pero calculadora, sin señales visibles de fatiga, de temor o de no haber dormido durante muchas horas. Era una fuerza de la naturaleza, la tal Anna Brous, inagotable en sí misma.

En ese lapso, decidió que ella estaba acertada en sus apreciaciones, que sería muy complicado explicar a la gendarmería su presencia en ese departamento y… decidió que tal vez podría comprarla y hacerse con lo que buscaba.

–Está bien, está bien; vayamos al grano. ¿Cuánto quiere usted por las fotografías y los negativos? –le preguntó, en el mismo gesto que

sacaba la billetera del bolsillo interior de la americana.

Mientras ella meditaba la respuesta, aprovechó para respirar hondo en un intento de calmarse y liberar la tensión acumulada en la garganta. Al cabo de ocho o diez segundos, la mirada de la cantante seguía siendo desconfiada; eso, sí, contestó con firmeza, sin ninguna fisura en su voz.

–Como querer, quiero el dinero suficiente para llegar hasta Brasil y establecerme en Río de Janeiro. Digamos… unos cincuenta mil dólares.

–Estoy sorprendido –pronunció Heather lentamente–. Una artista como usted debería aprovechar la ocasión de encandilar a una audiencia mucho más «exquisita» que esos bárbaros latinoamericanos.

–Debería hacerle caso –coincidió con el abogado–; el punto es que mi hombre se largó del departamento anoche llevándose hasta el último franco que habíamos ahorrado, y ahora resulta que lo han matado. ¿Me comprende usted? No existe una cuenta que esta chica pueda tocar hoy. Si me da el dinero, caballero, me marcho de este país.

–Está bien, está bien. El problema es que los negocios como el suyo no son tan simples, amiga mía…

Anna Brous inclinó la cabeza y frunció el ceño. Delante de ella se encontraba el abogado Magnus Heather, un caballero que aparentaba ser un personaje de honradez sin tacha, pero que desde el primer momento que lo vio, con esos ojos de ave rapaz y esa cara de sabueso, supo que era un tipo de hombre que acudía de cuando en cuando a su club: adinerado, mayor, con los apetitos sexuales firmemente abotonados bajo el cuello blanco almidonado.

Recordaba que cuando él la invitó por primera vez a su mesa ella estaba convencida de que sabía lo que quería.

–¿Está buscando un trocito del sabroso trasero de Anna, caballero? Porque si es así, me veo en la obligación de advertirle que yo no vendo el mío por cinco mil francos de nada. A lo mejor no hay dinero en el mundo para convencerme de que se lo venda a usted.

Magnus Heather consideró la oferta, si bien no atinó a adivinar todo lo que la seguiría. Por el contrario, sonó un dulce canto de sirena en su cabeza al pensar en las habilidades que esa mujer demostraría a altas horas de la noche. Por supuesto, nunca imaginó lo que le sucedería después de haber caído en la red de esa mujer tan laberíntica como exquisita en la cama y tan inescrupulosa con sus amantes adinerados.

–Entonces, ¿eso significa que usted no acepta nuestras condiciones, es eso? –inquirió Anna, alarmada.

En estos momentos, sin embargo, la conversación corría por otros derroteros.

–Verá usted, mi estimada amiga, yo quiero que concretemos ahora mismo la operación –habló el abogado con un asomo de cautela en su voz.

Esas serían las últimas palabras que Sergio Bolaños atinó a escuchar, pues a lo lejos empezaron a sonar las sirenas de la policía y hubo de descolgarse entre terraza y terraza hasta alejarse de la zona de peligro.

El día siguiente y los posteriores para Sergio Bolaños serían un maremoto de emociones y sentimientos encontrados. Era consciente de que lo que Anna Brous buscaba en el somier no era el dinero, sino las carpetas con las fotografías y los negativos. Si el trato definitivo consistió en que ella le entregaría al abogado Magnus Heather los negativos y las fotografías, estaría perdida, irremisiblemente perdida. Quizá Anna pudo imaginar que Daladier los habría robado; pero no era así, pues entonces el norteamericano lo desconocía y por lo tanto no fue el que acabó con él. Por otra parte, si ella había llegado a un trato con el abogado norteamericano y no le entregaba las fotografías y los negativos, de igual modo su vida corría un serio peligro.

Sergio Bolaños se encontraba sumido en un mar de dudas. Y más después de examinar detenidamente las fotografías que comprometían al abogado norteamericano. De un modo o de otro, en sus manos había quedado el destino mediato y quizá el destino final de una mujer a la que odiaba y amaba en idéntica medida.

A la primera hora de presentarse en su despacho, ojeó las páginas de sucesos de los principales diarios parisinos. A lo largo de la mañana siguió los noticiarios de Radio Francia, con el temor y la esperanza de que Anna Brous no apareciera en los sucesos o que no hubiera sido detenida por los patrulleros que acudieron a su departamento. Si su seguridad descansaba en la entrega de las fotografías y los negativos comprometedores, estaría perdida, irremediablemente perdida. Le martilleaba en el cerebro a Sergio Bolaños esa especie de premonición o certeza. De igual manera, era consciente de que ocurriera lo que ocurriese, siempre recordaría a Anna Brous. Las imágenes de ella quedarían impresas en su memoria para los restos.

Muchas veces contempló un nuevo amanecer en París, al lado de Anna. Mientras la Place de la Concorde se despertaba bajo ellos y el sonido de los primeros automóviles rodeaba la plaza. Habían hecho el amor durante toda la noche y se habían adormilado casi al amanecer, para despertarse entrada la mañana, con un hambre punzante, como el que Bolaños conoció más de una vez, antaño, en su Arequipa natal. El hambre real, agudo y punzante, lo padeció de niño. En muchas ocasiones recordaba el estómago revuelto y el gruñido de los intestinos.

La Place de la Concorde se desplegaba ante ellos como un lugar de

culto, con su obelisco en el centro y las palomas revoloteando. Sergio Bolaños pensaba que, en casi todas las plazas más emblemáticas del mundo, en demasiadas oportunidades había habido derramamientos de sangre y habían rodado cabezas. Quizá allí rodaron más cabezas que en el resto de plazas del mundo. Los dos amantes permanecían allí de pie hasta que el alba se abría paso, dorada y fresca. Él estaba indeciso, dándose cuenta de que no era capaz de meditar con serenidad. Pero lo intentaba, lo intentaba. Más de una vez había estado tomando un aperitivo con Anna Brous en el pequeño café de la Place du Tertre. Otra plaza que una vez sirvió como ante-patio de una abadía benedictina, y que luego allí había habido grilletes y patíbulos. Eso sucedió hacía siglos. En cambio en ese tiempo no era más que un lugar para el pecado, la nostalgia y para el café.

Otras veces caminaban de madrugada en silencio. Procuraban mantenerse apartados de los bulevares principales, paseando muy despacio por las calles más estrechas. Les encantaba atravesar el Sena por el puente Alexandre III, a pesar de que la cúpula de Les Invalides se asomaba como una amenaza en el firmamento oscuro. La silueta de Anna parecía de carbón, recortada contra las estrellas, sobre un París dormido, desnudo e indolente. Otras, clavaba la vista en aquellos ojos oscuros cuyos mensajes ocultos jamás había sabido descifrar. La imagen que más le había impactado fue cuando la vio aparecer por un instante en los Jardines de Luxemburgo, pocos minutos antes de las ocho de la tarde, cuando el sol de julio se paseaba con lentitud y, como una manta, envolvía a los parisinos con su calor. Anna caminaba a paso raudo por un sendero que conducía hacia el Boulevard Saint-Michel.

Ahí empezó a ser consciente de que aquella mujer era la encarnación de todos sus anhelos más salvajes. Se detuvo y aguzó la vista para seguirla, mientras ella atravesaba bajo la sombra de las hojas frescas de los olmos. Su rostro de diosa de ébano, su cintura estrecha, sus ojos de fuego, no podían ser sino los atributos de la mujer que lo trastornaba y lo enaltecía en igual medida. Los tacones sonaban al ritmo de sus pulsaciones: sístole, diástole. Después quedaron el rumor del agua en alguna fuente cercana, los sonidos de la urbe, gritos, el rugir de los motores de los autos y el olvido de lo que pretendía hacer un segundo antes de verla. Más tarde llegaría el tiempo de las confidencias.

Anna Brous dejó de ser sumisa, según proclamaba, cuando oyó las palabras «puta negra» y «mono», no de labios de un hombre blanco, sino de los de una mujer que se encontraba archivando papeles en una oficina de la administración pública, en Barcelona. Seguramente era una furcia de clase alta, amargada y escuálida, vestida con un uniforme tan gris como su pelo. «Ojalá todos ésos se volvieran a África

–oyó que le decía a la recepcionista en voz baja si bien audible–. A ver si de una maldita vez dejan de llenar de delincuentes y de putas baratas nuestras ciudades y nuestros pueblos».

También le habló a Sergio Bolaños de la mujer blanca que le quemó las manos con agua hirviendo porque se le escapó un plato de la mano y se quebró en el suelo, cuando tenía siete años y trabajaba en Dakar, en la casa de un extranjero, lavando las vajillas.

Y recordó a los hombres que la habían golpeado por gusto. Le habló con rencor de aquel «mal parido» portugués que pegaba a su madre. Cuando ella apenas era una niña de diez años, el portugués le levantó la falda por encima de la cabeza, hasta que se le vieron las bragas y le dio un cachete en el culo con la palma de la manaza abierta. Después, le bajó las bragas. Le toqueteó el culo y las tetas. Se puso a reír y a jadear, mientras se pegaba a ella y le clavaba la erección entre las piernas. Anna Brous estaba convencida –y lo vociferaba muchas veces– que eso de la feminidad y la igualdad de derechos era para las mujeres blancas. «De las mujeres negras se espera que estén agachadas, con las manos y las rodillas hincadas en el piso, para limpiar la porquería que dejan las mujeres blancas cuando cruzan la habitación».

Recordaba todo eso y cientos de episodios sórdidos que años de lujo y comodidades jamás habían conseguido borrar. Cuando le hablaba de las penurias que le tocó pasar, incluso en Europa, se le inflamaban las mejillas por el odio y solía gruñir con una voz burlona y cargada de rencor: «¿Qué coño haces? ¡No seas idiota! Nunca, pero nunca jamás te enamores de un maldito blanco. A esos desgraciados sácales hasta el hígado. Todos los blancos son tan racistas como los nazis, aunque con otros nombres».

En ese momento, él era otro cuasi blanco más que apuntar a la lista de desgraciados que habían contribuido al rencor de Anna Brous. La conciencia le acusaba y le interrogaba, machacona e implacable. ¿Qué habrá ocurrido con ella? Si algo malo le hubiera sucedido, se volverá guillado queriéndola y odiándola. Hasta que un día la muerte le libere de sus remordimientos de conciencia, le libere de sus demonios o de sus malditos celos, de su falta de perspicacia y del recuerdo de sus horas de dicha con ella. Estaba obsesionado. Obsesionado con sus infidelidades y sus encantos, su resistencia a dejarse dominar por un hombre, fuera blanco, mestizo o negro. Estaba obsesionado con su sexo dulce, picante y líquido que olía a flores de azahar y a canela.

¿Y si ella ya estuviese muerta? ¡Eso no era posible, no era posible! A eso de las doce de la mañana y sudando en frío, decidió llamar por teléfono al despacho del abogado Magnus Heather; se identificó como un miembro de la seguridad de la embajada de Perú. Se citó con él a eso de las seis de la tarde, en un cafetín, en un barrio infestado de

vírgenes baratas, estafadores, descuideros y rateros, no muy retirado del cementerio del Père Lachaise. El abogado Magnus Heather acudió a la cita solo. Sergio Bolaños lo pudo comprobar, escondido en un rincón del miserable cafetín.

–Sospecho que usted se está preguntando por qué lo cité en este lugar, ¿no es cierto? –inició Bolaños su discurso, con una presencia de ánimo que estaba muy lejos de sentir–. Al igual que usted, yo también fui amante de Anna Brous.

Los ojos rapaces del abogado Heather recorrieron a su insólito interlocutor de arriba abajo, con la misma aparente indiferencia con la que hubiera contemplado un cuadro en el Louvre. En realidad, le observaba con disimulada desconfianza y con el natural recelo. Eso sí, no parecía intimidado en aquel cafetín espantoso, que apestaba a vino agriado, arenques rancios, a queso podrido, a salchichas quemadas y a moho.

–Desde hace tiempo Anna parecía muy preocupada –prosiguió Bolaños–. Estaba comportándose de forma extraña. Reservada y desconfiada. Veía complots por todas partes.

–Probablemente era porque se sentía culpable –gruñó el abogado.

–¿Anna preocupada? ¿Anna culpable?

Sergio Bolaños no le dijo nada a Magnus Heather de la nota pisoteada que había rescatado; tampoco le hizo saber que había estado presente cuando el otro entró en su departamento y registró las propiedades de ella sin el menor pudor. No le habló de que fue testigo de la negociación de ambos, hasta que advirtió que se acercaba la policía y tuvo que ponerse a salvo. No le quiso informar de que él había hurtado las carpetas con los chantajeados y que ella jamás podría cumplir, aunque quisiera, con el trato que hubieran intentado cerrar.

La imagen de Anna Brous asesinada de un balazo o de una cuchillada, de su cuerpo felino convertido en piltrafas, de sus ojos vidriosos reclamando venganza o justicia, le vino a la mente sin poder evitarlo. La mano que sujetaba el vaso de vino le tembló. El cadáver de Anna les observaba por los huecos de las cortinas de humo del cigarro, como si el mismo París hubiera muerto.

–Me consta que ella no podrá entregarle lo que usted sabe. Yo no soy un delincuente. Yo quiero que ella se vaya de Europa. Yo quiero que ella viva, ¿me comprende? Yo soy un militar de honor y estoy aquí para entregarle lo que ella jamás debió permitir que se hiciese…

Magnus Heather manoseaba su caja de fósforos. Mientras el joven capitán Sergio Bolaños, le hablaba de lo sucedido tenía la cabeza inclinada y los ojos entornados, como si sufriera o estuviera consternado. El abogado americano recibió de manos de su bienhechor la carpeta con las fotografías y los negativos, la guardó en

el bolsillo interior de su abrigo, le dio un fuerte apretón de manos y, antes de despedirse, le dijo: –Haré lo que pueda por esa mujer, aunque sea una puta cochina y una maldita chantajista, pero a quien en verdad le estaré eternamente agradecido es a usted –le tendió la mano de nuevo; el tacto era frío y apergaminado.

Las noticias que Sergio Bolaños recibiría días más tarde eran espantosas: *Le Monde* publicaba en portada una fotografía de archivo en la que aparecía la *Princesa de Ébano*. El bolso colgaba de su hombro escultural aportando una nota muy personal. Una mancha roja le resbalaba por la blusa de color blanco, como si fuera un rastro de sangre, en una lúgubre premonición de su muerte. Al final, la crónica era un reportaje de Anna Brous asesinada de varios balazos y su cadáver arrojado a un contenedor de basura, en un baldío de la Rue Rivoli.

CAPÍTULO II

–2–

CIUDAD DE LIMA

ENTRE FEBRERO Y ABRIL DE 1988

El firmamento aparece despejado. El día se presenta bastante caluroso, si bien no demasiado húmedo. El perfecto azul de ese firmamento sin nubes sería el color que tendrían los ojos de la periodista Nora Vallejo, si fuesen azules.

La directora de los Servicios Informativos de Interamericana de Televisión, irrumpe en el humilde restaurante de los Barrios Altos, a la carrera. Lo que hace que parezca medio asfixiada, aunque risueña. El tufazo a aliños de cualquier especie, aceites bastardos, el estrépito de las vajillas y el estruendo ensordecedor de la música, confieren al establecimiento criollo un sabor muy especial.

Nora Vallejo es la directora y conductora de los reportajes psicosociales más exitosos y de los servicios informativos de Interamericana de Televisión. Es una mujer bastante más alta de la media de la mujer peruana, alrededor de un metro y setenta y cinco centímetros o más. Es esbelta, atractiva, la tez pálida, el cabello ligeramente cobrizo. Sus ojos son intensos y cálidos, como el caramelo recién hecho. Sus facciones son un tanto exóticas. Sus dedos son largos y delgados y tienen un toque profesional, de manejar el lápiz o el teclado a la velocidad del rayo.

Si no fuera una mujer a la que no le agrada demasiado el maquillaje y con un gusto discutible en la ropa, y si no anduviera siempre acelerada, tendría bastante glamour. En cambio, es tan… profesional, tan intensa y tan centrada, que lo de los trapos o la cosmética hace tiempo que los ha retirado a un costado. Su mente es, en algunas ocasiones, algo así como una supernova que estalla en todas direcciones al mismo tiempo y a miles de millones de kilómetros por hora.

En esta oportunidad, ha recibido en el teléfono una llamada de urgencia y ha salido disparada de su despacho, ha trepado a su auto y se ha lanzado por las calles limeñas a toda velocidad. Debido a la premura de la llamada apenas se ha preocupado de su atuendo: viste una sencilla blusa de color azul celeste, de escote redondo, que resalta su piel ligeramente pecosa, las clavículas frágiles y la suave redondez de los pechos firmes y altos. Las largas piernas las cubre con unos pantalones vaqueros un tanto arrugados. Casi nunca calza zapatos de

tacón, debido a su estatura y a sus largas piernas. A la popular periodista de las piernas largas le encantan los ambientes criollos y pasa por alto sus inconvenientes, como el exceso de bullicio, el pestazo a aliños de imposible identificación, aceites dudosos, a humo y a licor.

Torcuato Andrade ha buscado acomodo en un discreto rincón, sumergido en las nubes de humo que escapan de los fogones y que se mezclan con el humo de los cigarrillos.

Andrade es un pícaro desvergonzado y prefiere pasar desapercibido y camuflar su hocico macilento, en prevención de que a un «cliente» insatisfecho se le ocurra la genial idea de aparecer en el local y hacerle problemas. Torcuato Andrade es un mestizo regordete, de ojitos de pulga de un pardo casi oscuro, de tez ahumada, nariz aguileña, mendaz y dicharachero. Andrade controla la entrada y salida de comensales. Al toque ve aparecer a la periodista, descollando su figura de mujer de un notable atractivo, aunque de un gusto bastante discutible para la ropa, en contraste con la opacidad del ambiente.

El criollo emite una guturación ininteligible, en un intento de llamar la atención de la periodista de las piernas largas. Tal es el empeño que pone en el gesto que está en trance de atragantarse con el pedazo de carne que se apresta a triturar, carne arrancada de los despojos del burro más sarnoso de la República. El ínclito Andrade es digno de ocupar un puesto de privilegio en la galería de retratos de los pícaros redomados más reputados del mundo entero.

El otrora avezado ratero de cloacas no ha tenido más remedio que reconvertirse en detective privado, apremiado por las circunstancias y la imperiosa necesidad de la supervivencia desde que pasó por el tamiz del Penal de El Frontón la última vez y lo dejaron para el arrastre sobre la base de castigos infamantes, palizas, vejaciones y malos tratos. Esa vez aprendió la lección de tal modo que llegó a la conclusión de que, si volvía a recalar en un estercolero de tales dimensiones, nunca más vería la luz del día. En consecuencia, se lamió las heridas como Dios le dio a entender y de carne de penal supo reciclarse a tiempo. Desde entonces ejerce de investigador, rumorólogo e intermediario en cuantos negocios le dan la oportunidad de meter cuchara. Aparte de husmear, transgredir o violar intimidades y recoger las mugres de sus congéneres humanos. Lo cierto es que nuestro inefable tunante es y se comporta con la diligencia de un conspicuo profesional en el arte de la alcahuetería y los rumores. En su favor hay que decir que ha acertado a organizarse con maestría y servir con diligencia y discreción a sus clientes. Lo cual le proporciona pingües dividendos que le permiten vivir como un pachá. En definitiva, Torcuato Andrade presume de «ser un hombre rehabilitado» que aspira a ir sobrellevando la cruz de la existencia del

modo más digno posible.

En cuanto a lo que concierne a un «confidente» tan peculiar como lo es Torcuato Andrade, la popular periodista de las piernas largas sabe a qué atenerse con él. Es conocedora y valora sus habilidades profesionales: es «el detective» más eficaz en eso de conseguir noticias interesantes, rastrear la pista de peligrosos convictos, rateros, barraganas de postín, travestidos, visionarios, narcos y la pléyade de negociantes de lo divino y lo humano que resbalan por las cañerías sociales del gran país andino y de las repúblicas vecinas. No existen aprendices de brujos, profesores de ufología, naturópatas, alquimistas, hacedores de «mil honras», etcétera, etcétera, que no le deban «favores» o que escapen al control de su astuta mente. Si por unos cuantos Intis fuera, nuestro barbián se considera revestido de autoridad moral para llevar los Santos Sacramentos a los moribundos. De no ser posible, cuando menos es el más capaz para rescatar de hostales y lupanares al sacerdote más versado en tales ceremonias.

Torcuato Andrade es escurridizo y perspicaz en el cometido de renegociar y vender alhajas falsas por legítimas en el Mercado de las Pulgas, encontrar un pedo extraviado en barracón de milicos y a Lucifer encarnado en gato de vieja resabiada. Ninguna «pérdida» hay que Andrade no se atreva a «descubrir» o inventar. Nacido y amamantado en El Puente de Piedra, es el «detective privado» más perspicaz de Lima y sus alrededores. Sin ir más lejos, a Nora Vallejo le ha resuelto encargos muy delicados. Si eso fuera poco, le brinda resultados mucho más satisfactorios que los equipos profesionales de investigación e incluso los detectives más cualificados del mercado «legal».

Nora Vallejo ha irrumpido como una tromba en el restaurante. Se detiene un momento y recorre el local con la mirada. Deja que sus oídos se acostumbren al rumor del parloteo de las conversaciones y al martilleo del compás de la música que realmente no puede escuchar, sino apenas sentir. Hasta que localiza al sujeto que la espera, oculto en un rincón. Al fijarse en su cara, una cara de huaco viviente, Nora Vallejo repara en el modo tan peculiar de sonreír y no sonreír, por lo que colige que el perillán es portador de noticias que tratará de negociar a precio de oro.

La periodista de las piernas largas toma asiento frente a su confidente, jadeando por haber irrumpido en el local a la carrera. Andrade espera a que la espigada profesora universitaria a tiempo parcial y estrella de la televisión recupere el resuello. Entonces inicia el ritual del palabreo: –Muy buenos días tenga mi reina de los noticiarios. ¡Vaya aires, ni que la brisa del Paraíso la aventase! Aparece en este sitio la reina de los noticiarios y hasta la Ciudad de los Reyes se viste de fiesta.

La famosa periodista malditas las ganas que demuestra de reírle las ocurrencias a su pesquisa de salón. Lo que le interesa es resolver el negocio cuanto antes, debido a que apenas dispone de tiempo, ya que se encuentra en estado de vigilancia y tensión a causa de los pillajes, las algaradas y los saqueos que han comenzado a proliferar a lo largo y ancho del Perú. Saqueos, pillajes y algaradas que amenazan con sumir a los habitantes de la República en el caos, la anarquía y la desolación. Nada más con recordar la cantidad de problemas que ha dejado pendientes de resolver por acudir a la cita, le entra la prisa, se le alteran los nervios y anda con los diablos azules metidos en el cuerpo.

Ante la posibilidad de que Andrade le entre la manía de perderse en divagaciones, hace un mohín de fastidio, le muestra el reloj de pulsera y añade entre jadeos:

–¿Estás viendo la hora? Pues ya puedes dejarte de palabritas sabrosas y largar por esa boca. Mira, papito; hoy no estoy para perder mi tiempo con tus geniales ocurrencias; ¿de acuerdo? –la atractiva periodista de las piernas largas manifiesta de ese modo su impaciencia y corta la diarrea verbal del criollo.

–Caracho, «se»[1]. ¡Ni que uno fuera cualquier cosa!

–¿Qué te pasa, Chimú[2] de los demonios? A poco me atropella un carro en la avenida de España, por salir a la carrera y venir a verte. Y tú resulta que me sales con tus ocurrencias. Ya, pues, suelta por esa boca, ¿de acuerdo?

El apelativo Chimú, le viene dado a Torcuato Andrade por sus facciones, las de un huaco viviente, y también como mote por los cerámicos «hechizos» que suele vender a los turistas extranjeros desde hace muchos años.

Nuestro infatigable vividor, en su tiempo libre, procura merodear por los hoteles de moda transaccionando sus huacos «hechizos», como si fueran reliquias preincaicas. En realidad, los cerámicos «legítimos» en teoría, nacen de las hábiles manos de humildes alfareros de Los Barrios Altos, de Gamarra y de El Cercado. De ahí saltan de los alfareros a los compradores, convenientemente embadurnados de historia relativa a la cultura Chimú, de la que Andrade es un conspicuo conocedor. Así esos huacos «históricos» las más de las veces terminan en las valijas de los ingenuos compradores extranjeros que creen a pies juntillas que se llevan de tapadillo a sus países el culmen del arte preincaico.

Torcuato Andrade bebe un buchazo de gaseosa del pico de la botella y se aplica a renglón seguido al plato de arroz con res. El gesto excita los jugos gástricos de la presentadora de televisión. Entonces siente cómo se le dilatan las ventanas de la nariz, pues piensa en su plato favorito de corvina a la chorrillana, tal como lo preparaba su

madre y que ella, que es un desastre en la cocina, aún no ha sido capaz de aprender a prepararlo. Los olores de los platillos y su evocación le provocan desazón en el estómago y le abren el apetito.

Chimú no se da por aludido y comienza a recitar de corrido la cantinela:

–Ya, pes; mi hadita madrina, mi mamacita benefactora, mi ángel tutelar –sigue perdiéndose en una perorata insufrible el criollo, en tanto traga el arroz y la carne a dos papadas.

–Ahí, nomás. ¡Che, que! ¿Te has vuelto gago de repente, Chimú? Aclárate el pico. Ya, bueno, mientras, dime una cosita, ¿cuánto pretendes recostarme esta vez? Te advierto que te pagaré por lo que valga la noticia, no por lo que tú imagines que vale. ¿De acuerdo? –le aclara Nora Vallejo, con un inequívoco tono de apremio en su voz.

–¡Che, caracho! ¡Bien lindos se le ven esos ojazos color de caramelo cuando se le ponen brillosos de cólera!

La periodista de las piernas largas está a punto de perder la paciencia a causa del derrame verbal de tan peculiar confidente. En el fondo de su conciencia es consciente de que está obligada a hacer de tripas corazón y tragarse la impaciencia, dado que debe abonar una porción del peaje si pretende conseguir una noticia interesante. Aun cuando le gustaría cortar de cuajo la diarrea verbal del parlanchín, no le queda otra que tragarse los circunloquios y el derroche de pachorra del que alardea el tal. Es más, debería haberse provisto de un antiácido para soportar la gastritis que amenaza su aparato digestivo. Por no hablar de una docena de tazas de infusión de tila para sujetar sus nervios a flor de piel.

–Por diosito, Chimú, no me cuentes de lo mal que lo pasan tus hijos, tus mujeres, tus penas. Al chanchán, pues. Tú me facilitas la información y yo te regalaré una rica propina, ¿okay? Cuéntame una historia bien sabrosa, ¡pero te ruego que te apiades de mí y dejes de torturarme con tus palabritas!

–Mamita linda, el valor no está en el precio; es la dedicación y el mimo lo que cuenta.

–Y bueno, pues. Lo que pasa es que una debe regresar a su trabajo o la mandan a rodar, papito.

El criollo chocarrero y culebrón, en vez de replicar a la popular presentadora de la televisión, arquea una de las cejas, como si buscase la complicidad de las moscas y el gato famélico que ronronea debajo de la mesa.

–¿De qué quieres conversarme, pues? Vamos, pues, suelta por esa boca… –vuelve a impacientarse Nora Vallejo.

–Pues verá usted, mi querida amiga; es un asunto bien, pero que bien «importante». Fíjese que me andan buscando los de Canal Dos y los de Panamericana Televisión, para que les hable de lo que sé. Le

prometo que me conseguí una noticia espectacular.

–Ah, ya. ¿Cuánto te ofrecieron mis colegas, pues?

En lugar de responder directamente Andrade, que es un pícaro redomado y un incorregible granuja, fomenta la curiosidad de la periodista jugando con una hoja de papel en la que acierta a leer: «Coronel Faustino Leary».

Impactada por el nombre de su irreconciliable, de su terrorífico enemigo, Nora Vallejo contrae el ceño y sus labios tiemblan en una inevitable muestra de crispación. Andrade acierta a darse cuenta del conflicto interior de la afamada periodista y sonríe para sus adentros. Es más, está relamiéndose de gusto puesto que considera la situación favorable a sus intereses.

Sin poderlo evitar, Nora Vallejo retrocede con la imaginación al tiempo de su inicio como directora y presentadora de uno de los psicosociales de denuncia de mayor impacto en la televisión peruana: a lo largo de muchas ediciones de su serial, la emprendió contra el coronel en la reserva y todopoderoso narcotraficante, poniendo de manifiesto sus actividades delictivas. A su memoria acude el recuerdo de su añorado amigo, el fiscal de la Corte Suprema de Justicia, Hugo Garcilaso y su escolta, asesinados por instigación directa del detestable personaje. Los recuerdos en tropel la precipitan en un pozo de amargura muy mal disimulado.

A su pesar y sin que sea consciente, su rostro trasluce la tristeza que conturba su conciencia. Los diferentes estados de ánimo que afloran al semblante de la periodista de las piernas largas, los justiprecia el pícaro Chimú sin pestañear. ¿Cuánto estará dispuesta a pagar la famosa conductora de los informativos de televisión mejor situados ante la opinión pública de la República por los pormenores del regreso al Perú del controvertido y peligroso personaje?

–¡Ese sujeto es un maldito narcotraficante y un criminal inescrupuloso! –la exclamación le brota de lo profundo de su corazón a la periodista.

El hombrecillo bebe un buen trago del pico de la botella, dando por sentado que el negocio está muy bien encarrilado. En los altoparlantes, un huainito lastimero rememora aires andinos. Los incansables mendigos urbanos, uno detrás de otro, van relevándose, rechazados por los comensales, tan tiesos como los mendicantes.

–Ya, pes, mi admirada reina de los noticiarios, ¿qué le parece el temita?

Nora Vallejo, en vez de contestar, se incorpora de un impulso, da media vuelta y palmotea con determinación. A su llamada responde una adolescente morenita de cabellos endrinos muy largos y carita enfermiza.

–La cuenta, por favor.

El pícaro Chimú se ha quedado de piedra, sin saber qué determinación adoptar. Superado el repente, pone cara de susto y arquea la ceja del lado derecho colocándola casi vertical.

–Ahí, nomás, papito. Por noticias que se refieran a ese delincuente, yo no pago ni un miserable centavo de Inti. Lo que sea de la vida de ese criminal me trae sin cuidado.

Dicho lo dicho, abona la cuenta de la comida de su confidente, gira sobre sus pasos y se encamina a la puerta de la calle a paso decidido. El criollo todavía sin recuperarse de la reacción tan desmesurada de la periodista de las piernas largas, sale en pos de ella y logra interceptarla fuera del restaurante.

–Puche, caracho. ¡Che, qué bueno para fregarlo a uno! Como si uno fuera cualquier cosa. Está bien, caramba. Se pasó con uno, doctora. ¡Se pasó! –protesta Torcuato Andrade, el cual mira a la periodista con intensidad y su rostro expresa una sorpresa desagradable.

–Discúlpame, Chimú. Pero es que nomás con mentar a ese delincuente, se me revuelve el estómago y se me ponen los nervios de punta…

El tono de su voz es distinto. Ha necesitado hacer un gigantesco esfuerzo de voluntad por recuperarse del impacto de la noticia. Aun cuando siente un profundo dolor y a la par un amago de repugnancia por el modo de operar los diferentes estamentos del poder judicial, tan sujeto a críticas por los medios de comunicación y la opinión pública, por verse muchos jueces y fiscales involucrados con demasiada frecuencia en conductas deshonestas, coimas, arbitrariedades y abusos, está haciendo de tripas corazón. Al poco de tragar saliva y haber conseguido expresarse, se percata de que, si bien su dolor es intenso y profundo, su tono de voz y sus gestos se han atemperado y es dueña de sus emociones. De ese modo Nora Vallejo guarda para sus adentros sus sentimientos. Al mismo tiempo, trata de justificar ante su confidente su airada reacción.

–Discúlpame, Chimú. Siento haberme dejado llevar por los sentimientos, ¿ya sabes?

–Está bien, yo la comprendo. Más bien yo me disculpo con usted por haberle traído esos malos recuerdos, pues.

–Bueno, pues; tú dirás.

–Yo le cuento la historia, ¿de acuerdo? Ande y sea generosa con uno. Deme alguito, para alzar la ollita y para llevarles carnecita a mis hijitos, nomás.

Andrade mira a la periodista con atención. A ella casi le da por reír. Le ha cambiado tanto la expresión en una fracción de segundo. Parece un sabueso rastreando el terreno.

–Toma cien Intis.

Al bueno de Andrade le entran ganas de arrojar los billetes a la acera. Decepcionado, agacha la cabeza y pone cara de perro apaleado.

–¿Por qué me ofende, doctora, ah? ¿Es que acaso Chimú no le sirve siempre con dedicación?

–Eso no lo sé –bromea Nora, sin que el criollo alcance a captar el matiz guasón de su voz.

–Caracho. No me esperaba esto de usted –manifiesta su pesar Torcuato Andrade, con una voz lastimera, de perro apaleado.

Ella añade el dinero suficiente para que las pupilas del hombrecillo recuperen poco a poco la alegría.

–Ahí tienes. Muy pobre estoy. Aunque quisiera, no podría ofrecerte un centavo más.

–Che, «se», ¿por qué me engaña? Una estrella de la televisión tan famosa como usted, seguro que debe de sacarse rica platita. Pero para que vea que Chimú siempre le sirve con honradez y nunca le defrauda, le conversaré una historia jugosita. A ver si así le sale la vena generosa, pues. El coronel Faustino Leary recién regresó a Lima. Mucho poder ha acumulado ahorita. Antes de irse al infierno, el general Francisco Rosell le traspasó el negocio de la cocaína, los contactos, sus mejores hombres, los proveedores de armas y sus asesores internos y externos, ¿comprende? Ahorita, pues, ese criminal, me refiero al coronel Leary, el muy desalmado, se convirtió en el capo más poderoso del narcotráfico en el Perú. Desde Panamá donde había buscado refugio, por aquello del Gran Destape, y porque un fiscal había pedido la prisión provisional para él como inductor del asesinato del doctor Garcilaso y su chofer, ¿me comprende? El caso es que como acá no estamos hablando de un cholo patas al suelo, sino de un militar de alta graduación, un hombre con mucha plata, de inmenso poder y con contactos en altas instancias del gobierno y del Poder Judicial, es fácil imaginar lo que pasó, ¿no es cierto? A las finales, resulta que sus abogados son capazotes, saben romper manos, poner trabas, enredar pleitos y, finalmente, para eso están las coimas y los corruptos… De repente, que no hay pruebas, que hay defectos de forma, que si una apelación por acá y un fallo provisional por allá, hasta que llega el expediente a la Corte Suprema y lo absuelven por las puras, pues. Los del Tribunal de Casación le limpiaron el expediente. ¿Qué le parece, doctora? ¡Pucha! Los Vocales de la Corte Suprema lo declararon inocente. I-NO-CEN-TE. ¿Qué le parece? ¡Limpiecito está! ¡Limpio del todo! Limpio y dispuesto a sacarles la mugre a los que dice que lo fundieron. ¿Se percata de lo que ocurre, amiga mía?

Nora Vallejo se ha quedado perpleja. Le supone un esfuerzo mental, condenado al fracaso, discernir de qué manera se las arregla su confidente oficial para estar al tanto de negocios de apariencia tan

escabrosa. Le observa durante unos segundos de cabo a rabo y llega a la conclusión de que ese incorregible tunante, porta la épica de la raza humana. Frente a sus ojos se encuentra un sinvergüenza ansioso de superar las adversidades a fuerza de echarle tanto desparpajo como imaginación a la vida y nada más. Chimú y los de su cuerda se juegan el pellejo en cada uno de los giros de una ruleta infernal. Empero, el oficio de husmeador, de hacer visibles los trapos sucios de la honorable sociedad de corruptos, aporta más aire regenerador que las rimbombantes campañas moralizadoras emprendidas por los cabecillas del orden constituido.

Nora Vallejo se sabe instalada en la ribera confortable de los ciudadanos honestos y pretende oficiar de dios, poniendo de relieve la inescrutable realidad de los seres y las cosas. A diferencia de Chimú, ella es una respetada periodista y concluye su grado de compromiso al cerrar la edición de cada informativo. Si en uno de esos despintes la fortuna le jugase una mala pasada y le dieran de balazos, harían de ella una mártir y alcanzaría la gloria e incluso la inmortalidad, la admiración de sus iguales. A Chimú si alguien le envía de un balazo o una cuchillada al infierno, no lo recordarán ni las ratas de su cloaca particular. En resumidas cuentas, Chimú muestra el mal. Leary es el mal mismo. Nada hay de admirable en esta constatación.

Alguna vez, Nora Vallejo, le vino a recordar a su vieja profesora, directora de tesis y leal consejera, Marina Palmer, en lo más arduo de uno de sus debates sobre la ética del periodista:

–Prefiero arrimarme al lado de los que muestran el mal, para que el ser humano aprenda a sortear sus trampas. Jamás enmascararé mi lenguaje en un discreto juego de equívocos y circunloquios, pensando en el imperativo de las buenas maneras, porque sería cómplice de los corruptos a los que combato. Tampoco soy capaz de admitir que haya que encenagarse por sistema en nuestros vicios. Jamás brindaré cobertura a los miserables grandes hombres con mi falso pudor y «debido» respeto de clase. A la hora de enfrentar a quienes causan daño a la ciudadanía, no hay, no puede haber, actos privativos.

Salvando las limitaciones que impone su profesión, al menos hasta ahora se ha enfrentado a la delincuencia y le ha echado coraje. Su militancia, más que ideológica, es una forma de practicar la doctrina en la que cree. No se siente orgullosa, tampoco arrepentida. Ha sobrevivido a demasiadas trampas y también a intentos de atentar contra su vida, lo cual es más que suficiente.

Tomando como soporte los datos que le ha ofrecido el bueno de Torcuato Andrade, Nora Vallejo telefonea a sus confidentes en la Corte Suprema de Justicia, así como a la Dirección de Migraciones y a oficiales de la PIP. Como era previsible, sus interlocutores confirman en cada uno de los extremos el sobreseimiento de las causas

pendientes contra el coronel del Ejército de Tierra, Faustino Leary y el regreso de éste a Lima. Más tarde otros confidentes del Servicio de Inteligencia del Ejército ratifican la noticia que le avanzara Andrade.

Las evidencias indican que el coronel Leary ocupa el lugar que había dejado vacante el general Rosell. A lo anterior, debe añadir el pacto con los carteles del narco que operan desde los puertos del norte del Perú y la frontera con el Ecuador. Para desgracia de muchos, la realidad supera los más sombríos vaticinios.

–3–

Al capitán Sergio Bolaños López le habían comentado que el abogado Magnus Heather era un caballero de refinada elegancia y un talento comparable a su poder.

El caballero en cuestión, frisaba los cincuenta y dos años. Había alcanzado una privilegiada posición en la sociedad parisina, sobre las bases de una aguda inteligencia, eficiencia y eficacia sin fisuras, hermetismo profesional a ultranza y trabajo constante y sin desmayo. En rigor, nadie sabía la dimensión y la localización exacta de esa posición. En caso de verse forzado, sus allegados y conocidos creían que Heather no habría vacilado en destruir a sus enemigos; nunca habría sido comedido a la hora de cobrar venganza. Tampoco habría dejado de mentir, de verse forzado a hacerlo. Aunque en los asuntos legales exigía lealtad a ultranza y precisión matemática, en el terreno de lo personal, por el contrario, era discreto, impreciso y evasivo. El disfrute de la posición que había alcanzado se apoyaba en unas reglas inviolables. Una de ellas era quedarse siempre libre de implicaciones personales. Las implicaciones, de haberlas, serían simples medios para llegar a un fin. Fin que, en opinión de quienes le conocían, consistía en mantener el control de lo que le rodeaba, a pesar de que para lograrlo hubiera de echar mano de gente a la que despreciaba. A su despampanante mujer sueca o noruega, se había unido como un requisito necesario, por aquello de llevar un modo de vida respetable. Su esposa era una exmodelo de pasarela, unos veinte años más joven que él. Ella estaría incluida en la categoría de un complemento que le hacía brillar más. Con sus clientes aplicaba una regla parecida. Sus negocios legales estarían bajo el control personal y el genio de Magnus Heather. Si la recompensa era concordante a los resultados, la dedicación de su tiempo e inteligencia, entonces, de acuerdo. La naturaleza del cliente que le pagaba, fuese encantador o repugnante, compasivo o perverso, culpable o no culpable, era irrelevante. El abogado Magnus Heather haría su trabajo. Los criterios que establecía y la forma en que alcanzaba su objetivo, serían cuestiones de su exclusiva incumbencia.

Los comentarios acerca del abogado Heather y los asesinatos de

Antoine Daladier y Anna Brous, le hicieron ser consciente al capitán Sergio Bolaños de que no solo no había salvado la vida de la cantante de jazz, sino que su integridad personal corría un inesperado, aunque inminente riesgo. De repentino e insospechado benefactor, había pasado a convertirse en un testigo demasiado incómodo de un sujeto extremadamente peligroso. El primer aviso llegaría unas pocas horas después del hallazgo del cadáver de Anna Brous: habían registrado su departamento minuciosamente y sin el menor reparo.

Alguien estaba buscando algo. Una cosa por la que habían sido capaces de matar para tratar de ocultarlo. Sus libros habían sido esparcidos por el suelo. Las carpetas de trabajo y sus archivos también estaban en el suelo delante de sus pies: los que no significaban nada, los que quería guardar y los que había previsto destruir. Habían registrado todos los cajones del escritorio. Incluso habían abierto con una palanqueta la cerradura endeble de su pequeña oficina. Sus diplomas los habían arrancado de la pared de yeso, y las fotos de sus sucesivas titulaciones y las correspondientes ceremonias de premiación habían sido descolgadas. Por quedar algo indemne, apenas si quedaba colgada en la pared una ampliación de una foto publicitaria de la cantante de jazz que había aparecido muerta hacía unas horas en la Rue Rivoli.

Lo que vio no le gustó. Empezó a tomarse en serio el hecho de que, en efecto, se encontraba en riesgo de ser eliminado. Es ahí que comenzó a ser consciente a entera cabalidad de la dimensión del lío en el que se había metido. Más cuando leyó en «Le Monde Diplomatic» la noticia de que el abogado Magnus Heather, el brillante egresado de las universidades de Chicago, Columbia y Princeton, había aceptado el cargo que le habían ofrecido desde Washington, de vice-secretario de Relaciones con Europa.

Un intenso hedor a sudor, a miedo y a fracaso se le metió en la nariz. Había sido un ingenuo, un inconsciente y un irresponsable al entregar, a cambio de nada, a Magnus Heather «el regalito» que había hurtado a Anna Brous. En ese punto, examinó con minuciosa atención la fotografía del diario parisino: entonces comprendió que aquellos ojos implacables, escondidos tras los cristales de unos lentes de montura de acero, aquella boca sardónica, pese a que sus labios fueran sensuales, aquella altivez aristocrática, escondían un espíritu depravado; de igual modo solapaban los instintos de un depredador insaciable.

Fue así que sintió que un escalofrío de terror le recorría la espalda. Sería una noche interminable de nervios en punta, angustia y desconcierto. Si desde muy niño había aprendido a defenderse, incluso disimulando, en ese trance tan decisivo, cuando estaba ganándose enemigos tan poderosos como implacables, se sentía obligado a sacar

a relucir lo mejor de su artillería pesada y ponerla a contribución de la causa de su supervivencia y el recuerdo de Anna Brous. No quería dejarse dominar por la impaciencia y el pánico o estaría perdido. Se armó de coraje para que, al día siguiente, una vez en su despacho de la embajada, solicitar una llamada de teléfono y citarse con el abogado Magnus Heather en su residencia del Boulevard de Boulogne.

Sergio Bolaños atravesó el suelo de mármol de la primera planta de la pomposa residencia con aire de indiferencia, el gesto reconcentrado y los ojos bien abiertos. Era un hombre que interpretaba magistralmente su papel de inocente ofendido. Tenía el cuerpo bastante delgado, aunque atlético y unos hombros amplios. Su mirada era directa e inquebrantable, su expresión dura, como un soldado que estuviera preparándose para luchar en una batalla que había peleado muchas veces y que ninguno de sus enemigos jamás le había conseguido ganar.

–Siéntese –le ordenó Heather, apoltronado en su sillón de cuero.

Sergio Bolaños permaneció unos segundos de pie, plantado en la alfombra turca que Heather había adquirido en el Gran Bazar de Estambul y que había colocado delante de su escritorio como recuerdo de su estancia en Turquía y su palacete asomado al Bósforo.

El joven capitán peruano había dispuesto de toda la noche para decidir exactamente qué historia debía contar y cómo lo haría:

–Ayer entraron en mi departamento y registraron mis pertenencias…

Heather levantó la vista de los documentos que fingía estar leyendo y frunció el ceño en dirección al hombre que le hablaba desde la otra parte de su escritorio. Sergio Bolaños tenía las manos apoyadas contra la mesa y la cabeza hacia delante, como un perro antes del ataque.

El abogado norteamericano estuvo tentado de echarle un buen rapapolvo por la interrupción; si se contuvo y no lo hizo fue porque le intrigó la furia pintada en el rostro del peruano. Por lo general, Heather casi nunca perdía la compostura diplomática. Ni siquiera cuando se habían entrevistado en aquel cafetín, no muy lejos del cementerio de Père Lachaise, en una zona apestada de delincuentes.

Sergio Bolaños admiraba la indiferencia británica de ese elegante caballero que para él era un depravado en la trastienda y en la sombra un insaciable depredador.

–¿Le robaron algo de valor? –preguntó el abogado con pulcra indiferencia profesional y se encogió de hombros con impaciencia.

–Yo estoy convencido que lo del allanamiento y el registro de mi departamento puede estar relacionado con Anna Brous. Yo no creo que haya sido un allanamiento casual.

Sergio Bolaños era consciente de que ante ese depredador

insensible estaba obligado a ser convincente sin la menor fisura. No podía fallar. Su acento a veces resbalaba, entonces su francés perdía las regulares cadencias de la burocracia y sonaba más informal y, en cierto modo, menos francés y menos convincente.

Magnus Heather esta vez se lo quedó mirando con incredulidad. Se recostó en el sillón y apartó con fuerza los documentos a un lado con la mano izquierda. En la derecha colgaban los lentes de leer.

–Dígamelo sin rodeos, ¿qué es lo que quiere de mí?

Eso era exactamente lo que Sergio Bolaños pretendía: poner nervioso a su interlocutor, hacerle sentir la incomodidad de su mirada y explicar su historia, como si fuera la única historia posible.

–A la señorita Brous la mataron, como lo hicieron antes con su supuesto cómplice, Antoine Daladier, que era su esposo, ¿no es verdad? Luego sucede que a mí me registran el departamento y buscan en mis pertenencias, ¿quién lo hizo? ¿Existe alguna relación entre esos dos asesinatos y lo de mi departamento? Claro que existe esa relación. Verá usted, doctor Heather, si yo hubiera sido un miserable extorsionador, me hubiera quedado con las fotografías y los negativos y los hubiera usado para chantajearle. Pero no lo hice. Si yo no le hubiera citado y le hubiese entregado ese material, usted nunca hubiera sabido de mí. ¿Usted no se ha preguntado qué hacía yo en ese sitio y a esas horas? ¿Si yo también fuera otra víctima? No, doctor, yo no fui testigo de nada ni cómplice de nadie. Mi «imperdonable» pecado fue el de abogar por la vida de esa desgraciada mujer.

Heather le observaba en silencio, juzgando al militar peruano con unos párpados pesados. El joven capitán había ido a su despacho a presentar batalla. Por las trazas había ganado el primer asalto. Había accedido a verle, del mismo modo que si tuviera que hacerlo con una de aquellas alimañas que le habían estado sometiendo a extorsión.

Al fin, sonrió a medias y con esfuerzo.

–Bien, ¿y? –repuso Heather enérgicamente, en respuesta a lo que le había dicho Bolaños, aunque en rigor aún no había decidido si creérselo o no.

Por su parte, Sergio Bolaños que permanecía con la vista clavada en el rostro de aquel depredador insensible o un simple cabrón depravado, al percibir los primeros síntomas de duda, su odio por el recuerdo de la muerte de Anna Brous se disparó hasta límites insospechados. Quería agarrarle por el cuello blanco almidonado y gritarle: «¡Quién de sus perros sarnosos asesinó a Anna Brous!».

–Usted fue al apartamento de Anna Brous y lo estuvo registrando, ¿por qué lo estaba haciendo? ¿Qué buscaba allí? Yo me había anticipado a todos ustedes. Cuando lo reconocí entre toda aquella pestilencia, después de ver cómo trataba de negociar con ella, me imaginé que ella sería la próxima baja. Creí que usted le habría

entregado el dinero; ella habría emigrado a Brasil o donde quiera que le apeteciese largarse y el problema se habría arreglado. Si yo hubiera hecho un mal uso de ese material, ustedes se habrían hundido. Se habrían llenado de mierda, y… ¿Sabe lo que hice cuando llegué a mi departamento? Examiné las fotografías… Le vi a usted y a otros como usted y pensé: «son gentuza de lo peor». Me entraron ganas de entregar aquella porquería a la prensa, ¿sabe qué? No lo hice. Me dije que, si por aquello habían terminado con un despreciable delincuente, como era Antoine Daladier, el esposo de Anna, también ella correría su misma desgracia. Me costó mucho tomar la decisión que tomé, pues si lo hacía, yo mismo estaría en riesgo de causar baja, ¿me comprende? Aunque ella fuera un putón y una depravada, yo la había querido, todo lo que un hombre puede llegar a querer a una mujer como ella. Por esa razón lo cité a usted. No pretendo insinuar que usted haya tenido algo que ver con esas dos muertes; pero le recuerdo que usted era la única persona que sabía de mi presencia. Se lo recuerdo porque de lo contrario, los que allanaron mi departamento, si no son gente de su confianza, puede que también lo sigan a usted. Piénselo. Yo me comporté como un perfecto imbécil. Ahora estoy recibiendo lo que merezco. Está bien, pues. En lo que a mí respecta, insisto en que, si no hay hombres de su confianza detrás de este affaire, van a conseguir que nos hundamos todos.

El alegato convenientemente aderezado de «sinceridad» y vehemencia, desconcertó al abogado Heather. Por primera vez atisbó a Sergio Bolaños a la cara y le pareció sincero, incluso en contra de su instinto. No se esperaba ese ataque.

Cuando habló, había elaborado las respuestas cuidadosamente, aun cuando diera a entender que sus palabras eran espontáneas.

–No sabía que fuera usted un espía, capitán Bolaños.

–No soy un espía; nomás soy un militar. No me gusta tratar con los espías. Yo siempre quiero tratos con hombres honorables.

El abogado Heather no se inmutó. Observó al capitán Bolaños que se había recostado en el respaldo de su silla y estaba con la vista perdida en el techo, como esperando pacientemente a que el gran hombre aceptase su «verdad» como artículo de fe. Lo que dijo después no aclaraba nada, si bien a Sergio Bolaños le serviría de consejo:

–De cualquier manera, trate o no con hombres honorables, jamás, digo, jamás deje ver sus cartas. Si esta vez no lo ha hecho, guárdese siempre un triunfo en cualquier parte donde nadie pueda encontrarlo, ¿me comprende?

Sergio Bolaños suspiró, entornó los ojos, no para aceptar humildemente un consejo que no necesitaba, sino para que el otro no llegase al fondo de sus pensamientos. Aquella noche, en efecto, había querido salvar la vida de Anna, aunque también pensó en el tesoro

que portaba en sus manos. A Heather le entregó íntegro el material comprometedor. Eso, sí, se reservó el resto para un posible uso a futuro.

Por supuesto que no era un espía. A pesar de lo cual, el sentido de la prudencia le aconsejó bien: metió fuego a las fotografías, en cambio los negativos los introdujo en un sobre. A primera hora de la mañana, antes de encerrarse en su despacho, se acercó al teléfono público que estaba más a mano, el que había en la esquina de la Rue Saint-Jacques y, a pesar de la diferencia horaria, le hizo saber a uno de sus leales conmilitones que le enviaría un mensaje por la valija diplomática que era imprescindible que dejara a buen recaudo, hasta que ambos se reunieran en Lima.

El paso siguiente sería el de entregar un pequeño sobre rutinario que no llamase la atención al encargado de la valija diplomática y esperar la respuesta de su colega. Tal como habían registrado minuciosamente su departamento, entraba dentro de la normalidad que el abogado Heather pagara a cualquier empleado de la embajada para que hiciera lo propio en su despacho.

–Usted me gusta, capitán Bolaños. Sí, ya lo creo que me gusta. Verá usted, yo pienso que no hay nada más estúpido en este mundo que ser un mártir y morir en las barricadas. No es ninguna broma –insistió Heather–. Es usted demasiado joven para morir en las barricadas. Y sospecho que también es lo bastante sagaz para saber lo que le conviene, ¿no es cierto? ¿Recuerda lo que le dije en el cafetín? «Haré lo que pueda por esa mujer, aunque sea una puta cochina y una maldita chantajista, pero a quien en verdad le estaré eternamente agradecido es a usted».

La prueba del cambio de actitud del abogado Magnus Heather, la recibiría pocos días más tarde, una semana antes de que el abogado abandonase París para viajar a Washington.

Sergio Bolaños había hecho una excursión de fin de semana a Clermont-Ferrand. El domingo por la tarde de regreso a París, al disponerse a entrar en su departamento, madame duPré, la gruesa matrona que se encargaba de la administración, le interceptó en la escalera y le dijo, sonriente:

–Un segundo, por favor, monsieur López –la matrona parisina era incapaz de pronunciar Bolaños–. El viernes vino a visitarle un elegante caballero norteamericano. Yo le dije que usted había viajado lejos de París y que desconocía por cuánto tiempo usted estaría fuera. El caballero norteamericano dijo llamarse Míster Heather y estaba acompañado de dos operarios. Me pidió permiso para entrar en su departamento. Yo me negué. Monsieur Heather quería devolverle a usted un favor, según dijo. El caso es que me convenció para que dejara que sus operarios pusieran en orden su departamento y

pintaran las paredes. Por cierto, Monsieur López, que fue del todo verdad lo que había dicho Monsieur Heather.

Sergio Bolaños echaba lumbre por los ojos y puso una cara de furia que daba miedo. Tan fue así que amedrentó a madame duPré que retrocedió hasta el arranque del descansillo. Sergio Bolaños entró en la casa y pudo comprobar, seguido de las excusas de la mujer, que juraba que ella había estado presente y vigilante de que nada faltara, que el trabajo había sido hecho con una pulcritud magistral.

* * *

A principios de 1968, en París se respiraba un aire de cambio y la figura del general De Gaulle empezaba a tambalearse. En cuanto a lo que Sergio Bolaños añoraba y le causaba una profunda melancolía, era Anna Brous. Le dolía su trágico final y no encontraba modo de sustituirla. Estaba enamorado de París y no le aburrían los parisinos. Había residido entre ellos durante bastante tiempo como para haber perfeccionado su francés del colegio Nuestra Señora de la Paz. Entendía las murmuraciones y el lenguaje figurado. Es decir, cumplía el expediente como un burócrata más. Lo que jamás hubiera esperado, fue que su embajador le llamara a su despacho y que le metiera de pleno en una nueva conspiración.

Manuel Escalante Montero era un diplomático de carrera. De voz contenida, aunque áspera e intemporal, tenía alrededor de unos cuarenta y tantos años. Era bajito y calvo.

Manuel Escalante Montero era un aristócrata decadente. Un aficionado a los restaurantes de lujo y a los clubes de Montmartre. Un embajador anodino con el cual nunca había confraternizado, aunque tampoco habían chocado.

Al entrar en el despacho del embajador Escalante, el capitán Sergio Bolaños apenas si fue recibido con un gesto vago y una indicación de tomar asiento en una butaca situada frente al escritorio. El embajador en apariencia se encontraba examinando con atención los informes que le habían escrito sus agentes durante los últimos ocho meses: notas sueltas, retazos sin firmar y la confusa carta de «un amigo» que le había dejado en su estafeta de correos y que hablaba de un inminente pronunciamiento militar:

> «Las noticias de Lima son contradictorias. Los rumores de conspiraciones y complots contra el gobierno se están extendiendo a lo largo y ancho de la República como un viento furioso: un murmullo en las afueras de Lima, al norte, al sur; lo que ha dicho un amigo de un amigo. Las calles arden con medias verdades y exageraciones, afirmando que se está organizando un pronunciamiento militar. Lo inquietante de ese pronunciamiento en cierne es que sus ejecutores son militares de ideología comunista… Al parecer, existe una conexión entre los cabecillas en Lima y sus mentores en Berlín. La Stasi, la KGB… Habrá que averiguar cómo son las cosas y quiénes están involucrados en ese posible pronunciamiento militar».

El embajador Escalante examinaba sus papeles como si la caligrafía firme y elegante fuese efímera, como si estuviera en trance de evaporársele de las manos, como su aliento o la luz de sus ojos. Había guardado la mayoría de sus notas con la creencia absurda de que los temas políticos estaban bajo control y de que no era necesario molestarse en hacer indagaciones. Claro que el primer ministro había hablado con él por teléfono la noche anterior en su residencia y le conminaba a que actuase.

Al parecer, el embajador en la República Federal Alemana era más que probable que se hubiera situado del bando de los conspiradores. Hasta se sospechaba que les proporcionaba los medios materiales para atravesar la Puerta de Brandenburgo. El embajador le tendió un fajo de documentos, a la par que le hablaba acerca de los mismos y hacía hincapié en la urgente necesidad de realizar un trabajo de contraespionaje para anticiparse a los cabecillas del inminente golpe de estado.

Con los informes de sus agentes como base, unas notas confidenciales del primer ministro, aparte de unas palabras más o menos intencionadas e imprecisas, le estaba dando a entender que el tema era muy grave. Que los golpistas estaban organizados. Que había que tomar medidas drásticas. Que necesitaban encontrar algún modo de llegar hasta el núcleo de los conspiradores y averiguar cuál era el papel del embajador del gobierno peruano en Alemania y sus contactos con las agencias de espionaje soviéticas.

* * *

Con unos cientos de Marcos en los bolsillos y una nueva identidad adecentada como Alejandro Salinas Ramírez, profesor de Literatura Hispánica de la Universidad Mayor de San Marcos, Sergio Bolaños hacía su ingreso en Berlín. Así que le fue posible, a duras penas consiguió alquilar un departamento en la frontera de Kreuzberg, el barrio turco de Berlín. Era un edificio de cuatro pisos cuya fachada había sido color crema en otra época. La entrada olía como las paradas del metro de París, una curiosa mezcla de moho y orines humanos. En la esquina de la calle había un restaurante griego o chipriota, cuando en la trastienda era la tapadera de una casa de citas más o menos clandestina. Casi siempre encontraba alrededor de la entrada al edificio unos cuantos huesos de pollo que los gatos esparcían por el suelo. Los nombres del interfono habían sido escritos a mano en tarjetitas enganchadas a la pared con cinta adhesiva. La puerta que daba a la escalera no cerraba bien, exponiendo a los inquilinos a algún encuentro desagradable.

Sergio Bolaños llegó a la conclusión de que el edificio era de renta antigua y que ninguno de los propietarios o los inquilinos se habían

tomado la molestia de repararla desde hacía meses. La mayor parte de la pintura había saltado en el interior del edificio. En la entrada, alrededor del globo de débil luz amarillenta que brillaba en lo alto del techo, en el arranque de la escalera, había chinches tendidas y muertas. El pesado rastro de años de suciedad y comida rápida invadía el aire con un olor tan espeso que prácticamente podía verse.

Los primeros días el lugar le hacía provocar náuseas y arrugar la nariz. Eso era lógico, pues los vecinos más ruidosos y menos higiénicos habitaban en el segundo piso, una comuna asquerosa que causaba una pésima impresión y que tanto le disgustaba; pero por lo que podía pagar de alquiler, no encontró ninguna alternativa mejor a su alcance. En el interior del departamento un pequeño vestíbulo daba directamente a una salita con escasos muebles. La sala daba a un pasillo con una habitación a un lado y el retrete al otro, parecido a un coche-cama de un tren. A medida que se avanzaba por el pasillo, era evidente un olor fétido, como de comida pasada o de ratón muerto. Al final del pasillo estaba ubicada la cocina, donde el tufazo era más intenso. Así, pues, resultaba comprensible sin la menor duda que al joven militar peruano no le gustara el sitio.

Desde el instante en que cerró la puerta de su apartamento y trató de acomodarse lo mejor que pudo, sintió un regusto amargo que podría haberse debido al ambiente del lugar, a su precaria situación, lo inquietante de su misión o a la imagen del asesinato de Anna Brous, que no era capaz de quitarse de la cabeza. Después pensó que el regusto amargo tenía más que ver con la certeza de que le estaban poniendo a prueba y de que se encontraría solo, sin perspectivas de futuro ni dinero suficiente ni un socio que le ayudase a introducirse en un país tan complicado como Alemania, desconociendo el idioma y a sus gentes.

Los primeros días se sintió como si fuera un espectador anonadado que recorría las calles berlinesas observando a los alemanes en ese ritmo constante, metódico e imparable.

Pronto encontró el modo de ganarse unos Marcos como profesor auxiliar de español en la Universidad de Berlín. Era un contrato de apenas ocho horas semanales, aunque no tan mal pagado. La Universidad le permitió entrar en contacto con la intelectualidad latinoamericana, no dejarse ver mucho entre sus colegas a los que debía vigilar y, además, estaba obligado a progresar en la lengua germana.

Una noche tropezó con su vecina de puerta, una emigrante rusa o ucraniana, llamada Irina Borisova. Su vecina se ganaba la vida de forma harto dudosa, como dama de compañía y bailarina de relleno en uno de los clubes nocturnos de la capital federal. Irina estaba llorosa y mareada, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y

vestida con el albornoz de baño. Porque, según le comentó, había salido al lavadero comunitario, se había dejado las llaves dentro del departamento, no había cenado nada y el fuego del vodka se le había subido a la cabeza. Sergio Bolaños no solo compartió con ella la cena en su departamento, sino que saltó desde la ventana de la cocina de su apartamento al de ella, le abrió la puerta y empezó a dormir más en la cama de la bailarina que en su propia cama.

Irina trabajaba a todas horas. Casi nunca dormía. Su apartamento era una nube de humo del cigarrillo que siempre colgaba de su boca y los vapores del samovar. Por el sonido de los pasos y el humo que se filtraba al pasillo, Sergio Bolaños sabía que Irina estaba en pie. Cada vez que abría la puerta con la llave que ella le había entregado como precaución, la encontraba vestida con el albornoz, con el cigarrillo en la boca y los ojos perfilados a la espera de un trago de vodka y un buen polvo.

Irina solía despertar aterrada, porque no sabía si de ahí en adelante le permitirían quedarse en Berlín. No podía soportar la idea de que la repatriasen a Moscú. Estaba convencida de que los agentes de la KGB sin duda la culparían a ella, por el delito de haber desertado en París y haber trabajado para las agencias occidentales. Irina bien pudiera ser una paranoica, una exagente soviética, una condesa rusa que había perdido su identidad en el tiempo o una bailarina sin futuro. Una artista con talento que había quedado reducida a una dama de compañía y a una bailarina de relleno en un club de alterne.

Sin embargo, al capitán Bolaños le resultó de una utilidad inestimable a la hora de hacer el seguimiento de los supuestos agitadores peruanos. La bailarina rusa o ucraniana, conocida como Irina Borisova, había residido en varias ciudades a lo largo de sus primeros años de exilio. Años en los que había ido dando tumbos de un lugar a otro, hasta que llegó a considerar Francia como su hogar más o menos definitivo.

Siendo una joven y virtuosa bailarina huida del Ballet Bolshoi, al cabo de muchas peripecias y de superar más de una penuria, logró hacerse un hueco en una compañía de danza moderna, en París. Con los escasos recursos de que disponía, se alojó en una pensión del Barrio Latino, en la Rue des Trois-Frères, donde el trato con los inquilinos, la comida y la higiene dejaban bastante que desear. Su esperanza era progresar y poder conseguir un puesto en alguna compañía de primera línea en la danza clásica.

Quizá pensó que la lamentable calidad de la comida sería un buen acicate para mantener su figura. Al cuarto año de intentarlo y cerca de cumplir los veintiséis, el sueño del ballet clásico hacía tiempo que se había desvanecido. Gracias a sus relaciones con un empresario alemán, consiguió un papel interesante en un club llamado The Blue

Parrot, El Loro Azul, en Múnich, y mantuvo un tormentoso romance con el exquisito Serguéi Andréiev, el bailarín de ballet clásico más famoso de la compañía, entonces demasiado joven, vanidoso y todavía un principiante.

En ese periodo de su azarosa vida y para empeorar su precaria situación, Irina se enganchó a la cocaína. Lo que empezaba a resultar una ruina para su aspecto y para su bolsillo. El paso del tiempo, la indiferencia germana y su afición a la cocaína y al vodka, estaban amenazando con dar al traste con su equilibrio emocional, con su arte y con la promesa de su juventud. Sergio Bolaños demoró muy poco en llegar a la conclusión de que aquella muñeca rota era un caso perdido y que no tenía solución. Al igual que otro más de los hombres que habían estado a su lado, supo utilizarla para su servicio. Hasta el extremo de que sería para él el nexo que le permitió llegar hasta el fondo de la conciencia de sus compatriotas involucrados en actos de agitación.

La cama era antigua y demasiado grande para una persona o en comparación con las pequeñas dimensiones del departamento, como lo era el resto del mobiliario del departamento de Irina. Ella todavía conservaba mucho de esa belleza exótica que iba en franca decadencia. El perfil de aquel rostro perfectamente dibujado, la cascada de pelo rubio libre de fijador y el cuerpo flexible y escultural, serían la tentación que estaba conduciendo, dirigidos desde las sombras por el astuto Bolaños, a los agitadores peruanos. Unos meros aprendices de radicales estalinistas que perdían sus prejuicios y la cabeza en el departamento y en la cama de la bailarina.

Irina tenía la costumbre o la manía de estirarse las patas de gallo con los dedos y las arrugas alrededor de los ojos. Porque la edad era el principal punto débil de aquella mujer. Irina debía ser unos ocho o diez años mayor que Sergio Bolaños. El desgaste de su piel era la única fisura externa en su hermosa fachada aristocrática. La bailarina llegaba a su apartamento a eso de las tres de la madrugada, acompañada del «invitado» de turno. Bolaños había preparado previamente el cocktail al nuevo invitado y esperaba con deferencia parapetado en su departamento. Cuando juzgaba que era el momento de actuar, abría la puerta de la casa de su amiga, se acercaba sigiloso al umbral de la única habitación, se quedaba inmóvil mientras observaba a la pareja dormida en la cama. El aroma a sexo, a alcohol y a tabaco siempre le excitaba.

El punto era que se tenía que quedar con las ganas y a partir de ese instante se imponía su profesionalidad. De tal modo hizo su trabajo que, con pasmosa indiferencia, registraba las pertenencias de su objetivo, hacía copias de agendas, llaves, etc. De esa manera fue capaz de registrar las habitaciones, colocar micrófonos, grabar los

encuentros de los peruanos con los agentes de la KGB y miembros de la Stasi e incluso con militantes sindicalistas, comunistas más o menos recalcitrantes de Chile, Argentina, Uruguay y Brasil. Contando con la complicidad pasiva de Irina Borisova, logró enviar al embajador Manuel Escalante en París el material más preciado que el indolente embajador jamás hubiera soñado lograr.

Fue al final del día cuatro de octubre. El mismo Sergio Bolaños, al regresar de sus clases en la universidad, quien la encontró. La puerta del departamento de Irina estaba entreabierta. La luz amarillenta se metía reptando hasta el pasillo, a esas horas un tanto oscuro. Sergio Bolaños golpeó en la madera y dijo «Gute nacht, Irina», como si tuviese la intención de pasar de largo e ir a su piso. Al no obtener respuesta, se extrañó bastante. Se asomó al umbral del pequeño apartamento. Lo habían destrozado. Papeles, libros, abrigos, bufandas, ropa interior y utensilios de cocina habían sido esparcidos por el suelo. Había comida enlatada, posos de café, rastros de carbón del samovar y vodka derramados por la alfombra. La ropa interior de Irina aparecía tirada en el respaldo de una de sus dos sillas con respaldo de cuero.

Irina se hallaba tendida boca arriba, como una reina, en aquella gigantesca cama bastante anticuada. Molesto por lo que estaba viendo, Sergio Bolaños arrugó la nariz en un mohín reprobatorio. Pensó que ella se había ido a dormir la embriaguez en medio de aquel destrozo. Como si fuera una jovencita caprichosa después de una pataleta. Al fijar la mirada con más detenimiento, le vio los cardenales morados en el cuello… ahí surgió la alarma. Con extremo cuidado cruzó la habitación de puntillas. Por un instante se movió sobre la figura boca arriba como si temiese molestar a los muertos. Irina tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija. Sergio Bolaños comprendió que aquello era una pésima señal. Los cadáveres que había visto presentaban los ojos muy abiertos y la mirada fija. Le alcanzó la muñeca vacilante y con mucho cuidado. Intentó encontrarle el pulso. No lo tenía. Estaba muerta.

¿Habría sido su último amante el que le había hecho esos cardenales y había provocado su muerte y los destrozos? Sergio Bolaños retrocedió hasta la puerta, persiguiendo con la mirada el reguero de destrozos. Se preguntó si la desdichada Irina tendría familia que querría saber la identidad y el nombre del responsable de aquello. Supervisó el apartamento con ojo crítico, buscando… ¿qué? Estaba la cama donde dormía, el armario con la puerta abierta hasta atrás, el espejo de cuerpo entero, las dos sillas, un quemador de gas, que apenas usaba…

Los ojos de Sergio Bolaños repararon en una jeringuilla hipodérmica abandonada entre el armario y la cama y empezó a

comprender. Su mente se llenó de aprensión. La policía berlinesa no se molestó en abrir una investigación, puesto que se trataba de «una furcia rusa». El médico forense que le hizo la autopsia certificó que la muerte de Irina era accidental, una sobredosis de heroína. Sergio Bolaños no se lo creyó, debido al hecho conocido por él de que Irina era aficionada a la cocaína, y nunca se había inyectado heroína.

* * *

El capitán Sergio Bolaños no era oficialmente un agente del espionaje, a pesar de que las exigencias que le hacían fueran interminables. Llevaba días sin apenas dormir, desmoralizado y frustrado. Se preguntaba si se le podría o no se le podría culpar de la nueva muerte de una mujer. ¿O sí? Se sentía culpable, por supuesto; sería su pecado eterno haber expuesto a Irina y haberla dejado caer en las fauces de los despreciables comunistas, sin posibilidad de salvación. Le había fallado. Del mismo modo que le había fallado a Anna Brous. Total, ¿para qué?

No estaba seguro de lo que estaba pensando. No, no era verdad. Sabía lo que estaba pensando, aun cuando no sabía adónde le conduciría. Estaba aburrido de intentar hacer que el puzle encajara, de seleccionar las mismas piezas, las que tenían buena pinta y de probarlas y probarlas en los mismos lugares en los que no encajaban. Le fastidiaba y mucho, contemplar las piezas dispersas delante de sus narices, sospechando que la imagen que iban a crear cuando se unieran al final iba a hacérsele más que desagradable. Después de haberlo intentado, de haber involucrado en sus planes a otra mujer, el resultado había sido catastrófico. A pesar de sus advertencias, de todo lo que había averiguado, los comunistas se habían estado colando en las Fuerzas Armadas del Perú como la mierda por las alcantarillas y nadie los detendría. La inteligencia del gobierno era una porquería.

Más de tres horas después de darle y darle vueltas a lo ocurrido, se preguntó que hacía allí, sorteando fracasos y culpabilidades y bebiendo y bebiendo hasta emborracharse solo, en un departamento miserable de Kreuzberg, en la frontera del barrio de los turcos, en Berlín. Mientras tanto, mareado por el whisky y la falta de sueño, lloró la pérdida de Irina, apoyó la espalda contra el respaldar de la silla de la cocina y le cruzó por la cabeza la idea de escribir su renuncia, comprar un pasaje de avión y regresar a Lima. Una sonrisa amarga le deformó los labios, como si tuviera algo ácido en la lengua. «Jamás cambiarás, compadre. Siempre con ese sentido del ultraje. ¡Como si al mundo le ofendiera el hecho de que sus héroes caminen sobre la mierda!». La urgencia que dominaba su vida últimamente, como la certeza de la amenaza revolucionaria en su patria, había situado todas las elecciones que hubiera hecho bajo la luz de una bombilla

inquisidora. Como si fueran siluetas proyectadas contra una pantalla en blanco.

Sus remordimientos y las concesiones habían quedado redimidos por dos cosas: la pulcritud de su trabajo y la confianza en sí mismo. No quería regodearse en su amargura. No quería hundirse en los sentimientos de culpabilidad. No quería culpar a Magnus Heather de la muerte de Anna Brous y tampoco a los despreciables comunistas del asesinato de Irina Borisova. No quería aborrecer al embajador Manuel Escalante por haber sido un miserable trepador inescrupuloso que se había aprovechado de las circunstancias para medrar. No quería ni su indecorosa compasión, eso sería como echar sal sobre una herida.

El orgullo de ser quien era, eso sería siempre lo que le hacía diferente del resto, pensó.

A lo mejor era la confianza en sí mismo, la indiferencia espartana o la falta de fe en el futuro de la raza humana, pero lo curioso sería que Bolaños comenzó a ser consciente de que llevaba la marca del superviviente escrita en sus ojos.

Como muchos peruanos, el embajador Manuel Escalante Montero estaba aburrido de la anarquía, el fracaso, la corrupción galopante, la crisis económica y el retardo de su país. De ahí que empezó a ver con buenos ojos e incluso simpatizaba a medias con el general Juan Velasco Alvarado. El general que, a partir del 4 de octubre de 1968, encabezaría la llamada Revolución de las Fuerzas Armadas del Perú. De igual manera, tampoco podría afirmar que los intentos democráticos le hubieran hecho a su país ningún favor. A lo mejor ya era hora de darle una oportunidad al gobierno revolucionario. Es decir, en lugar de canalizar hacia Lima los informes de su agente Bolaños, prefirió archivarlos y dejarlos a buen recaudo, en espera de sacarles su correspondiente beneficio a futuro.

Los primeros días de noviembre de 1968, Manuel Escalante era llamado a Lima donde sería nombrado ministro de Educación. Sergio Bolaños regresaría a Lima a finales de diciembre para presentarse al examen de ascenso de grado, lograrlo con el número uno de su promoción y para hacerse cargo de su despacho en el Departamento de Recursos Logísticos del Alto Estado Mayor, un cargo meramente burocrático que le permitiría reanudar sus estudios de Derecho en la Universidad Mayor de San Marcos, contraer matrimonio con Mary Elizabeth Luque Golding, la hija del general Luis Alberto Luque González, el jefe de la Séptima Región militar, con sede en Lima y de Judith Golding, una aristócrata de origen británico, culta, estricta, estirada y muy discreta.

Con Mary Elizabeth tuvo dos mellizos, chica y chico, a los que llamarían Judith, en homenaje a la madre de la mamá de Mary Elizabeth y Sergio, como el progenitor.

CAPÍTULO III

–4–

CIUDAD DE LIMA

ABRIL DE 1988

Dos días más tarde de la entrevista con Torcuato Andrade, el economista Saturio Cuevas invita a cenar a Nora Vallejo en los jardines del restaurante del Banco Continental. El economista Saturio Cuevas es uno de los mejores y más cualificados expertos en ingeniería financiera del Perú. Más bien podría afirmarse que es el brazo armado diestro y siniestro de la todopoderosa Familia Arenas O'Hanion. Los jardines del restaurante del Banco Continental se ubican en el sector financiero del distrito de San Isidro, a un costado del Colegio de San Agustín.

El escenario es de ensueño. La noche es muy plácida. En el firmamento asoman miríadas de estrellas y una luna en menguante. El aire está perfumado con esencias vegetales y salitre marino. En el centro de la mesa resaltan un racimo de rosas rojas y un clavel amarillo. El camarero les ha servido dos fuentes individuales bien surtidas de mero a la vizcaína, con una guarnición de arroz a la usanza criolla, recomendación del economista Saturio Cuevas. El alto ejecutivo financiero es un hombre de hablar pausado y modales reposados. Es fornido de cuerpo. Su rostro es un tanto rechoncho y ligeramente rosado. Lo que acentúa la papada que se les pone a algunos ejecutivos o a determinados hombres de negocios a partir de los cuarenta y cinco. Viste un traje gris marengo, hecho a medida.

El alto ejecutivo sonríe abiertamente a su invitada, la atractiva periodista de las piernas largas. Mientras degustan las viandas, el economista Saturio Cuevas facilita a la periodista Nora Vallejo informaciones de un inestimable valor:

–El problema es muy desagradable –expresa el alto ejecutivo financiero, con una entonación entre cautelosa y enojada–. Tres de nuestros camiones fueron asaltados la semana pasada en las cercanías de Talara. Dispararon a los conductores y metieron fuego a los camiones y las mercancías. Los forajidos dinamitaron la pista antes de que un destacamento del ejército acudiera en auxilio de nuestros empleados. Hemos averiguado que los forajidos están preparados. Es decir, tienen formación militar o algo por el estilo.

–¿Son terroristas? –pregunta Nora Vallejo, con curiosidad profesional.

–Yo más bien pienso que no son terrucos los que atentan contra nuestras propiedades. En el Departamento de Piura existen algunas células senderistas o filosenderistas más o menos organizadas, formadas por profesores y estudiantes de la Universidad Nacional y la Escuela Normal del Magisterio, aunque parece que están controladas por los responsables policiales.

–Entonces, ¿quiénes son los que atentan contra sus propiedades, según usted?

–En principio, yo sospecho que son delincuentes relacionados con el narcotráfico. Me explicaré. El general Francisco Rosell, unos días antes de fallecer, firmó un pacto con el coronel Faustino Leary, el banquero Abraham Fheyfer y sus socios colombianos y mejicanos. Nos sobran razones para dar por hecho que los mejores hombres de Rosell pasaron al servicio de Leary. Precisamente esos elementos son los que atacan a nuestros empleados y sabotean las empresas del Estado.

En ese momento, mientras presta su atención y se concentra en las revelaciones del economista Saturio Cuevas, Nora Vallejo sabe con certeza que su interlocutor habla con irreprochable seriedad. Sea lo que sea que tenga en mente, lo que le cuenta posee un valor informativo extraordinario.

–Lo que usted me está contando es muy fuerte. No sé, no sé… ¿Atacarlos a ustedes y a las empresas del Estado? ¿Para qué? ¿Qué buscan con eso? –inquiere la periodista, la cual, aun cuando trata de disimular, está muy interesada.

–Vayamos por partes. Al parecer el economista Abraham Fheyfer recién hizo un pacto con los principales narcotraficantes del Perú. Nosotros creemos que lo hizo para amedrentarnos y obligarnos a secundarle en lo que, para nosotros, son unos auténticos desatinos. Ese hombre ha perdido la razón por completo. El pleito que le enfrenta al gobierno aprista le ha causado enormes perjuicios económicos y muchos dolores de cabeza. Hasta el extremo de haberle trastornado del cerebro. Por otra parte, el general Francisco Rosell era uno de sus principales accionistas en el Banco y se vio muy perjudicado con la intervención del Estado. Según hemos sabido, antes de «morir» el general Rosell había traspasado su paquete de acciones del Banco Norandino a un grupo financiero mejicano. Curiosamente, el coronel Faustino Leary posee un porcentaje de acciones superior al diez por cien en el grupo financiero mejicano. ¿Va tomando nota? Nosotros pensamos que una parte muy importante de las empresas y negocios de Abraham Fheyfer, incluyendo su compañía aérea, estuvieron y siguen estando sustentados en el lavado de activos financieros, el contrabando de armas y de drogas.

–Ya, comprendo. Lo que usted me cuenta es muy interesante. Lo que pasa es que usted no me ha aclarado por qué los atacan a ustedes

y sabotean las empresas del Estado…

–Los sabotajes a ELECTROPERU, SIDERPERU y PETROPERU, los ataques a nuestros camiones y el dinamitado de puentes y carreteras, obedece a una estrategia criminal perfectamente orquestada. La primera intención del señor Fheyfer y sus socios fue la de crear un estado de terror haciendo creer a las Fuerzas del Orden y a la opinión pública que los atentados eran obra de Sendero Luminoso y de los Emerretistas. La segunda etapa consistirá en intensificar las campañas de sabotajes, hasta dejar desabastecidas nuestras principales urbes de productos esenciales, provocando de ese modo el pánico en la población. Hasta llegar a causar el colapso del Gobierno y forzando a la intervención de las Fuerzas Armadas. De momento, han ido intensificando y ampliando sus objetivos hasta tal punto que la han emprendido contra nuestros empleados y nuestro patrimonio industrial, ¿comprende? ¿A ver cómo se lo explico? El banquero Fheyfer es el general en la sombra de un ejército de mercenarios. Ese loco pretende involucrarnos en una guerra muy sucia contra el Ejecutivo Aprista.

–¿Y el Gobierno qué está haciendo? –pregunta Nora Vallejo con un tono no exento de un punto de desconfianza y una buena dosis de prevención.

–Que yo sepa, hasta ahora el gobierno de la Nación ha pasado de puntillas por esos problemas; quizá porque no tiene demasiada información acerca de quiénes son los ejecutores y quiénes los cerebros en la sombra de los bombardeos, ataques a las tropas del ejército y sabotajes a las empresas del Estado. En este caso nosotros consideramos que la inteligencia militar, que es la única capacitada para saber de los planes de esos facinerosos, podría estar «interesada» en dejar que las cosas se sigan pudriendo. Aunque lo más probable será que tampoco dispongan de la suficiente información y que le adjudiquen aleatoriamente los sabotajes y atentados a los senderistas y a los emerretistas. Es más, alguien nos vino con el cuento de que… –hace una pausa e inclina la cabeza unos centímetros, como si pretendiera observar a su invitada desde otro punto de vista; después de pensárselo dos veces, reanuda la frase que acaba de dejar en suspenso–. Bueno, nos comentaron que algunos miembros destacados del Alto Estado Mayor, han creado un cuerpo especial para combatir el terrorismo. El nombre que se le ha dado a los oficiales y soldados que integran ese organismo secreto, es el de Los Diablos de la Sierra. El teórico comandante en jefe de esas recién creadas tropas de elite, es el general Nicolás Herrera, precisamente el Jefe del Alto Estado Mayor.

–¿Los Diablos de la Sierra? ¿Qué es eso de Los Diablos de la Sierra? –le interroga Nora Vallejo, tan interesada como perpleja.

–Al parecer, como le acabo de informar, son unos comandos especiales de intervención inmediata. Dicen que el principal artífice y el jefe supremo es el mismísimo general Herrera. En definitiva, si es verdad lo que nos contaron nuestros confidentes, Los Diablos de la Sierra es la más secreta organización interna del Ejército. Los Diablos de la Sierra son unas temibles brigadas especiales de intervención inmediata, de las que se sospecha que no hay límites, que sus soldados y oficiales no estén dispuestos a sobrepasar en su afán de limpiar el país de focos comunistas, sediciosos y terroristas –hace una pausa para que sus palabras sean comprendidas al pie de la letra por la joven periodista.

Nora Vallejo parece asombrada y valora en su justa medida las confidencias del hombre fuerte de la familia Arenas; a pesar de lo cual, no está del todo convencida en cuanto a que sean verídicos al cien por cien los datos que le ha facilitado. Su mente es un torbellino. Necesita procesar a la velocidad del rayo el chaparrón de confidencias y, al mismo tiempo, llegar hasta el fondo de lo que se le antoja un embrollo político de dimensiones apocalípticas. En un instante de pausa, mientras trata de ganar tiempo y organizar sus ideas, observa al economista a los ojos con suma atención.

El hombre corpulento, de una mirada de hielo, resiste la observación de la mujer y apenas si esboza una sonrisa condescendiente.

La noche es fresca y húmeda. El robusto cincuentón parece sofocado dentro de su terno gris y ajustado, cuyos botones plateados resisten a duras penas la presión de sus abundantes carnes y su generoso abdomen.

–Le confieso que me siento tan desconcertada como abrumada, economista Cuevas –reconoce la periodista de las piernas largas e inclina la cabeza, procurando dar la sensación de que está agradecida por la información, aunque procura no parecer servil ante su confidente–. De lo que usted me cuenta, puedo deducir que esas supuestas tropas de elite podrían ser las que atentan contra las propiedades de ustedes y las empresas del Estado, ¿es posible? Si es así, ¿con qué objeto? ¿Por qué lo hacen?

–Si fuesen las tropas que integran Los Diablos de la Sierra los que dinamitan las carreteras, bombardean los puentes y atentan contra nuestros transportes, sería, según mi opinión, para generar un clima de terror, inseguridad y descontento social, lo cual precipitaría la caída del Gobierno, como ya le he dicho. Yo sinceramente no creo que, si es verdad que existe ese organismo secreto dentro del ejército, sea el causante de los sabotajes de los que hablamos. Conociendo, como conozco al general Herrera, más bien me inclino a imaginar que, de haber creado esos cuerpos especiales, sería para que operasen en la

Sierra contra los senderistas y en la Selva contra los emerretistas. Si tuviera que apostar, apostaría sin la menor duda por los mercenarios de Abraham Fheyfer, de Leary y de sus socios. Me refiero a los narcos colombianos y mejicanos –el rumbo peligroso que ha tomado la conversación le fuerza al economista Cuevas a dar un giro sutil, entendiendo que tal vez ha hablado más de la cuenta–. También es posible que el gobierno aprista sepa lo que pasa y que no le interese que se entere la opinión pública de lo que está sucediendo. Yo soy de los que opinan que la situación política, económica y social del Perú es desastrosa. También soy de los que está convencido de que el gobierno aprista ha perdido el control del Estado y no sabe cómo enfrentarse a los mercenarios de Abraham Fheyfer y del coronel Leary. Incluso es posible y yo no lo descartaría que en esos grabes problemas los apristas estén comportándose de forma bastante insensata. Todo lo cual deriva de la nefasta política aprista, comenzando por los planes de estatalización. De veras le digo que por estos derroteros nos vamos derechitos al abismo. ¿Se da cuenta? –recalca en un tono de voz que rezuma mal humor el gerente Cuevas.

–Ya, comprendo, comprendo. Reconozco que usted maneja informaciones que no están a nuestro alcance. Me imagino que usted está acertado en sus observaciones; pero si le digo la verdad, yo no termino de ver las cosas claras. Admitiendo que nuestro país es un hervidero y que nada es lo que parece, incluso aceptando que lo que a usted le han contado sea verdad al cien por cien, a mí me sorprende que el banquero Abraham Fheyfer haya pactado con la gente del hampa y que se haya rebelado contra ustedes. Al fin y al cabo, se supone que es de los suyos. Quiero decir, que es un poderoso empresario y que forma parte de eso que nombran Los Siete Hermanos.

–Bueno, como ya le he dicho, el señor Abraham Fheyfer se volvió loco y ahora hace la guerra por su cuenta y riesgo. En un principio estuvo de nuestro lado, pues quería que le apoyásemos para que pudiera recuperar el control de sus bancos y financieras. Luego entre que los planes no le salieron como había previsto, que el gobierno aprista siguió propinándole cachetadones económicos, que se le ocurrió enredar en historias de prensa y de política y que lo involucraron en negocios un tanto turbios, se vio acorralado y no le quedó más remedio que pactar con el general Rosell y posteriormente con el coronel Faustino Leary y sus compinches. Sus nuevos socios le forzaron a involucrarse en la pelea y pasar a la ofensiva –relata Cuevas a la carrera y sus palabras parecen revestidas de una sincera preocupación.

–Es decir, que para el señor Abraham Fheyfer y sus socios, ustedes han pasado de aliados a enemigos; por eso los sabotean como

sabotean las empresas del Estado, ¿no es cierto? –insiste Nora Vallejo.

–Más o menos. A nosotros nos sabotean para obligarnos a pactar con él y secundarle en sus delirios, como ya le dije. En lo que concierne a los sabotajes y atentados contra las empresas del Estado, lo que buscan esos desalmados es generar un clima de inseguridad y violencia que lleve al colapso al Régimen Aprista, insisto. Es más, yo estoy totalmente convencido que Abraham Fheyfer y sus socios no se detendrán hasta que el ejército expulse al APRA del gobierno y los militares asuman la gobernación de la República. Ese hombre es medio paranoico y está convencido de que una vez que los generales asuman el poder político del Estado, él recuperará sus propiedades y la titularidad de sus negocios.

–Aun cuando el señor Abraham Fheyfer fuera un paranoico o un desquiciado del cerebro, como usted me cuenta, hay que reconocer que su estrategia, aunque a las personas que nos consideramos normales nos repugne, para un hombre como él es bastante coherente. Dígame una cosa, el señor Abraham Fheyfer, ¿dónde reside en estos momentos?

–Las noticias que nosotros recibimos son las de los antiguos directivos de su banco. Según ellos, hace cosa de tres meses que salió del Perú. En estos momentos podría estar residiendo en las Bahamas o quizá en el Ecuador. ¿Quién lo sabe?

–¿Qué tan grave es la cuestión?

–Lo es. El coronel y exjefe de Aduanas en el puerto de El Callao, Faustino Leary, es posible que sea el representante del Cartel de Medellín en el Perú. Ese sujeto es muy peligroso. Al parecer, el general Francisco Rosell, antes de morir, pactó con Leary y le traspasó su negocio, incluyendo los contactos, los hombres mejor preparados, las instalaciones y los asesores legales. Lo más inquietante de este enredo es que un hombre en apariencia fuera de toda duda, como se supone que era el economista Abraham Fheyfer, se haya aliado con un individuo tan poco recomendable como el coronel Leary. Aparte de lo que le estoy conversando, hay un sector del Ejército que está corrompido hasta la médula y que se beneficia de las coimas de los unos y los otros. En tanto unas tropas luchan en la Sierra contra los senderistas y otras en la Selva contra los emerretistas, los principales narcotraficantes aprovisionan de armas a los unos y los otros. Para colmo, más del setenta por ciento de los dólares que circulan por el mercado alternativo de este país sale del tráfico de estupefacientes, del contrabando de metales preciosos, de la trata de carne humana y del contrabando de automóviles.

El resto es de robos o de la venta de conciencias. Estamos mal, pero que muy mal, amiga mía –responde Cuevas, con un rápido movimiento de cabeza–. Acto seguido se pasa la mano por la barbilla

en un gesto involuntario de preocupación.

La espigada periodista conoce al alto ejecutivo del Grupo Arenas lo suficiente para dar por verosímiles sus confidencias. Si bien es verdad que no le es del todo simpático, valora de él la lealtad con los suyos y la inteligencia del eficiente profesional, puesta al servicio de la Corporación. Esta vez, en cambio, se siente impresionada por las confidencias que ha tenido a bien compartir con ella; no obstante, sospecha que no es del todo inocente en sus manifestaciones; de ahí que se atreva a preguntarle:

–Economista Cuevas, ¿por qué me conversa de unas cuestiones tan comprometedoras? ¿Es porque algunos colegas interesados andan diciendo que tengo buena mano con el gobierno aprista? ¿O tal vez me está sugiriendo que emprendamos otra campaña moralizadora en la cadena televisiva?

Nora siente que a su interlocutor no le ha hecho ni pizca de gracia lo que acaba de soltarle a manera de justificación o para sondear el terreno. Se percata de eso apenas la última palabra ha salido de sus labios. A pesar de lo cual esboza una sonrisa angelical y no se da por enterada. Un destello fugaz cruza la mirada del economista Cuevas por una fracción de segundo, pero no dice nada. En realidad, Cuevas está haciendo un esfuerzo mental de contención y precisa emplear su nada desdeñable capacidad de autocontrol para atemperar la ira que le embarga.

Al final, el amago de enojo queda en una mueca de enfado. La salida de tono de la periodista de las piernas largas le ha pillado por sorpresa. Parpadea un par de veces, esboza el ademán de inclinarse hacia delante, carraspea y frunce los labios. Cuando reanuda el diálogo, ha recuperado la calma y el talante cortés:

–Ni lo uno ni lo otro. En absoluto. No me molesta lo que usted piense. Lo que hemos conversado puede tomarlo como le plazca o hacer lo que juzgue más conveniente. Mientras no tergiverse las informaciones que le estoy facilitando… Yo estoy convencido que usted es una profesional íntegra, no es de «esa calaña», ¿comprende? Por si lo desconoce, le conversaré, a título de información, que nuestro Grupo cuenta con un paquete de acciones muy importante en Interamericana de Televisión. Yo me atrevo a asegurar que la Familia es propietaria de más del sesenta y cinco por ciento de las acciones de la Cadena. Lo traigo a colación por lo de la «campaña moralizadora». Me parece que usted se excedió en el comentario, amiga mía. Usted es consciente de que ningún ejecutivo, o desde la gerencia o la dirección, ha puesto cortapisas a su trabajo ni le ha dictado normas de conducta profesional, ¿no es verdad? Nosotros confiamos en nuestros profesionales y de manera especial en quienes, como es el caso de usted, dan pruebas de capacidad, honradez y competencia. Le estoy

conversando de unas cuestiones tan delicadas, porque confío en usted, me encanta su manera de ser y porque la considero una profesional extraordinaria y una mujer inteligente y justa. ¿Es suficiente?

En el modo de expresarse el economista Saturio Cuevas es perceptible una suave y a la par tajante advertencia, que se percibe en el timbre ligeramente acerado de su voz. Nora Vallejo pliega velas y retira la vista del rostro del gerente Cuevas, un tanto desconcertada.

Por fortuna para ella, se acerca el mesero con la carta de los postres. Saturio Cuevas recomienda a su invitada un panqueque relleno de mermelada de cerezas y crema de menta. Todavía sin reponerse del todo del patinazo, finge no haberle entendido y se aplica al postre recién servido. El alarido de las sirenas de los autos policiales que recorren la avenida Javier Prado les sumerge durante unos instantes en un incómodo silencio. Cuevas relaja la tensión y regresa al problema que tanto le inquieta.

–Abraham Fheyfer y sus socios son muy peligrosos. Sospecho que están tramando algo muy grave. Me inquieta lo que está sucediendo y lo que podrá suceder. Si ese viejo loco hubiera estado en su sano juicio, podía haberse aliado con Mario Vargas Llosa, como lo han hecho Bedoya y Belaunde; pero se ha rehusado a ofrecerle su apoyo, ¿por qué? En lugar de promover alternativas políticas y de plantear sus reclamaciones en los tribunales nacionales o internacionales, decide aliarse con los capos del narcotráfico y desaparece del país. Todo esto es muy extraño, muy extraño –en vista de que su interlocutora guarda silencio, en tanto elabora una respuesta adecuada; al cabo de unos segundos reanuda sus reflexiones en viva voz–. Lo cierto es que hay muchos negocios oscuros que están cociéndose en el Perú, para nuestra desgracia y la de nuestra gente. Si los narcos y los terroristas destruyen puentes y carreteras, siembran el pánico y nos impiden sacar los productos del campo, de la Sierra y de la Selva, muy pronto empezarán a escasear los alimentos en nuestros pueblos y ciudades, ¿comprende? Entonces el Gobierno pone fin a los sabotajes, los saqueos y los atentados o de aquí en breve nuestros pueblos y ciudades se convertirán en auténticos infiernos de inseguridad y violencia.

–¿Me cuenta usted eso porque están enemistados con el gobierno aprista? –vuelve a reincidir la periodista.

El economista Cuevas clava una mirada de enojo en el rostro de la periodista impertinente. Si no llegara a ser por la atracción que ella ejerce sobre él y de la cual ambos son conscientes, se mostraría contundente con ella. Las preguntas de la atractiva periodista son inoportunas, mordaces y le producen malestar. Cuevas menea la cabeza en un intento de sacudirse el enfado, carraspea por segunda vez, parpadea, se limpia los labios con la servilleta y bebe de la copa

de vino. Al hablar de nuevo, se expresa de manera contenida, manteniendo fija la vista en su interlocutora.

–Por supuesto que nada tiene que ver lo que le converso con el hecho de que estemos enemistados con los dirigentes del APRA. Si he dicho lo que he dicho, es porque estoy muy preocupado, ¿me comprende? Si en vez del APRA fueran otros los que gobernasen, opinaría lo mismo y hablaría de ello en confianza con usted, como lo estoy haciendo. Este desgobierno es nefasto para todos, mi estimada amiga, para todos sin excepción. Para los ricos y para los pobres. Si usted me lo permite, reconozco que entre el gobierno aprista y nosotros hay graves contenciosos pendientes de resolución en los tribunales. Sin embargo, le prometo que estaría tranquilo si viese que los apristas se ocupan de gobernar y les entra la cordura. Ahora bien, si el actual estado de inseguridad continúa disparándose, si los subversivos prosiguen en su avance y los narcos también, es posible que los apristas lleguen a parecernos unos santos en comparación con el drama que se nos viene encima. ¡Qué cosa, verdad! Nos estamos hundiendo de a poquitos, señorita. Si Dios no lo remedia, el Perú va derechito hacia el abismo.

Mientras habla, la somete a una contemplación absorta que atufa a salacidad. Es más, pone cara de cordero degollado, tiene la boca entreabierta y casi se le cae la baba solo con que la bella mujer le regale una sonrisa. El economista Cuevas es un hombre de costumbres piadosas, recatado y discreto, que solo en rarísimas ocasiones sucumbe a pensamientos y deseos impuros.

Nora Vallejo hace tiempo que ha advertido que él la desea, si bien disimula y le sigue el juego. La mirada del economista Cuevas corre por los brazos, asciende a la boca, entra al escote y se posa en los pechos, la desnuda con la vista y con los pensamientos. Ella, entre halagada y divertida, coquetea y finge no enterarse de lo que ocurre. De repente, le sostiene la mirada hasta qué él, turbado y confuso, desvía la suya.

La velada no da para más. La periodista de las piernas largas se incorpora de un respingo y aduce la necesidad de telefonear a su equipo de redacción. Entra en el salón del restaurante y solicita un teléfono. Sus compañeros en los estudios requieren sus instrucciones e incluso que ella en persona tome la iniciativa de inmediato. El punto es que ha surgido un probable tema que exige una urgente respuesta.

–Nos están llegando noticias de que en el distrito de Comas vienen concentrándose centenares de vecinos en la plaza del Mercado. Es posible que se produzcan altercados públicos, pillajes, desmanes y saqueos. También es probable que haya enfrentamientos contra la Guardia Republicana –le advierte su productor–. ¿Qué hacemos, pues?

–Ah, ya, comprendo. Esperen un ratito; ahorita nomás estoy con

ustedes. Preparen la unidad móvil.

Cuando sale al jardín, Saturio Cuevas acaba de abonar la cuenta y aguarda a pie firme al costado de la mesa. Ella le agradece la velada. Se despide de él con un beso en la mejilla a la rápida, en tanto observa los coches que circulan por la avenida. La luz cambia y hace que unos se detengan y otros avancen. Alza la mano y en el acto se detiene un taxi. Abre la portezuela trasera y se embarca con rapidez.

Nora Vallejo está demasiado excitada para apoltronarse en el asiento trasero del auto. Le encantaría manejar ella y hacerlo a toda pastilla. Se recuesta y reprime un suspiro. Está tentada de pedir al taxista que acelere al máximo, si bien permanece atenta al tráfico y guarda silencio.

Poco a poco, las cosas de la realidad, del mundo real que existe a ambos márgenes de la cinta de asfalto, comienzan a penetrar de nuevo, devolviendo a Saturio Cuevas, al banquero Abraham Fheyfer y al narco Faustino Leary a las estanterías de su cabeza. A pesar de lo que imagina, sigue habiendo una interacción incómoda entre los dos mundos: el de las truculentas conspiraciones y el de los insignificantes conflictos diarios. Mira hacia atrás y atina a reconocer al economista Cuevas detenido en la acera. Ahí es que se da cuenta de que, de alguna manera, ese hombre se ha transformado en el punto de intersección entre ambos. En la ligadura que une a las diferentes vertientes de la realidad consigo misma.

Saturio Cuevas se ha quedado plantado en medio de la vereda. De momento tendrá que conformarse soñando con acariciar los senos, abrazar la cintura, perderse en las sinuosas curvas y besar los labios de la bella periodista que acaba de perderse en el tráfico de la avenida Javier Prado.

–5–

En pocas palabras, sus colaboradores en los servicios informativos colocan en antecedentes a su jefa, la directora de la Sección Informativa de la cadena televisiva, acerca de los penúltimos episodios de violencia que están aconteciendo en los distritos populares de la urbe. Conflictos derivados de la especulación, la carestía y el desabastecimiento:

> «Los pobladores de la urbanización «El Naranjal», en el distrito de Comas, han organizado una asamblea general y se proponen asaltar el Mercado Popular.
>
> El vértigo comienza: Atraviesan los distritos de Miraflores y San Isidro, recorriendo a toda velocidad las amplias avenidas de la Lima acomodada, hasta internarse en pasajes sombríos y callejas desérticas y oscuras. Atrás quedan los escaparates de las lujosas tiendas, los autos exclusivos, la iluminación de neón. Al final del trayecto les aguarda la estrechez y la penuria, las casitas humildes, los huecos en el pavimento y el imperio de los perros callejeros. Han desaparecido las estrellas y la luna.
>
> A medida que van internándose en el Cono Norte, un sudario fantasmagórico parece cernirse sobre las urbanizaciones y los asentamientos humanos, como si hubiese sido dispuesto deliberadamente para ocultar la dimensión de la pobreza extrema.

Así como han descendido del lujo a la penuria más irreverente, la noche plácida es ahora la noche enferma, la noche turbia».

Los componentes del equipo de periodistas que viajan en la unidad móvil, sortean baches y zanjones, recorren el suburbio y recalan en un pasaje abarrotado de gente. A falta de alumbrado público, mil veces interrumpido a lo largo del año, las antorchas y los hachones rescatan de las tinieblas una muchedumbre crispada y gritona. Los cientos o miles de pobladores, hijos de la Lima pobre, continúan sumándose a la más que concurrida asamblea popular.

Desde su época como estudiante universitaria en la Universidad Católica de Lima, hay ocasiones en las que Nora Vallejo siente ese pálpito que denomina «la misteriosa vibración fatal». Es la vibración que planea en la atmósfera cuando cientos de voluntades convergen en una defensa común. Años atrás lo experimentó en las trincheras, al lado de sus colegas universitarios que se rebelaban contra las dictaduras de los generales Velasco Alvarado y de Morales Bermúdez. Desde esa época, casi siempre le acompañan las vibraciones que preceden a las tragedias.

El punto es que los protagonistas de las tragedias respiran, forman parte, son en sí mismos el núcleo fundamental de la tragedia. Son la expresión genuina del sentimiento trágico de la existencia. La fatalidad está ahí y revolotea sobre las cabezas de los insurrectos. A fuerza de empellones, jalones y codazos, los reporteros de televisión que capitanea Nora Vallejo consiguen abrirse paso hasta las proximidades de una cancha de deportes, donde se han arremolinado centenares de vecinos. Hombres y mujeres de cualquier pelaje y condición enarbolan armas arrojadizas, varas, palos, garrotes y antorchas. Entre tanto vociferan arengas cargadas de motivos de discriminación, de hambre y de rabia.

Dos mestizos corpulentos, rudos, malcarados, que blanden sendos garrotes descomunales, cortan el paso a los reporteros de televisión.

Pese a que los periodistas tratan de demostrar que acuden en son de paz, los rostros de los pobladores están muy lejos de reflejar confianza. Más lejos están de reflejar simpatía con los chicos de la prensa. En la puerta principal de acceso a la cancha aparece un hombre desdentado que a primera vista parece muy viejo; no obstante, en una segunda mirada evidencia los ademanes rápidos y la agilidad felina de un hombre relativamente joven y sin la menor duda muy agresivo, a juzgar por sus gestos y su expresión facial.

Muchos de los amotinados se acercan y los rodean, decididos a echar a garrotazos a los forasteros.

–Ahí, nomás. Alto, deténganse, deténganse. ¿Adónde creen ustedes que van, caballeretes? –ladra el desdentado, el cual blande una barra de hierro de considerables dimensiones.

La mayoría de los congregados enarbola rejones, piedras, huaracas, palanas y lanzones. El bochinche va en serio. Como es obvio, la asamblea de menesterosos no está para exquisiteces. Decenas y decenas de amotinados rodean a los periodistas. Los más atrevidos enarbolan los garrotes y otros amenazan con arrojarles encima las antorchas encendidas.

Una vieja cadavérica, de tan flaca, manchada de lunares y surcada de arrugas, al primer vistazo reconoce a la estrella de televisión y lo transmite en viva voz a la concurrencia:

–Déjenlos pasar, pues. Vean, vecinos; son periodistas de la televisión. Ella es la doctora Nora Vallejo, la presentadora de los noticieros de Interamericana de Televisión. ¿Qué no se dan cuenta?

Como por ensalmo aflojan los gritos de los que arengan. Un runruneo de murmullos sustituye a los comentarios en sordina de los parlanchines. Muchos se encaran con los reporteros. Los más les exigen explicaciones. Alguno que otro recela de la presencia de la gente de los medios de comunicación en la asamblea popular.

Un negro grandote que exhibe un vozarrón de trueno, vocifera:

–¿Qué quieren ustedes? ¿Qué vienen a traernos? ¿Pancito y leche?

Desde la retaguardia un tapado gruñe a todo pulmón:

–¡Que se larguen! Si más son los embustes que cuentan que el favor que nos hacen.

–Verdad es lo que dice, señor –interviene una vecina irritada que porta una estaca de respetable dimensión–. Los que hablan en la televisión nos sindican a todos nosotros de delincuentes y de sediciosos… ¡Qué lisura es ésta! Gente somos. Hambre y no otra cosa es lo que tenemos. Sediciosos no somos.

El mestizo bigotón que parece investido de autoridad y que arenga a los suyos con un megáfono pegado al hocico, tercia:

–Tengan calma, vecinos. No seamos descorteses con los chicos de la prensa. Que ellos vean lo que está ocurriendo, pues. Todititos fregaos estamos. ¡Acá no hay nada que comer! Nuestras criaturas padecen hambre y enfermedades. ¿Qué cosa es lo que sucede, pues? Los vecinos de este sitio somos gentes de paz. Acá ninguno quiere salir a la calle a formar bochinche. Los pobladores no robamos ni subvertimos el orden. Los que residimos en este barrio, nomás reclamamos lo que es nuestro. Trabajo y comida es lo que pedimos.

Un hombre negro de nariz afilada y barba corta, que sostiene una especie de guadaña gigantesca, grita con énfasis retórico:

–Naturalmente que hay mucha gente por estos sitios, llena de rabia justificada por la forma en la que les han tratado, por la discriminación que sufren en sus vidas. La gente tiene que encontrar una salida para sacar esa rabia. Algunas veces, cuando el sistema político no responde a las medidas pacíficas… no queda otra

alternativa que emplear la fuerza…

Las antorchas de las cámaras de televisión atraen a los insurrectos, como la luz de las bombillas atrae a los insectos. Arrecia el vocerío y recorre el pasaje de extremo a extremo.

–¡Nos niegan el arroz!

–¡Qué ninguno de ustedes dice que ni remedios quedan en las farmacias para los enfermos!

–¡Que el mundo entero se entere que el gobierno del APRA nos está matando apuro hambre!

–¡Todos los políticos de este país son igual de rateros, de corruptos y embusteros!

–Los políticos nos roban y los comerciantes especulan y esconden las menestras.

Una tropa de serranitas, pegadas a los focos de las cámaras, gritan a pleno pulmón las pestes que les acuden a las mientes en contra de los responsables de que el precio de la cesta de la compra esté subiendo por las nubes y que no haya trabajo para sus maridos. Los gritos lo invaden todo. Entre los hachones, las antorchas, las velas, las lampas, las palanas, las huaracas y los palos, sobresalen las soflamas de los cabecillas y las imprecaciones de la turba enardecida. Más y más pobladores irrumpen sin cesar en la cancha deportiva, armados de antorchas, varas y herramientas con las que derribar las puertas del Mercado Zonal, objetivo final de los pobladores amotinados.

Las consignas de guerra sofocan los gritos de los que se desgañitan solicitando paciencia. Grupos de hombres y mujeres enardecidos abandonan la cancha en tropel y ponen rumbo al descampado en el que está ubicado el edificio central del Mercado Popular. Una tropilla de la Guardia Republicana protege las cuatro puertas de acceso al recinto comercial. Los guardias han sido avisados por los dueños de las tiendas y han recibido la orden de sus mandos superiores de mantener la seguridad ciudadana, disolver los conatos de motines y, en especial, impedir los saqueos y repeler a los insurgentes como sea, incluso haciendo uso de las armas reglamentarias.

No sin esfuerzo y a codazos, Nora Vallejo ha logrado llegar hasta una esquina de la plazuela; trepa hasta lo alto de un montón de escombros. Ahí se apalanca, un metro o más por encima de las cabezas de la marea humana. Desde esa atalaya improvisada observa el panorama. En unos instantes la muchedumbre ha abarrotado por completo la amplia explanada. El pavor que conmueve el ánimo colectivo de los insurrectos, de ser perceptible, ha quedado reducido a un soplo de brisa que revolotea hacia lo alto. La determinación de «ir por todas», arrasa con los sentimientos individuales. La periodista de las piernas largas presiente lo que está en trance de acontecer, pese a que nada haya trascendido. Los pobladores del suburbio invocan el

más elemental de los reclamos: el hambre.

La procesión de menesterosos avanza en dirección al centro de la explanada. La mole del mercado en sombras adquiere la forma de un templo sin espadañas, sin campanarios. Un templo triste elevado en medio de la nada. Ninguno de los amotinados retrocederá. Aun cuando las arengas de los unos y los otros saturen el aire convocando a la lucha, la elección de la inmensa mayoría de los sublevados es irrecusable. El hambre los empuja a transgredir las leyes, a subvertir el orden y a inmolarse, si fuera preciso. Ahí ninguno toma precauciones. La extrema necesidad es patrimonio de la comunidad entera.

Nora Vallejo es consciente de que la exaltación que guía a los amotinados terminará arrastrándolos al sacrificio. Lo peor de todo es que, hagan lo que hagan, ni en el mejor de los casos lograrán saciar sus ansias y menos aún llenar los estómagos de sus gentes. Antes de que retraten el primer intento de asalto, los molerán a golpes los de la guardia Republicana y les harán picadillo.

A los mandos de las Fuerzas del Orden les interesa un cuerno que los vecinos padezcan desdichas o que enarbolen la bandera del hambre en su más indecorosa expresión. Los guardias de asalto que protegen las puertas del mercado están preparados y pasarán a la ofensiva cuando el primero de los asaltantes plante un pie en las gradas o alguien lance una piedra. Entonces la decisión de los insurrectos acabará desmoronándose, seguro. Porque si la necesidad que les empuja a la asonada es irrecusable, mucho más lo son las armas que portan los guardias.

La historia se repetirá una y mil veces. Nada de original existe en el gentío de desesperados; menos aún en los ejecutores del monopolio de la violencia que ejerce el Estado mediante los cuerpos de seguridad que esperan una orden para pasar a la ofensiva. No bien la avanzadilla toma posiciones frente a las gradas de acceso a la entrada principal del mercado, de súbito la explanada se ilumina al prenderse los focos de la gendarmería. El rebaño humano ha quedado inerme, al descubierto.

Es en ese preciso instante, cuando una exhibición de escudos, varas de castigo, lanzaderas de balas de goma y botes de humo, algunas armas largas y las figuras de una tropa de guardias emboscados en trajes de asalto, delatan que se terminaron las bromas. Las fuerzas del orden están prestas para arremeter contra la sorprendida multitud. El oficial que manda las tropas de asalto, encofrado en el traje de protección, se planta en lo alto de las gradas y echa miradas despreciativas a la procesión de menesterosos. A una orden del comandante, varias decenas de guardias, provistos de armas de fuego, varas de castigo, cascos y escudos, dan un paso al frente enarbolando las lanzadoras de balas de goma, los fusiles automáticos y las varas de

castigo. Los vecinos se detienen en seco. Los de retaguardia empujan a la gente de vanguardia. Los cabecillas de la insurrección, desconcertados, enfriado el ímpetu inicial, empiezan a vacilar.

Pese a estar encofrado en el traje de asalto, a alguno de los vecinos le parece haber reconocido al comandante de la tropa y lo propala entre los suyos: «¡El jefe de los guardias de asalto es el comandante Arnaldo Ortega!». El nombre recorre la explanada como un presagio de pésimo agüero.

El comandante Arnaldo Ortega es la viva imagen de la crueldad y el salvajismo. Hasta los oídos de la periodista de las piernas largas ascienden los rumores de los manifestantes. Le causa una impresión dolorosa y se le encoje el corazón solo de pensar que un oficial al que tildan de inescrupuloso, cruel, abusivo y sanguinario está a punto de hacer cisco las ansias de los vecinos. Es una desgracia. El comandante Ortega se negará en redondo a atender las reclamaciones de los amotinados. Peor aún, cuando le venga en gana ordenará a su tropa que desbarate la revuelta a sangre y fuego.

«¡Me apena esta pobre gente! Ya no pueden retroceder –piensa, sumida en una sensación desagradable, de tristeza blandona–. Estoy convencida de que ese sujeto que comanda las tropas de asalto de la Guardia Republicana disfrutará a sus anchas masacrando a estas pobres gentes. Ese sádico es el peor de todos. Si Dios no lo remedia, en nada que los guardias empiecen a disparar correrá la sangre y a riadas».

La periodista de las piernas largas entorna los párpados y agacha la cabeza, abrumada por sus instintos premonitorios. El giro previsible de la tragedia está marcado de antemano en la voluntad agresiva de la tropa de asalto que custodia el mercado. Después agita la cabeza y hace una seña a los dos camarógrafos que la secundan.

–¡El comandante Ortega! El oficial que capitanea el pelotón de las brigadas de asalto de la Guardia Republicana, es el comandante Ortega. Esto va a terminar en tragedia. Lo estoy viendo venir. Me provoca pánico nomás de imaginar lo que le espera a esta pobre gente.

La periodista de las piernas largas escupe el nombre del comandante de la tropilla de guardias de asalto como si hubiera sufrido el mordisco de una víbora, con el veneno bullendo en cada una de sus palabras, mientras pasea la vista de un extremo a otro del descampado, con no disimulada aprensión.

–Ese sujeto es un mal bicho, un sádico y un torturador profesional. Me estoy temiendo que al final terminará a punta de golpes y balazos con esta revuelta. ¡Meda pena por lo que le vaya pasar a esta pobre gente!

El oficial de la Guardia Republicana se acerca el megáfono al hocico y ruge:

–¿Qué cosa quieren ustedes? ¿Que no saben que les está prohibido agruparse?

Algunas voces rumorean en derredor a Nora.

–¡El oficial que está al frente de las tropas de asalto es un desgraciado! ¡Maldito criminal de porquería! ¡Ese perro sanguinario es un sádico y un asesino!

Los cientos de vecinos congregados en la explanada no demuestran el menor deseo de obedecer. En vez de arredrarse, el ánimo colectivo, acicateado a causa de la extrema necesidad, se enardece más si ello es posible.

Uno de los dirigentes de la asamblea popular asume la voz de todos ellos:

–Somos moradores de este pueblo joven. Venimos en compañía de nuestros pequeños hijos.

–¿Y armados de palos? ¿Y machetes? ¿Y a estas horas de la noche? ¿Qué cosa son ustedes? ¿Es que olvidaron que desde hace una hora se declaró el toque de queda, ah? ¡Déjense de huevadas! ¡Váyanse de este sitio, carajo!

El comandante Arnaldo Ortega se reconoce fuerte, porque confía en sí mismo y en las armas que portan sus guardias. En vista de que los amotinados persisten en sus reclamos, se retira el megáfono de la boca, alza la visera del casco y les echa una mirada desdeñosa. Un negro esquelético, malcarado y haraposo, se adelanta hasta la primera línea y proclama a todo pulmón:

–Señor oficial, véanos bien. Gente de paz somos. Nosotros sufrimos de hambre. Nuestros hijos sufren de hambre. Venimos en son de paz.

–¿En son de paz, a estas horas y armados de fierros, garrotes, varas y rejones? ¡Váyanse al infierno, cholos de porquería! ¡Qué tanto fastidiar! ¿Es que ustedes piensan que los mercados están abiertos a estas horas, ah? ¡Buen chiste, caracho! ¿Y ustedes quieren que les sirvan frijoles y carnecita de res, cierto? ¿Tienen ganas de darle gusto a las muelas? ¡Pues chambeen bonito, carajo! ¡Ya está bien! ¡Qué tanto fastidiar con sus sonseras! ¡Ni una de sus trompas babosas quiero ver en este sitio! Si termino de contar hasta diez y no se largaron, los agarramos a fierrazos y los metemos fuego a todos ustedes. ¿Entienden? Ya me están agarrando sus hijos y se largan donde no los vuelva a ver en la vida. ¡Si me tropiezo con uno de ustedes a menos de un kilómetro de distancia, lo deslomo a garrotazos!

–¡Nosotros no nos movemos de este sitio! ¡Los niños y los mayores tienen hambre! ¡Todos nosotros tenemos hambre! –gritan muchas gargantas al unísono.

–Si tienen hambre, pues tráguense los mojones de sus perros, que tantos tienen. O la caca de sus hijos…

Un vecino impreca, muy cerca de Nora Vallejo:

–¡Ese maldito cachaco es uno de los oficiales que entraron a sangre y fuego en el penal de El Lurigancho! Ese criminal juró que terminará con los pillajes a punta de balas. Ese criminal va presumiendo por ahí que nos arrancará los huevos y los senos a los que se nos ocurra saquear los mercados…

–¡Vete al infierno, cachaco de porquería! –brama otro vecino–. ¡Pues no anda presumiendo el sapo ése que piensa despellejarnos a toditos y nos va a sacar las tripas con el cuchillo! ¡Para arrojárselas a los perros y que las traguen!

–¿Qué tanto será ese bruto? –interviene una cholita regordeta, la cual acuna un bebé en el regazo.

–Mírenlo, pues. Ahí está. ¿Vieron cómo nos reta? Muy machito se cree, porque lo rodean sus cachacos y con los fusiles preparados.

–¡Qué indio para animal!

–Los dueños de las tiendas le pagan para que nos destripe –gime una zambita pechugona; en sus ojos, pequeños y oblicuos, se refleja el temor que le inspira el comandante torturador.

Una viejita corcovada se revuelve entre los de la vanguardia de insurrectos, avanza un par de pasos hasta situarse al pie de las gradas.

–¡Por diosito, señor militar! Tenga compasión de nosotros. Por favorcito, sea bueno. Sáquenos unas menestritas que podamos hacer una olla común, pues. Colabore con nosotros, señor oficial. Delincuentes no somos. Muchos llevamos días de no comer. Ya les devolveremos la plata a los comerciantes cuando encontremos una chambita.

–¡Calla tu boca, vieja cojuda! –vocifera Ortega con una voz más que irritada–. ¡Qué van a dar ustedes, pericotes y prostitutas que son! ¡Mojones darán! ¡Y de los malos, que ni para abono sirven!

–Señor militar –la vieja insiste con su cantaleta–, gente somos nosotros. Gente de respeto somos. Háganos el favorcito, pes. Nomás queremos unos costalitos de arroz y unos camotes…

–Y lentejas y menestras y olluco y mero… ¡Qué tal raza! ¡Lárguense de una maldita vez, mierdosos del carajo!

Las protestas y murmullos de reprobación van elevándose entre los asonados, traídos y llevados como un oleaje embravecido. Algunos han ido acercándose al edificio del mercado, ahí donde no alcanzan a iluminar los focos. Mientras el comandante Ortega impreca a los insurrectos, varios individuos trepan por la pared intentando alcanzar las ventanas.

Los mecheros, las antorchas y los velones comienzan a agitarse en el seno de la mancha humana, enarbolados por decenas de los moradores en pie de guerra. Poco a poco, los pobladores en lucha recuperan los ánimos y crecen los murmullos y las protestas.

El comandante Arnaldo Ortega avanza un paso. Les echa miradas de repugnancia y escupe al piso. Con las mismas, se vuelve de espaldas y expone su trasero a la muchedumbre. Se baja el pantalón y les muestra el culo.

–¿Pues no dicen que quieren alguito para tragar, cholos miserables? Ahí les endilgo mis pedos y que los cenen esta noche. ¿Servidos?

El alarde de grosería acrecienta la crispación. La turbamulta arde de cólera. Los insultos y exclamaciones son una sola voz nacida de la indignación. Es en ese preciso momento cuando comienzan a volar las primeras piedras y los proyectiles en dirección a la puerta central. Algunos cascotes y trozos de ladrillos impactan en las puertas y en las paredes, otros rebotan en las gradas y los más certeros chocan en los escudos que protegen al comandante de las tropas de asalto.

Ortega alza el brazo que sostiene el megáfono y los guardias cargan las armas. Los ojos metálicos brillan en medio de la noche, como si en ese instante nacieran presagios de muerte. Como si la explanada apestase a muerte.

–¡Engendros de sabandijas! ¡Ya les advertí de lo que les pasaría, desgraciados de porquería! Una piedra más que vuele y los quemamos a todos a puros fierrazos. ¡Cagada de gentuza! ¡Ya, pues, a qué esperan para largarse! ¡Váyanse, o!

Los gendarmes de vanguardia apuntan a la muchedumbre inerme. Si bien ni uno solo de los revoltosos retrocede un milímetro. Si existe alguno que está cagado de miedo, lo guarda para sus adentros o lo disimula lo mejor que sabe. Los cabecillas de la asonada permanecen atentos, a la expectativa. Aun cuando los moradores de los Asentamientos Humanos y Pueblos Jóvenes en lucha no retrocedan, tampoco se atreven a reiniciar el bombardeo.

En un lapso de la indeterminación general, la anciana cadavérica cae de hinojos y lloriquea:

–¡Un costalito de papas, nomás! ¡Solo unito, por caridad, señor oficial!

–¡Calla esa boca de poto, vieja cojuda, vieja deshilachada! ¡Vete al infierno, vieja sarnosa!

–¡En el nombre de la Santísima Virgen, se lo suplico! Sea generoso con nosotros, señor oficial. ¡Abra su corazón!

–¡Qué corazón ni que niño muerto! ¡Fuera ya, pues! ¡Lárgate al infierno, con tu porquería de virgen y tus indios muertos de hambre!

–¡Por caridad, señor oficial, por caridad!

–¡Cierra esa maldita boca, escoria! –replica el comandante y su cuerpo se estremece cuando pronuncia la última palabra. A renglón seguido, da un taconazo, alza el brazo derecho en un ademán autoritario, que advierte que, si alguien más se pone sabroso, se atreve

a abrir el pico o desobedecer sus órdenes, ahí se acabaron las bromas y dará inicio al zafarrancho.

Desde el centro de la multitud, un vecino anónimo grita con voz orgullosa:

–¡Qué caridad ni qué huevadas! A esos criminales hay que sacarles la mugre. Ya, pues; vamos por ellos. Nada les debemos a esos desgraciados. ¡Vamos, pues!

El comandante Arnaldo Ortega ha oído con meridiana claridad las exclamaciones del que ha gritado; no obstante, le resulta imposible distinguirlo entre la multitud.

–¡Cierra tu pico, cagajón de acémila! Mira que, si te agarro, te saco la mugre.

El comandante avanza un paso y desafía sin empalagos a los de la vanguardia de amotinados. Le secundan sus fusileros armas en ristre.

–¿A qué esperan, pues? Vengan. ¿Eh, gentuza, huelen las menestras, rosquetones? ¿Huelen el olluco y las papas, maricones? ¿Quieren llenarse las tripas, ah? Pues, ¿a qué miércoles esperan para agarrarlas y llevárselas? Entren y agarren las papas, el arroz y lo que puedan, si tienen pelotas. ¡Vengan, pues, muertos de hambre, cojudazos de mierda!

La riada de pobladores en lucha guarda silencio, callado todo el mundo. La escena adquiere tintes entre macabros y de chiste. Claro que los exabruptos del comandante de las tropas de asalto cargan tanta pólvora, tanta violencia, tanta amenaza de muerte como los fusiles de su tropa. La actitud despreciativa del oficial de la Guardia Republicana, piensa Nora Vallejo, es la de un patán o de un resentido social carente de empatía que aborrece a sus congéneres.

A la memoria de Nora Vallejo acuden incontables episodios de violencia extrema en los que aparece implicado ese profesional de la represión. Dentro del traje de asalto del oficial de la Guardia Republicana, se esconde un desalmado, un enfermo de violencia.

Nora Vallejo está abatida, tanto que ni siquiera le quedan fuerzas para poner en antecedentes a sus compañeros y advertirles de la catadura moral del sujeto que manda la tropa de guardias de asalto. Al menor descuido, les asestará un golpe fatal. El inexorable derrame de sangre los acicateará a perseguir, masacrar y ensañarse con esa turba de desgraciados. Los guardias de asalto acompañarán al enfermo de violencia en la cacería sangrienta. Estarán unidos en un fervor destructivo. La violencia restalla en cada silencio, crece y se hincha en torno al deseo colectivo y la desesperación. La inmolación de los amotinados será cuestión de tiempo.

De repente, uno de los que trataban de alcanzar la ventana del mercado, pierde apoyo, resbala y cae al piso. Al instante arremeten contra él media docena de guardias y el comandante Ortega. El

desgraciado trata de incorporarse y salir corriendo. Los cachacos se ceban con él, lo masacran a culatazos y a golpe de varas en las costillas y en la cabeza.

–¡Esta sí que es buena! ¡Si llueven cristianos del cielo!

El comandante Ortega otea hacia lo alto y acierta a descubrir a dos sujetos que están colgados de una cornisa, a punto de penetrar al edificio. Apunta con el fusil y dispara al trasero del que encañona. El hombre herido emite un alarido, se desprende de la cornisa y cae al pavimento entre retorceduras y chillidos de dolor. El otro asaltante atrevido, presa de pavor, se deja caer y es atrapado por los guardias antes de que logre incorporarse y acierte a escapar.

–¡Qué buena pendejada, caracho! ¿No querían carne, gentuza? Ahorita les «regalo» una rica butifarra de burro y bien gorda. ¡Que la disfruten!

Dicho lo cual, le propina un puntapié en el trasero al hombre ensangrentado, que va a derrumbarse contra los primeros vecinos. El otro es engrillado y conducido por dos guardias a uno de los carros de retención, estacionado al final del descampado.

–¡Abusivos! ¡Asesinos! ¡Traidores! –gritan a coro los insurrectos.

Unos están enardecidos, otros retroceden amedrentados. Un pedradón escupido de una huaraca impacta en el pecho del comandante Arnaldo Ortega. La lluvia de proyectiles y los alaridos arrecia por instantes. Los guardias que custodian al retenido son vapuleados, cosidos a garrotazos, patadas y empellones por la vecindad. En vista de que se les viene encima la mundial, lo abandonan a medio camino y regresan a parapetarse junto a los otros, masacrados a pedradas y garrotazos. Los gendarmes que flanquean al comandante Ortega y los que protegen las puertas retroceden a buscar refugio en el interior del mercado.

En lo más virulento del zafarrancho, protegida la testa con un escudo, el comandante Ortega asoma el hocico y brama:

–¡Sarta de hijos de p…! ¡Si cuento hasta diez y no despejan este sitio, abrimos fuego!

Descubre tumbado en la grada a uno de los que han atrapado, tal vez descalabrado a causa de los proyectiles disparados por sus correligionarios de batalla. Ortega se agacha, lo agarra de las greñas, lo alza a pulso y se lo coloca delante a modo de parapeto.

–Uno… Dos… Tres… ¡Qué no me escucharon, huevonazos del carajo! ¡Puta, reputa madre! ¡Ahí les va otra mierda!

La respuesta de los moradores en lucha, es un griterío ensordecedor, seguido de una lluvia de proyectiles que impactan en los escudos que protegen al comandante. En vista del peligro que corren tanto él como sus guardias, Ortega patea en el trasero al hombrecillo herido, que da un traspié y termina derrumbándose al pie

de las gradas. La lluvia de piedras, cascotes y palos aumenta de intensidad. También crecen los gritos de la turbamulta.

Un individuo muy alto, machete en mano y a pecho descubierto, se abre paso entre el gentío, enarbola su arma y planta el pie en la primera grada.

–¡Carajo, hermanos! ¡Vamos por lo que es de nosotros! Si nos agarran, tenemos machetes y palos. A todos los que estamos en este sitio no van a lograr matarnos. Antes de que intenten sacarnos la mugre, nosotros los hacemos ñiscas… ¡Vamos por ellos, carajo! ¡Vamos, pues todos contra esos desgraciados! ¡Vamos, pues! ¡Hay que sacarles la mugre! ¡Vamos por ellos, vecinos! ¡Adelante, adelante, adelante!

En ese instante, se recrudecen los lanzamientos de piedras contra la policía, las voces airadas, los gritos y las gruesas interjecciones y amenazas por uno y otro bando. De igual manera y como si fuera un fúnebre presagio luctuoso, llega a los oídos de Nora Vallejo el rat-tat-tat de una ametralladora o fusil automático que corta la explanada en dos. Un estacazo horrible que parece granizo, pero que no lo es. Agudiza la vista y atina a distinguir la silueta confusa de una ametralladora, apenas visible en la negrura por las llamas que escupe. Gira el cuello y descubre a su derecha a un hombre retorcerse hacia atrás y hacia delante, mientras las balas le agujerean el cuerpo.

–¡No disparen –grita la periodista–, no disparen, no disparen, por favor!

A su grito le responde un repicoteo interminable. Es un sonido repetitivo y estridente que se convierte en un presagio de muerte, sofocado por el griterío de la muchedumbre y por ese nuevo rat-tat-tat de la ametralladora. Apenas a un par de metros de distancia, atina a ver cómo otro hombre herido mete un respingo y se le dobla el cuerpo.

Antes de ser arrastrada del montón de escombros donde se había encaramado, cuenta uno, dos y tres manifestantes que caen al suelo. Después, no puede seguir contando. El horroroso rat-tat-tat desaparece sofocado por las lanzadoras de balas de goma y los gritos de la muchedumbre. Antes de aterrizar en tierra firme, pisa en falso; da un traspié; resbala; cae de hinojos al suelo; se incorpora de un salto; sale tambaleándose y corre a toda velocidad hacia donde se dirige mucha gente, hacia unas gradas de una casa en sombras.

Un torbellino de disparos, golpes, fuego, piedras y los alaridos de las alarmas rompen el aire. De extremo a extremo de la explanada, vuelan maderas, piedras, vidrios, trozos de hormigón, hierros y cualquier clase de proyectiles. Resuenan nuevos disparos de fusil o ametralladora. Los vidrios de las puertas y las ventanas de algunas casas de la vecindad y del mercado saltan hechos añicos. Decenas de

antorchas encendidas salen volando y aterrizan en el techo del mercado. Otra vez resuena en la distancia ese rat-tat-tat de la ametralladora.

Parapetados en el interior del mercado, los guardias de asalto inician la balacera. Otros asaltantes caen heridos. Los más arriscados, en cambio, pugnan con renovados ímpetus y se lanzan contra la vanguardia de gendarmes. El objetivo es la puerta principal y a ella se dirigen en oleadas. La retaguardia lanza fuego y piedras contra las puertas laterales y las ventanas. El humo, el estrépito, el crepitar de las llamas, los disparos de los fusiles, los sonidos de las alarmas, los estampidos de las lanzadoras de gases lacrimógenos y balas de goma y las ráfagas de las ametralladoras, entrecruzados con los rugidos de los insurrectos, expanden una realidad de fascinación y horror.

La plaza del Mercado y sus aledaños se han transformado en unos minutos en una gigantesca pira envuelta en llamaradas, humo y brasas. Alrededor de la explanada pelean los guardias contra los amotinados, sacudiéndose golpes, garrotazos y empellones. Aúllan las sirenas de los autos policiales que acuden en apoyo de los que forcejean en el interior del mercado y en el descampado. La batalla campal cobra tintes apocalípticos. Ladran los perros de la vecindad y los de los guardias. De uno a otro extremo de la plaza del mercado atraviesan a la carrera las tropas de refresco en persecución de los revoltosos.

Los golpes, los disparos y el griterío sofocan los lamentos de los heridos. Entre las callejuelas aledañas a la explanada, las tropas de asalto y los insurrectos bregan de lo lindo. Gigantescas bocanadas de llamas y una densa humareda brotan del edificio del mercado.

Decenas de pobladores enrabietados resisten la ofensiva de los guardias. Las fuerzas de refresco les obligan a retroceder. Los revoltosos huyen en desbandada del campo de batalla.

Se hace el silencio. Es un silencio de muerte. Un silencio de derrota.

Hasta que de nuevo los residentes en lucha, después de agruparse en las calles cercanas, reemprenden la batalla campal con renovados bríos.

–6–

El grueso de la muchedumbre retrocede ante el empuje de los comandos antidisturbios, arrastrando a los periodistas.

Jairo Velázquez (el primer camarógrafo de Nora Vallejo) ha corrido a buscar refugio en la puerta de una picantería. El otro camarógrafo ha desaparecido arrollado por la multitud en huida. Jairo Velasco llama a su jefa a todo pulmón:

–¡Nora, Nora, Nora, acércate! ¡Ven acá! ¡Estoy detrás de ti, Nora!

¡Ven acá, por favor!

Suena una explosión dura y seca. A la explosión le siguen unos estruendos ensordecedores, ráfagas de ametralladora, fusiles automáticos y centenares de pequeños estampidos, provocados por las botellas de licor que estallan en alguna de las tiendas del interior del mercado en llamas. El olor del fuego, de las humaredas y del arenal revuelto es más intenso a cada segundo.

En la puerta de la picantería situada a espaldas de Nora, en las escaleras de acceso a la entrada principal, han ido agolpándose más y más pobladores en lucha, que arremeten a empellones contra la puerta. En ese momento, parece que todo se ha desencajado.

Nora Vallejo se da la vuelta para protegerse. La marea humana que huye en desbandada la empuja contra las escaleras que conducen a la puerta del establecimiento comercial.

–¡Estoy acá, Nora! –se desgañita Jairo Velázquez, engullido por la muchedumbre.

Cuando la periodista de las piernas largas trata de apretarse contra la pared, Jairo la toma de un brazo y trepa escaleras arriba.

–Nora, Nora, ven, ven conmigo…

Le oye gritar en medio de un universo de estampidos, de las bombas de humo, de los estallidos de la hoguera en la que está envuelto el mercado y de los alaridos de los que huyen o son perseguidos.

La explanada y su entorno se componen de estruendo y sombras superpuestas. Las escaleras de acceso a la picantería parecen fracturadas, como la oscuridad a través de un prisma. La voz de Jairo Velázquez se hace más fuerte. Tanto como lo es su energía para tratar de proteger A la periodista de las piernas largas de los empellones y el ímpetu de la marea humana enloquecida.

Nora está realmente desconcertada. Antes de quedarse ahí o salir corriendo, echa una mirada rápida a su colega, sin decir nada.

–¿Qué? Dios mío…

Es en ese instante que nota que está siendo alzada a toda prisa al interior de la casa, empujando, gritando que la suelte. Mientras su camarógrafo le chilla para que se apresure.

Empujados por los unos y apremiados por los otros, de sopetón, irrumpen en el local cuya puerta ha saltado por los aires, justo a tiempo para escuchar el grito de Jairo Velázquez:

–La explosión de la primera ráfaga de tiros se pierde con el estrépito de la vidriera del escaparate de la picantería volando por el local.

Varios de los que huyen se arrojan al suelo. Los fragmentos de los vidrios se expanden y caen desde el techo y las paredes al piso como una lluvia de cuchillas afiladas. El aire se llena del polvo de yeso que

levantan las balas al impactar en el techo y las paredes. El atronador estallido de la segunda tanda de disparos sucede en el momento en que Nora es empujada hacia un pasadizo de suelo irregular de baldosas mal colocadas. El empuje de los que escapan hace que se estampe contra la pared, que le golpeen en el codo y que la sigan empujando hacia delante.

–¡Están disparando contra nosotros!

La muchedumbre les empuja y empuja hacia el interior en sombras, lejos del ruido. Como si estuvieran huyendo de una ola gigantesca instantes antes del impacto. Nora Vallejo se percata de que es demasiado tarde, ya ha sucedido. Jairo la precede moviéndose por un pasillo hacia la izquierda. La pálida luz que proviene del otro extremo del pasillo, frente al espacio vacío, no se encuentra lo suficientemente cerca como para iluminar el camino. Apenas si ayuda a lo que quiera que haya dentro a proyectar sombras más profundas en la oscuridad. Es en ese espacio, inconcreto y denso, que la periodista de las piernas largas se siente plenamente consciente de sí misma en breves imágenes, relámpagos que surgen entre los meros instintos. Sus largas piernas se mueven con inusitada agilidad. El tiempo se detiene poco a poco. El mundo circula a la mínima velocidad posible.

–¡Dios mío! –gime alguien.

Las paredes de la habitación están inundadas de reflejos lejanos y una débil luz de luna. La voz de Jairo Velázquez llega del fondo del pasadizo. El olor a humo, a objetos chamuscados, proviene de allí: es el olor de los estampidos, de las lanzadoras de botes de humo, de los fusiles y de las bombas incendiarias. Sobre todo, es el olor del terror, del desorden. Hay fuego en las paredes. En el techo, en la escalera. Parece haber un cuerpo en el suelo, ensangrentado. Jairo se ha hincado de rodillas, tratando de auxiliar al hombre herido. Los insurgentes que vienen detrás le atropellan, le pisotean, tropiezan, caen, se incorporan y prosiguen la fuga.

Nora Vallejo sale a trompicones del pasillo y trata de entrar en una habitación. Sus ojos se enredan en la imagen del hombre malherido y de su camarógrafo que están siendo pisoteados. El túnel de fuego parece encerrarles, empujarles hacia atrás. El aire está negro. No se distingue nada, apenas sombras teñidas de gris.

Una franja de luz resplandece por debajo de una puerta. Nora Vallejo empuja la puerta y penetra en un cuarto atiborrado de estanterías que a su vez conduce a otro. Por debajo de la otra puerta comienzan a aparecer volutas de humo. Los ojos le lloran. Siente una fuerte presión en el pecho. Retrocede de espaldas. Vuelve a salir al pasadizo, hacia un reflejo de luz difusa que proviene de la calle. Hacia ese reflejo de luz avanzan los que huyen en desbandada. El fuego ha

llegado al pie de las escaleras. Es como si quisiera darles una tregua. Más y más vecinos se unen a los que huyen, continúan pateando al herido y a Jairo.

Nora Vallejo advierte que el hombre que yace tendido de espaldas en el suelo presenta una herida en el pecho y otra entre los ojos. Un chorro de sangre todavía corre sobre su frente. Cuando Jairo Velázquez se incorpora y alarga hacia ella un brazo tembloroso, siente el impulso repentino de socorrer al hombre herido. Los que empujan desde atrás les arrastran hacia delante. La sensación aparece y se va. El humo empieza a descender, a ocupar el interminable pasadizo.

Nora Vallejo parece adormilada. Como si estuviera un tanto ebria.

–¡Nos están atacando! ¡Son disparos! ¡Es la policía!

En el vértigo de golpes, estampidos, carreras, griteríos cercanos y lejanos más el humo y los fogonazos de la casa que está ardiendo, una voz de hombre resuena con fuerza.

–Dense prisa. Hay que salir de este sitio. ¡La casa está en llamas!

Es ahí que el hombre malherido y ensangrentado se levanta del suelo y sale dando trompicones.

–Tenemos que salir de esta casa –jadea su camarógrafo.

–¿Qué?

Poco a poco, la periodista de las piernas largas recupera la noción de la realidad. Instintivamente le pone a Jairo una mano en el hombro. Él tira de ella y sale disparado hacia donde han huido los otros. Después se detiene, vacila y comienza a otear hacia una y otra parte. El humo lo invade todo.

–No es por acá –duda al hablar; acto seguido se da la vuelta, como golpeado por otra idea–. Ya está. Vamos.

Nora Vallejo sospecha que su camarógrafo está aterrorizado o se ha vuelto loco. El fuego desciende escaleras abajo y reaparece en el fondo del pasadizo.

–¡Vamos, vamos, vamos, hay que encontrar la salida! –grita y la agarra con fuerza del brazo.

Nora Vallejo se libera de la mano que aferra su brazo, abre una puerta y empieza a descender por una escalera. Jairo la sigue. A lo lejos se oye el sonido de las sirenas de los autos policiales y el de las alarmas de las tiendas violadas.

–No podemos salir por aquí –objeta Nora Vallejo en voz alta.

Jairo la observa de reojo, hace un gesto de impaciencia y continúa corriendo hacia un patio o la calle. Las sirenas de los autos policiales se acercan. Están a unos metros de ellos. Cada vez se hacen más fuertes. Por un resquicio entre el humo y las llamaradas, atinan a descubrir las luces azules, rojas y blancas. En una iglesia, en alguna parte, resuenan las campanas avisando del incendio.

–No podemos quedarnos aquí –tose Nora Vallejo, todavía

sumergida en un marasmo de llamaradas y humo.

En el momento en que atraviesan un cobertizo repleto de cachivaches, se dan de narices con el primer auto policial que irrumpe desde el extremo opuesto de la calle. Lo ven detenerse en la puerta de la casa de enfrente y advierten cómo saltan varios gendarmes armados y echan a correr hacia donde ellos se encuentran.

–¿Adónde vamos? –pregunta Jairo, mirando a su jefa y a un grupo de vecinos que se les ha unido en la fuga.

No tienen oportunidad de replicar, puesto que los guardias de asalto han violentado la cerradura, han abierto la puerta e irrumpen en tropel en el patio trasero y arremeten contra ellos. Alguien trata de hacerles frente, agarrando uno de los maderos ahí apilados. Instintivamente, varios individuos retroceden en busca de otra salida. A esas alturas de la noche corre una brisa fuerte, lo que aviva las llamas y el fuego de la casa lo envuelve todo. Las paredes están ardiendo, escupiendo llamas dispersas y un calor intenso.

Al ver acercarse a los guardias en tropel arremetiendo contra ellos, Nora Vallejo es consciente de que están atrapados en el círculo de fuego y les van a masacrar a golpes. A fuerza de mirar y forzar la vista, acierta a descubrir a Jairo Velázquez de nuevo, avanzando hacia delante, protegiéndola, sirviéndole de escudo.

–¡Dios mío! ¿Cómo vamos a enfrentarnos a ellos?

En vez de recibir una respuesta, oye el eco de sus pensamientos, se hace un silencio hueco y extenso, como si el aire no circulase en ese lugar. Jairo se ha detenido y permanece de pie frente a ella, atónito. «No nos harán daño» –repite la periodista en su cabeza. El silencio es sepulcral. «Sí que nos harán daño» –le refuta la voz de la conciencia. Trata de agarrar del hombro a Jairo, viendo que algo se interpone entre él y ella y que ese algo se halla fuera de su experiencia.

–Tranquila, Nora, no nos van a golpear –cuando lo dice, advierte una incertidumbre horrible en su voz.

En ese preciso instante, les llegan ruidos, gemidos y gritos desde el interior de la casa en llamas. Los unos y los otros se dan la vuelta a un tiempo.

–¿Qué diablos es eso? –pregunta uno de los congregados.

Ahí mismo les llega la voz del que comanda la avanzadilla de gendarmes:

–¡Vayan por ellos! ¡Denles bien duro!

Los que han hecho el intento de retroceder para escabullirse de la inminente golpiza, se quedan paralizados. Antes de que Nora Vallejo pueda impedirlo, uno de los guardias de asalto avanza un par de pasos y descarga la vara en la cabeza de Jairo. Alguien estira el brazo hacia la vara de castigo y recibe el golpe destinado al periodista. El agredido suelta un grito. Tiene los ojos desorbitados y parece muy dolorido,

como si el guardia le hubiera roto el brazo.

Nora Vallejo está viendo lo que ven los unos y los otros: la vara de castigo de otro guardia, los golpes a los unos y los otros, el retroceso en masa hacia el patio envuelto en llamas.

–¡Sal de este sitio, Nora! –ruge Jairo.

Ella mantiene los ojos fijos en la máscara metálica que empuña algo oscuro y que derriba a su camarógrafo de un golpe. Cuando trata de agacharse y echar mano de lo primero que encuentra, otro gendarme la pilla desprevenida y en un simple movimiento la lanza al suelo de un certero golpe en la cabeza. Alguien, un tropel de gentes, se abre paso entre las llamas y carga contra los policías. Jairo se incorpora de un salto y golpea a un guardia en la espalda con el puño cerrado.

–¡Hijo de puta! –grita Jairo, al tiempo que empuja a su jefa hacia atrás y evita la embestida del guardia que gira sobre sí haciendo silbar una cadena de acero.

Los dos reporteros retroceden como si hubieran recibido la misma orden. Suena un golpe seco. Al golpe seco le sigue el estampido de un disparo solitario. Los dos periodistas hacen el intento de salir como trombas a la calle. Los restantes guardias de asalto y los vecinos que pelean les obligan a retroceder. Jairo se lanza hacia uno de ellos, golpeando a toda velocidad y derribándolo al suelo, contra la pared del patio.

El casco del guardia choca contra el enrejado metálico de la puerta, sacándolo de su cabeza. Antes de que el camarógrafo haya logrado retroceder lo suficiente, dos guardias le rodean y lo muelen a patadas y garrotazos.

–¡Jairo, Jairo, Jairo! –exclama Nora, en tanto corre hacia él.

Otros pobladores se anticipan a la periodista de las piernas largas, arremeten contra los gendarmes y les obligan a retroceder y salir a la calle. Entre Nora Vallejo y un desconocido levantan al periodista magullado del piso y lo recuestan contra la pared. Jairo Velázquez trata de orientarse; no lo consigue del todo pues la sangre que mana de su cabeza le cubre los ojos.

–¿Te encuentras bien? –le pregunta Nora, sacudiendo a su compañero por los hombros–. ¡Necesita una ambulancia!

En ese instante regresan los guardias de asalto y arremeten contra los vecinos. Nora, Jairo y muchos más retroceden, amedrentados. Entre la periodista y otro vecino tironean de Jairo. Todos corren hacia el interior del patio en llamas. Sienten oleadas de calor. Alguien ha volcado una galonera de gasolina y ha estallado en llamas.

–¡Atrás, atrás, atrás! –gritan al unísono un coro de voces asustadas.

Nora Vallejo está espantada. Se ha quedado como si estuviera clavada al suelo. El fuego se levanta hasta el firmamento negro,

consumiendo los cachivaches almacenados contra la pared. Las llamaradas con la ayuda de la brisa y la gasolina, se mueven a gran velocidad, tragándose lo que hay a su alrededor.

–¡Necesitamos salir de este infierno o moriremos abrasados! –grita el que ayuda a la periodista a movilizar a su colega.

Dicho lo cual, el hombre aparta a Jairo de un empujón y sale trastabillando. Regresa corriendo y comienza a rociarles con agua de un balde. El fuego crece demasiado rápido. Es imposible apagarlo. El humo sale por cualquier parte y va rodando por el suelo, por el aire. Ante la imposibilidad de seguir avanzando, retroceden a ciegas y dando tumbos hacia donde deben estar apostados los restantes guardias de asalto, aunque también la puerta enrejada.

El humo y el calor les obligan a empujar, meter codazos y salir en desbandada. Nora Vallejo se cubre la boca con la mano. Siente que los pulmones se le cierran. Cuando se dirige a la calle alcanza a distinguir, a través de los torbellinos de una nube densa de humo negro, a muchos vecinos que gritan y a otros que pelean y forcejean. El samaritano solidario se ha esfumado o ha desaparecido. Jairo Velázquez yace tumbado boca abajo en el suelo, desmayado o muerto. La periodista de las piernas largas grita que acudan en ayuda de su colega.

Es en ese preciso instante, que algunas botellas llenas de productos químicos comienzan a estallar y ahogan su voz. La primera ola de fragmentos golpea a Jairo en la espalda. Ella lo quita de en medio, arrastrándolo como puede, siempre atenta a una respuesta de un alma caritativa. En ese justo momento, la escucha a través del humo:

–¡Vamos, vamos, vamos! Yo la ayudo con su colega. ¡Hay que salir de este sitio!

Los reflejos diminutos del fuego se esparcen por las paredes. La parte del cuello de Una botella sale disparada por encima de la pared, flota un instante sobre los que pelean en la calle lanzando llamas y ahí mismo cae en cualquier lugar. Durante unos segundos más, en apariencia no ocurre nada. Enseguida otro trozo de vidrio aterriza en una pila de trapos empapados, entrando en contacto con la grasa, con el aceite requemado y con cualquier cantidad de desperdicios inflamables y el suelo relampaguea.

De unas y otras partes llegan sonidos de objetos que estallan, de madera en combustión, de fuego esparciéndose. La puerta de la calle no está bloqueada. El hombre que ayuda a Nora Vallejo a arrastrar a Jairo pide auxilio a grito pelado. El fuego se levanta hacia el segundo piso.

A Nora Vallejo le parece tener la cabeza llena de chispas. Cuando entorna los párpados, distingue o le parece distinguir una luz blanca o azul. Es ahí que siente que le estallan los pulmones de tanto arrastrar

y cargar en brazos a su colega y que flota sobre la ola de un calor asfixiante.

Todo parece tan lento, tan pesado… Más allá llega el ruido de un desgarro terrible: la madera al quebrarse bajo su peso. Las calaminas del techo caen en pedazos. La calle tiembla como un espejismo. No obstante, ya son muchas las manos que tironean de ella, de su camarógrafo herido y les alejan del infierno en llamas.

* * *

Al cabo de dos horas de un violento e infatigable enfrentamiento, a lo largo y extenso de la explanada que circunda el Mercado Popular, se hace patente el rastro de la batalla campal. Acá y acullá aparecen montones de maderos, neumáticos y piedras quemados, pilas de concreto, botellas hechas migas, harapos, arena y mugre. Las ambulancias continúan recolectando heridos. Los bomberos tratan de sofocar el fuego de la picantería. El mercado está envuelto en llamas que iluminan el perímetro del escenario de la reyerta. Los reporteros de televisión han buscado refugio en una casita de la vecindad.

Todavía espantada y sudorosa, Nora Vallejo se esfuerza en cortar la hemorragia en la cabeza de su camarógrafo, Jairo Velázquez, de algunas de cuyas heridas continúan manando hilos de sangre. El periodista lastimado, tendido sobre las losas encima de una frazada, aspira poco a poco, el aliento que le regresa de nuevo.

En ese preciso momento, trata de cambiar de posición y hace una mueca de dolor.

–Mira cómo terminó la fiesta –musita el periodista herido, con una voz muy débil y muy lenta–. No dejes que las salvajadas de un sujeto como ese comandante te meta cosas raras en la cabeza, Norita.

Eso es lo que hace Jairo Velázquez, su camarógrafo de confianza, cuando acaba de estar a las puertas de la muerte: pensar en los problemas de su jefa.

–Me alegro de que te sientas mejor le responde ella, que sabe que está a punto de hacer algún comentario irónico; entonces él siente la presión de la mano de ella sobre la suya y opta por lo más sencillo.

–También yo me alegro de estar tan machucado como estoy –Jairo Velázquez sonríe de nuevo y acto seguido ríe en voz alta–. ¿Quién lo diría? –entonces acopia bocanadas de aire en los pulmones, lo retiene, al poco emite un suspiro y sacude la cabeza.

Sus ojos se fijan en algún punto detrás de Nora.

–¿Quién lo diría? –repite en un hilo de voz, como si se estuviera desmayando de nuevo.

–¿Cómo te encuentras? –vuelve a preguntarle Nora.

–He estado mejor –responde Jairo Velázquez–. Pero también he estado peor.

Parece que Jairo vuelve a adormilarse, aunque se las arregla para sonreír una vez más. La periodista yergue la cabeza y la pasea por la estancia en penumbras. «Se está desmayando», piensa ella. Pero no, su colega está recuperándose, aunque todavía conserva en su cabeza herida las imágenes de la tremenda enganchada. Tanto como la veintena de vecinos que han buscado refugio en esa casa y que rodean al periodista herido y a sus colegas.

En el aire pesa el calor de los cuerpos, el olor del yeso, los muebles viejos y la comida, las conversaciones enredadas que se forman y se vuelven a formar por todo el lugar. En cada rincón hay un miembro de la asamblea, para contar algo que es triste, para hablar y olvidar, para compartir el miedo y expulsarlo fuera.

Una chinita de cara regorda y labios abultados, de ojillos oblicuos y gesto adusto, explica a los reunidos:

–¡Maldito criminal! ¡El comandante Arnaldo Ortega es el mismísimo Satanás en persona! De buena gana me tragaría sus tripas sancochadas en un perol.

–Ese engendro de perro y de hiena es un monstruo de perversidad –relata en tono agrio y rencoroso un flaquito calvo, con apariencia de maestro de escuelita pobre–. A ese asesino le hace feliz el espanto de la gente. Para ese criminal nosotros nomás somos como conejos asustados. Esta noche se nos vino encima, como en Huancayo o en Huaraz, que torturaba campesinos indefensos y mujeres.

Un serrano que exhibe el mentón amoratado y una brecha en la frente, apostilla:

–En la Sierra me cuentan que ese desgraciado tenía un sitio donde afilaba cuchillos y armaba potros de tortura, para aplicarlos a los terrucos y a los civiles.

–En la Comandancia General –recalca enfadado el maestrillo de escuelita pobre–, le reservaron una habitación llena de cables, baterías y pinzas. Ese sujeto es medio sádico; le encanta afilar unas tijeras grandazas con las que troncha los dedos a los retenidos.

–En la Sierra –reincide el del mentón amoratado–, ese criminal torturaba a los vecinos con piedras y horcas. Dicen que colgaba de las ramas de los árboles a los que decía que eran senderistas, para escarmiento de sus cómplices y porque es un criminal de porquería.

La chinita bembona, ratifica:

–Yo mismita lo vi en un caserío en las proximidades de Huarochirí. Con alambres de púas le vi azotando a un viejillo y a una criatura.

La chinita habla para la veintena de personas ahí congregadas. No por mera casualidad, cada uno de ellos espeta su testimonio de horror, inspirado en las atrocidades del comandante de la Guardia Civil. Los vecinos están al corriente de cómo es, cómo actúa y quién es el jefe de las tropas de asalto, cómo son sus métodos, de qué manera manifiesta

su desprecio por la criatura humana. Los motivos y las causas que le impelen a esa crueldad refinada, ni los comprenden y jamás los entenderán. A lo sumo han sufrido los excesos del comandante torturador y su tropa de guardias y los padecerán más tarde.

–Ese individuo es un monstruo sin conciencia –releva el maestro, cargando el acento en la última palabra–. Ese desgraciado goza con el sufrimiento de nosotros. Ese sujeto le ordena al mudo altazo y horrible que siempre lo acompaña, que ultraje a las mujeres y degüelle a los hombres. Todo lo hace así, como lo vieron, como si tal cosa, sin inmutarse. Porque, aparte de un enfermo mental y un hijo de Satanás, es un cínico y un asesino inescrupuloso. Sí, pues; le pone a tono el miedo de la gente. Las súplicas y los dolores de sus víctimas le interesan un pimiento.

Entra en conversación una morena flaquita, oriunda de Cajamarca.

–El comandante Ortega es un chancho con galones. Los de la Comandancia General lo mantienen ahí porque les hace el trabajo sucio. Dicen que lo trajeron a Lima cuando ajusticiaron a los presos en los penales del Lurigancho y El Frontón. Nos lo trajeron acá, porque es un criminal inescrupuloso y porque sus jefes quieren sacarnos la mugre. Porque sus jefes son unos desgraciados y ese perro salvaje es el más sanguinario y cruel de los criminales. El comandante Arnaldo Ortega regresará otra vez y nos sacará la mugre, vecinos…

–¡Maldito baboso! –interviene otro de los congregados–. ¡Que el diablo se lo lleve al infierno! Vendrá, seguro. Vendrá porque es un perro sarnoso. Vendrá, porque está como loco por sacarnos la mugre. Volverá contra nosotros y traerá su tropa de perros rabiosos, ya lo verán. Duro como les dimos esta noche, regresarán a meternos balas y matarnos a cañonazos. ¡Malditos salvajes!

El serrano del pómulo amoratado, relata:

–Ese sujeto es medio sádico. ¡Caracho con el tal! A mi comadre Camila, la arequipeña, la alzó a la Comandancia General. Dicen que los del Comando Conjunto sindicaron de senderista al hijo de mi comadre, ¿saben? Pero no; eso lo cuenta ese asesino, porque maneja cables y baterías para torturar a los retenidos y sacarles testimonio. Ese chancho con uniforme agarra los cables y se los introduce en las partes por donde las mujeres sacan los niños. A mi comadre Camila, la arequipeña, como ustedes saben, vecinos, le metió candela al sitio de parir. ¡Maldito perro rabioso! La pobrecita nomás hacía que dar tremendos gritos, de tantísimo dolor que estaba padeciendo. En cambio, a ese engendro de Satanás se lo veía bien ufano, como si tal cosa, era como si estuviera disfrutando a sus anchas del sufrimiento de mi comadre. ¿Qué imaginan que hizo después? La miró a la cara, tomó nota y se echó a reír. De cualquier detallito tomaba nota ese sádico del Averno. Después de reírse y de tomar nota, volvía a la

carga. Quería que ella le confesara dónde había escondido a su hijo, que dicen que baleó a un policía. Ese criminal de porquería todavía no estaba satisfecho de su obra. ¡Vieran ustedes cómo le aplicó tormento a su marido de ella, el viejito León Jibaja! Al pobre cuitado de Dios le hurgó en los huesos y en las coyunturas. Desde que ese criminal le aplicó tortura, separado le dejó los huesos, como que ahorita ni esqueleto tuviese. ¡Tullidito ha quedau mi compadre León Jibaja para los restos!

Nora Vallejo se mantiene ocupada en el cuidado de su compañero que parece descansar apaciblemente. De tanto en cuando, repara en el estupor que traslucen unos rostros descuajados a causa de la reciente trifulca.

Los relatos de los moradores de ese Pueblo Joven, mencionan el nombre de una criatura inhumana. Son en verdad las formas de la inhumanidad lo que a los habitantes de ese suburbio de la Lima pobre les mantiene unidos en la casita. A los perseguidos que comparten sus historias les faltan muchas cosas esenciales, si bien les sobra el terror.

Lo cierto es que Nora Vallejo podría dar fe de cómo se las gasta ese oficial abusivo. Ella tuvo ocasión de experimentar en sus carnes las inclinaciones sádicas de ese siniestro personaje. Al igual que a los vecinos de la urbanización «El Naranjal», en Comas, el comandante Arnaldo Ortega le obsequió a ella su correspondiente dosis de sadismo ilimitado. Los hechos acontecieron en el asalto de las tropas del Comando Conjunto al penal de El Lurigancho. Los guardias que comandaba Ortega sorprendieron a Nora Vallejo y a uno de sus colaboradores escondidos en un rinconcito y la tomaron con ellos, en lo que fuera la masacre ocurrida el 19 de junio de 1986. Sucesos trágicos que dejaron como balance final más de quinientos muertos y centenares de heridos.

Nunca como hasta ese instante, Nora Vallejo había tenido ocasión de experimentar el drama de una crónica que dejó de observar como testigo y la sufrió en su más obscena extensión. Esa noche vuelve a recordarla, tal que si la experimentase de nuevo.

–7–

–¡Quédate ahí, Nora! ¡No se te ocurra pararte, no se te ocurra! ¡Esconde la cabeza! ¡Si te paras ahorita, esos desgraciados que están disparando a matar, si te descubren pueden matarte!

Se dio cuenta que quien hablaba era su camarógrafo, el victoriano Jorge Villegas; al menos reconoció su voz. Por simple instinto de conservación, más que si atendiese las advertencias de su colega, Nora Vallejo hizo esfuerzos para acurrucarse entre los espinos que clavaban las púas en su carne y las piedras que desgarraban su piel.

En el súbito silencio que se impuso entre las fuerzas de asalto y los resistentes del penal, Nora atinó a percibir que los sonidos de la batalla campal habían cambiado. Los ritmos del zafarrancho habían ido reemplazando a las consignas de los amotinados. El tiempo para la esperanza había terminado.

Un derrumbe estrepitoso de cascotes, trozos de madera y metal, piedras y ramas se le vino encima entre rebotes y estremecimientos de la tierra. Los tacos de las botas de los soldados, atropellados en desaforadas carreras, golpearon su espalda y le hicieron crujir los huesos. Un estallido enorme estremeció la tierra. Todo vibraba, se destrozaba en fragmentos, se expandía en el aire y se transformaba en lluvia de desperdicios. Después, el silencio. Una calma hueca. Al silencio falso le sucedieron gritos, alaridos, lamentos.

Desde la tierra al firmamento entoldado ascendían columnas de humo negro y gris. Llovían balas y proyectiles que atravesaban el aire a unos centímetros de su cabeza. Posteriormente, otro falso silencio. Al poco, sin transición, estampidos cercanos y lejanos en oleadas. Nora Vallejo trató de contener la respiración. Sus pechos los sentía estrujados contra el suelo. Las ropas hechas harapos. Lo inaudito era que se había olvidado de sus miedos y de sus dolencias. Le embargaba la sensación, la angustiosa sensación, de que la vida, su propia vida, estaba a punto de llegar a su final. Era tanta la violencia extrema y tanto el horror, que le atenazaban los músculos y pronto dejó de sentir el peso de su cuerpo.

En un esfuerzo de abstracción, consiguió relajar los músculos, acopiar aire en sus pulmones, retenerlo lo suficiente hasta que concentró su atención en las imágenes espeluznantes que iban sucediéndose a cada fracción de segundo.

Aunque se había quedado estupefacta y se sabía dolorida de los pies a la cabeza, angustiada y nerviosa, un reclamo de la conciencia le hizo caer en la cuenta de que estaba obligada a permanecer ahí, sin vacilar. Escrutó en derredor de soslayo. Sus ojos descubrieron a tres soldados de las tropas de asalto que empujaban una batería y atravesaban el antepatio de una construcción en ruinas. El instinto de conservación le hizo comprender que, si cometía el error de alzar la cabeza, los soldados de las tropas de asalto estarían gustosos de disparar contra ella. Era consciente de que sería un empeño inútil intentar salir de allí corriendo, porque así fuera más veloz que una liebre, uno cualquiera o la tropilla de soldados dispararían contra ella y la acribillarían sin remedio. En un acto más nervioso que reflejo, desalojó el aire de los pulmones, lo soltó muy despacio, casi sin mover un músculo y se apretó más contra el suelo de arena y raíces. De ese modo creyó haberse fundido con la tierra.

De nuevo abrió los ojos. Se dio cuenta de que los que manejaban la

batería estaban nerviosos. Evaluó la distancia, fuerza e instinto de matar que transmitían los soldados de asalto.

> «Qué fácil es agarrar un arma y asesinar indiscriminadamente desde la impunidad que el estado, como poseedor del monopolio de la violencia, concede a las fuerzas armadas, a la policía y a los guardias civiles… –pensó–. En esta atrocidad hay demasiadas armas inclusive de guerra, para combatir y reducir a los sediciosos, que apenas si pueden defenderse con dos ametralladoras, tres o cuatro fusiles y unas armas cortas».

El soldado que manipulaba la batería movió lentamente el mecanismo que dirigía el cañón hacia su objetivo. Pese a los embates de la batalla y el ímpetu de sus compañeros, desde lejos era visible que el de la batería se sentía inquieto y nervioso. Los artilleros se estorbaban entre sí en el afán de cebar con nuevos obuses el artefacto de destruir. Seguro que les habían entrado las prisas y pretendían reducir a migas los blancos contra los que disparaban.

–¡Hagan fuego, archt!

Eran las órdenes que la periodista de las piernas largas imaginó haber oído, rugidas por una garganta inhumana.

El cañón lanzó una andanada de proyectiles contra los muros del penal. A renglón seguido, los soldados de vanguardia que formaban la tropilla de asalto treparon valladar arriba empujando el armatoste. Nora Vallejo se sentía muy abatida. En un intento de hacer algo, aferró en las manos un puñado de hierbas resecas, a la par que de su garganta surgió un aullido inaudible. Es que ni siquiera era su queja lo que le pareció oír, sino la voz de su camarógrafo, el victoriano Villegas que exclamaba:

–¡Arriba, Nora! ¡Vamos, vamos! ¡Disparan a matar! ¡Apúrate! ¡Pueden matarnos!

El victoriano Jorge Villegas la tomó por el brazo y la ayudó a ponerse en pie. Nora Vallejo le miró de reojo: le pareció distinguir su camisa desgarrada, que goteaba sangre de una herida en el brazo y que cojeaba de una pierna. Por su parte, el victoriano no parecía sentirse dolorido, sino que gritaba y tironeaba de ella con todas sus energías.

La periodista lo estaba viendo, incluso sentía su respiración agitada y sus gruñidos de furia incontenible. Los dos la emprendieron a correr, correr y correr, como si les persiguiera el demonio, a trastabillar, a caer, incorporarse, reemprender la carrera, volver a tropezar e intentar alejarse del centro de la batahola.

Más tarde, ambos descendieron por un valladar empinado, resbalaron, tropezaron, rodaron pendiente abajo hasta que aterrizaron dando tumbos en un montón de escombros y desperdicios. De momento habían logrado situarse a cubierto de las balas y los obuses. En lo alto del ribazo tabletearon las ametralladoras. Del interior de la tierra surgió el más ensordecedor de los estruendos.

Tan densa y cerrada era la bruma acuosa, tanto era el humo y el polvo en suspensión, que había desaparecido la bóveda celeste. A la primera explosión le siguieron otras y otras, en una sucesión tan rimada como implacable. El nuevo y cercano estampido les paralizó durante unos instantes. Con la certeza de una premonición, sintieron que estaban entrando en la otra dimensión del infierno: un paso en la cima de una montaña muy elevada, en la cual las tinieblas del firmamento quedaban al alcance de sus manos.

Nora Vallejo estaba convencida de que un proyectil desviado de su trayectoria impactaría muy cerca y les haría migas. Casi acertó, ya que en ese preciso instante estalló un bombazo en lo alto del talud y les arrojó encima una lluvia de piedras, cascotes y trozos de metralla. A pesar del susto, se incorporaron de un respingo y reemprendieron la desaforada carrera antes de que el nuevo derrumbe los hubiera llegado a sepultar. Otro obús explotó contra una pared. La onda expansiva les desplazó por el aire y les estampó en el piso. Les llovieron encima cascotes, trozos de tierra, pedazos de madera y raíces. Como pudieron, arrastrándose, gateando, corriendo, acertaron a refugiarse al pie de una pared de adobe de lo que era un bohío prácticamente en ruinas.

Nubes de polvo y humo oscurecieron el firmamento. Las casas humildes de los moradores se acurrucaban en los pliegues de los cerros y las umbrías, como si fueran cenizas amontonadas contra el tubo cubierto de hollín de una gigantesca chimenea. Los estampidos y las continuas explosiones de los obuses impedían oír las voces de los oficiales que arengaban a las tropas de asalto y los gritos y canciones de «Las Luminosas Trincheras de Combate».

Nora Vallejo sentía un intenso dolor de cabeza. Tal vez era como consecuencia de que un horrible presentimiento le encogía el corazón y le ponía los nervios de punta. Como si una presencia maligna ocupase toda la extensión del escenario del desatino humano, en armonía con aquella atmósfera brutalmente ensordecedora, intensamente gris y de una humedad insoportable.

En ese instante cesaron los estampidos y las ráfagas de las ametralladoras. A ninguno de los dos periodistas le quedaban ganas y energías para elaborar pensamientos coherentes, articular palabras u ordenar movimiento a sus músculos. A decir verdad, ante la magnitud de la carnicería y la violencia más obscena, el victoriano Jorge Villegas hubiese preferido perder la noción de la realidad, quedarse ciego y sordo temporalmente. Lo que sentía y lo que estaba viendo era espantoso.

Nora Vallejo se llevó las manos al rostro y tropezó con infinidad de rasguños y magulladuras, los cabellos sucios, sembrados de restos vegetales, pegados a la cara y a la frente, la chaqueta y el pantalón

cubiertos de porquería, pringosos. Aun así, le invadía una sensación de vitalidad desconocida y le entraron enormes deseos de gritar, de exclamar, de rogar «que dejaran de disparar, que cesaran de matar».

–¡Qué nos está ocurriendo! –se oyó decir.

–Tranquilízate, por favor –respondió Jorge Villegas, acaso mucho más angustiado que ella misma.

–¿Qué fue de nuestros compañeros? ¿Se habrán puesto a salvo? ¿Crees que habrán conseguido filmar algo de esta tremenda locura?

–Ellos están bien. ¿Te das cuenta, Norita? Recién irrumpieron las tropas de asalto en el patio de la prisión –jadeó el victoriano Villegas.

–Ya lo estoy viendo. ¿Qué fue de nuestros compañeros? –repitió la pregunta Nora, pues una explosión cercana le había impedido oír las palabras de su camarógrafo.

–Ellos están bien. Tratamos de ponernos a resguardo de la balacera. En nada estuvieron de matarnos apuros bombardeos y disparos de fusil que lanzaron los soldados de asalto.

Villegas desmesuró la boca, no porque quisiera gritar su horror, sino porque la sensación de angustia y el dolor por las víctimas del asalto, oprimían su corazón y el aire no le llegaba a los pulmones. Los dos colegas se observaron el uno a la otra, estupefactos. En ese momento, estaban convencidos de que habían descendido al centro del infierno.

A izquierda y derecha de la hondonada donde habían encontrado refugio los periodistas, ascendían hileras de soldados de asalto que disputaban atropelladamente en el intento de allanar el recinto penitenciario. Los de la primera línea proseguían disparando a mansalva contra los muros de la prisión. Talud abajo vieron huir hordas de ratas, salidas quién sabe de dónde. Centenares de pájaros comenzaron a revolotear de un matorral a otro. Al instante salieron despavoridos chillando y graznando.

Los perros de la vecindad y los vagabundos corrían en desbandada al sentirse perseguidos por los disparos y los estampidos de las baterías. Nora Vallejo y su colega se sobresaltaron al ver que el batallón de ratas se les echaba encima. Las ratas emitieron sordos chillidos y se fueron escabullendo entre las piedras. Al final, el pavor que sentían las espantó lejos de ellos.

–¡Qué pesadilla es esta! –exclamó Nora Vallejo.

–¡Qué les pasa a los soldados, Santo Señor! ¿Cómo es que cometen esta atrocidad? ¡Están masacrando impunemente a los presos! –gritó encorajinado el victoriano, mientras se pasaba el brazo por la frente.

Durante unos segundos, agudizó los oídos; se quedó pensativo, atento a las ráfagas de las ametralladoras y los disparos de la fusilería. Los ojos le brillaban de odio o de desesperación. Lo que estaba contemplando le dibujó en el rostro una expresión de encontrarse a un

palmo del delirio o de la muerte.

–¿Qué sabes de nuestros compañeros? –gritó Nora y aguardó a que el otro recuperara el aliento–. ¿Te enteraste si se pusieron a salvo?

–Es posible que sí se hayan puesto a salvo… –respondió el victoriano en un tartamudeo febril–. Así nomás que los soldados derribaron al cholo Azurmendi, fue de cabeza al piso. Lo bueno es que no perdió el equipo de grabación. ¡Pucha, con esos abusivos de caca! Azurmendi estaba herido y magullado. Pero yo me imagino que alguna imagen lograría tomar. La última vez que lo vi estaba escondido detrás de la empalizada del jardín de una casita, con la cámara sobre la cabeza.

–¡Bien porfiado es el «cholo», caracho! –le animó Nora, alzando el volumen de voz para que el otro la oyera.

–Hay que escapar de este infierno cuanto antes. Esto es un horror, es un horror.

Nora Vallejo no le respondió, sino que le dio la espalda y alzó la cabeza para observar a los soldados que seguían trepando hasta la cima del cerrito. Las tropas continuaban disparando contra un enemigo invisible. ¿Qué harán después? Acababan de sobrepasar el pico del collado y se hundían en las cortinas de humo y polvo. Los soldados eran como jaurías salvajes que rampaban sobre la coraza de un tronco erguido y espesos matorrales. Acto seguido, se sumergían en la espesura de un velo oscuro y denso. El aire crujía de espanto. La tierra se estremecía de terror.

A lo lejos sonó un silbido agudísimo, aproximándose a velocidad de vértigo, más agudo y sobrecogedor a cada fracción de segundo. Sin sucesión de continuidad estalló un obús muy cerca de donde se encontraban ellos.

Al estampido le siguió un crepitar incesante, una lluvia de fragmentos de ladrillos y un derrumbe de piedras, maderas y arena.

De la otra parte del altozano, restallaron alaridos, gritos y balazos. Imposible saber a quién estaban disparando las tropas de asalto y si desde el interior del penal respondían los amotinados.

Después de una interminable y tensa pausa, el victoriano Jorge Villegas gritó:

–¿A qué viene esta locura? ¡Los están matando como que si fueran ratas! ¡Santo Señor! ¡Estamos tarados! ¡Qué diablos nos pasa!

–Por favor, por favor, tranquilízate –lo intentó la periodista con una voz enronquecida–. Dime algo. Dime lo que quieras. Pero te ruego que no me hables de este desatino.

–Lo siento. No sé qué decirte. Estamos vivos. Pero no sé si es peor estar vivos que estar muertos. Me niego a creer en lo que estoy viendo. Y tú, ¿estás bien? ¿Te lastimaron?

Un turbión de aire enrarecido, húmedo, pesado, traía y llevaba

andanadas de ametralladoras y sonoridades huecas, superpuestas a los bombardeos espasmódicos. Un pajarillo aventado del nido a causa de las explosiones comenzó a revolotear al pie de la pared del garabito. La posterior onda expansiva lo catapultó por el aire como si fuese una pavesa y lo estampó en la pared. El pajarillo harapiento emitió un quejido agudo y desapareció capoteando en la broza que crecía al pie de la casita de adobe y esteras.

–¿Te encuentras bien, cholo?

–Sí, estoy más o menos bien. Creo que sentirse uno vivo en medio de este desastre es más de lo que podría esperar –balbuceó el victoriano, tendido de bruces en un lecho de hojas secas y retamas–. Estoy más o menos bien, porque esos criminales aún no me mataron. Supongo que me fracturé la pierna. Sí, más bien creo que me rompí la pierna. Me duelen bien feo las canillas, ¿sabes? También creo que siento un dolor espantoso de cabeza. En verdad, no sé si me duele la cabeza o es la pierna lo que hace que me duela la cabeza. El ruido de los disparos me impide escuchar lo que me duele. No siento mi pie izquierdo… Mis manos, tampoco sé si las siento.

A Nora Vallejo Ni siquiera le dio tiempo a responder a su compañero: irguió la cabeza y descubrió a dos guardias que les estaban apuntando con los fusiles.

Los guardias empezaron a increpar a los periodistas de malos modos e iniciaron un interrogatorio violento:

–¿Identifíquense?¿Quiénes son ustedes? ¿Qué miércoles hacen en este sitio?

–Arriba, arriba, arriba los dos. Vamos, vamos, vamos. Ya, ya, ya. Párense.

El más corpulento les asestó una mirada asesina.

–¿Qué diablos les pasa, carajo? Párense. ¿Por qué no me responden?

El victoriano Villegas temblaba de los pies a la cabeza. Sus ojos desmesurados revelaban el terror que convulsionaba su ánimo. Nora Vallejo regresó a mirar, estupefacta, detenida en el ademán, los ojos como platos.

–¿Qué cosa quieren? ¡Somos periodistas! –surgió de su interior un desgarro de voz que se le rompió en la garganta.

Los guardias vacilaron un instante, a la par que les observaban de hito en hito. A los dos primeros uniformados les secundaron otros más que fueron congregándose alrededor del desmonte. Se acercó corriendo un oficial. Se abrió paso a codazos entre los fusileros y examinó de hito en hito a los periodistas en tanto afloraba en su semblante un mohín intimidatorio.

–¡Párense, párense, párense, carajo! –retrucó a los periodistas–. Y ustedes, huevones de porquería. ¿Qué cojones les pasa? ¡Vamos,

carajo, bajen y me agarran a esos imbéciles y me los queman a puros plomazos!

Uno de los gendarmes le advirtió a aquella especie de energúmeno con uniforme:

–Mi comandante; esos dicen que son periodistas.

Nora Vallejo no les veía las caras a los guardias de asalto, quizá porque no las tenían y solo eran máscaras metálicas. Sobreponiéndose al pavor que atenazaba sus músculos, se incorporó sobre un brazo y posó la vista en el jefe de la tropilla de asalto. Lo que alcanzó a distinguir era un rostro metálico, desencajado por el odio, una boca descomunal y un bigote rubio a lo Charlot. Las palabras e imprecaciones que chorreaban de la boca del uniformado, cortaban el aire, taladraban la piel y fracturaban la tierra, como los proyectiles, los obuses y las bombas.

–¡Maldita sea! ¡Hagan lo que les ordeno! –bramó el oficial enloquecido–. Me interesa una mierda que esos dos tarados sean periodistas o lo que sean. Arriba, arriba, arriba, he dicho. ¿A qué miércoles esperan?

El oficial que comandaba la tropa de guardias se llevó una mano a la cabeza y esbozó el ademán de despojarse del casco de asalto. Como si lo hubiera pensado mejor, se agachó y trató de identificar al hombre y la mujer acuclillados en el terral. Al primer golpe de vista reconoció a la directora de los Servicios Informativos de Interamericana de Televisión y fue como si hubiese visto al mismo demonio. Se enderezó como si le hubiera picado una culebra, soltó un exabrupto, retrocedió unos pasos, lanzó una patada a una raíz que sobresalía de la tierra y prorrumpió en imprecaciones a grito pelado:

–¡Gentuza de porquería! ¡Ojalá revienten y se los lleven los demonios!

¡Mugre de gentuza! Acto seguido, regresó a encararse con los guardias y les ordenó, voz en cuello:

–¡Mátenlos, mátenlos! ¡Acaben con ellos! ¡A qué mierda están esperando, carajo! ¡Mátenlos de una maldita vez! A ese cojudo le pegan unos plomazos de a poquitos. Quiero que sude sangre. Quiero que le crujan los huesos. Quiero que le rechinen los dientes de miedo. Si uno de ustedes siente pena por ese desgraciado, yo mismo me lo quemo a balazos, ¿entendido?

–¿Está viendo usted, señor? Mírelo, pues. ¿Lo está viendo? El maestrito se echó a llorar, mi comandante –terció uno de los guardias, en un tonillo ciertamente burlón.

–¡Qué estupidez es eso de que se echó a llorar! Ese mamerto está riéndose de nosotros. ¿Te ríes o estás llorando, desgraciado? ¡Arránquenle los dientes a trompadas y pateaduras! ¡Despelléjenlo! Quiero verle los huesos. Ahorita, ya. ¿A qué esperan, carajo? Si no se

atreven a pelarlo, los mando arrestar a todos. ¿Entienden? Y tú, majaderito, ¿Estás llorando o en verdad te pasas de tonto? ¡Mátenlo de una maldita vez, mátenlo! Mírenlo cómo llora ese mariconazo. ¿No le dará vergüenza? A la «dama» me la despachan de un solo disparo. Me fastidiaría mucho ver que una cara tan linda se descoyunta de terror. Vamos, pues. ¡Fusílenlos de una maldita vez! ¿A qué esperan, huevonazos? ¡Apúrense, burros del carajo!

Tan virulento y explosivo fue el ataque de ira del comandante y su posterior orden, que ninguno de sus hombres parecía comprender qué era lo que les estaba ordenando. La misma Nora Vallejo estaba tan aturdida y perpleja que también parecía incapaz de captar la extensión del drama que se cernía en torno a ella y a su compañero.

Mientras trepaba hacia el ribazo que flanqueaba el hueco donde habían buscado refugio los periodistas, el oficial les echó una mirada asesina, afirmó los tacones de las botas en el suelo y acto seguido, arrugó el entrecejo en una mueca infernal y se puso a chillar al límite de lo que le daba su garganta:

–Firmes. ¡Arch! Carguen armas… ¡Qué cojones les pasa, ah! ¿Quieren ustedes moverse, tarados, imbéciles?

Se produjo un silencio que se extendía más allá de los límites del ribazo. Hasta las tropas de asalto dejaron de disparar. Los del pelotón de ejecución se quedaron tensos, a la expectativa. A una indicación del comandante Arnaldo Ortega Cáceres, colocaron los fusiles en posición de abrir fuego.

–¿Es que no me escucharon? ¿A qué miércoles esperan, rosquetones de porquería? ¡Fusílenlos, fusílenlos, carajo, carajo! –bramó Ortega, a la par que gesticulaba y hacía ademanes de inusitada violencia–. ¡Carguen! ¡Apunten! ¡Fuego!

La periodista de las piernas largas permanecía acuclillada en el suelo, indiferente, mirando embobada el bigote rubio que tremolaba en lo alto del talud. Tal era la indiferencia o el extremo pavor, que es como si estuviera hueca por dentro. Como si le hubiesen arrancado los sentimientos y los pensamientos de cuajo. Lejos de ser consciente del discurrir del macabro acontecimiento, mantuvo fija la vista, fascinada, en el fulgor de las hebillas y en el bigote rubio que movilizaba una boca descomunal.

El desventurado Villegas se dejó caer de bruces entre los pedregullos y las retamas. Incapaz de entender lo que estaba en trance de suceder, muerto de terror. Nora Vallejo atinó a ver por el rabillo del ojo cómo su colega estaba intentando contener la respiración y había cerrado los ojos, tal que si hubiera muerto antes de ser ejecutado.

Los guardias pulsaron los gatillos de los fusiles. Ecos en rebote transportaron los estampidos de la balacera, fundiéndose con el

estruendo de los proyectiles y las descargas de la fusilería.

Un segundo… Dos… Tres… El comandante de bigote rubio recortado a lo Charlot y boca descomunal, de repente, prorrumpió en aplausos y se descuajó en carcajadas, con apariencia de relinchos. Los soldados le secundaron al instante, divertidísimos.

–Mírenlos, mírenlos. ¿Los están viendo? ¡Bien jodidos están esos majaderitos! La mamacita aguanta. Es bien macha. En cambio, ese mariconazo de porquería… ¿Lo están viendo? ¡Si está cagadito de miedo el muy cobarde! ¡Ese rosquete, vale menos que un pedo! ¡Lo están viendo! ¡Ese mariconcito se cagó en el calzón! ¡Puag, qué asco, si hasta acá huele a mierda! –de improviso, cesó de reír, soltó un puntapié al piso y ordenó a los soldados de la tropilla de asalto–: ¡Ya está bien, carajo! Ya está más que bien. Vamos, pues. Agarren a esos dos y me los jalan al puesto de mando. ¿No querían espectáculo? ¿Cierto? Ya, pues, nosotros vamos a proporcionárselo, ¡Y en primera línea! ¡Qué lo disfruten! Ahorita, nomás, me los están poniendo a la puerta del penal, amarraditos de las patas y de las manos. Que se atoren de gusto con lo que les espera. Que miren los hechos tal cual son. Ah, notan que se ahuevan, me los azotan en los hocicos con trapos húmedos y luego les arrojan unos baldecitos de agua bien fría en la cabeza, ¿okay? Quiero que estén despiertos y conscientes, para que miren con sus propios ojos lo que les pasa a los malditos sediciosos, si se atreven a enfrentarse a nuestra Fuerza Armada. Después si les queda una gota de sangre en las venas, que cuenten en su televisión lo que vieron. A ver si con lo que les espera, nos tratan como gente y dejan de decir mentiras y soltar huevadas. ¡Duro con ellos!

–El negrito se desmayó. Véanlo, pues; parece que ya no da para más, mi comandante –intervino uno de la partida, con una sonrisa despreciativa.

–Despiértalo, azótalo y cuélgalo de las patas de un poste bien alto. Vamos, cuélgalo de una santísima vez. ¡Que se zurre de miedo!

Los de la tropa de asalto se prestaron a obedecer las órdenes del oficial: ensogaron a los periodistas y los trasladaron prácticamente a rastras al puesto de comando en la primera línea de asalto. A partir de ahí, lo primero que vieron fue los bombardeos indiscriminados y sistemáticos, los impactos de los obuses en la estructura humeante del penal. Imágenes de hombres o de fantasmas envueltos en un sudario de humo, polvo, derrumbe, destrucción y quebranto. Los alaridos de horror recorrían el orbe entero hasta taladrar los intersticios de la conciencia de Dios o del Diablo.

El sadismo del comandante de bigote rubio superaba los límites de lo imaginable. A lo que parecía, no había barreras en las cuales detener sus ansias de daño e intemperancia. Desde que fueron

trasladados al puesto de comando, Nora Vallejo se sentía incapaz de asimilar si lo que estaba presenciando era producto de su imaginación o en realidad estaba ocurriendo delante de ella o lo estaba soñando.

Las bombas, una tras otra, explotaban en el patio del penal. Uno a uno, se derrumbaban los muros. Las tropas de asalto avanzaban palmo a palmo. Todo sucedía como si flotara en el aire. Las llamaradas trepaban hasta los lindes del firmamento gris, húmedo y doliente. Con el telón de fondo de las bombas, los obuses y los disparos de la fusilería, de los ladridos y los gritos cercanos y lejanos, los oficiales arengaban a los asaltantes.

–¡Animales, vamos, avancen, avancen, avancen!

Y continuaron avanzando, no sé sabía hacia dónde, para retroceder después, mucho más tarde, envueltos en un fuerte hedor a caballo resudado. Las andanadas de las ametralladoras y las tanquetas resonaron lejanas y apagadas por instantes. Al redoble de los bombardeos arreciaron los gritos surgidos de unas gargantas de otro mundo. Nora Vallejo abrió y cerró los ojos, más desesperada e impotente que aturdida por el espantoso espectáculo. Más y más estampidos y turbonadas de polvo fueron superponiéndose a la bruma acuosa y al fuego envolvente.

El escenario de la masacre era tan delirante, tan fuera de su conciencia, que le pareció descubrir a criaturas deformes que carecían de trazos humanos. Los heridos a causa de las bombas y la metralla se descoyuntaban uno tras otro. El fuego y los proyectiles estaban reduciendo a migas las barricadas de los amotinados. Desde las alturas, los helicópteros habían empezado a desovar su carga mortífera, revolando en picadas sobre el penal reducido a humo, polvo y derrumbe.

–¡No quiero mirar más este horror! –ladró el victoriano amarrado a una empalizada–. ¡Por qué no terminan de una vez!

Los estampidos y las ráfagas de las ametralladoras sofocaron la voz del victoriano. A la periodista le resultaba imposible soltar una miserable lágrima. En cambio, las lágrimas que vertía a raudales su compañero no eran las de un cobarde, sino las del espanto ante la condición inhumana de sus congéneres.

«Yo me siento muy mal, muy mal. No sé defender a nadie. Yo sí soy cobarde». Nora Vallejo creyó sentirse atrapada en el marasmo de la barbarie, sin energías para cerrar los ojos, acaso porque si los hubiera cerrado jamás volvería a ver la luz. Otra imagen descarnada de tanto desatino y horror. Estaría a punto de desfallecer. Si sucumbía al estupor, también ella se conflagraría en aquel inútil y desgarrador holocausto. De tan aturdida que estaba, ni siquiera le acudían a la memoria las palabras de consuelo mediante las cuales aliviar a su compañero aterrado. Le hubiera servido de mucho susurrarle: «Olvida,

olvida esto que imaginas que estás mirando. Lo que imaginas que estás mirando no es real, nomás es una pesadilla. Lo que supones que estás mirando es una pesadilla, no existe, es imposible que esté ocurriendo en realidad. Cierra los párpados, hazme el favor. Ciérralos, y deja de pensar, de sentir, de mirar, de escuchar».

A los dos les habían amarrado de pies y manos a la empalizada que servía de parapeto al comando de asalto. Al final Nora Vallejo se atrevió a abrir los ojos. Al primer vistazo observó cómo de repente se abría una brecha en la bruma y el escenario de la estulticia era envuelto en una claridad delatora. Hubiera anhelado descubrir un arcoíris esplendoroso. Lo que estaban percibiendo sus ojos, por el contrario, era el espectáculo del horror más descarnado y obsceno.

Ladraron y ladraron jaurías de perros o de lobos, como si estuvieran dentro de la tierra estremecida por los bombardeos. Los perros o los lobos estaban aullando y ladrando porque habían olfateado la carroña humana. Entre los estampidos y los bombazos le pareció oír los cantos de Las Luminosas Trincheras de Combate, exhortando a un presidente fantasmagórico. En las gargantas exangües de los sediciosos ni siquiera había una pulgarada de heroísmo y un ápice de humanidad.

¡Cuánto horror! Al cabo de otra pausa angustiosa, más ecos de voces entre la bruma, el humo el lloro triste de los que habían muerto y los que estaban en trance de morir. Más arriba, se dejaron sentir los tableteos de los helicópteros que regresaban a desovar su carga mortífera. Muy cerca, los oficiales de las tropas de asalto maldecían a los terroristas, porque habían provocado la asonada. –Hay que golpearles bien duro –¡Disparen a matar, carajo!

¿Por qué los que estaban revestidos de poder y autoridad, no habían hecho un último esfuerzo para impedir aquella carnicería?

«Están matando la conciencia de este podrido país». Nora Vallejo empezó a notar náuseas y mareos. Sus ojos flotaban en un flujo pastoso y entre los harapos de una niebla muy densa. En una nueva y mínima tregua de los atacantes, le pareció oír crujidos de huesos y nervaduras al descoyuntarse, una respiración entrecortada, un rumor de discusiones lejanas, gemidos, disparos, llantos. En ese ínterin, notó que estaba parpadeando deslumbrada por su propio espanto. Abrió de nuevo los ojos y creyó descubrir a un gigantón que se desplomaba de lo alto de un muro.

El hombre era descomunal, como un árbol desarraigado de la tierra. Antes de que el gigante hubiera acertado a reincorporarse, las tropas de asalto atravesaron las puertas del penal y comenzaron a avanzar y avanzar. Los de la vanguardia sorteaban las paredes derrumbadas, los cascotes, bregaban, cuerpo a cuerpo, con un enemigo invisible y trepaban a los muros. La periodista de las piernas

largas se esforzó en vano en encontrar alguien con vida más allá del humo, la polvareda y la bruma. Si fuera posible pasarles la voz, advertiría a los que estaban apostados detrás de un parapeto. Les diría, les rogaría «que depusieran las armas y que se rindiesen». Empero, lo que le hubiera gustado hacer era imposible. Mientras, los soldados de asalto estaban disparando a mansalva. También gritaban, disparaban y avanzaban. Disparaban y avanzaban.

En ese instante, el gigantón que había caído de lo alto del muro se incorporó dando tumbos y comenzó a moverse en un entorno de escombros y desmontes, a la par que desplazaba trozos de madera y hierros retorcidos. Las piernas del gigante cubierto de harapos eran del tamaño de troncos de roble viejo. A cada paso que iba dando, tropezaba con los heridos y los cadáveres amontonados en el ante-patio. Una descarga de fusilería impactó de lleno en el pecho del gigante y le forzó a caer otra vez al suelo.

Nora Vallejo notó que se ahogaba de angustia y espanto. Necesitaba gritar, maldecir, advertirle al gigante; pero, ¿advertirle? ¿De qué? Si lo más probable sería que ya lo hubieran matado. La bruma gris y el humo blancuzco compusieron un sudario doliente alrededor del recinto penitenciario. A Nora Vallejo le dio la impresión de que estaba hundiéndose en una procelosidad densa, fangosa. Confundida en un universo de fósiles y de criaturas irreales.

Desvió la mirada, aturdida. Le pareció descubrir muy próximo a ella un rostro conocido de bigote rubio y boca descomunal: ¡era el comandante Arnaldo Ortega! Al despejarse la humareda atinó a distinguirlo a la perfección. El oficial estaba muerto de hilaridad, como si fuera el más feliz de los hombres. Sus facciones fosforescentes se interponían al bombardeo, tal que si fuera una criatura con varias máscaras sobrepuestas.

Siempre recordará aquellos dientes blancos y el bigote rubio recortado a lo Charlot, reemplazando su auténtico rostro inhumano.

Un individuo desconocido, tal vez un presidiario que trataba de fugarse, con la camisa hecha harapos, herido desde las greñas a los pies, estaba braceando torpemente intentando remontar las montañas de escombros. El hombre reapareció envuelto en tendales de humo y polvo. La periodista se percató de la presencia del hombre herido, justo cuando había logrado liberarse del derrumbe y estaba tratando de atravesar el ante-patio, al costado de lo que fuera la puerta principal de la prisión.

Diez o doce soldados habían escalado los antiguos muros exteriores muy cercanos a él, blandiendo los fusiles, disparando al bulto, por el afán de disparar. El instinto de la periodista le advirtió que el prófugo había sido descubierto, sin acertar a decirse por qué. Sería inútil que procurase pasar desapercibido. Así hubiese corrido como un galgo, lo

habrían atrapado sin remedio. El que trataba de fugarse salvó de un brinco el muro derruido. Después se acuclilló y oteó en todas las direcciones.

A los tres o cuatro segundos de atisbar a uno y otro lado, dio un respingo y echó a correr explanada adelante. Ya estaba fuera del recinto penal. Los obuses y las balas silbaban unos centímetros por encima de su cabeza. El preso hacía rápidos movimientos, mientras trataba de despejar la mugre que le cubría y adoptaba un aire de tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. El comandante Ortega abandonó a la carrera el puesto de comando, se acercó al que escapaba, se acomodó sobre la marcha el fusil en bandolera y aceleró las zancadas. El recluso herido avanzaba cautelosamente descampado adelante, moviendo su cuerpo con pesadez.

A medida que las oleadas de polvo y humo empujadas por el viento fueron desapareciendo y fue despejándose la explanada, Nora Vallejo vio más nítida la figura del que estaba intentando escapar. Muy pronto reparó en la lamentable apariencia del prófugo. Le produjo angustia y un nudo en el estómago la inconsciencia del presidiario que se ofrecía como fácil blanco ante el oficial que estaba a punto de írsele encima. Por un segundo Arnaldo Ortega se frenó en seco y detuvo la carrera. Le miró escrutador. Ante la sorpresa del que trataba de huir esbozó algo parecido a una sonrisa. El hombre se detuvo un instante, esperando un reconocimiento o su conmiseración. No fue así. El espejismo había desaparecido del rostro del comandante.

–¡Por Diosito! ¡Se lo suplico! ¡No me mate!

Fueron las únicas palabras que pronunció y las primeras que escuchó el comandante. La pesada punta de acero de la bota del militar fustigó el plexo solar del evasor. Una fracción de segundo más tarde, el pétreo filo de la mano diestra extendida golpeó el costado de la garganta del que intentaba fugarse. El prófugo metió un respingo y cayó de espaldas al suelo. Antes de que alguno de los soldados que bregaban en las proximidades hubiera advertido lo que acababa de suceder, el comandante Ortega había empuñado el fusil y empezó a trepar al muro envuelto en humo, como consecuencia de los estampidos, las ráfagas de ametralladora y el fuego de los obuses. Lo último que vio Nora, fue al comandante Ortega hincando la punta del fusil en el suelo y disparando.

Nora Vallejo imaginaba que alrededor del comandante Arnaldo Ortega se arremolinaban sus deudos difuntos y lo perseguirían fuera donde fuese. En realidad, quien le secundaba y a veces le precedía, era un sujeto alto y flaco, embutido en un poncho serrano, que clavaba la punta de su bayoneta ahí donde hubiera algo que desguazar o que supusiera riesgo para la integridad de su jefe.

En medio de la explanada había quedado tendido el frustrado evasor. Al primer golpe de vista, Nora Vallejo se imaginó que apenas estaría inconsciente, puesto que en apariencia la vertiginosa agresión del comandante Ortega no parecía que le hubiera producido daño excesivo y haberle dejado una marca distinta a los antiguos raspones que surcaban su cara. Lo cierto sería que el preso estaba muerto. Ortega le había roto la yugular. Era en el hematoma del cuello donde se advertía el impacto que le había segado la vida.

* * *

De regreso al tiempo presente que motiva sus pesares, Nora Vallejo comprueba cómo Jairo Velázquez, su camarógrafo herido en la batalla campal, parpadea y abre de a poquito los ojos. Los parpadeos de las velas imprimen en las paredes siluetas móviles y sombras, como si fueran fantasmas o confusión, irrealidad o simple ficción. Solo que los rostros de los vecinos que han sucumbido al espanto, muy poco tienen de irreales. En los reunidos y en sus compañeros de lucha, florece el eterno coloquio del pavor colectivo, a fin de ingurgitarlo, hacerlo de los unos y los otros y vencerlo. Es la primitiva forma humana de recuperar la dignidad y soberanía, frente al azote de los represores. La única respuesta capaz de contrarrestar el terror que inspiran el comandante Arnaldo Ortega y su tropa de asalto, es la de compartir los recuerdos. La fuerza de las palabras confiere consistencia a los hechos, por muy horripilantes que sean.

El silencio, interesado o defensivo, con el paso del tiempo se transforma en la voz de la crueldad inhumana, que ninguno de los ahí reunidos apetece escuchar.

CAPÍTULO IV

–8–

DISTRITO DE MIRAFLORES, LIMA

MEDIADOS DE 1988

Poco a poco, la tarde ha comenzado a desvanecerse por encima de los edificios más altos, en dirección a la Costa Verde, a la izquierda de su mirada. Una bandada de loros toma al asalto los árboles más frondosos del parque Kennedy o parque de Miraflores. El coronel y doctor en leyes, Sergio Bolaños, se asoma y Mira por la ventana de la derecha, hacia la luz de color miel que se ha posado en las hojas. Los loros de las ramas están comenzando a acomodarse cambiando de posición por última vez, instalándose para la noche. Muy despacio, la luz cobriza empieza a desaparecer de las ramas de los viejos árboles, sumergida bajo los afilados bordes de la sombra de los edificios situados A la derecha de su mirada.

Seis pisos más abajo, en el parque Kennedy, ensombrecido por los árboles, los niños pequeños juegan con otros niños, vigilados por sus hermanos mayores, sus padres o las empleadas de hogar de la familia. Los chicos de más edad saltan con sus monopatines sobre la acera. Las dos ventanas que dan al parque se hallan abiertas, como acostumbra a dejarlas a esa hora de la tarde. De ese modo, hasta puede oír con nitidez las bravuconadas que se gritan los adolescentes. Muchachos que creen ser dueños del mundo, pero que muchas veces, en medio de la noche, desearían seguir creyendo en que sus osos de peluche pudieran hablar. Muchachos que tienen miedo de tener miedo. Muchachos que llegan a encandilarse fácilmente con las fanfarronadas de aprendices de mafiosos o las simplonadas de los héroes de pacotilla de las series televisivas.

Sergio Bolaños jamás fue un chico como los otros. Tampoco creyó en los aprendices de mafiosos y por supuesto, menos ha creído en los héroes de pacotilla. Desde muy jovencito ha creído en sí mismo. Nada más que en sí mismo. Cierra los ojos, aprieta los labios y se queda pensando, de regreso a su pasado casi remoto, se concentra y se busca a sí mismo en los recuerdos. Mientras, se ve a sí mismo. Ha cerrado el libro de Derecho Procesal Penal y ha terminado de beber el café hirviendo, ha dejado de pensar en la cercanía de los exámenes finales, en la presentación de su tesina, en el Departamento de Logística que tanto hastío le provoca. Por aquello de no reincidir en lo de siempre y

para evadirse, se imagina a Anna Brous o a una desconocida llegando al éxtasis con él. Piensa en la felicidad imposible de los seres humanos. Piensa en cómo será su matrimonio dentro de unos años Y cómo será él y su mundo.

A Mary Elizabeth, su esposa, no le preocupaban nada las cosas habituales: las fiestas, las joyas, la ropa, la coquetería o las intrigas familiares. Habían tratado de educarla desde su niñez para ser una mujer del hogar; sin embargo, desde que apenas era una adolescente, ella se encargó de rodearse de mentes privilegiadas que le habían ayudado a pulir su inteligencia. Se había graduado como la mejor de su promoción en ingeniería industrial en la Universidad Católica de Lima. Había completado una maestría en Cambridge. Cuando Sergio Bolaños fue destinado a la embajada del Perú en Francia y pensaba en ella, lo hacía evocando sus cabellos castaños oscuros peinados a la perfección, unos ojos marrones rasgados y vivarachos, unos miembros macizos y un tanto regordeta, el rostro ovalado carente de emoción.

Mary Elizabeth, en cambio, desde la primera vez que vio al joven y destacado cadete de la Escuela Militar, reconcentrado, altivo y taciturno, tuvo que cambiar en el acto de opinión. Desde muy niña Había llegado a la conclusión de que la mayoría de los hombres eran unos imbéciles, incapaces de cerrar la boca, esperando que alguna mujer les diera el pecho. Sergio Bolaños parecía ser diferente: cuando le hablaba, daba por sentado que ella tenía cerebro. Era una sensación nueva y muy gratificante. Por eso se enamoró de él y no demostró el menor inconveniente en ofrecerle su virginidad en la habitación de un hotel, en Río de Janeiro, como despedida antes de que fuera destacado a París. Eso, sí, ella también le dejó claro desde el primer momento que no le gustaba nada que la gente tratara de dirigirle la vida, especialmente los hombres, incluyendo a su padre.

En el tiempo de espera, ella pensaba en él como en un hombre fuera de lo común, en un militar atípico, en un enigma por resolver, en una inteligencia a la cual dominar o modelar a su medida y en un medio para engendrar hijos. Juntos habían engendrado dos hijos; ahora bien, los restantes enigmas continuaban sin resolverse. Después él se preguntó si podrían vivir así indefinidamente, los dos cada vez más mayores, dejando que la crianza de los hijos, los negocios de ella y la carrera militar de él fueran consumiendo su vitalidad. ¿El matrimonio sería siempre así? Tendría que habérselo preguntado a Mary Elizabeth.

Sergio Bolaños era un hombre muy reservado. Prácticamente nunca hacía preguntas sobre cuestiones del día a día o de aspectos relacionados con la casa y el servicio. Aun así, algo impreciso quedaba flotando entre ellos y había una latente incomodidad. Mary Elizabeth había seguido trabajando en su empresa de exportación de harina de

pescado a Europa y en sus otros negocios durante el embarazo. Por supuesto que continuaba ganando tanto dinero como prestigio. A él, a pesar de tenerle por un recalcitrante anticomunista, los agentes políticos del general Velasco Alvarado, aun cuando desconfiaran de su lealtad y lo despreciaran, le estaban dejando en paz. Quizá pesara más la influencia de su suegro que el respeto que él pudiera merecer. Eso, sí, resultaba fastidioso que le vieran como un segundón frente a la brillantez de su mujer. Ella había sido su pasaporte al respeto y la aceptación.

Mary Elizabeth siempre era la misma, la mujer que entendía mejor que cualquiera el concepto de conseguir un dólar antes y hacerlo crecer más rápido que sus competidores en su país, el cabello castaño oscuro recogido en una coleta, una camisa azul que olía a gasolina, unos tejanos del mismo color, sin estilo, zapatos de piel cómodos, masacrados de rozaduras, un viejo Land Rober que parecía un carro de combate blindado. Sobre todo, aquella aceleración eléctrica que levantaba chispas dondequiera que ella se hallara presente.

A pesar de lo anterior, por regla general Mary Elizabeth presentaba otras facetas que hacían verla como una mujer mucho más compleja de lo que a simple vista parecía: tenía detalles inesperados, se encargaba de encontrar algún objeto que le daba a su casa y a la oficina un inequívoco toque de elegancia.

A Mary Elizabeth le fastidiaban bastante los militares, a pesar de ser la hija mayor de un general. Eran presuntuosos hasta aburrir, infantiles con sus bromas, demasiado ruidosos y groseros, de hábitos informales y escasos de inteligencia para su gusto. Ella había elaborado y asumido una tabla de valores éticos y comportamiento moral al lado de su madre: una mujer muy estricta y con unos prejuicios de clase especialmente arraigados en su conciencia. Mary Elizabeth tomó de su madre esos valores y prejuicios y los llevó a la práctica en el colegio, en la universidad, en el combate día a día contra sus competidores y en su papel como una exitosa emprendedora y una eficiente empresaria.

* * *

Sergio Bolaños se retira de la ventana. La cierra y baja la persiana. Va hasta la cocina y se prepara una taza de café. Regresa a la sala con la taza en un platillo. Toma asiento en uno de los divanes. Da un nuevo sorbo de café con indecisión. Piensa que la vida suele estar trazada entre líneas y puntos que dibujan un mapa de relaciones y coincidencias más cercanas a las matemáticas o la física que con el azar. Sergio Bolaños está convencido de que los recuerdos pueden olerse, gustarse y saborearse. Es como si los recuerdos tuvieran un gusto que pudiese identificarse en la lengua: dulce o agrio. Más agrio

que dulce.

Los esposos Bolaños-Luque residían en una coqueta mansión con piscina y jardín, en el distrito más exclusivo de San Isidro, con habitaciones con vistas a una de las entradas al Golf. El interior de la casa iba adquiriendo esa peculiar pátina de estilo refinado, con tendencia francesa, que se adquiere sobre la base de un gusto exquisito y un considerable derroche de medios.

La última imagen que Sergio Bolaños recuerda de la residencia de San Isidro, más que de una imagen vivida, es una fotografía que conserva en la memoria; aun cuando esa fotografía, como tantas otras de sus propiedades, hace tiempo que ha desaparecido de su departamento. La gran sala era preciosa. Con ventanas en tres de las cuatro paredes que daban al jardín y a la piscina, si mirabas al este, y al campo de golf si mirabas al norte. Los muebles eran de finas maderas de color blanco. Las lámparas, los divanes, los cojines y el suelo de tonalidades amarillas y rojas le daban mucho color. Las plantas repartidas por todo el gran salón creaban una sensación de efecto invernadero. En medio de ese coqueto escenario aparecía Mary Elizabeth. Aun sin maquillaje, y con chapas rojas en las mejillas, ella era la viva imagen de una mujer electrizante, como siempre. A su costado derecho aparecía una adolescente muy guapa; una versión juvenil de su madre. Detrás de ellas destacaba un muchacho muy arrogante, con un polo de algodón blanco y los pantalones de un atenuado azul celeste. Su expresión era la de encontrarse ahí a disgusto.

Sergio Bolaños opinaba y opina que Mary Elizabeth encajaba a las mil maravillas en la casa, como si la casa la hubiera escogido a ella, junto con los muebles estilo Luis XVI, las cortinas de seda, la porcelana de Sèvres y los óleos, sugerentes y delicados, con los que adornar las paredes de su hogar. Por su parte, el joven y taciturno militar y futuro letrado, si bien era un amante del lujo y la buena vida, cada vez que podía, solía refugiarse en su sancta sanctorum, un anticuado pero habitable departamento, frente al mercado de Surquillo. Para él era como si se encontrara de nuevo paseando por el mercado de Les Halles, en lo más genuino del París que tanto amaba y añoraba.

Cuando residió en París, procuraba acercarse los domingos por la mañana a ese mercado al aire libre. Las calles de Les Halles eran angostas y estaban consteladas por cualquier tipo inimaginable de desechos: despojos de animales sacrificados, cajas de madera, balas de heno, mantequeras, cajones de queso y desperdicios de reses.

Les Halles era el ombligo de París, como solía proclamar Anna Brous. El incomparable mercado al aire libre estaba ubicado a la sombra de Saint-Eustache. Los límites del mercado de Les Halles o la

plaza o el mercado de París, eran al sur la Rue de Rivoli; al oeste Rue de Marengo y Croix-des-Petits-Champs. La Rue Étienne Marcel lo limitaba por el norte y el Boulevard de Sébastopol al este.

El gran Mercado se extendía por varias manzanas en todas direcciones, limitado por los hornos de los panaderos, flanqueado por almacenes, las bodegas y las habitaciones traseras de los carniceros, las alcantarillas que se llenaban de sangre desde primera hora de la mañana, todo tipo de aves cacareando al sol de su último día, las gallinas, los conejos y los corderos atados y colgados boca abajo por las patas de unos pasadores de madera, el queso fresco de cabra cubierto de ceniza y el olor a chicha de las manzanas maduras. Las gentes que trabajaban en el mercado eran hombres y mujeres cargados de espaldas, vestidos con ropa estrafalaria y de andares arrastrados; trabajadores esforzados casados con la tierra y el almacén. Trabajadores para los que el día de mercado era un rito ancestral sagrado. Mujeres cuyas manos eran anchas y masacradas de marcas, a las que no les costaba nada retorcerle el cuello a una gallina, un pichón o un ganso. Mujeres que eran capaces de sacarle el hígado a un pato todavía vivo. Este Mercado des Halles se clausuró en 1969, cuando se cerraron los puestos y en 1970 se demolieron todos los edificios. El mercado fue trasladado a Rungis, una ciudad dormitorio al sur de París.

Aquellas mujeres y aquellos hombres del viejo París eran tan esforzados, tenaces y corajudos como los que pululaban abajo, en el mercado de Surquillo, igual de obstinados, de insolentes y rodeados de los mismos o parecidos rateros, las mismas o parecidas vírgenes baratas. Si en la residencia de San Isidro reinaban el orden y la certidumbre, en su vetusto departamento de Surquillo se sentía ligero, como si hubiera cortado una cuerda que le retenía. Como si nadase con absoluta tranquilidad hacia mar abierto.

En aquel discreto, aunque habitable y anodino departamento de Surquillo, dieron comienzo sus infidelidades, sus reiteradas y entonces injustificadas infidelidades. Había detectado que la inteligente y siempre electrizante Mary Elizabeth, así que quedó embarazada, demostraba una falta de emociones enmascaradas bajo los buenos modales; eso sería la chispa que estaba prendiendo la desesperación de un hombre con apetencias eróticas muy acusadas. Poco después cambiaría el hacer el amor de manera previsible con su esposa, por el morbo de acostarse con prostitutas adolescentes, con perras de la calle que cualquier otro hubiera desechado.

Al pensar en eso, sintió un pinchazo de culpabilidad. El que se hubiera mostrado demasiado ocupado en la idea de indagar en su conciencia, en la complejidad de sus emociones y sentimientos, además de pensar en sus intereses o la falta de alicientes compartidos

con su esposa, le mantuvo en un ostracismo mental y en un alejamiento sentimental tan extremos, como para ver más allá de sus narices. Lo que le hizo sentirse un tanto melancólico y nostálgico.

En las Navidades de 1972, se graduó como abogado en la Universidad Mayor de San Marcos, con el número uno de su promoción. De igual modo y por méritos, fue ascendido a coronel. El entonces ministro de Educación en persona, el exembajador en París, Manuel Escalante Montero, asistió a la ceremonia de graduación, le entregó en mano el diploma acreditativo y le pidió que acudiera esa misma semana a su despacho oficial. Le sorprendió a Sergio Bolaños encontrar a Manuel Escalante Montero tan efusivo y relajado. El antiguo embajador en París, antaño podía mirar al mundo como si fuera a devorarle; pero detrás del escritorio del despacho ministerial estaba gozando de su poquito de poder: se lo veía bastante cómodo y hablaba amigablemente con él, como si entre ambos nunca antes hubiera existido un clima de rencor y desconfianza.

No era así. Aun cuando se esforzasen en disimular, los dos permanecían en tensión, vigilantes, pese a que fuera por diferentes motivos. El ministro hablaba y hablaba y ponderaba el mérito del nuevo coronel y futuro brillante abogado. A Sergio Bolaños el tono de voz del ministro Escalante le sonaba falso. Estaba intentando demostrar «demasiado interés» por sus cosas cotidianas y mucho más por conducir la conversación hacia terrenos intrascendentes. No le gustaba ese hombre. Había algo en la forma de mirarle que le irritaba y que no le parecía sincera. Quizá el ministro Escalante era consciente de que Bolaños desconfiaba de él; al cabo de dar rodeos y de irse por las ramas durante un buen rato, advirtió el desagrado en su interlocutor, por lo que decidió abordar de frente las cuestiones pendientes y lo que tal vez había elevado esa posible muralla de recelos entre ambos:

–Usted desconfía de mí, ¿no es verdad?

Sergio Bolaños entrecerró los párpados. Ni afirmó ni negó. Tenía esa expresión de cautela que había aprendido a utilizar desde su estadía en Berlín. Desde entonces iba por la tierra alerta, como si cada día se pareciera a un cenagal sucio y peligroso en el que estaba obligado a meter los pies, sabiendo o temiendo que algo desagradable podría morderle.

El rostro del ministro había ido ganando más arrugas y mostraba el peso del cargo o la certeza de su pérdida de influencia, así como la precaria posición en el Gobierno Revolucionario. A pesar de lo cual, enmascaraba relativamente bien sus sentimientos. No se leía la frustración en su gesto impasible y tampoco se advertía sus miedos en su mirada impenetrable. Lo demostró cuando reanudó su exposición:

–Para mí fue muy difícil saber cómo hacer las cosas y evitar el mal

mayor. Sus informes estaban siendo demoledores, se lo prometo. Sin embargo y tal como estaban evolucionando las circunstancias, a las finales me vi enredado en una madeja de coincidencias, hechos fortuitos y una cadena de cómplices de los conspiradores y a la vez de los afines al gobierno, que era imposible para mí saber qué hacer y cómo resolver aquel endiablado enredo de intereses políticos o económicos, de apoyos interesados o circunstanciales, de amigos desleales o enemigos contumaces, de traidores o leales. Entonces mis preguntas fueron «¿quiénes son leales o traidores, a quién y a qué? ¿Podemos evitar lo inevitable?». Desde París o desde Berlín, lo que estaba aconteciendo en nuestro país era muy complicado de entender. Todavía más complicado de ubicar a cada actor en su verdadero papel. Yo empecé a desconfiar inclusive de alguno de los que parecían ser los más recalcitrantes apoyos y defensores del gobierno de entonces.

–Mire, coronel, –reconoció el ministro, con un gesto de amargura–. Yo dejé de jugar a ser dios cuando me entregaron el primer despacho consular. Desde entonces aprendí a ver y a desconfiar de lo que había detrás de un espejo y humo. Entre usted y yo nunca hubo ningún roce, ¿no es verdad? Tampoco tuvimos el tiempo suficiente para confraternizar, lo cual es rigurosamente cierto. Lo que pasó es que cuando desde Lima me pidieron que enviase discretamente un agente a averiguar lo que estaba sucediendo en Alemania. Yo debo reconocer y lo reconozco, que no me fue nada fácil encontrar a esa persona. Aunque me consideraba buen juez del carácter de los demás, en especial de los hombres de mi confianza, últimamente el juicio me había fallado mucho. Con usted no me equivoqué. Desde la Cancillería me habían ordenado que empezase a clasificar los informes de investigación que usted me enviaba, que yo había reunido para el Ministerio y que les hiciese conocer el nombre de mi agente o de mis agentes de confianza. ¿Sabe lo que hice? A riesgo de incurrir en un acto de desobediencia injustificable y de ganarme la desconfianza de mis superiores, opté por a archivar las carpetas con información esencial. Realmente, nomás les hice llegar informes rutinarios y me reservé su nombre. Si hubiera actuado de otro modo, los informes comprometedores podían haber llegado a gentes indeseables, ¿comprende? Desde luego que les hubiera resultado muy sencillo seguir su rastro incriminatorio, como siguieron el rastro de su amiga, me refiero a la bailarina rusa.

La alusión a Irina Borisova hizo que el rostro de Sergio Bolaños se contrajera reflejando un involuntario dolor agudo y repentino, que el ministro Escalante no demostró haber captado o se limitó a disimular. Parpadeó un par de veces y reanudó su exordio en el mismo tono:

–¿Sabe una cosa, doctor Bolaños? Cuando un gobierno entero está

a punto de caer, la verdad de los hechos y sus causas, que no las consecuencias, es la primera cuestión que conviene eliminar. La verdad en tiempos revueltos y con las pasiones desatadas, siempre se convierte en un arma letal. Es más, aunque a usted le suene cínico que yo lo diga, si hubiera seguido la rutina burocrática, usted en este momento no estaría donde está, ¿me comprende?

Las palabras del ministro quedaron flotando en el aire entre ellos. Bolaños no respondió. Miró al ministro Escalante a los ojos. Había un sarcasmo en su mirada que al joven coronel le recordó la expresión de un gato cuando jugaba con un ratón.

–Querido amigo, todos los diplomáticos debemos ser un poco magos y un poco armadores de juguetes. Yo me vi obligado a aprender a instalar mi cámara de niebla particular y también a hacer uso de mis espejos. Es una simple cuestión de supervivencia. Jamás, amigo mío, pero jamás en la vida dé por sentado que compartir una misión, sea como diplomático, como agente comercial o como agente de inteligencia, significa compartir toda la información.

Cuando oyó esas palabras, un gusano hambriento se le removió por dentro. Se dijo que ya le daba igual haber hecho lo que hizo. Le daba igual si el principal traidor o el verdadero intrigante había sido el entonces embajador Escalante o el embajador de Alemania, si merecía la pena saber o no saber la verdad. La verdad era que había veces en que lo único que quería era sentarse a la mesa de una humilde casita, mirar a los ojos a una mujer sencilla y dejarse llevar por la rutina. Quería… ¿qué? Bolaños lo entendió a la perfección. Pensaba a toda velocidad.

Pensaba en Irina asesinada. Pensaba en su probable culpabilidad. Pensaba en que quizá había sido un simple objeto de uso al servicio de las ambiciones y las intrigas del embajador Escalante o sabe Dios de quién. Sería preferible no internarse por esos derroteros. Ambos habían estado y quizá aún estaban en la rueda de la conspiración. Las verdades, de haberlas, se encontraban escondidas detrás del humo y distorsionadas por los espejos.

De ahí el ministro Escalante siguió y siguió hablando, diciendo vaguedades y callando más de lo que insinuaba. Sergio Bolaños, que se sabía la partitura de memoria, le prestó atención cuando el ministro le preguntó:

–¿Me promete que lo que le cuente no saldrá de este despacho? –Bolaños tragó saliva y movió la cabeza, afirmando–. Mi primer deber es para con el presidente. No es la primera vez que le he aconsejado a nuestro presidente que el Perú debería organizar un servicio de inteligencia altamente preparado, eficiente, eficaz y bien pertrechado. Lo que pasa es que no hay modo de convencerle. Bueno, más que a nuestro presidente, a la tracalada de incompetentes que lo rodean. En

el Perú no hay un buen servicio de inteligencia militar y viene siendo así durante años. Hasta los chilenos nos han metido los dedos en el culo. El Gobierno está cometiendo errores graves dijo el ministro, lentamente, como si sus palabras fuesen una traición. A veces es muy difícil explicarles a los gobernantes lo que sucede y lo que podría suceder si se hiciera esto o lo otro. Los problemas más graves de un gobernante son la ausencia de claridad en las ideas, la falta de decisión, el exceso de confianza en sus consejeros y la falta de inteligencia, ¿sabe por qué? Porque detrás vienen los errores de juicio, las peleas internas, la ambición desatada y el temor a tomar determinaciones… Si no preparamos a nuestra gente para crear un servicio de inteligencia concordante con los tiempos que vivimos, estaremos perdidos.

El ministro estaba dando y dando rodeos, como si quisiera hacerle entender que había algo para él, pero que era secreto. ¿Un posible destino? ¿Un cargo de confianza? Bolaños en cualquier caso no tenía razones de peso para imaginar que así sería. Tampoco parecía estar demasiado interesado.

Al final y tras media hora más de hablar de esto y de lo otro, el ministro Escalante le soltó de sopetón:

–Será bueno que esté usted listo para viajar a los Estados Unidos. La Fundación New Societty le ha concedido a usted una generosa y muy prestigiosa beca. Querido amigo, usted tendrá el honor de cursar estudios de postgrado y plantear su doctorado en la Universidad de New York, en concreto en el Instituto de Ciencias Políticas.

La noticia, más que constituir un motivo de orgullo y regocijo, dejó muchas incógnitas en la mente de Sergio Bolaños, más cuando el ministro Escalante le comentó, como de pasada, que uno de los principales mecenas de esa fundación era el recién elegido gobernador de Pensilvania, «mi estimado amigo, el insigne abogado Magnus Heather».

–¿Ha oído usted hablar de él? –preguntó Escalante, en un tono de voz entre retorcido y sardónico.

Sergio Bolaños volvió a guardar silencio y atisbó al ministro con frialdad. El recuerdo de las conversaciones desesperadas con el norteamericano, la irrupción de «aquel depredador con fachada de caballero intachable» en plena noche, en el departamento de Anna Brous, la posterior muerte de Anna y de su esposo, Antoine Daladier, y la mirada de depredador despiadado que Heather escondía detrás de unos lentes con montura de acero. Era ese tipo de mirada que cabría esperarse de un miembro del Ku Klux Klan, justo antes de cubrirse la cabeza con el capuchón. La mirada de un ejecutor. Una mirada que aún le hacía estremecerse.

En esa oportunidad, a pesar de haber jurado que algún día alguien

haría justicia a Anna Brous, la mirada depredadora no le produjo ninguna emoción. Tampoco pensó en Anna Brous y en su deseo de justicia: ese día era otro hombre y estaba a punto de aceptar aquella especie de «premio» que le estaba regalando Heather por intermedio del ministro Manuel Escalante Montero.

Unos días más tarde, antes de viajar a EE UU, se encontraba en la cocina de su anticuado pero habitable departamento, en el distrito de Surquillo, observando cómo se quemaban las fotografías, los microfilmes y los documentos en un bidón de gasolina. De ese modo había terminado con seis años de acumulación de inmundicias, en forma de papeles, cintas grabadas, fotografías y sus correspondientes negativos. Todos entregados a las llamas, con la convicción de que en ese momento no merecía la pena salvar nada.

Había visto muchas fotografías asquerosas para olvidarlas más tarde. Lo mismo que había aprendido muchos nombres para tener que olvidarlos y limpiar su memoria de indecentes e indecencia. Las cosas importantes las guardaba en la cabeza y eran las que estaban por hacerse. Si el resto de sus «porquerías, como él proclamaba, se perdía para la posteridad, tanto mejor. Las dudas por resolver y tantas interrogantes por responder que había dejado atrás, les proporcionaría a otros espías o investigadores algo por descubrir, algo por inventar, alguien a quien extorsionar y mucho trabajo para ocultar las inmundicias. Fue al pensar en Mary Elizabeth que sintió un pinchazo de culpabilidad. Había estado demasiado interesado en la complejidad de sus sentimientos y su vida secreta, para ser consciente del valor de una mujer a la que había sido infiel y a la que dejaría en Lima con sus dos hijos.

La conciencia de que viajar a los Estados Unidos en el fondo también, en el fondo, era otra manera de serle infiel, se reafirmaba incluso cuando ella le halagaba y le impulsaba, feliz, risueña y enamorada, a que no perdiera esa fabulosa oportunidad. La ingenuidad de su esposa y su injustificable doblez como esposo y padre le hicieron sonrojarse. Nada más eso.

* * *

Las lágrimas asomaron a los ojos de Mary Elizabeth y sintió fiebre en el cuerpo cuando su esposo atravesó la aduana del aeropuerto Jorge Chávez y desapareció de su vista.

De regreso a Lima en su viejo Land Rober, notó que un nudo le apretaba la garganta como a una niña rebelde. ¿Cuánto tiempo hacía que sabía que Sergio le era infiel? Se sorprendió de que ya no le importara.

«He sabido abrirme paso hasta la cumbre de la empresa, en un mundo poblado de tramposos y canallas; sin embargo, no he sabido ser yo misma con el hombre que elegí para que fuera mi esposo. Yo soy madre de dos hijos maravillosos. A pesar de todo, mi

matrimonio ha sido lo más hermoso que he vivido. Ahora se ha venido todo abajo. He sido una mujer implacable a la hora de defender mi criterio, mi territorio. He sido la esposa abnegada cuando he querido, pero no he sido la amante de un hombre al que creía que podría llegar a entender si era capaz de dominar».

Sergio Bolaños había viajado a New York y se instaló en un diminuto departamento, en Howard Beach, el barrio de los italianos, en Brooklyn, en el mes de enero de 1973. Por su parte, Manuel Escalante lo haría en abril de ese mismo año, como embajador del Perú ante Las Naciones Unidas.

A lo largo de los tres años que duró su estadía en los Estados Unidos, nunca tuvo la oportunidad de coincidir con el todopoderoso gobernador de Pensilvania; tampoco mantuvo contactos con el embajador Manuel Escalante; sin embargo, sospechaba que la sombra de aquellos dos personajes gravitaba a su alrededor, oscura y densa, como un mal sueño.

CAPÍTULO V

–9–

CIUDAD DE LIMA. AVENIDA AREQUIPA, DISTRITO DE MIRAFLORES

MEDIADOS DE 1988

La periodista Nora Vallejo deja caer su cuerpo, un tanto desmadejada y abatida, en el sillón giratorio de su oficina ejecutiva, en el área de los servicios informativos de Interamericana de Televisión, la cadena televisiva donde presta sus servicios profesionales y es una de sus principales estrellas mediáticas. Los acontecimientos de los últimos días han hecho mella en su conciencia. Desde hace un tiempo, demasiado dilatado para su gusto, se siente muy desmoralizada y triste.

Cierra los ojos, mientras repasa las escaramuzas y las atrocidades que protagonizan el comandante Arnaldo Ortega, su lugarteniente sordomudo y la tropilla de guardias de las brigadas antidisturbios que le obedecen. Los recuerdos son demasiado espeluznantes como para apartarlos de su mente y olvidarlos. Los maceteros destrozados. Su pequeño y mimado jardín destruido. Las flores y los brotes regados por el suelo, hechos migas. Los geranios tronchados, devorados por un ejército de hormigas.

La negra Clotilde yacía hecha un ovillo en el piso, desnuda, con la cabellera alborotada y el cuerpo surcado de hematomas y arañazos. La negra Clotilde suplicaba que alguien le ayudara. Su voz no era su voz, sino un viento de llovizna. Sus súplicas eran un murmullo de brisa que arrastraba hojas muertas. Tras la muchacha, el jadeo entrecortado, una atragantada agonía.

En el interior de la casa, en la sala de cortinas azules, el inútil esfuerzo de concentrar el calor negado en el resto del edificio. Una turbamulta brutal, horda de sádicos, parecía haberse ensañado con sus objetos más queridos. Aquellos desalmados se habían dedicado a romper, arrancar y destruir cuanto de valor había hasta el instante fatal. En un primer vistazo, Nora Vallejo no acertó a localizar a su empleada de hogar, Clotilde Sánchez, aun cuando intuía que se encontraba ahí. Entonces decidió buscarla por los rincones de la primera planta, en la salita acondicionada como su estudio de pintura, detrás de los muebles, en cualquier parte. En aquel desorden sería imposible encontrarla.

La casa no era su casa. Sin la menor duda debió confundirse al

abrir la puerta. Quizá no es que se hubiera confundido, sino que estaba sufriendo una pesadilla en plena vigilia.

La ruina y la desolación lo impregnaban todo. Empero, para nada estaba confundida y tampoco era el reflujo de un mal sueño.

–¡Hay alguien aquí! –exclamó Nora, con un trazo de pánico en la voz

A su exclamación angustiada respondió un eco lejano y hueco. Sintió un roce, algo inconcreto que casi la deja paralizada. Titubeó y no supo qué hacer. Un instante en el que la falsa calma creaba más incertidumbre. De improviso, un sujeto corpulento, maloliente y apestoso, surgió de la oscuridad y se lanzó contra ella hecho una furia. El ser horripilante hizo el ademán de atraparla. Ella se quedó ahí, pegada al piso, espeluznada. Fue un lapso, apenas una fracción de segundo en que topó de plano con unos ojos que destilaban odio y desprecio. Después, ¿qué fue lo que sucedió?

Nora Vallejo mete un respingo, abre los ojos y parpadea con fuerza, ya que le urge despejar de su pantalla mental la imagen del ser horripilante. Han transcurrido varios días y aún se estremece de espanto. Lo que había en la casa y arremetió contra ella era una bestia de hocicos babeantes prendidos a un poncho de harapos. La criatura infrahumana desprendía un aura de ajo y una hediondez a sudor tan penetrantes que provocaban unas náuseas insoportables.

La representación genuina de la criatura abominable se hallaba a poco más de tres palmos de distancia y se la quedó mirando a la cara, presta a arrojarse contra ella. El ser horrendo emitió un gruñido infrahumano, alzó una manaza, después la otra y lanzó un zarpazo violentísimo. Nora se echó hacia un costado. Metió un grito agudísimo. Soltó un manotazo al aire, enloquecida. Hasta que, sin saber cómo, logró esquivar la primera embestida del monstruo. Retrocedió asustadísima. Dio un par de trompicones. Atinó a esquivar otro zarpazo. Le tiró la puerta encima al agresor… Salió de la casa, del jardín y echó a correr calle adelante en solicitud de ayuda.

Corrió y gritó, como una loca. Sus gritos hubieron de escucharlos los vecinos, como también los de su empleada. Sin embargo, como sucedió en el caso de Clotilde Sánchez, ninguno de los vecinos acudió en su ayuda, hizo caso de sus súplicas o le conmovió su llamada angustiosa. ¡Qué difícil le resulta asimilar ese bochornoso episodio! Al final, algunos vecinos acertaron a entender lo que estaba sucediendo y decidieron acudir en su auxilio. Fue un trago espantoso. A pesar de que estaba temblando de miedo, acopió el coraje suficiente para regresar a la casa acompañada de los vecinos que le ofrecieron su apoyo y que se propusieron rescatar a su empleada Clotilde. Cuando entraron en su vivienda era demasiado tarde.

Al recordar lo que vio, un escalofrío de terror le recorre la espalda.

¡Qué horrible y doloroso ha sido el atropello que ha sufrido su empleada! Con el paso del tiempo, lo que queda es el rastro de maldad y destrucción provocado por un monstruo insaciable, extraño y sigiloso. También está la vertiente del suceso que a la estrella de la televisión le concierne de forma directa. Aun cuando el criminal ultrajó a su empleada, la indefensa Clotilde, a quien buscaba era a ella.

La muchachita fue la víctima accidental de un crimen abominable. El delincuente iba por ella. La buscaba a ella, a la afamada periodista. Como le había sido imposible consumar su fechoría con la dueña de la casa, ha dejado las huellas de su infame actuación.

La desventurada Clotilde fue forzada. Los vecinos quizá sospecharon lo que estaba sucediendo; aun así, la dejaron abandonada y a merced del violador. Algunos cuentan que el criminal eligió a la muchacha como el perro elige a la perra o el cerdo a la cerda.

Desde ese infausto día, Nora Vallejo añade al calvario que padeció su empleadita las porquerías y mezquindades de los que hablan del suceso. Eso, sí, los que sueltan la lengua a pasear se cuidan de reconocer que negaron ayuda a un semejante. Ha sabido más tarde, cuando el daño estaba hecho, que herida y avergonzada, Clotilde aullaba de terror y de dolor, que imploraba, voz en cuello, un poco de piedad. Rogaba que la librasen del salvaje que la estaba violando. La muchacha se desgañitó y suplicó hasta quedarse sin voz. Para su desgracia, ninguno de los vecinos acudió a socorrerla.

Desde ese momento unos y otros se llenan las bocas de babas y propalan por doquier la historia del ultraje. Nora Vallejo está convencida de que los alaridos y lamentos de Clotilde, sin la menor duda tuvieron que oírse varias cuadras a la redonda. Entonces, ¿cómo es que se habían hecho los sordos? Lo más lamentable es que ahora se hacen de cruces y les apena lo que hubo padecido la muchacha. Los «vecinos humanitarios» dejaron que ella sola afrontase su inútil defensa. ¡Cuánta cobardía!

La periodista de las piernas largas se siente apesadumbrada y afectada en sus zonas sensibles. En la soledad del despacho vuelve a rememorar una y otra vez las imágenes del crimen. En su memoria ha quedado grabada a fuego la expresión de terror de Clotilde. Imagina, como si ella lo estuviera padeciendo en sus propias carnes, el ultraje que sufriera su doméstica. El rostro humillado de Clotilde es idéntico a los rostros humillados de tantos inocentes sometidos a la más envilecedora de las violencias. A lo anterior, debe agregar un sentimiento de culpabilidad porque la chica indefensa haya sido objeto de una agresión destinada a ella misma. El recuerdo del atropello la obliga a revolver hasta el fondo la materia de sus emociones.

La muchacha ha sido la víctima propiciatoria de un monstruo que parece haber sido concebido para patentizar el desprecio de unos desalmados hacia sus semejantes. La negra Clotilde o Clotilde Sánchez, entró a su servicio recomendada por una de sus amigas religiosas. Una vez que la chiquilla cumplió la edad de dieciséis años, abandonó la institución de caridad donde había estado acogida desde los seis o siete. Era de suponer que el trabajo en su domicilio serviría para que la chiquilla obtuviera el derecho de su dignidad como persona. La religiosa le explicó que habitualmente realizaba la labor de intermediaria en favor de sus recogidas adolescentes femeninas. La escasez de medios es la causa principal de que a la mayoría de las «niñas de la calle» apenas les queden dos alternativas: emplearse de sirvientas en el mejor de los casos o entregarse a la prostitución y la delincuencia. Nora consideró que había obrado de buena fe al ocuparse de la joven Clotilde Sánchez. Es más, estaba convencida de que podría hacer por ella algo más que entregarle un salario como compensación a una labor más o menos necesaria. También se preocupó de que la jovencita acudiera a una academia y que se preparara para superarse.

La memoria le recuerda que lo intentado y lo hecho ha sido inútil. En su conciencia está latente la sensación de ser culpable indirecta del ultraje. A la culpabilidad le añade una insoportable impotencia. Una y otra vez, la obsesiva memoria se encarga de rescatar imágenes, olores, sabores, sensaciones táctiles, impresiones grabadas a fuego en su mente. Todavía persiste en el aire, transcurridos los días, una sensación de lechosidad pegajosa, la nauseabunda aura a ajo y sudor, un hedor a hierbas húmedas y podridas. Para peor, la gente de la vecindad repite la historia de que el criminal pretendía ultrajarla a ella, a la periodista famosa.

Dicen que forzó a la muchacha por detrás y contra la pared. Después lo hizo en la cama de Nora. El criminal persiguió por toda la casa a la muchacha, una vez que la atrapó y la inmovilizó, la agarró por los pelos y la arrastró por el piso, como lo hubiera hecho con una perra de la calle, ahíto de violencia, desgarrándole las ropas, sacudiéndole manazos y patadas, sin cesar de humillarla y vejarla, hasta que consumó el crimen. Otros «vecinos piadosos» afirman que la violentó detrás de la puerta de la sala brincándola encima.

Antes de atacar a la desventurada Clotilde, el delincuente había destrozado sus cuadros, derrumbado sus caballetes, arrancado los estantes y arrojado al suelo los libros, las figuras de cerámica y los recuerdos y los pisoteó. Lo mismo le hubiera hecho a la dueña de la casa de haberla atrapado. Los vecinos aportan su correspondiente dosis de porquería. Cuentan de los mil modos en los que ultrajó a la muchacha indefensa: encima de una maleta, dentro del ropero, en el

suelo, sobre los cuadros y las fotos de la estrella de la televisión peruana.

El delincuente había puesto de manifiesto el desprecio que inspiraba sus actos, orinando en la mesa, en las sábanas, sobre los libros. Los más morbosos y peor intencionados, propalan que fueron varios los violadores; que cada uno lo hizo como y donde le vino en gana, con una impunidad nauseabunda. Sin embargo, las investigaciones policiales señalan que había sido uno el causante del atropello.

En lo que concierne a Nora, el autor material del crimen es un tal Gastón Silupú, el ayudante sordomudo del comandante Ortega.

* * *

El affaire del comandante Ortega y su ayudante sordomudo rebasa los límites de la barbarie. Los dos individuos son los principales artífices de un rimero interminable de atrocidades, abusos y desafueros, propios de enfermos de violencia o psicópatas de la más degradante de las condiciones.

En los primeros reportajes, Nora pretendió poner de relieve ante la opinión pública las tropelías de un oficial de la Guardia Republicana, el brazo ejecutor del monopolio de violencia del Estado, al frente de una tropa de gendarmes que parecían borrachos de violencia. Desde entonces, no obstante, han cambiado mucho las circunstancias. Ahora es consciente de que los excesos que protagonizan el salvaje de uniforme y su subalterno, encajan dentro de la patología social de esos sádicos que suelen enrolarse en los cuerpos represivos, con la intención de encontrar cobijo, gozar de impunidad y dar rienda suelta a sus inclinaciones enfermizas. Claro que si fuese como piensa, estaría adentrándose en el territorio resbaladizo de la patología del sadismo.

Nora recuerda, de manera especial, las conversaciones que sostuvo con los vecinos de la urbanización El Naranjal. Allí hablaron de un tal Gastón Silupú Carranza, el sordomudo que ejerce de subalterno para el comandante Ortega. El sujeto en cuestión corresponde a un ser horrendo, que ocupa un lugar en el mundo, sin haber evolucionado entre el primate y la fiera. De lo que le manifestaron los vecinos la noche del asalto al Mercado Popular, Nora Vallejo extrae las siguientes conclusiones:

> «Jamás se sabe de dónde surge o cómo se las arregla a la hora de cumplir los mandatos más indignos y miserables que le ordena su patrón. La verdad es que el tal Gastón Silupú Carranza le profesa a su jefe una devoción perruna: siempre está dispuesto a hacer lo que sea, sin detenerse en nada ni respetar a nadie.
>
> Si alguien tiene la desafortunada ocurrencia de fastidiar a «su comandante», lo habrá de pagar más temprano que tarde. Si no es de una forma «legal» o por derechas, por virtud del monopolio de la violencia del Estado que les confiere impunidad, lo será por sus fueros y dando muestras de una crueldad despiadada, el comandante y su

subalterno harán pagar con creces a sus enemigos el trágico error de haberse atrevido a enfrentarse con ellos». «No es como las criaturas humanas –le explicaron, en referencia al asistente sordomudo–. Ese monstruo viste un poncho oscuro y cubre sus canillas con un bombacho lleno de remiendos. En vez de ojos de criatura humana, tiene dos bolas oscuras, encendidas como brasas rencorosas. Nunca ataca de frente. Es más fiero que un lobo. Si su jefe se lo ordena, golpea, viola y mata. De tantos crímenes y tanta violencia salvaje como lleva a la práctica, se le puso una mirada de lunático. Su fealdad y su hediondez lo hacen más monstruoso. Es capaz de cometer cualquier atrocidad por el gusto de satisfacer al desalmado al que considera su amo o su jefe. Como no escucha las súplicas o los alaridos de dolor de sus víctimas, es incapaz de poner freno a su violencia extrema o apiadarse de ellos, así sean ancianos, mujeres o lo que sean. La dimensión de su sadismo rebasa la de su jefe, inductor y maestro».

Lo manifestado, en ningún caso eran pábulos de comadres o fantasías de gentes ociosas. Los que de esa guisa le hablaron, habían sido víctimas de los excesos del oficial y los sobrexcesos de su ayudante. El salvoconducto de impunidad que el gobierno le había otorgado a ese par de monstruos para ejercer la violencia indiscriminada, en defensa del llamado estado de derecho, estaba muy lejos de ofrecer la menor duda. Su refinada crueldad lo era en igual medida.

Al rememorar las escenas del ultraje de Clotilde, a Nora Vallejo le embarga una profunda amargura, un desaliento infinito, un amago de náuseas incontenibles. Su inocente criada ha sufrido el más vil de los crímenes, cometido por una criatura horrenda. Aunque lo sucedido en nada aumenta o disminuye el nivel de depravación de esos dos miserables revestidos de legalidad. Lo mismo que la violentó el criminal mitad fiera, mitad enfermo, podía haberlo hecho un perro o un lobo. En ningún sentido la crueldad y el salvajismo serían mayores.

¿Qué circunstancias impulsan a una persona a tal extremo de brutalidad morbosa y despiadada? Quizá el miedo al amor que manifiestan algunos individuos con graves carencias afectivas, los impulsa a la violencia indiscriminada y al egoísmo exacerbado. Las formas de crueldad de esa subcategoría de criaturas, tal vez guardan relación con el pavor real del psicópata que intenta anticiparse a sus víctimas antes de que éstas abusen de él. Es el incontrolable impulso de dominar, de humillar a sus adversarios hasta la extenuación, sea por el medio que sea.

En el paroxismo de esa clase de patología, placer y dolor son complementarios, forman el éxtasis, el supremo goce de los asesinos, de los psicópatas más terroríficos de la historia. En definitiva, el comandante Ortega y Gastón Silupú Carranza, su subalterno, encajarían a la perfección en los arquetipos de enfermos de violencia, en este caso al servicio del Estado y como guardianes del orden y la justicia.

El comandante torturador ha irrumpido en la vida de Nora y de su empleada, de la misma manera que en la de muchos vecinos de la

urbe peruana; lo ha hecho causando daño, dolor, destrucción y desdicha. Lo más lamentable es que Ortega goza de patente de corso para cometer atrocidades: en el Ministerio del Interior le han otorgado carta blanca en lo que concierne a reprimir los asaltos, los saqueos, los pillajes y las asonadas y cuenta con el apoyo y la bendición de la cúpula de la Comandancia General y la Presidencia del Consejo de Ministros.

En el caso del allanamiento del domicilio de Nora Vallejo y el ultraje a su doméstica, el cerdo con uniforme, según le tildan los moradores de Comas y de los distritos de los conos de Lima, donde ha hecho y está haciendo de las suyas, ha diseñado el atropello del modo más ofensivo y repugnante que cabía. Por aquello de no cuestionar su virilidad impotente, ha enviado al enfermo mental que le obedece con la fiereza irracional de un perro. Para peor, ha sucedido el crimen encontrándose su empleadita Clotilde sola en la casa y ella nada ha podido hacer para ayudarla. Aun cuando se hubiera encontrado presente, muy poco podría haber hecho en favor de su doméstica y de ella misma.

Nora se halla sola en Lima. Su amante, el doctor Uría, viajó hace varios días a los Estados Unidos a fin de asistir a un congreso médico. El atropello ha acontecido en plena cruzada de la prensa contra el comandante torturador. Cruzada que encabeza la estrella de los multimedia, Nora Vallejo, tanto en los servicios informativos de su cadena televisiva como en sus artículos en la prensa escrita. La siguiente imagen que acude a su memoria, es la del comandante Ortega tironeando de las greñas a una viejilla. Después aparecen otras secuencias de refinada crueldad. Lo ve disparando con su fusil a un individuo que huye cargando un televisor robado en el saqueo a un gran almacén. Asimismo, recuerda al estudiante metido a redentor de causas perdidas, el cual cometió el «imperdonable pecado» de enfrentarse al jefe de los guardias de asalto. Ortega y los suyos lo agarraron de las canillas, lo arrastraron por el piso y le pasaron por encima con los caballos. Otra escena de salvajismo que protagonizaron Ortega y sus guardias, es la del funcionario tumbado en el pavimento, en la avenida de Brasil. Al sujeto lo han destrozado a punta de pateaduras y de trompadas.

Una muchacha llora desconsolada y cubre su rostro surcado de hematomas y arañones, como consecuencia de la golpiza que le han propinado los guardias. Otros huelguistas, refugiados en el interior de una bodeguita, gimotean y escupen el humo de los artefactos lacrimógenos que les arrojan los guardias. Desde el exterior los hombres de Ortega amenazan con quemarlos vivos. El flaquito de los Barrios Altos que osa desafiar al comandante, recibe un terrorífico puñetazo en la oreja. El valentón de bigote triste que se desploma a

causa del culatazo del fusil, sin que ninguno de los suyos tenga oportunidad de acudir en su ayuda.

La periodista oye la voz de un esqueleto emponzoñado por el hambre:

–¿Por qué le pega a la señora? ¡Abusivo de mierda!

–¡Hijo de Satanás! ¡Muerto de hambre! Cierra la boca o te la quiebro de un combazo –brama el matón envalentonado y le atiza un puñetazo en la cresta–. Esto es para que te calles. ¡Tarado de porquería!

Recuerda con prístina claridad lo que fue el asalto al Mercado Popular, en el distrito de Comas, en El Naranjal. Lo primero que aparece en su pantalla mental, es la imagen del comandante Ortega justo cuando está a punto de romper la boca de un puñetazo a un jovencito atrevido que le estaba imprecando. Las imágenes de los siguientes recuerdos le muestran a la muchedumbre que arremete a empellones, golpes y pedradas. Sin sucesión de continuidad, aparece en su pantalla mental la imagen de una mano que estruja el cuello a una mujer flaquísima, de cara reptilesca. Es la mano del comandante torturador. La periodista observa cómo Ortega la levanta del piso, la sacude en el aire y la estampa contra la pared. La mujer cae al suelo y el comandante la patea en la espalda. Tal como si estuviera pisoteando una cagada de perro reseca.

En cada una de las secuencias de sus recuerdos aparece la figura siniestra del comandante Ortega acorazado en su peto de asalto y su casco de acero. Cada vez que el profesional de la represión levanta la visera de su casco de acero y Nora tropieza con sus ojos, nota que un escalofrío de terror le recorre la espalda. Hay algo, una especie de metal helado, de brillo hipnótico, un no se sabe, que intimida y hace encoger el corazón. Es la mirada de una culebra venenosa, un crótalo certero y mortífero. Desde esa perspectiva y con esos testimonios, se le hace sencillo entenderla extensión del temor que inspira a la gente humilde de las barriadas de extrarradios y los pueblos jóvenes, donde acude a reprimir los motines y actos de rebeldía.

Nada más con verlo aparecer de lejos, hace temblar de pavor a aquellos a los que reprende o con los que se enfrenta. Esa mirada oblicua y ese brillo de odio inhumano. Lo mismo sucede cuando se planta frente a los retenidos en los calabozos de la Comandancia General y los examina de soslayo o cuando enfrenta a los terrucos, a los que nombra «la escoria de la patria y sus enemigos a muerte». Asimismo, causa espanto la expresión de su rostro: una mueca rara, como de placer o regocijo impúdico ante el sufrimiento de sus víctimas.

Las tropas de asalto, a la orden del comandante Ortega, disparan a matar: rompen cabezas, lanzan botes de humo, balas reales y de goma,

bombas lacrimógenas y agua a presión contra la muchedumbre. Mientras ese sádico redomado disfruta de lo lindo observando a la muchedumbre huir en desbandada, caer al piso, atropellarse unos contra otros. De nuevo aparece el comandante Ortega en la pantalla mental de Nora Vallejo; en esta oportunidad desencajado su rostro en un rictus de odio apasionado, odio cerval, golpeando y golpeando con la vara de castigo a un grupo de estudiantes revoltosos, en el campus de la Universidad Mayor de San Marcos. A continuación, en apenas unos instantes, como si su acceso de odio cerval hubiese desaparecido por ensalmo, el comandante torturador atempera su expresión, recompone su peto, se sacude el polvo de la guerrera, a sus ojos asoma un brillo de avieso contento. El color rojo se esfuma de su rostro como por ensalmo. Se dirige al auto policial con tanta calma, como si el violento ataque a los estudiantes sanmarquinos hubiera sido una misión rutinaria. Eso que en el recinto universitario han quedado más de veinte heridos, magullados, apaleados y contusionados, envueltos en sangre y charcos de agua y lodo. También lo está viendo reír de avieso contento cuando los revoltosos son pateados por los caballos, deslomados, golpeados sin misericordia en los hombros, en los brazos, en las narices, en las bocas y entre las piernas.

Después de rememorar las hazañas del comandante Ortega y su tropa de cachacos abusivos, Nora Vallejo está convencida de que ese sujeto al que ella tilda de profesional de la represión o sádico con casco de acero y peto de asalto, apenas necesita mover un dedo para reducir a migas al último de los sediciosos y huelguistas que subvierten el orden en Lima. Si se propusiera molerlos y arrasar en llamas las casas de la ciudad, sería suficiente con recibir la orden de la Comandancia General. Ortega la ejecutaría sin pestañear, secundado por sus comandos antidisturbios. Es más, si sus superiores lo ordenaran, sería capaz de identificar de uno en uno a quienes saquean las tiendas de alimentos, a los que roban cervezas y licores o atrapan al vuelo pollos, pedazos de carne pestilente, pescados llenos de moscas y gusanos, a los que vociferan contra el gobierno, a los que roban en las tiendas de ropas y de electrodomésticos. Sea del modo que sea el comandante Arnaldo Ortega los atrapará. Uno a uno, sus objetivos llegarán a ser diseccionados en minucioso estudio de laboratorio.

Nora Vallejo está convencida de que, andando el tiempo, hasta los últimos saqueadores y los subversivos que pululan por Lima y sus inmediaciones caerán en sus garras. Los tendrá a su disposición para sacarles testimonio aplicándoles torturas, arrancándoles las uñas, los dientes, los senos y lo que le venga en gana.

> «Nuestra tierra está plagada de sádicos, desaprensivos y de criminales. Estos son nuestros males, nuestras enfermedades y nuestra tragedia. Lo más triste es que nuestra rebeldía, casi nunca va más allá de algunas asonadas, muchos exabruptos verbales, demasiada indolencia y una extraordinaria capacidad para el olvido. Si a ese chancho

con uniforme lo dejásemos fuera de combate, siempre habrá otro chancho como él que nos hará recordar que estamos oprimidos y que nuestra emancipación como personas y como sociedad aún queda demasiado lejos. Acarreamos tantos sufrimientos que uno más o miles de ellos en nada transforman los paisajes de la miseria. ¿Y tú, pobrecita Clotilde? ¿Qué culpa tienes tú? No sabría qué responderte, te lo prometo. Tan amargada estoy por la canallada que te han hecho y me siento tan vulnerable que soy incapaz de encontrar consuelo para ti para mí. Tú estás malherida en tu dignidad, en tu conciencia; pero yo te prometo que tú sigues siendo una criatura inocente, una muchacha digna. Los que te hemos conducido al sacrificio nos sentimos mucho peor que tú, porque hemos consumado otro episodio patibular más y seguimos sin ser capaces de evitarlo. ¡Dios Santo, qué nos está sucediendo! ¿Por qué fabricamos monstruos de iniquidad y los lanzamos a nuestras calles, azuzándolos contra nosotros y nuestra gente?».

A veces Nora, cuando se siente apenada y le ataca la melancolía, cosa no demasiado habitual, llega a decirse que sería preferible para ella engendrar un par de hijos y llevar la típica vida de clase media. Aunque eso es un sueño más que una idea realizable. Existe muy poca gente que viva como en los anuncios, en completa armonía, con mucho dinero; todo eso hace que su aspiración sea una quimera, no una realidad. Otras veces le ronda en las mientes la idea de que se confundió de camino, de vocación y de profesión… No sabe cómo expresarlo. Quizá debería conformarse con ser una discreta docente en la universidad o quedarse en casa pintando cuadros o viendo culebrones, a lo mejor no está haciendo lo más correcto con su vida. Así que cuando alguien se lo insinúa, le salta a la yugular.

–Yo más bien pienso que eres una periodista de raza, una profesora razonante y, lo más importante para mi gusto, una pintora con sensibilidad y una mujer excepcional, Nora. Me gusta tu forma de actuar –le suele decir su compañero actual, el doctor Gabriel Uría–. No desistas de nosotros, los hombres, porque protagonicemos tantos hechos de violencia indiscriminada, porque estemos apegados a nuestros prejuicios y no sepamos ver más allá de las narices o porque tus anteriores relaciones no hayan funcionado como tú esperabas que funcionasen.

Nora le devuelve los elogios con una sonrisa.

–Lo sé. En verdad, creo que soy una buena profesional de la comunicación, una profesora universitaria consecuente y me he hecho un nombre. Mi trabajo no puede combinarse fácilmente con el matrimonio. Yo trabajo todos los días de la semana. Y aunque así no fuera, no podría distraerme por tener a un hombre en casa que se pone nervioso porque no sabe hacerse la cena o que se preocupa porque algún descerebrado me envía amenazas anónimas. Como me tomo mis obligaciones muy en serio, podría acabar haciendo infeliz al hombre que esté a mi lado. Clotildita cocina desde los siete años. Yo no sé hacer nada; no sé planchar. Ni siquiera sé hacer huevos revueltos. Clotildita dice que debería casarme con alguien que tenga mucho dinero… También podría casarme con alguien que sepa

planchar y cocinar.

La solución alternativa es que pudiera encontrar a un hombre que ya hubiera tenido hijos y los hubiera criado en las zonas residenciales y que estuviera dispuesto a quedarse al margen aplaudiendo sus éxitos profesionales.

El problema es que, la violación de su empleada y el allanamiento de su vivienda, es una contingencia tan inquietante y de tanta gravedad, que de tan centrada que estaba en sus pensamientos, ha olvidado dónde se encuentra y lo que le rodea. Le saca de sus profundas meditaciones la aparición en la puerta de su oficina de un jovencito de tez demacrada, maquillado en exceso.

El jovencito maquillado en exceso se detiene en el umbral y echa lente al fondo del despacho, donde se encuentra en actitud ensimismada la directora de los servicios informativos. El jovencito lleva en la mano una cuartilla que agita en el aire, como si estuviera enarbolando una bandera. Nora yergue la barbilla y se lo queda mirando, un tanto desconcertada; al reparar en la boleta que enarbola el visitante, le invita a pasar:

–Ah, hola Johnny; pasa, por favor.

–Buenos días, doctora Nora. Le envía esta notita el general Nicolás Herrera.

Nora lee la boleta con desgana. El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas le solicita una entrevista personal, entrevista que deberá realizarse dentro de dos horas, en la sede central de la Caja de Pensiones de la Policía y las Fuerzas Armadas, en Miraflores, a unas pocas manzanas de los estudios de televisión.

Nora despide al muchacho con parquedad de ademanes y palabras. El jovencito maquillado en exceso se encoge de hombros, gira sobre sus pasos y echa a correr pasillo adelante, haciendo sonar los tacones claveteados de sus zapatos. De nuevo vuelve a quedarse sola. A lo largo y ancho de la planta suena una música de ambiente, dulzona y melancólica.

La periodista de las piernas largas demora un rato en recuperar el tono. Se lleva las manos a los hombros y se los frota para calentarse. Se da cuenta, después de tantas horas de meditación, de tantos contactos con sus colaboradores y con los personajes que entrevista, que no se ha acostumbrado a la temperatura de ese despacho. Se siente tentada a calzarse la casaca deportiva. Se limita a pronunciar en viva voz: «¡Qué frío hace, caracho! Se me está poniendo la piel de gallina».

Es una mujer con una personalidad tan especial, tan atractiva, que sería imposible no mirarla. Tiene los brazos cubiertos de bultitos diminutos. Las curvas de sus senos están muy pálidas, tanto como la dermis de una bailarina de mármol. Un mechón de pelo le cae sobre la

frente. Ella, sin embargo, no hace nada para apartárselo. Hay una mancha de pintalabios justo debajo de su boca, tan diminuta que solo podría apreciarse a una distancia mínima.

De repente, echa una mirada alrededor, sobresaltada, sin saber por qué. En el infierno de la memoria, tal vez le aguardan los fantasmas, la pesadumbre y demasiados rostros afligidos. En particular, en ese instante, le vuelve a rondar por la cabeza un sentimiento raro, que está relacionado con el comandante Ortega y que no acierta a ubicar en su justo sitio, aun cuando le causa una recurrente y desagradable sensación de inquietud. Es algo así como si faltara una pieza del rompecabezas de los recuerdos. En vista de que es imposible descifrar la clave que motiva su inquietud, dice para sí misma que se siente muy ofuscada y que cuando recupere la serenidad encontrará lo que busca.

En ese instante, suena el teléfono; Nora lo atiende en el acto.

–Buenos días, Norita. ¿Cómo te va?

Es la voz del doctor Gabriel Uría, su actual pareja. La voz de la persona amada le produce un efecto beneficioso, justo cuando más lo necesitaba. Por ignorar, ignora lo que le comentará Gabriel; no obstante, la idea de que sus palabras puedan ser más agradables de lo que ha discurrido por su mente en las últimas horas, es suficiente para hacer que sienta algo que ha estado ausente durante más tiempo del que hubiera apetecido. Eso le hace mirar hacia delante otra vez y descubrir frente a ella algo real, algo distinto de las imágenes horrorosas que le acompañan de un tiempo a esta parte. Incluso le hace sentirse esperanzada.

–Bueno, me encuentro bastante más animada. Y a ti, ¿cómo te va por New York?

–Ah, me va bastante bien. Lo que pasa es que estoy deseando regresar a Lima y estar contigo. Te prometo que consulto el reloj a cada rato y descuento las horas que me faltan para que estemos juntos de nuevo. No sé, chola; te noto la voz un poco triste. ¿De veras te encuentras bien?

Por convencimiento y firmeza de carácter, es muy difícil que ella sucumba al desánimo y tampoco le va recurrir al sentimentalismo, tanto si se siente angustiada como si debe afrontar problemas muy preocupantes a los que está obligada a darles una solución. No obstante, en este caso, y debido al hecho de que el ultraje afecte a una persona de su confianza y que el conflicto de conciencia derivado de ese crimen sobrepasa su responsabilidad y desafía sus nociones éticas, hace que se sienta menos segura de lo que suele sentirse. Hasta cierto punto, en su fuero interno sabe que necesita apoyarse en alguien o en algo. Aun cuando le cueste lo suyo aceptarlo, en el fondo le agrada que Gabriel Uría se preocupe de ella y comparta las graves

preocupaciones que tanto daño les están ocasionando.

Puesto que Nora demora en responder, el doctor Uría repite la pregunta:

–Contéstame, por favor; de verdad, ¿te sientes más tranquila? ¿Ya te estás recuperando de ese horror?

–Sí; no te preocupes. Ya noto que estoy encontrándome más aliviada. Es la pobre Clotildita la que me preocupa.

–Lo que le hicieron a esa chica es un crimen repugnante. Lo siento por esa muchacha, lo siento y me duele en el corazón. Pero tú no eres culpable de lo ocurrido, piénsalo. No debes torturarte. Si pretendes ayudar a Clotildita, lo mejor que puedes hacer es tranquilizarte. Esa niña es muy fuerte, con el tiempo lo superará.

–No lo sé. Ojalá sea como tú dices. Yo la veo muy mal. Está destrozada. Esa pobre chica es una víctima y no tiene ninguna culpa de lo que le sucedió. Tampoco yo soy culpable, en eso te doy la razón, pero el crimen tuvo lugar en mi casa, ¿me comprendes? Estoy convencida de que el criminal que violó a Clotilde iba por mí.

El doctor Gabriel Uría se lo piensa dos veces antes de contestar. Al hablar de nuevo, su voz trasluce una marca de reproche implícito:

–Yo más bien opino que no debes permitir que ese odioso suceso te sugestione. Lo que pasa es que me temo que te afecta más de lo que sería aconsejable el pleito que te enfrenta al comandante torturador y su tropa de cachacos abusivos. Para mí que te implicas demasiado en el trabajo y te causan dolor las fechorías de esa gentuza. Ten cuidado, porque eso te hace vulnerable. Relájate, pues. Nada consigues si pierdes el control de tus emociones.

El doctor Uría vierte la garúa verbal a través de unas recomendaciones que ella muy poco apetece escuchar. Es un hecho evidente que, entre ellos, por más que se resistan a creerlo, subyace una distancia de pensamiento y modo de entender la vida que no radica en la diferencia de edad de él y ella, sino en la intensidad de los actos y emociones que cada uno experimenta. Hasta cierto punto, las diferentes experiencias personales y el modo de afrontarlas y razonarlas, podrían constituirse en elementos de discordia y entorpecer sus relaciones. Es más, entre ella y su compañero sentimental existe una distancia de pulsiones y emociones casi física.

En el fondo de la conciencia, a Nora le produce desagrado que su amante conceda relativa importancia al crimen de violación en la persona de Clotilde Sánchez más los destrozos, las injurias y amenazas personificadas contra ella misma. Quizá Gabriel Uría, como varón que es, adolece de la sensibilidad que le permitiría dimensionar el alcance de los delitos relacionados con la mujer.

El terciopelo verbal en el que el doctor Uría envuelve sus consejos, está muy lejos de reducir el tamaño de la amargura que Nora Vallejo

padece. Peor aún, está a punto de crecer en intensidad, debido a la diferente pulsión eléctrica que existe entre ellos dos. No obstante, la necesidad de calor humano que, en menor medida de su comprensión, en el fondo resulta beneficioso para ella, aunque por ahora pesen más las emociones negativas. Al menos mientras conversa con Gabriel sortea la tortura de los recuerdos, si bien de forma temporal y precaria. Y, por qué negarlo, el afecto que trata de transmitirle su compañero le supone un plus de serenidad en cuanto a afrontar la cita pendiente con el general Herrera, presumiblemente tempestuosa.

Antes de que ella replique a los consejos del doctor Uría o coloque reparos a sus palabras, éste reanuda el diálogo, porque es consciente de que el silencio siempre está del lado de su compañera. La reacción instintiva de toda persona, piensa el doctor, es discutir, encontrar una postura defendible y conservarla, aunque no crea en ella de corazón.

Siente cómo los argumentos se agolpan en su boca: es el impulso de la supervivencia de sus relaciones, según lo que le dicta su conciencia; en ello pone especial énfasis. En este caso, en lugar de hablar de esto o de lo otro, prefiere sincerarse y marcar el acento en lo que tanto le inquieta y le preocupa:

–Opino que es injusto que asumas los sufrimientos ajenos como si fueran tuyos. El criminal que ultrajó a Clotilde es el único culpable. Nadie más. Te ruego que dejes de torturarte. Mira, cariño, yo no sé si ese comandante es el artífice o el inductor del atropello en la persona de Clotilde; pero de lo que no me cabe ninguna duda, es que tú estás al margen de la canallada que le hicieron a esa pobre chica. Tú sospechas que el autor de la fechoría fue el lugarteniente de ese comandante de la Guardia Republicana, ¿no es cierto?

–No lo sospecho, estoy totalmente convencida.

–Ah, ya. ¿Acaso encontraron pruebas que lo incriminen o ya lo atrapó la policía, pues?

–Claro que no.

–¿Entonces?

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que es muy peligroso conjeturar y arriesgar juicios de valor. Cuando sucedió lo del asalto a la casa y el ultraje a Clotildita, tú estabas muy asustada. ¿Si el que entró en la casa fue un delincuente de los que tanto abundan por Lima? Recuerda que Lima es una ciudad muy violenta y que los asaltos y violaciones son demasiado frecuentes. Cualquier delincuente pudo cometer la tropelía.

Gabriel nota algo en la voz de ella que no le gusta: un toque de distancia que está lo bastante atento como para advertirlo; por eso, trata de llenar su boca de palabras, puesto que intuye que algo no marcha bien con Nora. La distancia física puede hacer que tanto ella como él malinterpreten los sentimientos que palpitan tras sus

palabras. Es posible que sea miedo: miedo a ser incapaz de responder a lo que ella necesita, miedo de que el interés de ella por él corra el riesgo de esfumarse. Jamás se le había pasado por la cabeza imaginar que fuera posible que las palabras o los silencios llegaran a ser tan decisivos, sin saberlo. Hasta las mejores intenciones, en determinadas circunstancias, llegan a ser tomadas como pretextos.

Las presiones a las que ambos están sometidos y que les impiden pasar más tiempo juntos, aparte del modo, a veces confuso, de interpretar los sentimientos y las necesidades del otro, podrían terminar por arrastrarles, alejándoles el uno de la otra, tan lentamente que cada día la distancia no parecería mayor que la víspera.

El doctor Uría considera que ella, en principio, debería saber y pensar, en el extraordinario esfuerzo que ha implicado para él la presentación de su ponencia en el Congreso de Cirugía cardiovascular, en la Universidad de Columbia, así como entender que también él necesita de su apoyo moral y de su comprensión. Quizá ella y él se equivocaron cuando en el domicilio que comparten, prefirieron no hablar del tema o de otros que pudieran interferir en sus relaciones afectivas. A ese acuerdo llegaron sin necesidad de ponerlo en palabras. Durante el periodo final de la elaboración de su ponencia, hasta que el Consejo Médico la aprobó, Nora le mostró una fachada en la que trataba de exhibir lo que ella imaginó que él deseaba. Luego Gabriel Uría le devolvió el favor, evitando en su presencia cualquier mención a los problemas de su clínica, sus trabajos científicos y los relacionados con su profesión. No porque hubieran pasado a un segundo plano, sino porque suponía que la incomodaban. Si hubiera sabido lo de las amenazas que pesaban contra ella, el doctor Uría habría tenido motivos para preocuparse.

El acoso del comandante Ortega y la presencia en el Perú del narco Leary y los otros acontecimientos que culminaron en la violación de Clotilde, habían comenzado a desplazar el resto de los pensamientos e intereses de su compañera. El equilibrio que imaginaban haber logrado entre la ponencia del doctor Uría y las repercusiones de los reportajes televisivos de Nora Vallejo, definitivamente había degenerado en un tira y afloja que los enemigos externos estaban ganando poco a poco. De cualquier modo, antes de que el doctor Uría y Nora se hubieran dado cuenta del peligro latente que derivaba de su manera diferente de ver el mundo, habían establecido fuertes vínculos en la mayor parte de los ámbitos de la experiencia compartida.

La aventura de los primeros días juntos había florecido poco a poco, hasta convertirse en algo muy distinto, una sensación que Uría nunca había experimentado con Diana Mosquera, su exesposa y madre de sus tres hijos, ni con ninguna de sus otras amantes. Sensación que podía comparar con la de regresar a su pasado, haber rejuvenecido

veinte años de golpe y unirse a un equilibrio emocional que no necesita ningún ajuste. Como si la balanza de su existencia hubiera estado esperando a Nora Vallejo desde hace muchos años. En resumidas cuentas, lo que en realidad les ha roto los esquemas, ha echado por tierra sus mejores propósitos y genera un cúmulo de errores involuntarios, guarda una estrecha relación con el modo de interpretar el allanamiento y los destrozos en la vivienda y la violación de Clotilde.

De hecho, que la conversación telefónica se halla saturada de silencios «peligrosos» para él, piensa el doctor Uría. De haberse encontrado frente a frente, está convencido de que tendría la oportunidad de reconducir la situación fijándose en la forma en que Nora le miraría y él trataría de sostener su mirada. Entonces dice:

–Bien, cariño, será preferible que cambiemos de tema, ¿sí?

Lo propone porque está convencido de que así rescata a su compañera de la ansiedad y él se salva de la incertidumbre. De ese modo la conversación se torna agradable, aunque construida sobre un evidente malentendido. La cuestión fundamental radica en que, a pesar de pretender consolidar los vínculos afectivos, Gabriel Uría, como médico cirujano que es, está demasiado apegado al padecimiento físico. El sufrimiento humano derivado de causas somáticas, repetido día tras día, le fuerza, por deformación profesional, a relativizar los otros padecimientos surgidos de causas afectivas o disquisiciones morales.

Ella, en cambio, experimenta lo que es el día a día con irrefrenable pasión. Por eso, sus respectivas formas de encarar los hechos parecen muy distantes, si bien no son antagónicas, tampoco irreconciliables, en tanto y cuanto sean conscientes de lo que les une o les separa.

CAPÍTULO VI

–10–

DISTRITO DE MIRAFLORES, LIMA

POR LAS MISMAS FECHAS

El jefe de la sección de Estadística del Servicio de Inteligencia del Ejército, el abogado y coronel, Sergio Bolaños López, de nuevo se acoda en una de las ventanas del salón de su coqueto departamento en la avenida Larco, junto al parque Kennedy. Lo de acodarse en el alféizar y perder la vista en el parque o en la avenida, mirando sin ver, es una costumbre o una manía que suele hacer cuando está aburrido o cuando necesita reflexionar.

En este momento, está tan enfrascado en sus recuerdos y su meditación que ya no presta atención a los paseantes que recorren la avenida en busca de diversión o de un encuentro afortunado en la noche limeña. ¿Qué se podría hacer entre tantas personas anónimas que, por aquello de ignorar, se ignoran a ellas mismas? La soledad y el desarraigo que, en algunas ocasiones hubo experimentado en parís, en Berlín, en New York o en Lima, para otros que no fueran tan fuertes de carácter y tan afirmados en sus creencias, las obsesiones hubieran podido ser la excusa perfecta para perpetrar un crimen, un robo o un suicidio. Son las obsesiones de las gentes anónimas lo que las diferencia, las construye y las destruye.

Los seres humanos en general, están sobrados de soledad y de obsesiones, piensa Sergio Bolaños. Las obsesiones siempre han motivado su curiosidad. Al fin y al cabo, las obsesiones son lo que define a la persona. Su madre fue una mujer infeliz, sobrada de soledad y de obsesiones. Recuerda a su madre cuando se había vuelto loca por el dolor, la soledad, las obsesiones y el desarraigo. Jamás podrá perdonar a su padre el que hubiera sido el definitivo detonante que hizo que su madre terminara ahorcándose colgada de una viga. Al final de la pesadilla, su madre entregó su razón, su sudor, su sangre y su cuerpo a un obseso desalmado, a un comunista miserable.

Al llegar a este extremo en los recuerdos, una sonrisa amarga se desliza involuntariamente por el rostro del doctor Sergio Bolaños. En 1975, después de tres dilatados, provechosos y oscuros años en USA, regresó a su Perú natal. El gobierno no era el mismo; él tampoco era el mismo. Su esposa, Mary Elizabeth, tampoco parecía la misma. Le ofrecieron diversos cargos y destinos. Ocupó diferentes departamentos en el Alto Estado Mayor. Puso en marcha y organizó el Servicio de

Inteligencia del Ejército. Creyó en la pureza de su trabajo, lo suficiente para haberse ganado la confianza de sus jefes, sus iguales y sus subordinados. Lo trágico para él sería que no se percató que también se estaba ganando la envidia y el rencor de los que habían ido quedando atrás en el proceso de selección natural, como él solía proclamar, a la hora de rechazar a tal o cual candidato a este o a ese mezquino puesto o carguito.

* * *

Hacía muchos años desde la última vez que había estado en contacto con el padre Santiago Ruiz de Arkaute, en concreto desde que oficiara la ceremonia de matrimonio entre él y Mary Elisabeth. A pesar del tiempo transcurrido, el antiguo director del Colegio Nuestra Señora de la Paz, seguía siendo el mismo: la figura enjuta y un tanto quijotesca, la sotana negra, los ojos grises distantes y el rostro demacrado, sin expresión.

Se le pasó por la cabeza que el padre Santiago Ruiz de Arkaute, más que pactar con Dios, había hecho un pacto con el Diablo. De lo contrario, ¿cómo explicar su eterna, distante y marmórea juventud?

El padre Santiago Ruiz de Arkaute había ido a visitarle porque abogaba por una escoria humana, como era el anciano Isaías Bolaños.

–¿Qué quiere que haga por esa escoria humana, padrecito?

–Yo nomás te ruego que hagas, no exactamente lo que hizo nuestro Señor Jesús con quienes lo estaban martirizando. Yo te ruego que apliques la piedad cristiana en la medida de tus convicciones. Yo lo que deseo es que hagas con tu padre lo que quisieras que te hicieran a ti, aunque hubieras sido un mal hombre.

No añadió mucho más. Finalmente, le miró de frente a la cara con esos ojos grises, inexpresivos y esperó una respuesta.

Sergio Bolaños volvió a ser consciente de todo lo que le había ocurrido: que había presenciado el ahorcamiento de su madre, los reproches, el maltrato, las vejaciones y las palizas de aquel miserable. Si hubiera podido en su tiempo, habría matado al infame torturador. Ahora resulta que él, que desde que apenas era un niño había sentido una violencia tan brutal, ¿tendría que hacerse cargo de alguien que merecería estar muerto y que para él lo estaba?

El padre Santiago Ruiz de Arkaute concluyó proclamando, a modo de sentencia:

–Tu generosidad vale lo que toda la riqueza y el poder del mundo. Si nuestro Señor no quisiera ponerte a prueba, hubiera podido ahorrarte el inmenso horror que sufriste, querido Sergio. La muerte de tu madre y el deshonor de tu padre, no hubieran servido de nada si tú fueras como él.

La petición del padre Santiago Ruiz de Arkaute surtió efecto.

Aunque de mala gana y a regañadientes, el anciano prácticamente ciego, sordo y tullido, recaló en el departamento de Surquillo, propiedad de Sergio Bolaños, que en otro tiempo fue su picadero particular, su refugio secreto o su trastienda de retiro y meditación. Sergio Bolaños sentía un taimado placer al observar cómo esa especie de piltrafa humana temblaba de enfermedad, de nervios y de angustia. No se apiadó de él. Tampoco le apetecía volverle a ver: simplemente, se limitó a hacer que una casera gorda, gruñona y desagradable le llevara la comida y lo aseara. Ocho meses más tarde, la casera le comunicó que había encontrado al anciano muerto en su cama, nada más.

Sergio Bolaños hubiera querido alegrarse de aquel final tan merecido, pero los ocho meses de padecimiento le parecieron una ganga, en comparación de los años de horror de su madre y los que a él le tocó sufrir. Al parecer, el anciano Isaías Bolaños había sido víctima de una hemorragia masiva a causa de un aneurisma alojado en el cerebro. El atareado médico de las Fuerzas Armadas que envió para que certificase su defunción, le explicó que los vasos sanguíneos eran como unos tubos interiores y que a veces la debilidad de la pared de un vaso podía dar lugar a una repentina rotura, como había sido el caso.

Si el ministro y embajador, Manuel Escalante Montero, sostenía que, en tiempos de revueltas, lo primero en eliminarse era «la verdad». Con la muerte de «la verdad», lo que más florecía eran los complots, las insidias, las conspiraciones y las mentiras. Sus enemigos aprovecharon «los tiempos revueltos» del final de la dictadura del general Morales Bermúdez para clavarle la puñalada en la espalda, con lo de la «supuesta venta de secretos a agentes del FBI y la CIA. En concreto, los borradores de unas cartas inocuas que intercambió con un amigo y colega de estudios, un agente de la CIA llamado Frederick des Voeux.

Antes de que lo llevaran preso, conversó con su esposa, con la que apenas si mantenía un trato de curiosa coincidencia: como si él fuera su inquilino y ella su casera. La cordialidad racional de la nueva Mary Elizabeth le resultaba fastidiosa y divertida a la vez. Antes no sabría explicar si desde que regresó de Estados Unidos le miraba como si fuese socialmente inferior, ya que no podía hacerlo desde el punto de vista intelectual. Como si ella se considerase por encima de él en el aspecto moral. En definitiva, de cara a ellos mismos eran unos perfectos desconocidos. De cara al resto del mundo parecía un matrimonio impecablemente educado. Si alguna vez comían juntos, lo hacían sin intercambiar comentarios acerca de la monotonía de la vida en Lima. Menos aún de la falta de lo que cabía esperar que adornase las relaciones de dos jóvenes destacados y talentosos en sus

respectivas profesiones. Pero tampoco se relajaban.

Sergio Bolaños seguía siendo tan reservado como antaño, a pesar de los esfuerzos de Mary Elizabeth las primeras semanas por preguntarle sobre su experiencia en USA y sus planes para el futuro. Mary Elizabeth había ganado en presencia durante los últimos años: era una mujer muy inteligente y dotada de una personalidad tan arrolladora que la hacía atractiva a los ojos de los hombres, a no ser por aquella agresividad cuasi eléctrica. Una agresividad que podía interpretarse como debida a muchos estados de ánimo diferentes. Incluso debido a la preocupación por lo que pudiera sucederle al hombre del cual había estado enamorada, al padre de sus hijos y su todavía esposo.

–¿Te van a arrestar? ¿Te encerrarán en una prisión militar fuera de Lima?

–No lo sé.

–Tienes que hacer algo. Habrá que buscarte la mejor defensa. Tú no puedes deshonrarte por algo que no has hecho. Tienes una familia y unos hijos… Sal del país. No sé. Trata de defenderte desde afuera. Si es necesario, llevaremos tu caso hasta la Corte Suprema… o a los tribunales internacionales.

–No. Si me encierran, yo sabré defenderme. No quiero que tú te enfrentes a lo que me espera. Es por ti y por los niños que no quiero que intervengas.

Mary Elizabeth dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

–¿Así que vas a caer voluntariamente en la emboscada de los que te están traicionando? ¿Vas a rendirte a las insidias que unos miserables resentidos tejieron para ti?

–¿Acaso me queda otra elección?

–Todos los que queremos luchar por defender nuestra dignidad, no permitimos que nos arrastren por el piso y buscamos la mejor manera de defendernos. Al menos, yo así lo hago. Lo que pasa es que tus opciones suelen ser distintas a las mías.

Mary Elizabeth estaba enojada con su esposo. Él había caído en la deshonra, no peleaba como ella quería, había roto el vínculo matrimonial, no se preocupaba del futuro de sus hijos, que crecerían con un padre sometido al estigma de los tribunales militares. Eso jamás podría perdonárselo. Mary Elizabeth estaba decidida a tratarle con crueldad. A fingir que su amor por él había dejado de existir. Si él no reaccionaba y decidía actuar de un modo suicida, estaba dispuesta a cortar el último vínculo con él, como si cortase una cuerda con una cuchilla dentada. A diferencia de otros hombres que habían jurado amarla, Sergio nunca le había prometido nada, tampoco le exigió fidelidad; él la traicionaba de forma tan casual como si ella también le traicionara a él. Cuando trató de entenderle, era demasiado tarde.

Entonces empezó a ser consciente de que él era tan soberbio, tan ambicioso y tan solitario como ella.

Su deseo de controlarle y dominarle, de poseer esa mirada abrasadora en sus ojos, el ardor de su tacto, era como una herida en la que jamás podría dejar de meter el dedo. Por su parte, Sergio Bolaños tampoco reconocerá ante otros y ante sí mismo que hace tiempo que vuelve a pensar en las circunstancias que le condujeron al abandono de su esposa y de sus hijos. No forma parte de su educación como militar el admitir la fragilidad propia y la fortaleza ajena.

–11–

El conserje de la entidad bancaria, un mestizo bajito, de rostro aindiado y bigote gris a lo Charlot que precede a Nora Vallejo, se detiene en seco frente a la puerta del despacho rotulada Gerencia General de la Caja de Ahorros y de Pensiones de la FAP. El diminuto conserje de bigote a lo Charlot solicita a la periodista el favor de esperar en la salita del antedespacho. Nora deja caer su cuerpo a un butacón de cuero. Se sienta tan tiesa como un muerto y observa desde la puerta entornada el despacho gerencial. ¡Todo un decorado de estilos confusos!

Destaca el fulgor argentario de un crucifijo colgado en la pared, un óleo de El Señor de los Milagros y varios aguafuertes y acuarelas de autores latinoamericanos de diferentes escuelas y estilos. Regresa el empleado de la Caja de Ahorros invitándola a pasar al despacho de Herrera.

–Ahorita nomás la atiende el general. Tome asiento, señorita.

Desaparece el liliputiense de bigote a lo Charlot, dejándola instalada frente a un escritorio con pretensiones estilísticas, si bien huérfano de personalidad. En el tablero de la mesa pueden verse ingentes cantidades de cartapacios, libros de anotaciones contables y útiles de escritura. Ni siquiera le queda tiempo para divagar acerca de la controvertida personalidad del alto jefe militar, pues antes de haberse entregado al ejercicio de reflexionar, el general Nicolás Herrera Bello irrumpe en el antedespacho, encofrado en un elegante traje gris perla, estilo Príncipe de Gales.

Apenas el general atraviesa el umbral, le arroja a la periodista una mirada que rezuma autosuficiencia. El alto jefe militar es un individuo muy peculiar, un tanto soberbio y adopta una pose de gran señor y de displicencia bastante despectiva, por así decirlo. El general Nicolás Herrera es una especie de palo seco de elevada estatura, en cuyo rostro demacrado, cincelado a machetazos, aflora un rictus de enfado. Como si estuviera enfrentado al mundo entero y sus habitantes se hubieran declarado sus enemigos irreconciliables.

El general Herrera viste un elegante traje Príncipe de Gales, una

camisa blanca de seda y una corbata de fondo rojo y dorado. En la solapa de la americana resaltan alguna de las condecoraciones que dan fe de su brillante paso por el Ejército de Tierra, así como de sus servicios en diferentes países. El hecho de ser el Comandante General del Alto Estado Mayor, un puesto que codiciaba desde hace años, en nada ha atemperado su carácter desabrido y sus ramalazos de soberbia. Aparte de lo anterior, es un contrincante de muy mal perder en los asuntos relativos a su profesión y en las cuestiones de orden económico o político. Si el día lo ve «color hormiga», suele ponerse insoportable, hasta el extremo de mandar a rodar a sus subalternos y a quien se atraviese en su camino. A lo anterior debe añadirse que el general Herrera es un hombre más pragmático que intelectual. Su mentalidad es como si hubiera quedado anclada en conceptos tales como jerarquía, deber, orden, disciplina, amor, compasión, odio, amistad, enemistad y los maneja según su criterio particular. Aunque le cueste un mundo acertar a expresarse en términos elusivos, perfectamente puede discutir de modo inteligente sobre cuestiones filosóficas intangibles y de orden espiritual. Por el contrario, las finanzas y la política le producen sarpullido, las relaciones sociales le dan alergia. En cuanto a sus relaciones con la prensa, pues si no detesta a los periodistas, pasa de ellos o los considera poco menos que una especie de huéspedes incómodos, unos manipuladores mentirosos que maldito es el beneficio que aportan a su país.

El general Herrera hace una simple inclinación de cabeza a la periodista de las piernas largas, a manera de saludo. Imbuido del ritual de la alta jerarquía castrense, sin mirar siquiera a su interlocutora, tieso como un poste, retira hacia atrás el sillón de cuero y toma acomodo en su trono de emperador de pedigüeños y senectos. Nora Vallejo está a punto de ponerse en pie y saludarle cortésmente. Herrera conmina a tomar asiento a su visitante, con un tajante movimiento de la mano diestra.

–Tome asiento, por favor. Me da mucho gusto saludarla, doctora Vallejo.

En el interior del despacho huele a tabaco, al cuero de las butacas, a maderas viejas y ambientadores sintéticos. El cenicero de cerámica roja que representa una tortuga, contiene decenas de colillas quemadas y un considerable montón de cenizas, lo cual produce el tufo desagradable que apenas si logran enmascarar los ambientadores sintéticos. Los primeros instantes de tanteo, el general y la periodista intercambian un diálogo preñado de lugares comunes.

Nora Vallejo está al corriente de las muy poco sutiles artes intimidatorias con las cuales el general Herrera acostumbra tratar a los incordiones de la prensa. De momento ella mantiene la charla sin alterarse y resiste el reto de las pupilas violáceas, de puro oscuras,

clavadas en su rostro con tozuda fijeza, sin pestañear. Al cabo de ocho o diez segundos, la mutua observación comienza a pasar de incómoda a hacerse insoportable. La periodista retira la vista a un costado, aunque sin apartarla por completo de los ojos del general. En el fondo, no tiene la intención de mantener el reto; pero tampoco le hace gracia que el antipático general saque la conclusión de que la ha fulminado al primer vistazo. Antes de que el intercambio de miradas resulte demasiado incómodo, prende la vista de las insignias doradas que orlan la pechera del ilustre soldado.

Huérfano de calidez humana y de emoción, el general Nicolás Herrera recita una retahíla de tópicos acerca del allanamiento de la vivienda de la popular periodista y el ultraje en la persona de su doméstica.

–Me apena los destrozos en su domicilio y la canallada que le hicieron a su empleada. Es muy desagradable lo que le sucedió a esa pobre muchacha, de verdad se lo digo. A mí me provocan cólera los desgraciados que cometen violencias contra mujeres indefensas. Lo lamento, señorita; lo lamento muy de veras.

Ambos convienen que lo expuesto a modo de pesar por el hombre metálico, forma parte del ritual de la cortesía. Nada que ver con el meollo de la entrevista. Errando de plano, Nora Vallejo ha construido un edificio de especulaciones sobre el supuesto de que le espera un severo rapapolvo. Al fin y a la postre, es la principal responsable de los reportajes que denuncian los actos de crueldad del comandante Ortega al frente de lo que sus colaboradores en privado nombran la tropa de perros salvajes de la represión.

El general Herrera retira de la cajetilla un cigarrillo, le aplica un fósforo encendido y succiona con fruición, expulsa una bocanada de humo que envuelve la cara de la periodista. Pese a que ella frunce el ceño en señal de desagrado, el hombretón metálico ni siquiera se da por aludido y repite la escena varias veces más, hasta que deposita la colilla en el cenicero. Finalmente, se rebulle en el sillón y reanuda la observación de su interlocutora con mayor intensidad y decidido desafío.

–¿Qué le diga, doctora? Para empezar, le confieso que yo soy habitual seguidor de sus programas televisivos –habla Herrera en un intento de ofrecer una explicación más que de pretender agradar a su interlocutora.

–Lo celebro.

–Siempre que mis responsabilidades me lo permiten, procuro mirar los informativos que usted dirige –hace una pausa que aprovecha para cambiar de lugar algunos documentos–. Es posible, y yo lo acepto, que, para bastantes ciudadanos de este país, lo que ustedes denuncian sea de interés, inclusive les resulte de utilidad. Para moralizar, como

proclaman ustedes en sus avisos publicitarios. Bien, pues yo le advierto que en más de una ocasión sus opiniones me han parecido demasiado subjetivas, sesgadas, tendenciosas, parciales y desafortunadas.

–General Herrera –le interrumpe Nora Vallejo, que vacila antes de reanudar su protesta, como si no estuviera convencida del todo de haber puesto el énfasis correcto en esas últimas palabras, el recordatorio de un asunto incompleto, equivocándose de táctica–. Si quiere conversarme de los reportajes sobre el comandante Arnaldo Ortega al frente de las tropas de asalto, sigo creyendo que son demasiado agresivas, que generan más violencia y que están causando alarma en la población…

A medida que pronuncia su exordio, empieza a ser consciente de que le están sentando a cuerno quemado al general y que su rostro se contrae en una mueca de crispación que nada bueno presagia. Es más, tiene la certeza de que acaba de cometer un error por precipitarse y aventurar juicios de valor apriorísticos. De ese modo lo único que ha conseguido es quedar en evidencia y hacer tambalear su argumentación. El edificio artificial que trataba de construir, es como si fuera a desmoronarse desde la base.

Sin falsos alardes y sin verse obligado a apelar a su amplia gama de recursos contundentes, al general Herrera le sobra con su impronta metálica y su mirada de hierro para apabullar a sus contrarios.

Nora advierte demasiado tarde que trasluce en exceso el desconcierto en el que ha caído.

–¿El comandante Ortega y sus hombres, dice usted? No entiendo ni papa, caramba. ¿Qué demonios tendrá que ver el comandante Ortega y sus hombres con lo que estamos conversando? Señorita Vallejo –inquiere Herrera, molesto y replica a sus propias preguntas–: No son sus reportajes acerca del comandante Ortega y sus tropas antidisturbios, la razón por la que le pedí que acudiera a mi despacho. ¿Me explico? Está Bien, es verdad que me provoca cólera el tratamiento que ustedes dispensan a ese noble… ¿Escuchó bien, señorita periodista? Dije «noble», y lo repito, noble y leal oficial de la Guardia Republicana. Me molesta en especial el trato injusto que reciben de ustedes los soldados y los policías que hacen cumplir las leyes y se afanan en mantener el orden en nuestras calles.

Chupa del cigarrillo reiteradas veces y lo arroja al cenicero, a la par que suelta una interminable bocanada de humo.

Nora hace una mueca y parpadea con desagrado.

–En fin, es posible, debemos admitirlo, si bien con matices, que alguna de las intervenciones de las Fuerzas de Orden Público hayan sido un tanto… contundentes. Lo que pasa es que acá estamos hablando de reprimir a los insurgentes. Muchos que presumen de

ciudadanos honestos, cada vez que vociferan sus proclamas en las pantallas de la televisión y que para mí son gentuza, seguro que celebran sus reportajes. Pero yo le digo que a pesar de que ustedes defiendan a esas hordas de terroristas que subvierten el orden, asaltan a los ciudadanos de bien, saquean las tiendas y los mercados y roban todo lo que pueden, para mí, como para las personas de honor y dignidad de este país, nomás son unas hordas de terroristas o de delincuentes que no merecen ninguna consideración. Insisto: aunque ustedes hablen de hambre, de especulaciones y de carestía, para justificar sus actos delincuenciales, esas hordas de terroristas y de delincuentes atacan las propiedades privadas, saquean los mercados, roban, cometen violencia y montan escándalo. ¿Sabe por qué? Porque son terroristas y delincuentes que aprovechan las circunstancias para hacer demagogia, soltar mentiras y afirmar que les asiste el derecho a subvertir el orden, a robar, saquear y apropiarse de lo que las gentes honradas y laboriosas de este país ganaron gracias a sus esfuerzos y en buena lid. Luego resulta que van ustedes y justifican sus fechorías, por el imperio de la penuria que genera la pobreza extrema, ¿no es cierto? Ahí nos damos con la milonga de que nosotros tenemos que tolerar que los unos y los otros recurran a actos de violencia, cuando deberían conseguir lo que necesitan trabajando… Bueno, cosas de ustedes, los periodistas. Pero no se equivoquen, pues por mucho que ustedes den bola a tanto vago como anda suelto y los compadezcan, los que le digo al final son delincuentes y muy peligrosos. Los que en estos momentos tan complicados y difíciles se dedican a robar, saquear las tiendas y subvierten el orden, puede que mañana entren en las casas de la gente honrada, los roben, los asalten y pongan en grave riesgo la seguridad y la integridad de todos ustedes. Piénselo y actúe en consecuencia. Yo más bien opino que habrá que poner freno de una vez a los desmanes y exigir las debidas responsabilidades a los que cometen actos de violencia y subvierten el orden. Eso es un hecho evidente. Si nos quedásemos quietos y tolerásemos que las hordas de terroristas y delincuentes continúen cometiendo fechorías, ¿qué opinarían de nosotros? No nos engañemos, doctora Vallejo, en nuestro querido país estamos librando una guerra contra hordas de sediciosos y delincuentes inescrupulosos perfectamente dirigidos, aleccionados y organizados. ¿Que no quieren darse cuenta ustedes de lo que está pasando? Repito; ¿Qué opinarían de nosotros, ustedes, los periodistas que defienden a los subversivos, si nos quedásemos acantonados en los cuarteles y cruzados de brazos? ¿Tan empaladitos serían para sacarse reportajes con esas hordas de criminales haciéndose dueños de las calles de nuestros pueblos y ciudades? En fin… Le repito que no es lo que haga o deje de hacer la Guardia Republicana y sus jefes la razón de nuestra entrevista.

Nora está irritada consigo misma por precipitada y torpe. De manera especial, lamenta su fragilidad, su injustificable error de cálculo. ¿Cómo es que ha cometido una imprudencia de tan grueso calado? De ese modo le ha concedido una ventaja inestimable al alto jefe militar.

–Le prometo que me alegraría mucho contar con la comprensión y el apoyo de ustedes. La pena es que la mayor parte de los periodistas de este país, desgraciadamente, casi nunca suelen acordarse de nosotros. No veo que ustedes ponderen el sacrificio de los soldados peruanos y que los apoyen, en la lucha contra los terroristas sediciosos de la Sierra o contra las bandas de narcotraficantes en la Selva. Bah, ustedes van a lo fácil, a justificar a los que delinquen y a hacer demagogia, caramba.

La tensión entre el general y la periodista parece abrir una brecha de silencio. Más incómodo cuanto más se dilata.

El general Herrera parpadea, mira iracundo a la mujer atrevida que desafía su autoridad y se dirige a él sin temor, como lo haría un par en la alta jerarquía militar. En el gesto de chupar el cigarrillo, el hombre de piel demacrada y rostro un tanto feroz, trasluce un ápice de humanidad que no termina de cuajar en los posteriores ademanes. Es obvio que el general Herrera no demuestra el menor deseo de regalar un cumplido a su invitada.

Una vez concluida la filípica, hace una pausa. Vuelve a cambiar algunos documentos de lugar. Al hablar de nuevo, parece que quisiera limar de aspereza su discurso:

–Bien, bien. Espero de usted que entienda cómo son estas cosas, sin tener que repetirlas. Yo no soy gente a la que le agrada perder el tiempo en palabrerías superfluas. En fin; será mejor que pasemos a ocuparnos de otro temita, ¿le parece correcto a usted, doctora?

–Como a usted le apetezca, general.

–No obstante, lo dicho, para que ustedes, los de la Asociación de la Prensa se queden tranquilos, le informo que el comandante Ortega muy pronto será destinado a cumplir otros servicios. Esperamos que el Consejo de Ministros acepte nuestra petición y que releve en la Frontera del norte al Jefe de Aduanas. Me refiero al mayor Arsenio Lechuga, el que asesinaron los terroristas de Sendero Luminoso en la ciudad de Piura.

Nora Vallejo respira aliviada gracias a la inesperada noticia que le brinda el general Herrera. Si en verdad largan de Lima al comandante torturador, muchas personas de bien y no tan de bien, dormirán tranquilas.

Aunque la confidencia alivia en parte la tensión, ella permanece a la expectativa.

–Le repito, señorita periodista, que no haré más comentarios

acerca del comandante Ortega, ¿de acuerdo?

Hace una pausa, da una calada al cigarrillo. Expulsa el humo con fuerza. Deposita la colilla en el cenicero y carraspea varias veces. Con las mismas, echa un vistazo de pasada a su interlocutora y ataca sin tregua:

–Verá usted, le comento que hace bastante tiempo que estoy tomando nota de algunos reportajes dirigidos por usted en sus programas televisivos. Le confieso que me sorprende la gran cantidad de datos y de informes que ustedes ofrecen a sus televidentes. Yo diría que, en apariencia, parece ser que ustedes utilizan unas fuentes de información bastante fiables. Ah, bueno; pero de eso ya hablaremos más tarde –la voz del general es suave, aunque un tanto tensa y poco conciliadora en su tono–. Ahorita lo que me interesa es hacer algunas puntualizaciones sobre lo que comentan acerca de la trayectoria privada y profesional del general Francisco de Asís Rosell, hoy finado. Tal vez usted haya recibido noticias de que el general Rosell fue para mí un amigo leal y un digno colega. Un amigo leal, repito.

Llegado a este extremo, el general Herrera vuelve a poner cara de pocos amigos. Su mirada es feroz. Como si advirtiese que va de jefe y que no está dispuesto a malgastar las palabras y que más le vale que no le altere los nervios. Antes de hablar, respira fuerte, frunce el ceño, parpadea varias veces, carraspea para aclararse la voz y traga saliva.

–Doctora Nora Vallejo, desde mi puesto al frente del Estado Mayor, me corresponde soportar día sí y día también, al igual que otros soldados de nuestro ejército, las infamias que ustedes nos arrojan a la cara. Aparte de las que nos arrojan otros irresponsables metidos a enredar en la política. Nos insultan y nosotros nos callamos. ¿Ve usted? Disciplinados que somos. En lugar de responder como merecerían, nos mantenemos en respetuoso silencio. Pero, cuidado, cuidado, todo tiene su límite. También nosotros somos criaturas humanas, señorita periodista, También los hombres de armas tenemos sentimientos nobles –pronuncia Herrera, el cual parece un tanto enojado–. Desde muy jovencito el orden ha sido mi guía y la disciplina mi catecismo. No conozco otra realidad en la vida, sino la defensa de estos principios. Sepa usted que mi vida la he dedicado y la estoy dedicando a servir y ser leal a esos sagrados valores. Yo soy un hombre de honor. Amo a los que pelearon y pelean por la defensa de nuestros valores patrios. Por ellos estoy dispuesto a sacrificar lo que sea, inclusive mi propia vida.

Una vez pronunciadas las últimas palabras con timbre ardoroso, el alto jefe militar lanza a su interlocutora una mirada cargada de intencionalidad.

En cuanto a Nora Vallejo, permanece sentada frente al general, acunando la incertidumbre en el encofrado del pecho.

El gesto de taladrarla con los ojos empieza a hacérsele insoportable.

–Si me injuriasen a mí en particular, es posible que me tragase las ganas de responder como merecen los que injurian. Pero, ¡ay, caracho! en lo que respecta a las habladurías y los comentarios maliciosos que está sufriendo un amigo, un hombre de bien, un soldado que sirvió con honor a nuestra patria, ¡ni hablar, mamita! Revuelta se me pone la sangre, nomás que de ver cómo ustedes, dándoselas de ¿qué?, pretenden reducir a porquería la biografía de un soldado ejemplar. Ustedes atacan sin piedad a un hombre que, obviamente, hoy no está en condiciones de defenderse. ¿Se atreverían a sacar esas porquerías que sacan en televisión, de encontrarse el general Rosell entre nosotros? ¡Ah, claro, ni hablar, claro que no! ¡Muy corajudo fue el general Francisco de Asís Rosell, como para que se le empalaran pulpitos como ustedes! ¡Muy corajudo, caracho!

Frunce el ceño y contrae los finísimos labios, medio borrándolos. Está a punto de proseguir la diatriba. Se contiene en el último momento. Acto seguido resopla para atemperar sus arranques de mal humor, carraspea, se rebulle en la butaca y relaja la tensión del rostro, como si hubiera recuperado la calma posterior al tempestuoso estallido.

Transcurridos unos segundos en silencio, rebusca en una carpeta unos documentos que entrega a la periodista.

–Bien. Si le parece, le invito a que lea estos documentos.

Nora obedece en el acto, temblándole la conciencia por dentro. Es como si se estuviera comportando como una adolescente asustada. Lo primero que comienza a leer es un acta médica de defunción. El médico legista de la Fuerza Armada, certifica que el deceso del general Rosell se produjo como consecuencia de un infarto de miocardio. Una serie de informes complementarios dan fe del historial del occiso en episodios de análoga naturaleza, agravando otras patologías laterales.

En tanto la periodista hace que se concentra en la lectura de los papeles, el general Herrera prosigue suministrándole documentos oficiales. Documentos recogidos del Centro de Altos Estudios Militares y de los estamentos de la milicia en los que el general Francisco Rosell prestara sus servicios. En lo estrictamente profesional, Francisco Rosell culminó una carrera militar jalonada de méritos y condecoraciones.

Nora Vallejo, que es conocedora en profundidad del «historial inconfesable» del general Rosell, poco a poco va recuperando la entereza de ánimo, a medida que profundiza en la lectura de los informes. En ese instante de relativa calma, es consciente de que debe participar en el juego del gato y el ratón. Hasta acepta que pudiera llegar a encontrarse en el centro de unos acontecimientos

impredecibles, tal vez peligrosos. Pensar en esa posibilidad, en medio de esa oficina, estando en riesgo de verse sometida al imperio de un individuo tan poderoso y controvertido como el general Herrera, lejos de provocar en ella temor o aprensión, le proporciona a su mente una excitante emoción. En cuanto a su corazón, bien que, de manera precaria y pasajera, un cálido sentimiento y una notable paz de espíritu.

El general Herrera termina de repartirle documentos. Reanuda los bombardeos verbales, con renovado afán admonitorio:

–Uno no es un hombre al que le agradan los dimes y los diretes. Yo llamo a las cosas por su nombre: al pan, pan y al vino, vino, ¿me comprende? Es más, si se refiriesen a mi persona, le diría que no me afectan las patrañas que sueltan ustedes y otros irresponsables como ustedes, los periodistas, pues van añadidas a la paga, conforme suele decirse. Ustedes, los que llaman creadores de opinión, elaboran una idea, nombran enemigos a unos y amigos a otros… Eso que ustedes hacen tiene un nombre; se llama criminología mediática, ¿sabe usted? Al igual que hacen los ideólogos de la política, ustedes se adjudican el derecho a cuestionar las ideas ajenas. A la par de desacreditar a los que no piensan como ustedes, resulta que se nombran jueces y partes. ¡Perfecto! De ese modo intentan destruir la reputación de aquellos a los que han declarado sus enemigos o enemigos de sus ideas. Ustedes se agarran de los que discrepan y los critican y no cesan hasta que parte de la opinión pública es de su mismo parecer, ¿no es cierto? A ustedes les da lo mismo que sus juicios de valor sean veraces o erróneos, justos o injustos, arbitrarios o sesgados… Como tienen las armas de la difusión masiva y saben usarlas, con tal de hacer que prevalezcan sus opiniones o la de los intereses de sus medios de comunicación, les importa un pimiento que sea falso lo que han dicho y lo que han defendido. Lo que más me mortifica es que encima se creen sus peliculinas de tal modo que ahí nomás llegan a la conclusión de que son dueños de la verdad absoluta. ¿Qué saben en realidad, por ejemplo, de los honorables soldados de la patria a los que ponen en boca de todo el mundo, ofenden y humillan? ¿Se detuvieron a reflexionar en el daño que están ocasionando a criaturas inocentes al airear esas cochinadas? Mi hermano de armas, el general Francisco de Asís Rosell, a pesar de lo que ustedes sueltan en sus reportajes, fue un militar ejemplar… Mi colega de armas luchó en vida por defender la independencia de la Patria y para garantizar la seguridad de gente como ustedes. ¿Y qué, pues? Que ustedes se lo pagan infamándolo. ¡Qué buen chiste! Sí, señorita periodista; el general Rosell dejó su vida luchando por la SEGURIDAD de todos ustedes… ah, ya, ¿usted lo pone en duda? Pues yo así lo pienso y puedo dar fe de ello. Mire usted, está de sobra que ponga en su cara esa sonrisita. Los servicios que prestó a

nuestra patria el general Francisco Rosell son los que son y ahí quedan. Pasando el tiempo alguien habrá que se atreverá a contar la verdad y le hará justicia.

–General Herrera –protesta la periodista, a la par que deposita los papeles en la mesa–; una, dentro de sus posibilidades, al igual que usted, realiza su labor lo mejor que sabe. Siempre busco que mis reportajes sean veraces, conforme me dicta mi sentido ético. El general Rosell estuvo metido en el contrabando de armas, aparatos electrónicos, en el blanqueo de activos financieros y en el narcotráfico. Lo afirmo acá, delante de usted y donde haga falta. Todo el mundo lo sabe, y él más de una vez presumió en público de ello –la réplica de Nora surge de lo profundo de su corazón y la expone con una nueva confianza en sí misma, manteniendo la vista fija en el rostro del general.

Herrera propina un puñete al tablero de la mesa, irritado ante la insolencia de la que alardea la periodista. En esta ocasión ella no cede un milímetro ni se deja amilanar por el alarde de intemperancia del general. De cualquier modo, el puñetazo con las justas si estremece el tablero de la mesa.

Nora Vallejo está convencida al cien por cien de la veracidad de sus opiniones y la firmeza de sus argumentos: ha contrastado con las fuentes autorizadas sus pruebas sobre el historial delictivo del general Rosell; cree en la pulcritud y meticulosidad de su trabajo; si eso no fuera suficiente, se ha asesorado con sus representantes legales, tanto como para esquivar una posible demanda por injurias, como para sortear las presiones de los estamentos militares y sociales con relativa firmeza. Por lo cual, entiende que no ha dejado un cabo suelto. De ahí que, poco a poco, haya recuperado la confianza, en tal manera, que no solo le mira a los ojos, sino que le sostiene la mirada sin inmutarse.

El general Herrera, el hombre metálico parpadea, contrae el ceño y expulsa por la nariz el aire que había retenido en los pulmones.

–¡Cómo tiene la desfachatez de soltar tantas mentiras por la boca! ¿Acaso algún juez o tribunal de este país lo condenó a lo largo de su meritoria carrera militar, ah?

Adelanta las manos hasta muy cerca de la cara de ella, en ademán de oprimir el cuello a un enemigo invisible.

–¡Conteste, pues! ¿Algún juez o fiscal abrió contra el general Rosell una querella criminal a lo largo de su carrera militar?, ¿eh? ¿Qué me dice, ah? Ustedes no se empalagan, sueltan sus patrañas y se quedan tan frescos. ¡Qué tal de gente, para facinerosos! Les da lo mismo difamar a un inocente o encumbrar a un miserable, con tal de ganar audiencia. ¡Sarta de!

–General Herrera, me mantengo en lo dicho. Lo que venimos publicando es totalmente verídico. En lo que a mí me concierne, jamás

me arriesgaría a lanzar acusaciones contra una persona, sin que hayan sido verificadas antes de ser hechas públicas. Muchos reportajes estoy sacando adelante y con asuntos muy comprometidos. Hasta el presente ninguno de los aludidos me tildó de manipuladora o de embustera. El general Rosell era lo que era. Nosotros no hemos inventado nada ni hemos tergiversado su historia. Si usted opina que, en nuestro canal televisivo, y en concreto en los programas que yo conduzco, mis colegas y quien le habla, estamos ofendiendo la memoria del general Francisco de Asís Rosell, es su opinión. Yo no lo creo así. Con respeto, le reitero que no pienso excusarme por ello. Ni tampoco me retractaré de lo manifestado, si es eso lo que pretende. De cualquier modo, el camino de los tribunales lo tiene despejado si quiere cursar una querella criminal contra mi persona, como la principal responsable del equipo de investigación que ha elaborado los reportajes que tocan el tema del general Rosell –persiste la periodista en el desafío, porque se siente afirmada en sus ideas y mucho más segura a medida que las expone.

El general Herrera menea la cabeza de una a otra parte a velocidad vertiginosa. Está iracundo y casi se le saltan los ojos de las cuencas. Deja de mover la cabeza de repente y se pone a resoplar.

Poco a poco, cede la crispación y recupera la serenidad. Los ataques de cólera han hecho que su rostro demacrado se tiña de un rojo encendido. Aun así, su voz no alcanza la intensidad suficiente para adquirir la categoría de grito.

–Ya. Bueno, bueno, bueno. De acuerdo, de acuerdo. Será preferible que terminemos de una vez este desagradable incidente –la mirada se le ha tornado sombría y tuerce el gesto, apuntala las palabras con el dedo índice extendido arriba y abajo, arriba y abajo–. A los mandos militares nos fastidia que salgan al aire historias como ésas. Yo diría que nos repugnan. ¿Sabe por qué? Porque ustedes están ofendiendo sin ninguna justificación la memoria de un militar que ya está muerto. Además, el general Rosell era mi amigo. Un amigo leal, repito. Por mi honor y por respeto a la memoria de mi colega de armas, entiendo que estoy legitimado para defender su honra y también para rechazar las injurias que ustedes vierten contra él y contra nuestras gloriosas Fuerzas Armadas.

Herrera interrumpe la perorata de sopetón y escruta furioso a la periodista. Primero una fingida amabilidad, luego órdenes, después veladas amenazas y ahora una reprimenda, piensa Nora Vallejo; se pregunta, ¿qué vendrá más tarde?

Por su parte, el general Herrera se concede una tregua para repensar sus ideas. sin perder el enojo entra en la fase de recomendaciones:

–Yo les recomiendo a ustedes los periodistas, sin excepción, que

más les vale que mediten en los perjuicios y el dolor innecesario y hasta gratuito que ustedes proporcionan a terceros inocentes, que están al margen de sus batallitas y no pueden o ustedes les impiden ejercer su derecho a la defensa de su honor. Tampoco pueden protestar o quejarse. Porque si lo hacen ustedes los masacran. Verá usted, uno es de los que piensan que hay que advertir, advertir las veces que sean necesarias… Pero si, aun así, los que fastidian se hacen los locos y no lo entienden y se moderan, ahí nomás se hacen las cosas de otro modo. Si uno tiene que golpear, pues golpea. Estoy hablando en sentido figurado, claro está. En fin, ustedes sabrán lo que hacen, por qué lo hacen, cómo lo hacen y lo que les conviene hacer. Fíjese que hay muchos modos de zanjar «estos problemas» tan desafortunados. Sin necesidad de concurrir a los tribunales, como podrá imaginar.

La velada amenaza deja flotando en el aire un halo de incertidumbre, justo lo que pretende Herrera. Ha dicho lo que ha dicho. A partir de ahí será la periodista insolente la que deberá interpretar su mensaje y atenerse a las consecuencias.

Repentinamente la cálida sensación que le había embargado hasta unos minutos atrás, se ha esfumado por ensalmo. Un temor húmedo impregna la conciencia de Nora Vallejo. Mientras procesa las palabras del general, sus nada sutiles amenazas, le embarga la sensación de que el temor se hace más profundo y pegajoso. Como si estuviera chapoteando en una ciénaga maloliente y putrefacta. Es ahí que la periodista de las piernas largas comienza a ser consciente de que el aviso va en serio: si lo pasa por alto, tal vez no le concederán una segunda oportunidad. Empero, si se amilana a las primeras de cambio, estará perdida ocurra lo que ocurra.

Ante el dilema de amilanarse o mantenerse en sus trece, observa de reojo al general, tratando de discernir si habla en serio o es una bravata destinada a amedrentarla. Lo primero que acude a sus mientes, es que resulta difícil imaginar al general Herrera experimentando compasión por alguna persona, sea quien sea. No obstante, en su fuero interno tampoco juzgaría a ese hombre como un criminal inescrupuloso o un torturador profesional. Eso, sí, le considera capaz de llegar a sobrepasar los límites en caso de urgente necesidad o si se trata de hacer respetar el orden constituido. El historial conocido y el sospechado del general en la guerra de la Sierra es para echarse a temblar.

Nora Vallejo no se siente muy feliz de tener que habérselas con un enemigo como él. No obstante, hay quienes propalan de él que es un buen hombre y que jamás apelaría a la violencia gratuita, menos contra una mujer. La periodista afirma sus sentimientos en esta versión de la personalidad del alto jefe militar, aunque con una falta

de entusiasmo que resulta de escasa ayuda a la hora de mostrarse firme o retroceder de sus planteamientos. Al final, el instinto le dicta que sea ella misma y que afronte las amenazas con la serenidad de que sea capaz.

Entre las dudas y los temores, procura ignorar las insinuaciones de Herrera y concentra su atención en «el Expediente Rosell». En este sentido, Nora Vallejo está realmente sorprendida de la furibunda defensa que está haciendo Herrera del honor de su colega, el general Rosell. Máxime cuando maneja informes confidenciales, según los cuales fue el Jefe del Alto Estado Mayor en persona, el que invitó a suicidarse a quien hoy afirma que fue en vida su amigo del alma.

La cuestión primordial radicaba en que la Embajada de los Estados Unidos había cursado una orden confidencial para llevarse detenido a Rosell a Washington, a fin de que respondiera ante un juez federal de una larga serie de graves delitos. Ante lo que hubiera podido llegar a convertirse en un escándalo de incalculables consecuencias para su patria, sus colegas y otras muchas gentes, el general Herrera se anticipó a la justicia norteamericana, negoció con Rosell y ambos buscaron la salida del suicidio pactado. De ese modo, el general Herrera hurtó a los tribunales la condena de un narcotraficante a gran escala, un contrabandista de armas de primer nivel, un eficiente blanqueador de activos financieros y un aliado de los generales panameños y de Fidel Castro que desafiaba el embargo de la isla y conspiraba contra la seguridad de los Estados Unidos.

Apoyada en la veracidad de sus informes, la contumaz periodista todavía resiste las acometidas del general Herrera. Aunque es consciente de que no tiene pruebas suficientes para poner en cuestión los informes médicos acerca de la muerte de Rosell, sabe que sería un imperdonable error hablar de la causa real de su fallecimiento. De ahí que se mantenga en silencio. Si se va de la lengua, lo pasará mal. Peor después de leer los informes oficiales aportados por el médico legista, al servicio del Alto Estado Mayor que gobierna el general Herrera.

Tras debatirse entre las dudas, los temores y el peso de la conciencia, en lugar de mantenerse en sus trece, recupera las bravatas del general y se atreve a preguntar:

–¿Qué quiere decir, general Herrera? ¿Me está amenazando, pues?

El general Herrera da un respingo en la butaca y se inclina hacia delante, hecho un basilisco. La periodista impertinente le toca justo en el sitio donde le fastidian las pulgas.

–¡Amenazarla, yo! ¡Cómo puede decir una estupidez de ese tamaño! ¡Esta sí que es buena! ¿Usted que se ha creído? ¡Amenazarla yo, dice usted! ¡Caracho, caracho! Mire usted, señorita periodista; le ordeno que no diga tonterías porque podría enojarme y soltarle una grosería.

Vuelve a sentarse, se rasca la garganta, suelta un bufido y se echa hacia atrás en la butaca. Acto seguido blande el dedo índice en ademán admonitorio y berrea:

–¿Me está viendo la cara, ah? ¿Tengo cara de imbécil, ah? Doctora Vallejo, sepa que con la razón voy a cualquier parte; pero si me pisan el poncho no me entretengo en tonterías, ¿entiende? Si me tocan las narices… Mire que estoy conteniéndome pues usted es una dama, porque de lo contrario… Pero, cuidado con pasarse de la raya, porque si continúa dándoselas de molestosa… Más le vale que mida sus palabras, porque la próxima vez no me detendré en simplonadas, amiga mía. Bien, está advertida. En cuanto a lo del general Rosell, le pido por las buenas que se olviden de él. Ya es suficiente. Dejen de echarle mugre de una santa vez. ¿Que no se da cuenta que el general Francisco Rosell ya es finado, que tiene una hija y dos nietos y que ustedes les están causando muchos y graves perjuicios? Así sea verdad o mentira lo que cuentan ustedes, ¿qué culpa tienen ellos? Y los mandos de las Fuerzas Armadas, ¿qué gaitas tenemos que tocar en esas porquerías? A nosotros nos están salpicando de mugre por culpa de sus historias, señorita. De una manera o de otra, los jefes de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas estamos bajo sospecha –hace una pausa y vuelve a chupar el cigarrillo y a observar el vuelo de las volutas azulencas; respira en profundidad y prosigue de manera tal que su timbre de voz de nuevo roza la amenaza–: Esa vaina de sus reportajes sobre el general Rosell deberá terminar de una vez y para siempre, ¿entiende? Si no me tembló el pulso cuando tuve que enviar una brigada a arrasar una columna de sediciosos armados, menos voy a dejarme amedrentar por las sonseras que ustedes emitan en su canal de televisión, ¿me explico? Está bien, pues. Le repito por última vez; o ustedes dejan de mancillar el buen nombre y la memoria del general Rosell o… Ustedes verán lo que les conviene. Ah, pero después no me vengan con lamentos y aténganse a las consecuencias, insisto.

–12–

Se ha producido un tenso y dilatado silencio. El general Herrera que le ha clavado una mirada significativa a la periodista de las piernas largas, al final mete un resoplido. Menea la cabeza de un lado para otro, retira la mirada de la cara de la periodista, busca en el cenicero: la colilla está consumida. Herrera enciende otro cigarrillo a la carrera y chupa varias veces.

Puesto que le parece detectar que la estrella de la televisión peruana mantiene firmemente su posición, en lugar de mantener la controversia, lo piensa mejor y cambia de táctica. Antes de hablar, suelta una bocanada de humo, se queda contemplando con aire distraído el ascenso y disolución de las volutas azuladas y pronuncia

en tono aparentemente conciliador:

–A mí en particular me interesa más bien poco o nada las patrañas que sueltan ustedes, los periodistas y sus amigos; pero comprenderá que estoy obligado a procurar que respeten la memoria de un hermano de armas. De igual modo estoy obligado a hacer que se nos respete a los jefes de la Fuerza Armada y que también nos dejen de insultar y de ofender. Si yo pasara por alto deslices como esos, estaría cometiendo un imperdonable error, ¿comprende? Hay algunos que opinan que a los incordiones lo mejor es soltarles una cachetada y en paz. ¿Qué le diga? Acá estamos en un país libre y existen opiniones para todos los gustos. Otros no se andan con tonterías, y ahí nomás tiran de balas… En cambio, uno que es un hombre tolerante y civilizado, confía en el poder persuasivo de la palabra. Todo depende de cómo es el que agravia y cómo el que está siendo agraviado –su voz es gélida, sus palabras serias; a medida que habla aumenta la acritud; chasquea la lengua y regresa a la carga–. Bah; ¿para qué vamos a insistir? Cada caso requiere de su método. Fíjese que estoy convencido que usted es una periodista de raza y una mujer recta y consecuente. En fin; yo prefiero hablar bonito y hacerme entender, ¿qué le parece? Entonces, olvidemos el incidente y pasemos página.

La periodista se ha quedado perpleja ante el inaudito giro de la conversación. El temperamento impredecible del general es archiconocido y temido por sus conmilitones y la tropa. Del controvertido alto jefe militar puede esperarse el refinado y sádico castigo o el campechanismo del criollo mejor dotado en las gradas del hipódromo. Asimismo, figura en el catálogo de actitudes impredecibles, su cariño hacia los huérfanos recogidos en instituciones benéficas y que le agrade más participar en cabalgatas y girar visitas a los orfelinatos que frecuentar los establecimientos de moda o participar en fiestas y homenajes. Hechos que son del dominio público y que Nora Vallejo conoce de sobra. Pero que de las amenazas más o menos veladas pase a la conciliación y al halago, es como para echarse a temblar. En previsión de otra salida de tono, ella prefiere mantenerse en guardia, a la expectativa.

–De acuerdo, pues. Si a usted le parece, dejamos a un costado el problemita de mi hermano, mi antiguo compañero de armas, el hoy finado general Francisco de Asís Rosell. Espero que me haya comprendido y que obre en consecuencia, ¿estamos de acuerdo?

La jefa de los Servicios Informativos de Interamericana de Televisión pestañea, como asintiendo y no asintiendo, sin comprometerse en ofrecerle una respuesta definitiva. Como ella dice para sus adentros, si se plegara a las órdenes del general sería fruto de la intimidación, o el general Nicolás Herrera podría interpretarlo en ese sentido.

–Reconozco que en sus reportajes televisivos uno descubre una forma bastante interesante de tratar el problema del crimen organizado –recita Herrera, convencido de la bondad de lo que expresa–. Sí, admito que en sus programas de investigación y en sus reportajes hay aspectos muy atractivos y dignos de respeto. Por así decirlo. En realidad, me interesa bastante las historias que ustedes cuentan acerca de los principales narcotraficantes de nuestro país. En concreto, estoy muy interesado en las andanzas de ese tal Faustino Leary.

–¿Se refiere al coronel y antiguo director de Aduanas?

–De ninguna manera. Ese individuo no es un soldado. Cuando hablo de Leary, me estoy refiriendo al delincuente, al criminal, al narcotraficante.

–Ah, ya, ya, comprendo. Siendo como usted dice, le prometo que no entiendo qué interés podría tener un sujeto de semejante jaez para usted, general.

–Para mí en particular, ese sujeto carece de interés. Pero para las fuerzas del orden, el Ejército y la ciudadanía, interesa y mucho cualquier detalle que esté relacionado con la delincuencia organizada. Y Leary es el peor de todos los criminales de este país. Hay que andarse con cuidado con sujetos como el que le digo.

–¿Interés para el Ejército y la ciudadanía? ¿Cómo puede ser eso?

–Señorita periodista, yo estoy de acuerdo con usted en que individuos como el que nos ocupa son una lacra, la peste. La verdad es que son peor que la peste. La ciudadanía necesita saber quién es quién, dónde están los delincuentes y dónde nos ubicamos los hombres de bien. Si no nos aclaramos, estamos perdidos. A nosotros, a los militares, nos llenan de pestes y no nos permiten que defendamos nuestro honor a nuestro modo. De esa manera, resulta que los que injurian y difaman se quedan tan panchos, los agraviados no pueden lavar las ofensas, ¿me explico? Esas injusticias dejan mucho rencor. De ese modo empiezan a torcerse las cosas. De repente, viene un desgraciado cualquiera y se le ocurre insinuar que los mandos militares estamos metidos en lo del narcotráfico, y la gente ignorante se lo cree. Después aparece otro desvergonzado y como nadie dice nada, le da por soltar sandeces como la de que «amordazamos» a los jueces y a los fiscales. Y todo el mundo piensa que es la pura verdad y que los militares somos lo que cuentan los unos y los otros. Si uno sale a declarar que eso que les han contado nomás son falsedades, no nos harían ni bola. Después resulta que mientras los unos nos injurian y los otros mienten, los altos mandos militares estamos comprometidos en limpiar el Perú de forajidos, de gente de mal vivir y de sediciosos. Aun cuando la gente de la prensa y los que les siguen se resistan a aceptarlo, nosotros, los militares de honor y las Fuerzas del Orden de

este país, hacemos la guerra con nuestras armas y a nuestra manera. No ponga esa cara, por favor. Yo no pretendo aburrirla dictándole un discurso de fervor patrio. Usted y yo, desgraciadamente, nos ubicamos en mundos diferentes. Lo lamento por usted. Le prometo que me encantaría saber si se atrevería a empalarse y ponerse brava con uno de esos peligrosos forajidos de los que tanto abundan en nuestro país. ¿Ya pensó en qué haría usted si tuviera que enfrentarse solita a esa gentuza? Ah, y sin que pudiera contar con la ayuda de la policía o de los militares… Lo pasaría muy mal. Al final, nosotros, los perversos, los corruptos y coimeros, como nos tildan ustedes, la gente de la prensa, siempre estamos ahí donde nos necesitan. Bien; pues hágase a la idea de lo que le estoy hablando y después reflexione. ¿De acuerdo?

Nora Vallejo mantiene un pulcro silencio, acompañado de una mirada seria y un gesto entre adusto y reconcentrado. Opinando lo que opina sobre el auténtico «rostro» de muchos de los forajidos a los cuales menciona Herrera, mejor le resultará mantenerse en un plano distante y abstenerse de manifestar sus opiniones.

Atemperados los ánimos, aunque sea de momento y a la espera de otro nuevo e impredecible desplante del general, ambos divagan o persiguen el ascenso de las grímpolas azulencas.

Al fin, el general Herrera se decide a plantear la cuestión definitiva:

–Si usted me lo permite, quisiera pedirle un favor. Más que pedirle un favor, yo le pediría que haga un «servicio» a la Nación. Si es que mis palabras le suenan sinceras… Vea usted que uno es un peruano de bien y un patriota de corazón.

–Usted dirá.

–Como una aportación especial, quisiera pedirle que nos facilite «alguna» información relativa a los contactos, los cómplices y los movimientos del narco Leary…

La periodista de las piernas largas da un respingo en la butaca y desmesura los ojos, atónita. Lo que le pide el general Herrera le suena a disparate. Apenas si acierta a balbucir:

–¿Facilitarle, ¿qué? Le prometo que no entiendo que es lo que me pide. Hace unos minutos me estuvo maltratando por lo de nuestros reportajes sobre el general Rosell y ahorita… Estoy perpleja. Es que no termino de entender qué es lo que me pide, de veras.

–¿Qué hay de extraordinario en lo que dije? Entienda que, si le formulo la petición que, dicho sea de paso, podría hacerla efectiva por otros medios, es pensando en nuestros soldados y policías muertos en combate contra el azote del narcotráfico. Es por nuestros mártires que estamos obligados a colaborar y retirar a un costado nuestras posturas intransigentes. Yo así lo creo y lo llevo a la práctica siempre que es posible.

–En esa lucha de la que hablamos, también los periodistas sumamos nuestras víctimas y asumimos muchos riesgos.

–Pero es que también obtienen bastantes beneficios… Usted es una celebridad. La gente admira su trabajo, la respetan.

–Yo no busco la fama, si es eso lo que insinúa. Asumo la popularidad como una consecuencia de nuestra labor. Pero nada más. También soy consciente de dónde están, cómo son y quiénes son mis enemigos. Sin embargo, una no tiene armas, tampoco soldados. General Herrera, usted lo dijo muy claro, cuando me soltó de pasada lo de que, en todo caso cuenta con los medios para conseguir por las bravas lo que ahora me solicita por las buenas, ¿cierto? Claro que, si así fuera y a quienes somos responsables de los reportajes sobre el crimen organizado, nos «obligasen» a revelar nuestras fuentes de información, en el caso de que nos las arrancasen por la fuerza o mediante amenazas, ¿qué imagina que ocurriría? Primero, que nuestros confidentes tomarían las debidas precauciones. Luego, que los ciudadanos que estuvieran decididos a colaborar, aunque fuese facilitando pistas a un equipo de periodistas de televisión, se lo pensarían dos veces o no volverían a revelarnos ningún secreto o facilitarnos las pistas que nos conduzcan a esos secretos. Bastantes riesgos asumen nuestros confidentes, como para meterse en más problemas.

–Eso es lo que opina usted. En fin, no se trata de entrar en discusiones sobre los métodos a emplear. Yo le estoy pidiendo un favor especial. Es más, me gustaría invitarle a usted a colaborar con las Fuerzas del Orden. ¿Me comprende?

–Ya, de acuerdo. Sin embargo, le doy vueltas a la cabeza con lo que me propone y no acierto a comprender qué es lo que busca. General, soy una periodista que dirige los informativos de nuestra cadena y que comanda un humilde equipo de reporteros de investigación, nada más. Lo que hacemos es cumplir con nuestro deber. Nosotros nos la jugamos para ofrecer a nuestra audiencia un buen producto y porque estamos enamorados de nuestra profesión. De ahí, ¿qué nos piden? Ustedes, los mandos de las Fuerzas Armadas cuentan con equipos de profesionales de la inteligencia y medios para conseguir mucha más y mejor información a fin de combatir a los terroristas, a los delincuentes y al narcotráfico. ¿Y los Servicios de Inteligencia del Ejército? Es gracioso lo que me solicita, teniendo en cuenta que hace unos minutos me estuvo tildando de manipuladora, embustera y tendenciosa.

–Mi estimada amiga, ahí, nomás. Le agradecería a usted que no reincidamos en lo mismo. Bien, pues; si a usted le parece bien, yo le conversaré de algunos temitas para que me comprenda y entienda lo que le solicito. El Ejecutivo lo está haciendo muy mal en materia de

seguridad. Y lo del Parlamento es de vergüenza. Lo de la Ley de Autonomía Universitaria es inconcebible. Mientras los profesores y los estudiantes universitarios o esos terroristas del SUTEP dictan proclamas en favor de Patria Roja, apelan al espíritu revolucionario y alimentan la sedición, a los del Comando Operativo de La Fuerza Armada nos prohíben intervenir en el interior de los recintos universitarios. Pero hay más, nos exigen eficacia en el combate contra el terrorismo, ¿no es cierto? Pues resulta que el Ejecutivo en connivencia con el Congreso reducen las partidas presupuestarias para dotar al Ejército del armamento y de los implementos necesarios. La tremenda paradoja, es que los enemigos de nuestra patria y de nuestra gente son más violentos y están preparados. En este caso, me refiero tanto a los terroristas como a sus proveedores de implementos y armas, los capos del narcotráfico. Desgraciadamente, hoy en día no contamos con un cuerpo de elite altamente preparado y que sepa combatir a los narcos y los terroristas en su terreno, ¿comprende? Tampoco nos han facilitado los medios materiales adecuados si en verdad pretendemos afrontar con garantías de éxito una ofensiva contra los narcos y los terrucos. Así es. Vea usted, señorita, cada vez que paso frente a la Universidad Mayor de San Marcos y miro la bandera roja ondeando en los mástiles, en lugar de la enseña nacional, se me cae la cara de vergüenza. ¿Qué podemos hacer, pues? El Servicio de Inteligencia del Ejército está al borde del colapso. A nuestros agentes no les alcanzan los recursos técnicos y tampoco podemos ofrecerles los recursos económicos que ellos merecen. Yo más bien pienso que es lógico que nuestros agentes más competentes se estén desmotivando. Por otro lado, los acuerdos con la DEA, pueden complicar nuestra posición con respecto a los norteamericanos, ¿me comprende? –resopla, agarra el cigarrillo y le da un par de vertiginosas caladas–. Bien. Como imaginará, muchas son nuestras falencias y escasa la ayuda que recibimos. Bah; pero nada de esto que le cuento parece que interesa que lo sepa la opinión pública, según lo que uno está viendo. En fin, será mejor que me ocupe de lo que nos interesa. Si resulta que Leary es el hombre fuerte del Cartel de Medellín en el Perú, si mantiene conexiones y ha pactado con los principales narcos colombianos y mejicanos y llegó a acuerdos estratégicos con esa horda de peligrosos delincuentes que se hacen nombrar los de El Norte, para exportar la pasta básica de cocaína al extranjero desde los puertos y las fronteras con el Ecuador, nos enfrentamos a un problema de muy graves consecuencias.

La periodista le interrumpe:

–¿Los del Norte? ¿Quiénes son?

–Ah, ya. Los de El Norte son una banda de mafiosos que operan en el departamento de la Libertad y que se dedicaban a la extorsión a

comerciantes y a empresarios, al robo de joyas en gran escala, al contrabando de autos de lujo, metales y piedras preciosas.

–¿Cómo es eso de que se dedicaban?

–Sí, claro. Porque esos facinerosos se juntaron con los sicarios de Leary, formaron un pequeño ejército y ahora cometen estragos, saquean tiendas, casas de cambio, buses de línea, asaltan a los camioneros y bombardean las pistas de penetración a la selva. Bien, pues esos peligrosos delincuentes se asociaron con Leary y sus colegas de cartel. Además de eso, los principales productores cocaleros bolivianos se juntaron en un consorcio criminal y hoy en día aprovisionan de pasta básica a Leary y a sus socios… Entre los unos y los otros montaron una red de «burriers» que le permiten exportar la cocaína al exterior desde los puertos peruanos. ¿Qué le parece? ¿Va comprendiendo? Pero aún hay más, la red de confidentes y sicarios que había infiltrado en las aduanas y los puertos sigue estando a su servicio. Además, encontró nuevos aliados en las fronteras con el Ecuador. Es decir que, aunque le cerrásemos nuestros puertos y fronteras, podría sacar el clorhidrato de cocaína y la pasta básica por Guayaquil, Puerto Bolívar, Cochabamba o por Arica.

Efectúa una pausa que aprovecha para encender otro cigarrillo. Se lo lleva a la boca, le da tres o cuatro rápidas chupadas ansiosas y lo deja caer al cenicero. Antes de continuar, expulsa el humo por la nariz y a su rostro aflora un mohín de preocupación. Al hablar de nuevo, utiliza un tono confidencial, como si se encontrara despachando con uno de sus colaboradores cercanos:

–Si lográsemos encontrar algo… Si pudiéramos, tenga en consideración lo que le indico, si existe alguna forma de buscarle las vueltas y lo atrapásemos en territorio peruano… ¿Se lo imagina? Sería un puntazo. En fin, ¿qué le diga? Las Fuerzas del Orden y el Ejército estamos interesados en encontrar algo, una prueba, un fallo en su estructura, lo que sea. Ese sujeto seguro que tiene un punto débil en su organización mafiosa. Sí, es imprescindible romper sus barreras de seguridad y encontrar algo, un «enredo» que no puedan desmontar sus asesores legales. Es imprescindible, repito, empapelarlo y que se pudra en el talego. Tendrá que ser un delito tan flagrante, como para que ningún juez se atreva a dejarlo en libertad y limpiecito de imputaciones penales de nuevo, ¿me comprende?

Se ha expresado con vehemencia, como si le fuera la salud en el empeño. Prácticamente jadea al pronunciar sus últimas palabras y gesticula con las manos, el rostro y los ojos. Suspira. Traga saliva. Se pasa la lengua por los labios y fija la vista en el rostro de su interlocutora. Al hablar de ese modo, sus palabras resuenan en el despacho con inapelable claridad, revelando una vehemencia incontrolable en el énfasis que infiere a cada una de sus frases.

Nora Vallejo, aunque aparenta estar centrada en las explicaciones del general, aun cuando hace como que distrae su vista en cualquier parte, se hadado cuenta que él se ha vuelto en más de una ocasión para observarla con un dejo de desconfianza. Se pregunta qué otra cosa, aparte de la hostilidad del narcotraficante y el alto jefe militar habrá detrás de dos hombres arrogantes que han servido durante tantos años al mismo ejército y en misiones sin la menor duda cercanas. Si entre ellos subyacen antiguos rencores, agravios, cuentas pendientes e inconfesables venganzas y si Herrera en realidad persigue por motivos extramilitares a ese peligroso delincuente que hoy es Leary, para ella no es tarea sencilla la de sentir simpatía por Herrera durante mucho tiempo.

–Medítelo en conciencia, señorita. Si usted colaborase con las Fuerzas del Orden, estaría prestando un inestimable servicio a su patria. Su ayuda, por insignificante que parezca, sería importantísima. Yo diría que usted nos estaría dando muestras de un sincero amor patrio.

–Le repito que debo estar cabezona, general, porque ni jota comprendo.

–Caracho, señorita, yo estoy solicitándole su colaboración. Queremos que nos hable en confianza de lo que sabe de ese maldito y que no quiere o no debe enseñar en sus reportajes. No sé, conversar en privado con sus confidentes… Todos ustedes estarían protegidos, se lo garantizo. Lo que usted nos cuente quedará entre nosotros. Le prometo que no habrá filtraciones. Será un acuerdo confidencial, como podrá imaginar. En fin, le estoy pidiendo ayuda.

Nora Vallejo desmesura los ojos haciéndolos descomunales, a punto de escaparse de los balcones de su rostro.

–¡Ayuda! ¿Me pide ayuda o está insinuando que comprometa a mi equipo y a nuestros confidentes? ¿De verdad es eso lo que desea de mí?

Herrera al que le ha sentado a cuerno quemado la reacción de la estrella de la televisión peruana, crispa los puños y se pone en pie de un salto, hecho un huracán. Acto seguido echa una mirada de ira a su interlocutora, con los ojos en puntas de fuego, contraído el rostro, los labios fruncidos.

–¡Pah, su madre, caracho! ¡Qué tonterías está diciendo usted! ¡Más le vale que se muerda la lengua y no me fastidie con esas sonseras! Le advierto que, si usted no se modera y nos vuelve a faltar al respeto, me veré obligado a tomar medidas disciplinarias contra usted. Estoy hablando en serio. ¿Entiende? Ahorita nomás podría solicitar una requisitoria a las autoridades y hacer que la detengan, se la lleven presa y la encierren en las dependencias de la Comandancia General.

Resopla a fin de sacudirse la furia. Retrocede muy despacio y

vuelve a sentarse en su sillón. Pega varias caladas nerviosas al cigarrillo, hasta que remite el ataque de mal humor y recupera la serenidad.

–¡Qué barbaridad! Me provoca mucha cólera que usted, en lugar de responder con respeto y escuchar lo que le digo, se haga la ofendida y me salga con historias de delaciones y estupideces de semejante tamaño, señorita periodista, me provoca mucha cólera… Estamos conversando de delincuentes contumaces, de asesinos inescrupulosos, y me viene con esas. Me decepciona usted. Su actitud es impropia de una profesional responsable. Lo que usted dice es incompatible con las campañas moralizadoras que emprendieron ustedes en su canal de televisión. Mire usted, señorita periodista, o se compromete usted en serio con su patria y con los ciudadanos de bien o da un paso al costado y cambia de imagen o de profesión. Si a usted le preocupa la seguridad de su país y de su gente, demuéstrelo. Acá militamos en un bando o en el otro. No existe otra elección posible. Ustedes sabrán de qué lado están, del de la justicia y el orden o de los que los subvierten, asesinan, secuestran, destruyen y crean el terror, ustedes sabrán –interrumpe su perorata en ese punto de manera un tanto abrupta, en espera de que la periodista capte en su entera dimensión la naturaleza y el contenido de sus palabras (lo que ella interpreta como amenazas)–. Si se niega a colaborar de buen grado, en el último extremo podrá echar mano de los infinitos resortes que el estado de excepción en el que se encuentra la República pone a su alcance. Aparte que podría hacerlo invocando la autoridad cívico-militar que representa y porque está revestido de la autoridad legal como el máximo responsable de los comandos cívicos-militares, a los que el Estado les ha encomendado la misión de combatir las lacras del terrorismo, el crimen organizado y el narcotráfico. Aparte de que siempre ha creído que su alta dignidad de la jefatura del Alto Estado Mayor por sí misma le da la potestad de tomar medidas fuertes, en el ámbito de la seguridad del país y de la ciudadanía.

En esta ocasión, con o sin coacciones o amenazas, está claro que de la estrellita prejuiciosa de la televisión dependerá que a las finales tome una medida fuerte o que ella y sus colegas colaboren con las fuerzas del orden, como lo haría cualquier ciudadano de bien.

Si Nora Vallejo aún mantiene serias reticencias y cavila en cómo salir lo mejor librada del hipotético compromiso, su rostro no refleja la menor emoción. En tanto calcula las posibilidades y da forma a sus ideas, desvía la mirada del semblante de Herrera, más en un acto inconsciente que en una muestra de temor. Si en ese instante hubiera fijado su vista en el rostro del hombre metálico, el temor, un temor inconcreto, aunque real, se vería acrecentado inmediatamente por la mirada que el general ha clavado sobre ella.

–En lo que a mí respecta, el compromiso de velar por la seguridad de nuestra patria es mucho más importante que sus «campañitas moralizadoras», repletas de palabritas más o menos sabrosas, aunque vacías de esencia, amiga mía –proclama Herrera, sin poder evitar el desprecio que trasluce su voz–. Me entristece su falta de sentido patriótico, me entristece mucho, sí. Y me entristece mucho más porque esperaba de usted que, aun cuando sus ideas sean muy diferentes de las mías, al menos en estos temas prevalecería su sentido del honor. Bah, me decepciona usted. ¡Hablar de delaciones y estupideces! Mire usted, señorita periodista, le prometo que nunca estuvo en mi cabeza la idea de arrimar adeptos a mi doctrina, ni me corresponde dictar proclamas morales, ¿entiende? Si le solicitamos colaboración a usted, en su calidad de directora de un prestigioso equipo de investigación de un canal de televisión tan respetado, es porque estamos convencidos del valor de su colaboración –carraspea para aclararse la voz, vuelve a cambiar de lugar unos documentos y al cabo de unos segundos reanuda su exposición adoptando un tono explicativo, sin la menor duda–. Verá usted, doctora Vallejo, yo estoy convencido, como lo están mis asesores de confianza, que detrás del narco Leary, hay un grupo de facinerosos que pueden causarnos mucho daño. Como usted ya sabe, Leary y sus socios están suministrando armas y explosivos a los senderistas y a los emerretistas, ¿no es cierto? Eso es una pésima noticia para todos. Yo más bien pienso que ya va siendo hora de cambiar la estrategia. El patrón de la investigación policial debería dirigirse hacia las fuentes de suministros de insumos para el refinado de la coca; también sería conveniente que los políticos dicten leyes sobre el control de flujos de capitales… Yo hace tiempo que vengo advirtiendo sobre la necesidad de dar un giro diametral a los patrones de la investigación, insisto. También es hora de ir a las fuentes del crimen… Dicho de otro modo, es hora de atajar a los facinerosos de corbata y no dejar un cabo suelto.

Se produce un extenso silencio que aprovecha Nicolás Herrera para encender el enésimo cigarrillo y darle unas chupadas, aunque ahora más lentas y saboreando el humo del tabaco. El primer general peruano, el hombre fibroso, de pecho abombado y rostro metálico, echa ojeadas de soslayo a la periodista. Le es fácil llegar a la conclusión de que es demasiado tibia y desconfía de ella.

El silencio es áspero y tozudo. Nada más se siente el siseo de los cañones del aire acondicionado. Si en ese instante hubiera volado una mosca, se la percibiría aun cuando estuviera a diez metros de distancia. Nora Vallejo contiene la respiración. Su rostro es una máscara de cal, tan impenetrable como sus pensamientos.

Herrera lo intenta de nuevo. Al principio sus palabras son lentas, si

bien a medida que habla resuenan como rotundos martillazos.

–Nos batimos con heroísmo en la Selva y en la Sierra, ¿para qué? En tanto los mejores y más valerosos soldados peruanos causan baja o son heridos, secuestrados o mutilados, algunos miserables, como son los profesores y los maestros que en vez de enseñar a sus alumnos las ciencias, las matemáticas, la geografía o la historia o inculcarles valores solidarios y sentimientos de amor a su patria y obediencia a sus mayores, prefieren meterles en sus mentes el veneno revolucionario, dictando proclamas sobre el odio de clases, la lucha del proletariado, la propaganda fascista del imperialismo la esclavitud mental y la explotación de los recursos naturales por las grandes corporaciones transnacionales o cosas de ese tenor, las autoridades miran para otro lado o se niegan a ver lo que está pasando y lo que podrá pasar, si las calles de nuestros pueblos y nuestras ciudades se llenan de brigadas de sediciosos y terroristas fanáticos marxistas y maoístas, con armas y explosivos para usarlos contra todos nosotros, así seamos militares, policías o civiles, porque sus maestros y profesores les han enseñado a vernos como sus enemigos irreconciliables, a los que deben masacrar y destruir. ¡Es un horror, un horror! Mientras unos nos hacen la guerra a través de la palabra, otros nos lanzan bombas y otros aportamos nuestra sangre y la sangre de nuestros hermanos de armas vilmente emboscados y asesinados. Aparte de lo dicho, los políticos hacen problemas donde no había problemas, nunca aportan soluciones viables y siempre se quedan al margen de los conflictos que ellos mismos han provocado y culpan a los demás de lo que sucede. Los jueces y los fiscales se lavan las manos. En cuanto a su gremio, el de los periodistas, pues unos callan, otros mienten y ejercen sin empalagos de voceros de los agitadores sociales, de los ideólogos de la violencia, cuando no de los grupos terroristas más sanguinarios y violentos. Si no los defienden descaradamente, lo hacen de una manera mucho más perniciosa, porque enmascaran el lenguaje, lo adornan de justificaciones o excusas sociales, sutiles y parametradas. Más parece que en lugar de condenar el terrorismo desde su raíz, en determinadas circunstancias y según qué condiciones, sus colegas de profesión mantienen que inclusive sería legítimo el recurso de ejercer una violencia indiscriminada y destructiva –deja la frase en suspenso, carraspea, resopla y cambia de registro o de diana–. Para peor, resulta que los principales narcotraficantes atizando la hoguera del rencor y proporcionando más y más armas a los terroristas. Sea como sea, los unos y los otros avivan el fuego del odio. En pocos años, hemos pasado de un grupo de fanáticos serranos, a hordas de traidores inescrupulosos, dispuestos a matar y a destruir. Lo peor es que los terroristas crecen como los hongos. Los senderistas y los emerretistas

son unas malditas alimañas que abogan por el exterminio, el terror y la quiebra del Estado –resopla, acopia una bocanada de aire en los pulmones y prosigue en un timbre de voz apagado–. Hay muy pocos motivos para sentirnos satisfechos, señorita periodista. Los movimientos terroristas internacionalistas y revolucionarios están comenzando a coordinarse. Todos ellos persiguen destruirnos. Son insurgentes sangrientos. Si nos resistimos a colaborar entre los que estamos de este lado de la ley, y recuerde que cada uno de nosotros, sin distinción de credos y de ideas, somos sus principales objetivos, como le estoy diciendo, en la medida en que se sientan fuertes, la libertad de la que gozamos estará puesta en riesgo de desaparecer para dar paso a un régimen totalitario y liberticida, amiga mía –efectúa una nueva pausa, cierra los párpados, carraspea y hace como que se replantea sus ideas–. Todos nosotros, los que nos situamos de la otra parte de la línea que ellos trazaron, somos sus enemigos irreconciliables, mi estimada. Se lo repito de nuevo, para que lo tenga presente –la voz de Herrera baja hasta convertirse en un susurro–. Es muy difícil alcanzar una victoria sobre el terrorismo internacional, si falta el entusiasmo entre la ciudadanía. Los sediciosos, los asesinos de la hoz y el martillo y los narcos tendrán que ser perseguidos, encarcelados y destruidos. Le digo de verdad que los que son tibios en la condena, los que siempre ven motivos de justificar la violencia extrema, los que coquetean con las ideas revolucionarias sacándoles el contenido liberticida o los que simplemente son rencorosos y odian el orden legal constituido, porque no es el suyo o porque no caben en este orden y en este sistema, por envidia, resentimiento o incapacidad, y desde las aulas, las tribunas, las cátedras universitarias, la prensa, la radio o la televisión alimentan, protegen y aplauden a los terroristas y a los narcotraficantes en igual medida. Porque unos y otros son las herramientas imprescindibles para subvertir este orden. Para poner en marcha otro orden revestido de falsas promesas de una arcadia maravillosa en la Tierra, de un paraíso de papel que se alzará sobre la sangre, la esclavitud y la ruina de aquellos que nombran esbirros de este régimen opresor, fascista y asesino… Así son las cosas, doctora, aunque nos neguemos a verlas. La realidad es que todos ellos, de una manera o de otra, son enemigos de su gente y de su patria.

Lo que ha expuesto a modo de soflama el general Herrera, lo ha expresado con un timbre de voz entre didáctico y solemne, convencido de la autoridad de sus palabras, incluso con cierto aire de dignidad; no obstante, cuando Nora Vallejo fija la mirada en su rostro, descubre que ha fruncido los labios, la mirada es de tristeza y que su gesto adusto se ha endurecido. Hasta ese aire de superioridad o altanería que habitualmente le define, se ha contraído como si padeciera un dolor agudo y repentino.

Al abrir los párpados que había mantenido entornados, advierte sobre sí la mirada de la periodista de las piernas largas y el bello rostro, entonces el general Herrera parpadea, carraspea varias veces y alza la cabeza, como si de ese modo recuperase el hilo de la conversación o el dominio de la escena, esbozando un amago de sonrisa sin sentido.

La periodista cree observar en la curva de los labios, las posibilidades de humor o de crueldad que podían contener las reacciones a veces excéntricas de un hombre de trato difícil y de una personalidad igualmente controvertida.

–El narco Leary y sus socios son los principales proveedores de armas y de explosivos para las hordas senderistas y emerretistas –prosigue Herrera, en un tono didáctico, como si hablase en una conferencia o ante sus colegas del Alto Estado Mayor–. Convendrá conmigo, señorita periodista, que Leary es tan terrorista como los senderistas o los emerretistas.

Nora Vallejo le escucha en silencio, con atención; esforzándose por evitar empaparse de sensaciones engañosas.

–¿Sabía usted que en los manuales de las hordas terroristas está escrito que sus enemigos seremos escarnecidos y perseguidos? Los terroristas ejercitan la iniquidad. Pero los que les apoyan y sus cómplices son tan criminales como los mismos terroristas. Lo que pasa es que, aunque ustedes no nos apoyen y miren de reojo al problema. Al final, como que los subversivos y los que les venden las armas, recibirán lo que merecen. La cuestión es que todos deberíamos de tener claro en qué bando nos encontramos –deja la frase en el aire.

–¿Y qué podemos hacer nosotros en esta guerra? No somos soldados ni estamos armados –habla por fin Nora Vallejo.

–Me consta, como es obvio. Yo le pido que evalúe con serenidad la situación que se nos presenta a los mandos, los oficiales y las tropas de las Fuerzas Armadas –se inclina hacia delante y habla con voz desapasionada, profesional–: Acá mismo, en Lima, nos encontramos inmersos en una situación muy comprometida. Los Conos de esta ciudad están pasando a ser nidos de serpientes. Las Fuerzas Armadas hacemos lo que podemos, pese a que recibamos muy poca ayuda. En cambio, el internacionalismo sedicioso suministra armas y explosivos a sus camaradas, del mismo modo que los capos del narcotráfico y el crimen organizado. Esto que es tan grave, por desgracia, parece que no interesa a casi nadie. Le prometo que me arden las tripas y que estoy empeñado en encerrar en una jaula de acero a ese criminal de guerra, a ese infame genocida, al llamado Presidente Gonzalo, como les hicieron los alemanes a los últimos terroristas conocidos del grupo Baader-Meinhof y la facción del Ejército Rojo, en los extrarradios de Stuttgart. Los alemanes atraparon a los sediciosos y no se les escapó ni

uno solo, ¿sabe por qué? Porque la ciudadanía en pleno cobró conciencia de quiénes eran sus enemigos. Los ciudadanos alemanes colaboraron estrechamente con sus fuerzas policiales. Se establecieron vínculos inquebrantables entre la ciudadanía y la policía. En nuestro Perú nos pasamos la vida criticando, hablando y criticando… Mientras, las hordas senderistas y emerretistas, en complicidad con la delincuencia organizada, los narcotraficantes y sus ideólogos internacionalistas, asesinan, secuestran, destruyen propiedades del Estado, queman aldeas, violan a las mujeres, secuestran a los niños, plantan bombas, hunden puentes e infligen un daño irreparable a nuestro país. Recién un desembarque de armas procedentes de Europa, destinado a nuestras guarniciones en Huancayo, fue interceptado por los sicarios de Leary, ¿qué le parece? Bueno, pues como resultado del mismo, las hordas senderistas recibieron un arsenal de armas destructivas que emplearán contra nosotros, los militares y los policías. Pero también contra la población civil. Si capturamos a los terrucos y los entregamos a la justicia, ¿sabe qué? Pues que nos perdemos en circunloquios y juicios estériles. Esto es una lisura. Las Fuerzas Armadas están siendo mutiladas. Las prisiones están llenas hasta rebosar de insurgentes y de narcotraficantes. Lo lamentable es que cada vez hay más terrucos en la calle y con más y mejores armas. Uno de esos fanáticos senderistas me dijo un día, que ellos iban a ser las cimitarras de los desfavorecidos, de los oprimidos de nuestra tierra. Ese fanático senderista, me dijo, además, que en tanto les quedase una gota de sangre en las venas, vengarían a sus mártires, liberarían a sus camaradas prisioneros y elevarían el espíritu vengador de sus hermanos oprimidos. ¿Qué le parece? A las finales resultará que esos zamarros senderistas nos abrirán el corazón y después se los meterán en sus inmundas gargantas. ¡Qué barbaridad! Claro, mientras cuenten con traidores y cómplices que los apoyen y encubran, podrán cumplir sus amenazas, no me cabe la menor duda.

Casi con ojos implorantes, Nora aprovecha la pausa y le ataja:

–Bien, general. Lo que usted me está comentando ya lo sabía desde hace tiempo. Sin embargo, no termina de aclararme qué es lo que quiere de mí.

–Desde luego, de ninguna manera es esa estupidez de la delación lo que le estoy pidiendo a usted y a sus colaboradores –recita con calma, sujetando el cigarrillo en la boca, esforzándose por dotar a su voz de un timbre persuasivo que cuadra mal con sus ademanes autoritarios–. Si no me malinterpreta, quiero, es decir, los jefes de las Fuerzas Armadas le pedimos que nos tienda una mano para atrapar a ese miserable narcotraficante. Antes de tomar una decisión, piense que es por el bien de su gente. En cuanto a los responsables de la defensa nacional, le recuerdo que estamos comprometidos en combatir la lacra

del narcotráfico con tanta devoción como la que ponemos en la defensa de las fronteras patrias, el combate contra el crimen organizado y el terrorismo. Lo que pasa es que esa guerra, porque es una guerra, es muy cochina, señorita, muy cochina. Recién sufrimos varias bajas en Tingo-María. Nos atacaron en las proximidades de Puerto Bermúdez, en el valle del Monzón, por el río Pachitea… En una emboscada en las cercanías de Huánuco, perdimos a cinco soldados y material de refresco. En Paita nos emboscaron en plena noche y destruyeron un convoy de escolta. En los enfrentamientos contra los narcotraficantes colombianos, por el Putumayo y el Curaray, estuvieron a punto de aniquilar a un escuadrón de soldados de Frontera. Nuestros hombres se batieron con honor. ¡Ni una tropa de refuerzo pudimos enviarles! Los narcos y los terrucos son socios, lo reitero. Se protegen las espaldas de los soldados que los combatimos. Y mientras, ¿qué? Pues ahí lo estamos viendo cómo se encuentra nuestro país. En tanto unos nos jugamos el cuello, otros hablan y hablan. Aparte de hablar, ¿qué hacen por revertir este estado de cosas?

El rictus de desolación impreso de súbito en el rostro tallado a golpe de cincel, resulta extraño. Hasta cierto punto, el general impresiona más cuando adopta la postura de desolación que si recurre a los malos modos, las amenazas más o menos directas o veladas y los exabruptos.

Nora Vallejo se siente un tanto desconcertada y mantiene demasiadas dudas. Es un hecho evidente que le resultará muy difícil sortear la petición de Herrera y situarse en una posición ambigua o neutral. De momento, es consciente de que se ha metido en un tremendo embrollo y le urge salir de ahí sin verse obligada a ofrecer una respuesta que entre en conflicto con su conciencia.

–De acuerdo, general; le prometo que consultaré con mis colegas. Eso, sí, siempre obraré en conciencia. Estoy de acuerdo con usted en lo que respecta al coronel Faustino Leary. Le digo más, ese individuo me produce repugnancia. Mi recordado amigo, el fiscal Hugo Garcilaso y su chófer fueron vilmente asesinados… Y tal vez por los sicarios de Leary.

–Señorita periodista, aunque le suene extraño, uno también recuerda a sus muertos y los añora.

Los dos guardan silencio. A la memoria de Nora Vallejo acuden algunos recuerdos; pensándoselo a conciencia, muy lentamente empieza a hablar:

–A cada momento me viene a la memoria mi empleada Clotildita. La cuitada, violada en mi propio domicilio…

En un tris está de acusar al comandante Ortega como el instigador del crimen y al monstruo sordomudo que le sirve de lugarteniente,

como el ejecutor material del ultraje. Rectifica a tiempo y emplea el suceso a modo de magnificar la situación de inseguridad e indefensión que padece la ciudadanía, impregnando el mensaje final de un sentido opuesto al que en realidad hubiera deseado expresar.

Herrera ni siquiera tiene ocasión de replicar, pues atiende una llamada telefónica, contestando a su interlocutor mediante guturaciones y monosílabos. Una vez que cuelga el teléfono, pone cara de amargado y reflexiona sobre la conveniencia de informar acerca del contenido del mensaje a la periodista.

El inminente final de la charla parece haberse determinado en el deseo de los dos.

–En la Carretera Central, en las cercanías de Huancayo –al fin se decide a hablar del trágico suceso–, los senderistas emboscaron a una patrulla de la Guardia Republicana. Al parecer hay diez víctimas… Recién me están enviando el reporte.

La noticia le produce a la profesional de la prensa una sincera conmoción. Reclina la cabeza, retira la mirada e improvisa una frase de condolencia:

–Es horrible. Lo siento. Es una tragedia.

La estrella de la televisión peruana se solidariza con el general. La tragedia convierte por segundos en una sombra de sí mismo al hombre que ha estado derrochando soberbia a través de cada uno de los poros de su cuerpo. Ver al general emocionado, induce a que la profesional del periodismo o la ciudadana individual, deje a un costado sus pésimos modales, sus amenazas y sus exabruptos. El latigazo de la violencia extrema del terrorismo humaniza al hombre de hierro y hace que la profesional de la prensa sienta por él un asomo de piedad.

La tragedia les acerca más de lo que imaginan. Nicolás Herrera como ciudadano y Nora Vallejo como ciudadana, padecen de igual modo las consecuencias de la cruenta guerra, el azote del terrorismo. Los dos como personas civilizadas asisten estupefactas a la absurda manifestación de la faceta más despiadada de la criatura humana: la violencia extrema, el asesinato indiscriminado.

En el luctuoso silencio es la muerte la que ha dicho la última palabra. Los fanáticos terroristas carecen de ideología. Su ideario es el odio indiscriminado. Su objetivo de ingeniería social parte del caos y la destrucción del sistema y las instituciones. ¿Qué libertad, qué progreso, qué mejora para la condición de las gentes humildes, de los desheredados de siempre, de los perdedores de la historia, podría sustentarse en las bombas, los asesinatos, las torturas, las violaciones, los secuestros, la destrucción de bienes públicos y privados? ¿Qué respuesta cabe ofrecerles a los que sistemáticamente militan en el bando de los perdedores, sean revolucionarios convencidos o inducidos por las circunstancias o el odio de clases?

El problema se hace mucho más complejo cuando en un bando militan los terroristas fanatizados y en el otro bando aparecen los militares también fanatizados. El resultado de la confrontación es que los unos y los otros llevan muerte, destrucción, torturas, penuria y padecimientos a la misma gente. Cada uno de los habitantes de la República sin excepción, es prisionero de guerra. A las alturas de la encrucijada de violencia que azota al Perú, lo de menos es quiénes son los verdugos y quiénes los salvadores, quiénes son cómplices y quiénes son culpables: las apariencias indican que nada puede hacerse, que las puertas a la esperanza han sido cerradas a cal y canto. Como si la República fuera un enfermo en fase terminal.

Sentirse prisioneros, imaginarse acosados, vivir las torturas salvajes, estar incomunicados, son las manifestaciones tangibles de la guerra. De la despiadada guerra de subversión que el terrorismo maoísta ha declarado al país. De la misma guerra que algunas tropas del ejército se empeñan en que sea todavía más cruenta, sucia y horrorosa. Guerra que atizan los ideólogos de la subversión, los mercaderes de armas, los especuladores financieros, el crimen organizado y los grandes narcotraficantes, pues son los beneficiarios del caos y de la anarquía.

–13–

Inspirada en la noticia que le acaba de facilitar el general Herrera, el principal responsable de los asaltos a los penales de Santa Mónica, El Frontón y el de El Lurigancho, el 19 de junio de 1986, a la memoria de Nora Vallejo acude el recuerdo de su amiga Miren Sisteaga, la monja vasca que arribó al Perú a mediados de los años setenta, decidida a trabajar en favor de los humildes y desheredados de la fortuna en el Perú. Monja que terminó militando en las filas de Sendero Luminoso, la marca terrorista liberticida más cruel y sanguinaria en la historia del gran país andino.

La joven monja europea compartió con la profesional del periodismo y docente universitaria peruana, largas horas de charla y muchas discrepancias. Miren se tomaba su labor, más social que evangélica, con un espíritu crítico y excesiva vehemencia. Muy pronto Nora Vallejo vio nacer en los ojos llameantes de su amiga una determinación temeraria y suicida. Lo que preconizaba un futuro plagado de desatinos.

La monja vasca le confesó, en un extraño encuentro en la ciudadela del Cuzco, a mediados de 1982:

–He comprendido, ante la dimensión de la miseria que sufre nuestra gente que a la causa de los oprimidos nada más se puede servir donando la vida.

En el primer instante, Miren Sisteaga no pareció que le apeteciese hablar demasiado. Más tarde, cuando Nora Vallejo pudo certificar la militancia de su amiga en las filas senderistas, la religiosa vasca le recordó:

–He desenvainado mi espada para blandirla por los que padecen injusticias, hambre y opresión. Quienes militamos como combatientes de vanguardia en la bendita lucha de clases, somos personas de irreductible voluntad. Jamás vamos a fracasar. La guerra por instalar una verdadera justicia equitativa en nuestro país, es una misión infalible. A pesar de que los esbirros del imperialismo capitalista opresor desencadenen una guerra a muerte, jamás conseguirán vencernos.

Aquella declaración cayó en Nora Vallejo como un rayo. En principio pensó que se trataba de un error o de una crisis pasajera. Después de la incredulidad pasó al desconcierto e incluso se sintió horrorizada.

La monja vasca justificó el porqué de su militancia senderista:

–Sin justicia social y sin igualdad de oportunidades, con las inmensas bolsas de pobreza, la desnutrición infantil, el analfabetismo, la opresión de la mujer y la falta de oportunidades, es imposible que un país pueda progresar, es imposible. No existe mayor acto de cinismo y de infamia que asistir a los abusos de los poderosos de turno, ya sean políticos, sociales y económicos y cerrar los ojos, esconder la cabeza o mantenerse en un «pulcro» pero cómplice silencio.

A las expresiones de desconcierto de la periodista, su interlocutora acalló cualquier objeción:

–No te preocupes –le dijo a la par que le echaba una mirada iracunda, de enferma de fanatismo–. He elegido mi manera de luchar, de comprometerme con la causa de la verdadera justicia y sé cuáles son y como terminar con los enemigos del pueblo, que son nuestros enemigos. Tengo plena conciencia de la misión que debo cumplir en la vanguardia y a retaguardia de nuestras Gloriosas Trincheras de Combate.

–¿Adónde te propones ir por el camino que has emprendido? –le preguntó Nora Vallejo, sin ambages.

–Sirvo a una causa noble. Lo hago porque estoy convencida de su bondad. Tú has elegido otra manera de enfrentarte al sistema y te imaginas que es la más adecuada. Yo estoy del lado de los que les han usurpado la voz y les impiden ejercer el derecho a elegir. Acá, en la Sierra, nos unimos en nombre de la verdadera justicia popular, la eliminación de las instituciones fascistas y por la creación de una república democrática de obreros y campesinos. Nuestra guerra es una guerra revolucionaria liberadora. Al enemigo opresor no se le derrota

con palabras, sino empuñando las armas. Los imperialistas y sus esbirros solo retroceden si se enfrentan a un grupo de combatientes con decisión en la cabeza y rifles automáticos Kalashnikov.

No había la menor señal de arrepentimiento en la voz de la monja senderista, sino una serena certeza, lo cual hizo que su declaración todavía fuese más perturbadora. No había nada que replicar. Quizá un silencio de mutuo reconocimiento de la magnitud de su militancia y uno de los últimos momentos de compartida aprensión. La certidumbre del desenlace de su amistad y mutuo respeto, sin embargo, ya se había interpuesto entre ellas.

Una expresión penetró los ojos de Nora: la expresión de quien se ahoga. Como si la fuerza que antes la mantenía a flote le hubiera fallado de repente y todo el mundo se hubiera puesto boca abajo.

Habían pasado tanto tiempo juntas que tanto la una como la otra podían notarlo sin que tuvieran que pronunciar una palabra: la libertad que Nora Vallejo sentía encontraba su reflejo inverso en Miren Sisteaga. No era cuestión de escoger.

–No necesito tu ayuda –le había reprochado Miren–. Ya tengo lo que buscaba y lo que quería.

En cambio, Nora Vallejo sabía que no era así. Se había hecho un silencio extraño. Ambas sabían que la otra llevaba su parte de razón, aunque las dos pensaran que la otra estaba equivocada. La química de la amistad se estaba evaporando sin remedio. Parecía que Miren quisiera presentar un alegato convincente, explicar su historia de la militancia en Sendero Luminoso una vez más. Hubiera sido un esfuerzo inútil y ella lo sabía. Nora Vallejo no lo entendía. Todo lo que Miren Sisteaga le había contado, había puesto el mundo patas arriba.

En el silencio subsiguiente, Nora se encontró con que se hallaba donde siempre había estado; sin embargo, Miren ya no estaba ni volvería a estar. Su antigua amiga, a la que todavía no había repudiado, se encontraba ahí, para dejar al descubierto sus propias dudas. Había en eso un ciclo. Hasta ese momento, había estado demasiado absorta en él para acertar a romperlo.

El relato de Miren Sisteaga trajo a su mente imágenes de destrucción, violencia indiscriminada y terror. Una irrealidad en la que la antigua monja podía habitar, a cambio del máximo precio de una devoción enloquecida. En cambio, ella no.

Si alguna vez hubo un tiempo propicio para la fraternidad, para resistirse a esa lucha y a su sueño; si alguna vez hubo un tiempo propicio entre ellas para recuperar una amistad que se había fraguado en la sinceridad de ambas, ese tiempo había muerto o quizá nunca existió.

Se habían producido infinidad de pequeñas casualidades para que Nora Vallejo y Miren Sisteaga se conocieran, para que estuvieran una

frente a la otra aquel día y en aquellas circunstancias. A partir de los desastres de aquellos años de militancia senderista de la monja vasca, el destino había derrumbado el castillo en el aire para que una religiosa vasca y una periodista peruana dejasen de descubrir un mundo mejor con los mismos ojos. Para contemplarse perplejas y no reconocerse. No deberían separarse. No deberían caminar solas. Pero solas es como siempre habían estado.

Ojalá Miren recupere la cordura –pensaba Nora Vallejo–. Ojalá su amiga Nora vea las injusticias y se atreva a elegir –pensaba Miren.

Nora Vallejo no hizo entonces, ni hubiera podido hacer, un gesto en favor de la mujer que había sido atacada de la enfermedad del fanatismo.

En torno a ellas dos el aire apestaba. A Nora Vallejo le desagradaban los olores pestíferos desde muy niña. La monja senderista, en un trance tan comprometido, parecía que tuviese la ropa cubierta de excrementos. Con el estómago revuelto y el pesar en el ánimo, Nora Vallejo se despidió de su antigua amiga y dio media vuelta.

Un fuerte vendaval del sur barría los cerros. Sin embargo, a ella muy poco le interesaba, pues los rigores del clima eran menos perniciosos que los cambios en la meteorología de los sentimientos humanos.

Dos años más tarde, le llegó la noticia de que la monja terrorista había sido apresada en las inmediaciones de Lima. Acudió a visitarla al penal de mujeres de Chorrillos.

–Ya te dije que no iban a vencernos.

Como ella ningún comentario añadió, sino que se limitó a contemplar sus ojos ardientes, Miren requirió:

–¿Cuál es tu propósito al haber acudido a visitarme?

–Desde que recibí la noticia de tu paso a Sendero Luminoso, estaba temiendo que llegaría este momento. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de lo gravemente que te has equivocado.

–¿Equivocarme? No estoy equivocada. Cualquiera que conserve un ápice de sensibilidad, debería tomar posiciones en defensa de los más desfavorecidos. Cuanto más profundizo en las causas que conducen a la opresión, mucho más aumenta mi resentimiento. Además, me parece que no tengo por qué justificarme ante ti y ante nadie.

Era verdad. A esas alturas de sus relaciones, cada una de las dos conocía el sentido de la expresión de la otra. Si bien lo cierto es que de ahí en el futuro ninguna volvería a confiar en la otra. Esa situación la había experimentado Nora Vallejo antes con otras personas, ¿serviría de mucho ponerse inquisitiva?

–Nos hemos ganado el derecho a ser considerados personas. Lo que he hecho ha sido poner en riesgo mi vida, solo eso.

Al darse cuenta de que su amiga la observaba con aire de incredulidad, estalló en un ataque de rencor:

–Oye, si te repugna lo que soy, ¿por qué te has molestado en visitarme? ¡Déjame en paz! ¡Lárgate de aquí!

Miren se aferró con furia a los barrotes.

Nora Vallejo advirtió que crispaba las manos, tenía los ojos inyectados en sangre y temblaba de los pies a la cabeza. Nora Vallejo ensambló una sonrisa de circunstancias y replicó:

–He acudido a visitarte porque me considero tu amiga.

La monja senderista alzó las manos, como para demostrar que se había calmado. Transcurridos unos segundos, hizo un gesto de rabia y propinó una patada a los barrotes de hierro. La patada ni siquiera conmovió la estructura metálica que las separaba. El arranque de furia duró menos de tres segundos.

Seguidamente algo pasó en sus ojos: se fueron quedando sin brillo lentamente, apagándose. Como el óxido en lo que una vez fue brillante metal, como polvo y cenizas ahogando la superficie de la piedra pulida. A renglón seguido, la monja terrorista dejó escapar un suspiro, una larga y prolongada espiración. Sin mirar a ninguna parte. Una vez que recuperó la serenidad, la monja senderista musitó:

–No es nada. Estos perros rabiosos me han golpeado y me han humillado. Son unos profesionales del horror.

Nora Vallejo observó de largo a su amiga, descompuesta a causa del espanto. Lo que escupía Miren Sisteaga por la boca, varios de cuyos dientes se los habían roto quizá a golpes, eran cuajarones de sangre.

–¿Necesitas ayuda? ¿Qué puedo hacer por ti?

–Bah, no es necesario que hagas algo por mí, amiga mía. Vete a tu casa y olvida que me has visto. Estoy bien, ¿sabes? No me encuentro sola; detrás de mí hay miles de compañeros, y muchos más que se suman a la resistencia.

Hablar del horror abstracto era sencillo; conducirse con firmeza frente a personas conocidas de uno y otro bando, atacadas por las dos caras de la enfermedad del odio, era demasiado cruel, incluso en el caso de una mujer de carácter, como Nora Vallejo.

Antes de abandonar el locutorio, regresó a columbrar del otro lado de las rejas, y descubrió la expresión despectiva del guardia que custodiaba el recinto.

A Nora Vallejo le informaron más tarde de que la monja guerrillera había sido condenada a quince años de cárcel, que fue ingresada en algunos hospitales y que protagonizó huelgas de hambre y castigos derivados de enfrentamientos con los funcionarios de prisiones. Después Miren estuvo en trance de morir, como consecuencia de las heridas que le provocaron los soldados que comandaba el general

Herrera, en el asalto al penal de mujeres de Chorrillos. La monja fanática se unió a las presas resistentes, y lo hizo sin importarle quién estaba de por medio entre ella y la muerte.

Quizá nunca volverán a verse. Su corazón rebosa desolación por la amiga, mientras que su cabeza continúa sin entender el porqué de una militancia suicida.

En lo que respecta a quienes la conocieron y la trataron desde su llegada a Lima, la monja senderista ha dejado de existir. A lo sumo, recuerdan a una monja joven, con aspecto de profesora de escuela religiosa. Recuerdan sus lentes de miope y una ingenua sonrisa a flor de piel. Pero lo que han olvidado o no les apetece recordar, es a la terrorista que empuñara los Kalashnikov o cualquiera de las armas que aprendió a utilizar en los años de actividad subversiva. Los que presumieron de ser «sus amigos», la han borrado de la memoria y evitan mencionarla. No la mencionan, porque les resulta más cómodo expulsarla de sus conciencias por indigna que indagar en los motivos que le impulsaron a cruzar a la otra parte de la frontera.

Nora Vallejo si bien no la comprendió entonces ni podrá comprenderla, desea que recupere la sensatez y que troque de nuevo los rifles por la palabra. Por su parte, Miren Sisteaga en su última visita, insistió en que «la ética liberadora sería fundamental a la hora de alumbrar un ser humano nuevo». Negó considerarse culpable de cuantos atentados y sabotajes hubo tomado parte.

–En estos tiempos repugnantes, cuando la propaganda capitalista invita a consumir, y a los jóvenes les intoxica con el sexo, las drogas y los espectáculos de dominio, cualquier enseñanza moral que provenga de esa clase de doctrinas es una infamia. Hay que superar esos credos y religiones. Hay que castigar a los propaladores de semejantes aberraciones.

–¿Y la doctrina que predicaste durante tantos años?

–Me limité a exhortar a la gente a que no obrase mal. En realidad, las religiones operan como bálsamo del poder represor y de sus esbirros. La ética del comunismo liberador nos impone el sacrificio de la vida en aras de la justicia, la lealtad y la verdadera solidaridad.

El nuevo credo la impulsó a matar y a estar dispuesta a morir. A decir verdad, Miren había perdido la libertad mucho antes de que la apresaran y de que la encerrasen en el penal de mujeres de Chorrillos.

–Si dejé los hábitos religiosos para enrolarme en Sendero Luminoso, es porque me consta que debemos poner en práctica los principios de solidaridad que pregona el cristianismo. Si bien el compromiso de lucha exige darlo todo y estar preparados para actuar de manera determinativa, a fin de eliminar las causas del retardo y la opresión. Eso es lo que me ha llevado a aceptar los planes revolucionarios de Sendero Luminoso. Mi conciencia me dicta que es a

«la Familia» a la que debo dar cuenta de mis actos, no a lo que nombran Dios, los capitalistas, los curas y sus acólitos.

Y en la conciencia o falta de conciencia de ella, como la de otros fanáticos y algunos militares abusivos, el país se desangra sin remedio, conforme el pensamiento de Nora Vallejo. Para mayor desgracia, los ideólogos de la subversión, los mercaderes de armas y los principales carteles del ilícito de la droga atizando la hoguera. Mas, pese a sentirse turbada por sus evocaciones y al recordar la información del general Herrera, de cara a éste, el rostro de Nora Vallejo no trasluce el menor asomo de debilidad y fácil lamentación, permaneciendo inmutable. Aun así, también es consciente de que en circunstancias como la que le toca vivir, resulta una presa fácil de abatir.

Se pone en pie en silencio respetuoso y le tiende la mano. El hombre metálico le pega una mirada entre desconfiada y esperanzada.

–General, dos cosas me atrevo a prometerle. Puesto que el general Rosell ha fallecido, no tiene caso hablar de él y de lo que hizo o dejó de hacer en vida. La segunda tiene que ver con la colaboración que nos solicita… Mientras no entre en colisión con mis principios éticos, me pondré a su disposición. Le prometo que conversaré de esto con mis colaboradores. Hay otro asunto que me interesa conversar con usted.

–¿De qué se trata, pues?

–Si entre los miembros del Ejército y de la policía descubrimos a gente corrupta…

–Si descubren a soldados o policías corruptos –corta Herrera sin titubeos–. Descuide usted. Nosotros nos encargamos de ellos. Hace menos de un mes, y ustedes fueron testigos, en la Academia Militar degradamos en público a unos elementos inculpados con pruebas irrefutables de corruptos y coimeros. En ese sentido actuaré con inequívoca firmeza, le doy mi palabra de honor.

CAPÍTULO VII

–14–

PIURA

AGOSTO DE 1988

Liberada en parte de la confusa influencia del general Nicolás Herrera, Nora Vallejo, en el fondo de su conciencia, mantiene serias reticencias acerca de la catadura moral de muchos de los conmilitones del jefe del Estado Mayor y de los jefes y oficiales de la policía y de las Fuerzas Armadas. Estas reticencias regresan en tropel, justo al apoyar el pie en la grada superior de la escalera que conduce a la planta baja. Al primer golpe de vista reconoce a un individuo muy especial, fornido de cuerpo, de rostro impasible y rictus sombrío. Es el mayor Adolfo Farrel Quintana, el subdirector de la Escuela de Cadetes y lugarteniente del general Herrera.

El militar está a punto de plantar el pie en el primer peldaño de la escalera. Viste de paisano y porta una cartera de cuero, pendiente de la mano derecha. Al reconocer a la periodista en lo alto de la escalera, Adolfo Farrel fija en ella su vista, como si hubiese tropezado con un fantasma. Claro que el subdirector de la Escuela de Cadetes y ayudante de cámara del general Herrera es un sujeto ladino y escurridizo y está dotado de un extraordinario dominio de los sentimientos. De ahí que en una fracción de segundo sustituya la sorpresa por la observación desafiante y un tanto chulesca.

La periodista de las piernas largas desciende y el militar se retira a un costado a fin de dejarla pasar. En torno a los mostradores se han arremolinado decenas de jubilados en espera de su turno. Nora Vallejo fija su mirada en el oficial, tuerce el gesto y le regala una torcida de ceño nada amistosa. Es un hecho incontestable que le provoca incomodidad y desagrado tropezarse con ese personaje, de infausto recuerdo para ella. Lo mejor sería proseguir su camino e ignorarlo. Pero, ha sido aparecer el agente del Servicio de Inteligencia del Ejército y regresar a su memoria la incertidumbre y los malos vientos que trae consigo ese controvertido oficial del espionaje militar, ha sido todo uno.

La sonrisa cínica, la mirada vitriólica y la presencia del mayor Adolfo Farrel, le producen escalofríos. De igual modo, le crispa los nervios sentirse próxima a un individuo que tiempo atrás fue motivo de muchos episodios dolorosos para la afamada estrella de la pequeña pantalla y para Juan Kovladoiff, el inolvidable amor de Nora Vallejo.

En el oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército y subdirector

de la Escuela de Cadetes, lo artero y lo soterrado adquieren carta de naturaleza. En este caso, está autorizada a opinar que «es un sujeto sibilino, huérfano de escrúpulos morales, taimado y miserable a más no poder». Es más, le repugna lo que el mayor Adolfo Farrel representa. También sospecha que bajo el barniz de un eficiente oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército se esconde demasiada crueldad, muchas historias de impunidad alevosa, arbitrariedades por cientos, crímenes justificables o justificados y la más indecorosa impunidad que les confiere ser instrumentos humanos al servicio del monopolio de la violencia por parte del Estado.

Nora Vallejo sufrió en sus carmes, a manera de trampas arteras y triquiñuelas de cuestionable legalidad, si bien carentes de ética, según su criterio, los métodos de un oficial del espionaje que pretendía atrapar a su pieza más codiciada: el teniente y prófugo Juan Kovladoiff. De ahí que le considere incapacitado para aceptar las relaciones humanas con normalidad y convivir con normalidad, sin apelar a sórdidas maquinaciones y malas mañas.

–Buenas tardes, señorita Vallejo. Gusto en saludarla –se dirige a ella Adolfo Farrel, empleando un tonillo falsamente condescendiente.

La presencia del militar trae a la periodista un turbión de recuerdos trágicos.

–Lamento no poder decir lo mismo, mayor, pues usted no me simpatiza. Chao.

Atraviesa a paso rápido al costado de Farrel retirado al pie de la escalera, alta la frente, sin dignarse regresar a mirarle. ¿Por qué habría de devolverle el saludo? Sería injusto proclamar que es una soberbia rencorosa y que pretende basurearlo en público, aunque lo merezca, sino que en realidad huye de ese hombre como de la peste. Adolfo Farrel arruga la frente y frunce el entrecejo, ya que se considera menospreciado en presencia de la clientela de la entidad bancaria. Hasta los ciegos han sido testigos del desplante que ha obsequiado la famosa periodista al subdirector de la Escuela de Cadetes.

A medida que la Vallejo avanza hacia la salida, Farrel hierve de rabia, crispa los labios, parpadea y profiere entre dientes:

–¡Caracho, con la sobradita de porquería! ¿Quién se imaginará que es? ¡La muy!

Nora Vallejo está convencida de que, entre el general Herrera, el oficial del espionaje militar, Adolfo Farrel y el coronel Leary caben la inmundicia y las felonías más abyectas. Por ende, lo que ellos representan ha sido cuestionado en su conciencia, los ve como potenciales enemigos muy peligrosos, ratas de cloaca, lo cual enciende todas las alarmas y agiganta en su mente el temor a caer en sus enredos y hacerse rehén de unos individuos carentes de escrúpulos,

desalmados, traidores y vengativos.

A pesar de que han transcurrido varios años, recuerda como si fuera ese mismo día lo sucedido durante su corresponsalía temporal en la ciudad de Piura. El oficial del SIE, Adolfo Farrel Quintana, era el principal responsable de la persecución de Juan Kovladoiff, al que acusaban, entre otros delitos de extrema gravedad, del delito de traición a la Patria por ejercer como espía para el gobierno de Quito. Farrel no demostró el menor empacho en usar a Nora Vallejo como cebo para atrapar a su presa, es decir, a Juan Kovladoiff.

En aquel trágico episodio, el oficial del SIE se comportó como una sabandija: inventó una trama putrefacta; propaló falsedades a porfía en una manipulada rueda de prensa y colocó en riesgo la integridad física de la periodista de las piernas largas y la de otras personas. En resumidas cuentas, su actuación fue la de un desaprensivo inescrupuloso, sin más.

Después de las jugarretas que le hizo, otro tanto podría sucederle en el futuro, si comete el error de frecuentar la compañía de individuos «tan especiales» como Farrel y su jefe, el general Herrera. La propuesta del general Herrera de solicitar su colaboración, apesta. Existen razones poderosas para desconfiar de Herrera, de Farrel y de Leary.

* * *

Nora Vallejo se había comprometido con el director de su periódico, entonces el diario Primera Plana, en viajar al norte del país y conseguir una entrevista con Juan Kovladoiff, quien era considerado en ese tiempo el reo contumaz más buscado por las fuerzas del orden del Perú. Después de un largo mes de seguimiento sin éxito y de sustituir las crónicas de las hazañas de El Tigre por las secuelas del desastre del diluvio de 1983, en los departamentos norteños, se disponía a regresar a Lima y abandonar su misión, cuando consiguió entablar contacto con un supuesto miembro de la cuadrilla de Juan Kovladoiff.

El hombre de piel olivácea y ojos atravesados, aun cuando parecía que estaba en otra cosa, miraba de reojo y echaba ojeadas de recelo aquella forastera prepotente y antipática hasta decir basta. Aunque en el rostro de maloso no se reflejara sentimiento alguno, la estaba escrutando de arriba abajo. Con mucha cautela. Como si no fuera de fiar. Como si debajo de la fachada de figurita de cartón-piedra se escondiera una arpía muy peligrosa.

Luego de superada la primera impresión, más que una arpía de muchas caras y particularmente peligrosa, se le estaba haciendo antipática, muy antipática. No entendía a esa pintona larguirucha, de piel demacrada y de unas piernas tan largas que se había presentado

en su casa como si tal cosa. Además, que había venido dándole la chapa desde hacía cosa de tres semanas, con esa monserga de que era periodista y quería hacer una entrevista a su patrón, Juan Kovladoiff.

En la estancia contigua, habilitada como cocina y comedor, abierta por un frente al patio interior donde cacareaban las gallinas, delimitada con el resto de la vivienda por una cortina de arpillera que hacía las veces de puerta y unas paredes de esteras, adobes y palitroques, una mujer muy diminuta, flaca de pena, el cabello oscuro y ensortijado y la piel cetrina, trajinaba entre las ollas y los peroles; aparentemente ajena a lo que estuviera conversando con su marido aquella forastera pintona, tan grandota y flaca, de unas piernas tan largas y unas fachas tan estrafalarias.

–¿Y? ¿Qué decidió, señor Morecos?

–¿Decidir? ¿Qué, pues?

–Decidir de mi petición de entrevistarme con el señor Kovladoiff.

Los ojos desconfiados del hombre de la casa entonces echaron miradas de recelo, sin disimulo, a su visitante indeseada. Era obvio que estaba empezando a desconfiar de ella y que le incomodaba lo suyo que, además, se hubiera atrevido a presentarse de improviso en su domicilio. En lugar de responder a lo que ella le planteaba, le preguntó, en tono impaciente:

–¿Cómo es que le dio por presentarse, así, nomás, en mi casa, sin avisarme primero, ah?

–Discúlpeme, si le molesté, señor. Lo siento. Verá usted, yo vine a su casa porque quiero que me ayude a encontrar al señor Kovladoiff, ya lo sabe.

La casera flaca salió de la cocina en silencio, atravesó el pasadizo y recaló en el corral ubicado en la parte trasera de la vivienda. Olía con mucha intensidad a pescado encurtido, a peladuras de naranja quemadas y a los olores típicos de los animales domésticos. El sujeto de piel olivácea y ojos desconfiados estaba sentado en una sillita baja, casi encorvado; lo cual producía la impresión de que fuera menguado de porte y más flaco de lo que era en realidad.

Raimundo Morecos agarró el culerito colmado de chicha y se endilgó al coleto un buen buchazo. Depositó de nuevo el recipiente en la mesa, se limpió la boca con la manga de la camisa, envolvió a su indeseada visitante en una mirada recelosa y objetó:

–Yo más bien pienso que usted no hace las cosas como deben hacerse, ¿me entiende? Resulta que mi patrón está bastante molesto con usted. ¿Cómo es que se le ocurrió a usted la idea de viajar a Piura, así, nomás, por las puras?

–¿Qué problema hay en que ahorita yo esté acá, en Piura?

–Pues claro que habrá problemas, si lo dice mi patrón.

–¿Por qué? ¿Es que acaso él imagina que yo conté a los agentes del

Servicio de Inteligencia del Ejército esa sarta infame de mentiras que están propalando los periódicos, la radio y la televisión? ¿Es eso?

–Bueno, yo no lo sé. Lo que puedo decirle, porque es verdad, es que mi patrón nomás está bastante fastidiado porque usted se encuentre acá, en la mera Piura, ¿me comprende usted?

–Yo más bien creo que él no debería estar fastidiado ni tendría que preocuparse. Dentro de dos o tres días me estaré regresando a Lima. Antes de regresarme, me gustaría verlo y conversar bonito con él, le repito. Quiero saber por la boca del señor Kovladoiff y nomás por su boca lo que él me diga. Porque yo le creo solamente a él. Necesito saber qué es lo que está ocurriendo con su vida y por qué lo persiguen sus antiguos conmilitones y la Brigada Especial de las Fuerzas Armadas. ¿Me comprende usted? Yo estoy convencida de que los del Servicio de Inteligencia del Ejército son unos intrigantes y andan urdiendo muchas tramas falsas y mentiras para desprestigiarlo. No creo ni una palabra de lo que van contando por ahí. Por eso pedí que me concedieran la corresponsalía temporal en Piura.

Nora Vallejo se encontraba de pie en el centro de la estancia que hacía de sala, almacén y dormitorio. A pesar de que el hombre de la casa trataba de esquivar su mirada directa e inquisitiva, ella estaba empecinada en perseguirle con la mirada directamente a los ojos. El hombre parpadeó, frunció el ceño, se chupó los dientes y volvió a tragar otra buchada de chicha. Sin regresar a mirarla a los ojos, ceremonioso, dejó «el cojudito» en la mesa y se limpió la boca con el dorso de la mano.

–Verdad es lo que usted dice, señorita. Esos simplonazos del Servicio de Inteligencia del Ejército son unos embusteros, unos traidores y unos criminales. Si a mi patrón, con ser un hombre tan inteligente y tan astuto como es, siempre tratan de fregarlo. A usted también podrían fregarla, ¿comprende? Por eso es que mi patrón está fastidiado y no quiere verla a usted por estas tierras del Señor, ¿me comprende?

A Nora Vallejo le desagradaba y le provocaban náuseas el olor de la chicha; aunque le tocó hacer de tripas corazón, sujetar las náuseas y poner un especial cuidado en no hacerlo notar. Tampoco le resultaba agradable la impertinente observación de soslayo, y a veces sin disimulo, con descaro, a la que le estaba sometiendo el supuesto hombre de Juan Kovladoiff.

No obstante, se sentía lo bastante triste y preocupada, como para hacerle notar que estaba incómoda por tales insignificancias.

–Ya, está bien. Yo entiendo que el teniente Juan Kovladoiff esté preocupado, es natural. Pero le prometo a usted que yo soy una persona de confiar, que cumplo mi palabra y que de mí nada tienen que temer ustedes. Mire, yo necesito hablar con el teniente Kovladoiff

cara a cara. Quiero verlo, antes de regresarme a Lima –siguió reincidiendo Nora Vallejo.

–Caracho. ¿Es que no me entendió? Le dije que mi patrón está enojado y que no quiere saber nada de una entrevista con usted. ¿Es que no sabe que lo están persiguiendo día y noche los tombos y la gente del Ejército de Tierra?

–Lo sé y eso me inquieta mucho. Pero lo cierto es que hace más de un mes desde que llegué a Piura y todavía no conseguí localizarlo y conversar con él cara a cara. De haber conversado bonito con el teniente Juan Kovladoiff, hoy yo estaría de nuevo en Lima y tal vez podrí hacer algo por él. Esperaba que él me aclarase lo que está ocurriendo y a qué es debido. Ahorita… Bueno, en este momento no sé qué pensar. Yo estoy muy confundida. Si creen que soy un peligro para ustedes, le prometo que mañana hago mis maletas y los dejo a ustedes en paz. Se lo prometo.

Nora Vallejo buscó con la mirada los ojos del hombre de la casa. Éste se zafó del acoso y a su vez examinó a la forastera de reojo, pues no podía dejar de desconfiar de ella. Nora Vallejo meneó tristemente la cabeza y entornó los párpados. Estuvo tentada de añadir algunas palabras a su alegato, pero no lo hizo; en lugar de eso, esperó que fuera el hombre de la casa el que rompiese la incómoda situación y le ofreciera una alternativa, la única alternativa posible: conducirla hasta Juan Kovladoiff.

–Le repito, señorita, que los tombos y los agentes de seguridad del Ejército están como locos por meterle de balazos o atrapar a mi patrón y fundirnos a los que le seguimos. ¿Me comprende usted, señorita? ¿Es que no quiere enterarse de las cosas tan feas que están pasando acá? A usted podrían estar siguiéndola y bueno…

–¿Seguirme? No lo creo. En estos momentos los soldados y los policías que pretenden arrestar a Juan Kovladoiff están ocupados en problemas muy graves, como para perder el tiempo vigilando a una simple periodista. Los militares y los policías bastante problema tienen con impedir los pillajes, los saqueos y con reconstruir sus cuarteles.

El hombre de la casa se puso a jugar con el recipiente de la chicha.

–Yo no comprendo por qué el teniente Kovladoiff se niega a conversar conmigo, señor.

Nora Vallejo intentó trasladar a su voz la intensidad de su decepción. El hombre de aspecto rústico, piel aceitunada y ojos desconfiados, era su última esperanza. Si perdía esa oportunidad, tal vez jamás volvería a ver a Juan Kovladoiff.

Nora Vallejo había asistido al paulatino desmoronamiento de su exconviviente, imbuida de un profundo pesar. En aquel momento era consciente de que su gran amor de otro tiempo estaba sucumbiendo sin remedio a una enfermedad mortal que lo iba destruyendo sin que

ella pudiera hacer algo por remediarlo. El hombre al cual prometió amar, había caído en el círculo fatal y parecía del todo punto imposible revertir el sino del infortunio en su favor.

La realidad era que la situación resultaba muy complicada de entender y más aún de asumir. Lo peor era que no atinaba a discernir por qué poderosos motivos le urgía verlo y mantener una larga conversación con él. ¿Sentimientos todavía recurrentes o cuentas pendientes de cara a su conciencia insatisfecha? ¿Solo eso? Un vago pudor y una tristeza corrosiva habían ido cayendo sobre sus zonas sensibles de la mente, sumiéndola en un profundo desánimo. Quizá el hecho de aceptar que ya nada le cabía hacer y que era de todo punto imposible reivindicarle y lavar su imagen ante el resto del mundo, sería como si lo hubiera abandonado a su desgracia o como si le hubiera dejado morir o algo semejante. Ese hecho incuestionable acrecentaba tanto su angustia presente como las inevitables culpas derivadas de unas relaciones intensas, apasionadas, tempestuosas y conflictivas.

De ahí que en un pueril intento de liberarse de las penas que atenazaban su corazón, intentara expresarse, en un incontenible rapto de rebeldía:

–¿Qué está pasando con él? ¿Por qué lo acusan de ser un agente doble del gobierno o las Fuerzas Armadas del Ecuador? ¿En que se basan los militares para hacerle unos cargos tan graves y qué pruebas tienen para acusarle del delito de alta traición a la Patria?

El hombre de tez olivácea y ojos desconfiados ni se inmutó ante las preguntas, sino que hizo un mohín de indiferencia y escupió un gargajo al suelo.

–Bah, todo eso es falso; nomás son puras mentiras, señorita. ¡Cosas de esos farsantes de la milicia que mienten más que hablan! ¿Sabe qué, señorita periodista? Los jefes de los militares y los de los guardias necesitan desviar la atención y justificar algunos desastres en unos enfrentamientos con los narcos colombianos, allá por el Putumayo, aparte de otros penosos encuentros con los monos en la frontera del Norte, ¿me comprende? Bueno, usted sabe cómo reaccionan los militares y los cachacos si les fastidian donde más les duele el orgullo. Yo le digo a usted que todo lo que cuentan de mi patrón nomás son inventos, embustes, pues. En fin, ¿qué más podría decirle? A mi patrón lo agarraron como chivo expiatorio y le jugaron sucio. Pero, tranquilícese, señorita. Mi patrón sabe lo que hace y por qué lo hace.

–¿Y si el teniente Juan Kovladoiff tratase de defender su honor y si pudiera demostrar que, como usted dice, que son falsos los delitos que le imputan? ¿Si buscara unos buenos abogados y se defendiera de esas falsas acusaciones desde adentro?

–¡Desde adentro! No sea chistosa, señorita. ¿Cómo piensa usted

que vaya a defenderse mi patrón, si estuviera encerrado en una prisión militar? ¿Qué quiere usted? ¿Usted quiere que lo maten, como mataron al sargento Aguirre? Si a mi patrón lo metiesen en el talego, ahí nomás «lo suicidaban», ¿comprende?

Desde una rendija en el techado se descolgó un rayo de sol en oblicuo. La maraña del pelo ensortijado y aceitoso del hombre de la casa recibió el reflejo solar, lo que hizo saltar de su cabeza unos confusos destellos. Con el calor, también aumentó de intensidad el insoportable tufazo a ajo y sudor que desprendía el cuerpo del hombre. El ceño de molestia y los ojos desconfiados, decían a las claras que estaba aburrido de esa mujer de unas piernas tan largas y una falta de prudencia insoportable.

Si no le explicaba con palabras lo que opinaba de ella, el pésimo efecto que había causado en él estaba latente en su mirada, en sus gestos y en sus silencios.

–Es una cosa bien complicada eso de hacer una entrevista a mi patrón, señorita. Los problemas con la policía son tan feos por acá, como para tomárselos en broma –la piel olivácea de Morecos se encendió un par de tonos, mientras murmuraba–: Lo mejor para mi patrón y para nosotros sería que usted regrese a Lima y que acá dejemos las cosas como están.

–¿Por qué? No lo entiendo. Yo necesito verlo y hablar con él cuanto antes. Si lo intentara más tarde, sería más complicado para mí y para él.

La cabeza del hombre de la casa digería de muy mala gana la táctica de la periodista porfiada. Le resultaba algo incomprensible el que ella arriesgara la piel por entrevistarse con su patrón. ¿A qué sería debido tanto interés? Seguro que esa mujer estaba loca, de lo contrario.

Al cabo de darle y darle vueltas al tema, entre asqueado y aburrido, le costó un tremendo esfuerzo pronunciar:

–Ya, pues. Está bien. De acuerdo, señorita; le prometo que estoy tratando de apoyarla…

Después de una pausa que a la periodista se le antojó eterna, el hombre de la casa agregó:

–¿Qué le diga? Si seguimos adelante, lo primero que habrá que hacer será alquilar un carro, ¿me comprende?

–No hay problema.

–Lo de alquilar el carro y tratar de hablar con mi patrón tendrá que ser hoy; es decir, esta misma tarde.

–Lo comprendo y lo acepto. Lo de alquilar el auto corre de mi cuenta –le propuso Nora Vallejo que, de sopetón, pasó del pesimismo más desalentador a una euforia un tanto pueril, imprudente y demasiado ansiosa.

–Está bien; así será.

Después debatieron las posibilidades y el modo más conveniente de sacudirse el acoso de los guardias de encima, en el caso de que le estuvieran siguiendo los pasos a ella, como sería previsible. Al cabo de un prolijo intercambio de ideas y de pareceres, acordaron que Raimundo Morecos sería el encargado de alquilar y manejar el auto. También acordaron que el hombre pasaría a buscarla a la puerta del hotel alrededor de las seis de la tarde. Antes de abandonar la casa, ella le entregó el dinero para el alquiler, pues estaba totalmente convencida de que aquel hombre al que apenas conocía era un tipo de fiar, conocía a Juan Kovladoiff y, por consiguiente, era digno de crédito y cumpliría el pacto.

* * *

Nora Vallejo tomó una rápida ducha fría. Y desnuda se tendió en la cama cuan larga era, envuelta en la toalla de baño. La sensación de haber recorrido un largo y fatigoso trayecto, concurrió primero a su mente que a su cuerpo. Se sentía fatigada. Le dolía la cabeza. Era consciente de ser vulnerable a los reclamos de su conciencia. De ahí que prefiriese no supeditar los sentimientos a lo que los recuerdos le traían a la memoria. La posibilidad real de encontrarse con Juan Kovladoiff y escuchar de su boca lo que le había ocurrido arrasaba con todo, hasta con el sentido común, los presagios negativos, la prudencia y el temor a los agentes del SIE.

¡Qué importante para ella era verlo, encontrar respuestas en sus ojos, en su rostro, en su boca, y nada más! ¿Nada más? ¿Seguro?

Nora Vallejo se incorporó de un respingo y cerró la ventana, también la celosía de sus ojos color del caramelo recién hecho. Volvió a tenderse en la cama y se cubrió a medias con la colcha. Las evocaciones le invitaron a retroceder en el tiempo a unos días dichosos y esperanzadores. ¿Qué podría expresarle un hombre que hacía tanto tiempo que había salido de su vida? Entonces le dio por imaginar sus gestos, su boca desgranando un verbo claro, rotundo. Asimismo, pensó que entraría dentro de lo posible y sería de prever que en el peor de los casos la emprendiese a reproches con ella. En ese instante fue que empezó a sentir cómo le pesaba en la conciencia su historia de amor y estuvo a punto de caer en brazos de la melancolía.

«…Los seres humanos, a lo largo de nuestra existencia, hay ocasiones en las que podemos enfrentarnos a elecciones que son más fuertes que los sentimientos» –se dijo–.

Aunque otros hombres hubiesen formado parte de su historia amorosa, el recuerdo del más especial de todos ellos estaba grabado a fuego en su memoria. La manera de mirar franca y a la par ingenua, le proporcionaba un atractivo especial, que encantaba a las mujeres y

que era la envidia de los hombres.

–Tú eres una mujer tan importante para mí, que incluso puedes hacer posible que yo sea una gran persona –le confesó un día cualquiera, quizá inspirado en un exceso de euforia o en un arranque de romanticismo inconcebible.

Ella consideró que sería injusto asumir una responsabilidad de tal tamaño, por lo que se creyó obligada a responderle:

–Te equivocas. Yo no puedo hacer lo que me pides. Tú tienes la obligación de afrontar tus decisiones y ser consecuente con lo que decidas. Tú como aventajado estudiante de psicología, sabes que cada cual es responsable de sus actos y que deberá hacerse su espacio y la idea de lo que es y lo que pretende ser. Tú debes tomar tus decisiones. En cuanto a mí, estás obligado a respetar mi espacio y no tararme con más responsabilidades de las que me corresponden.

–No, no es así. Sospecho que no me entendiste. Hay algunas religiones, incluyendo el amor, que están construidas con el objeto de mejorarnos, o al menos para que la vida no nos resulte un martirio insoportable.

Ella no lo entendió, porque su vida era soportable, porque las dudas las había arrojado a lo cotidiano, a sus relaciones, a su profesión y a sus sueños de ser alguien en el mundo de los medios de comunicación.

Era un hecho incontrovertible que ella no estaba en condiciones de entenderle. Aparte de que le parecía un disparate que un hombre preparado, con una personalidad arrolladora y muy competente, respondiera a los ataques de sus enemigos echándose a la delincuencia, convertido en el reo contumaz más perseguido del Perú.

* * *

La consulta de su reloj de pulsera le hizo ver que era llegada la hora de ponerse en marcha. El tiempo había volado. Ante tanta duda y tantas incertidumbres, sería preferible que el tiempo hubiera volado. Los recuerdos y las heridas no cicatrizadas podrían poner en riesgo su equilibrio emocional y dejar de lado sus propósitos de ir en busca de un agonizante. Aparte de esclarecer en su extensa dimensión y crudeza la fatalidad que se había cebado con el hombre que tanto le gustaba y al que tanto amó.

Ante la posibilidad latente de que la mala conciencia y los recuerdos llegaran a enmarañar sus sentimientos, abrió los ojos. Saltó de la cama. Entró en el baño, se colocó delante del espejo y se maquilló con especial cuidado.

Media hora más tarde abandonó la habitación del hotel. Al salir a la calle pudo constatar que seguía estando tan confundida como cuando no supo qué responder a un hombre que juró amarla y

pretendió demostrarlo mediante actos inconcebibles. A lo largo de la calle apenas si circulaba un auto que otro y dos o tres peatones. El cielo estaba cargado de nubes oscuras. Desde media tarde se había desatado un ventarrón molesto que arrastraba polvo en suspensión, desperdicios y hojarascas.

A pesar de lo inclemente de la tarde, Nora Vallejo esperó a pie firme en la puerta del hotel por espacio de quince minutos. Empezaba a impacientarse cuando el conductor de un Ford de color rojo pulsó el claxon y reclamó su atención. En el acto reconoció a Raimundo Morecos. Sin pensarlo dos veces, saltó a la calzada y se embarcó en aquel montón de chatarra. El hombre de ojos desconfiados, piel olivácea y modales bastante toscos, manejaba el auto de alquiler en actitud reservada y circunspecta. Atravesaron las calles de la vieja Piura y pusieron rumbo a las proximidades del Hospital Regional.

De momento los acontecimientos parecían desarrollarse conforme a lo previsto, pensó Nora. No obstante, en un momento dado, se percató de que, tras atravesar el río y al recorrer los primeros metros dentro del distrito de Castilla, algo había hecho en el hombre que manejaba el auto un efecto opuesto al que ella esperaba: su rostro estaba en tensión y sus ojos se movían con ansiedad oteando en todas direcciones, como si buscara a algún enemigo entre los conductores que circulaban por la carretera y las escasas gentes que transitaban por las calles.

Nora Vallejo desvió la mirada y se puso a observar con sumo cuidado a los autos con los que se cruzaban y a los viandantes que desafiaban el ventarrón desatado. Sin embargo, le resultaba imposible descubrir una señal alarmante.

–¿Algo va mal? –le preguntó ella, inquieta y alarmada.

Morecos negó con la cabeza, en un brusco movimiento y siguió conduciendo en silencio.

Unos segundos más tarde, el hombre la observó de pasada y regresó a concentrarse en el manejo del auto.

–Si todo está bien, ¿por qué se lo ve a usted tan inquieto? –insistió Nora.

En esa oportunidad tampoco obtuvo ninguna respuesta por parte de Raimundo Morecos; Es decir, luego de clavarle una mirada un tanto impertinente, se encogió de hombros, apoyó la cabeza en el respaldar del asiento y dejó vagar su mirada en la cinta de asfalto. En esa época del año el impenitente viento del desierto soplaba con mucha fuerza, aunque no lo suficiente como para alejar el persistente hedor de las aguas del Piura.

El Ford de color rojo estuvo circulando durante un buen rato entre vericuetos y callejones aledaños al gigantesco nosocomio. El rosicler despuntaba desde el firmamento cárdeno. El viento arreciaba a cada

segundo. A medida que empezaba a anochecer, el firmamento se iba cubriendo de nubarrones negrísimos.

Morecos dejó la pista principal, entró en un camino lleno de baches y lanzó el auto por un sendero cubierto de pasto crecido, hasta que desembocó en un montecito de algarrobos, sauces, hiedras y bejucos. Un par de minutos más tarde estacionó el Ford de color rojo en un claro del bosque, muy cerca del cauce del río Piura, al costado de la llamada «Roca del Diablo». Los dos pasajeros se encerraron en un extraño silencio. Transcurridos diez o doce minutos, Raimundo Morecos abrió la portezuela de su costado, saltó al pasto, cerró de un golpe la portezuela a su espalda y empezó a caminar por los lindes del bosquecillo. La piel verduzca del hombre, al contraste del tono azulado del crepúsculo, cobró una tonalidad de metal oxidado. El chapaleo de las aguas al chocar contra el malecón formaba un ruido tan confuso como inquietante.

A pesar de que desde el interior del auto era imposible ver el cauce crecido del río, la tierra transmitía la vibración de la corriente encrespada. El ventarrón del desierto arrastraba nubes de polvo en suspensión. A los tres o cuatro minutos regresó Raimundo Morecos, tan circunspecto como al irse. Hizo a la pasajera un gesto de tranquilidad, abrió la portezuela y se acomodó en el asiento del piloto. El hombre de piel olivácea y ojos desconfiados encendió un cigarrillo, después otro y otro más. Media hora más tarde bajó del todo la ventanilla y asomó la cabeza de pelo ensortijado y se puso a escudriñar en una y otra dirección. Ni una palabra dirigió a su pasajera.

Nora Vallejo a duras penas lograba disimular el creciente nerviosismo y decidió que lo mejor sería centrar sus percepciones en los matices de sonidos y colores que iban desapareciendo al mismo tiempo que el crepúsculo dejaba el testigo a la noche. La desaparición de las formas, el avance de las sombras y el chapaleo que producían las aguas del río Piura al chocar contra las piedras del malecón le sirvieron para relajar la tensión en parte, que no la sensación de vacuidad que transmitía el ambiente. Aun cuando aparentaba pasar de su pasajera, Raimundo Morecos no le quitaba ojo de encima, sino que la estaba marcando a hurtadillas por el rabillo del ojo.

–¿Si el señor Kovladoiff no acude a la cita? –de ese modo Nora Vallejo desplazó su nerviosismo y rompió la creciente angustia y el ya de suyo insoportable silencio.

El hombre de ojos desconfiados se encogió de hombros y puso una cara de «¿y qué quiere que yo le haga?», aunque tampoco entonces contestó a la pregunta. A través de un hueco entre las nubes asomó una uña de luna azulada.

La tensión continuaría creciendo segundo a segundo. La dilatada

espera, la vibración del río, el huracán y el apartado lugar, estaban haciendo mella en los nervios de la periodista; la cual se encontraba muy incómoda y necesitaba sacudirse de encima la desagradable sensación de inseguridad que producía el ambiente y que el propio Morecos parecía dispuesto a empeorar.

De tanto en tanto, resonaba en la distancia el estruendo de la urbe cabalgando a lomos de las ráfagas de viento del desierto. Nora Vallejo hizo el gesto de salir del auto, apremiada por unos irreprimibles ataques de intranquilidad. Morecos le advirtió:

–Le aconsejo que no se aleje mucho de este sitio, señorita.

–¿Cómo es eso?

–Verá usted, a estos lugares tan sólidos suelen venir los Buitres del Amor.

–¿Los Buitres del Amor?

–Ya, pues; me refiero a esas colleras de pitucos desgraciados que jalan a las muchachas en sus carros y vienen a este sitio a violarlas.

La periodista se sintió inclinada a estar de acuerdo con la opinión de Raimundo Morecos. La idea de que hubiera sujetos que realizaban prácticas sexuales tan aberrantes como la violación, siempre le había parecido algo repugnante. Actitudes de ese género solo podían proceder de mentes enfermas o criminales.

El huracán era tan violento que zarandeaba los árboles y arrastraba ingentes cantidades de desperdicios, polvo y hojarascas. Los lejanos luceríos de la urbe daban la impresión de estar suspendidos en el aire. Paso a paso, Nora Vallejo fue internándose en el bosquecillo. Las fuertes ráfagas de viento hicieron que se viera obligada a sujetarse la blusa, achinar los ojos y sacudirse la tierra de la cara y del pelo. En vista de las dificultades de proseguir con su paseo, se detuvo en seco, buscó refugio al abrigo de dos sauces y oteó en dirección al esqueleto de un edificio en construcción.

Las aguas embravecidas, la noche en cierne, el polvo en suspensión, el huracán desatado y la espera habían atenazado sus nervios y tal vez pudieran engañar a su cabeza y confundir sus percepciones. ¿Sería algo real lo que creía haber visto? Por si, protegió sus ojos con las manos y fijó la vista en el edificio en construcción. Había creído ver o había imaginado que «alguien», una sombra, corría a esconderse detrás de unos andamios y escombros. ¿Si en verdad les estuvieran vigilando? La imagen de la sombra intentando escabullirse había quedado impresa en su pantalla mental, como si la estuviera viendo aún.

Estaba perpleja. ¿Si lo que había supuesto ver fuese producto de su imaginación o un efecto óptico? Abandonó su refugio y empezó a caminar a grandes zancadas, decidida a explorar los aledaños de la construcción. A medida que salvó la distancia y atravesó el

descampado, se fue afirmando en lo que había visto. En efecto, al darse cuenta de que había sido descubierto y que la periodista avanzaba por el sendero a grandes zancadas, el portador de «la sombra» se agachó, hasta dejarse caer al suelo y trató de ocultarse detrás de los andamios.

Nora Vallejo volvió a detenerse de improviso. A su memoria acudieron las advertencias de Morecos y del nerviosismo y la perplejidad pasó a un ataque de angustia. ¿Si el supuesto hombre de Kovladoiff no era quien decía ser y le hubiese tendido una trampa? ¿Si el tal Raimundo Morecos fuera un vulgar delincuente o un criminal?

El pánico era tan grande y tan intenso que se apoderó de su conciencia. En un arranque de furia incontenida, apretó los dientes, cerró los puños y giró sobre sus talones. A lo lejos, en el claro del bosque, pudo reconocer, velado por el polvo en suspensión, el Ford de color rojo y dentro a Raimundo Morecos, fumando con aire distraído. El hombre alzó una mano y le hizo indicaciones para que regresara. El terror primero fue reemplazado por un presentimiento que era hijo de la desesperación. Ninguna señal aparente en el hombre de Kovladoiff delataba intenciones aviesas.

¿Y la sombra que había tratado de ocultarse? Estaba obsesionada. Tal vez lo que había imaginado ver hubiera sido un efecto óptico provocado por el nerviosismo. ¿Si hubiese otros más? En vez de dirigirse al auto, giró en redondo y se encaminó decididamente a la casa en construcción a grandes zancadas. A mitad de camino se detuvo en seco, achinó los ojos y protegió su rostro y sus vistas con las manos. Detrás de la obra de reconstrucción, a la distancia de un centenar de metros, era visible un muro cubierto de hiedras y arbustos. Por encima de la barbacana cobró forma la silueta de una edificación ruinosa.

La débil claridad cenital, el polvo en suspensión, el huracán y las ramas venteadas producían figuras misteriosas. Un destello metálico, después otro y otro, hicieron que saltaran todas sus alarmas. Ya no le quedó la menor duda: les estaban sometiendo a una estrecha vigilancia. Lo que había creído ver distaba mucho de ser un efecto óptico o un engaño de las percepciones. Lo que había llegado a descubrir eran objetos metálicos con apariencia de cascos de asalto.

Se había detenido al borde del descampado, oteando hacia los andamios, hacia el muro, hacia los desmontes… Aunque había dejado de ver, en su memoria visual palpitaban las imágenes con una nitidez absoluta. Urgida por un impulso irrefrenable, reinició el ademán de alejarse cuanto antes. Dudó. En el breve lapso de tiempo, tropezó de plano con una criatura metálica emboscada en la maraña vegetal. Fue entonces que trató de girar rapidísimamente sobre sus pasos… Trastabilló. Se le enredaron los zapatos en la maleza y cayó de bruces al pasto.

Desde el suelo oyó con meridiana claridad el estruendo de una motocicleta que había salido de la carretera y se estaba internando en el montecito donde esperaba Raimundo Morecos. ¿Si fuera Juan Kovladoiff el que pilotaba la motocicleta? Sintió un estremecimiento horrible. Metió un respingo, se incorporó de un salto y echó a correr en dirección al claro del bosque.

A medida que avanzaba, arreciaban las sacudidas del viento. Hizo el intento de zafarse de la lluvia de tierra e inmundicias. Se llevó una mano a la cara. Tropezó en una raíz, salió proyectada hacia delante y volvió a rodar por el suelo. Estaba tan agitada y nerviosa que apenas si podía respirar. Los nervios le atenazaban. Una voz en la conciencia le gritó que hiciera un último esfuerzo y que pusiera en guardia al hombre de Kovladoiff. ¿Si el piloto de la moto fuera Juan Kovladoiff? Volvió a gritarle su conciencia. Entonces estaría perdido.

Ante la perspectiva de lo que le estaba aguardando, se hincó de rodillas, agitó los brazos, metió un respingo, se incorporó de nuevo y reemprendió la carrera. Le pesaban horriblemente las piernas. Intentó lanzar un grito de advertencia. De su boca crispada en una mueca de terror ni siquiera salió una miserable palabra. Morecos se apeó del auto y le señaló, agitando los brazos al aire, el interior de la espesura del bosque.

Nora Vallejo dio media vuelta y se puso a manotear y a señalar el edificio en construcción. Giró de sopetón para reiniciar la carrera, tropezó en un tronco podrido y cayó de hinojos al pasto. Se reincorporó de un impulso y regresó a mirar atrás. Morecos le hacía más notorios sus gestos de impaciencia. En vista de que la mujer no le entendía, soltó un silbido y regresó a señalar el interior del bosque.

¡Era de locura! En lugar de advertir a Juan Kovladoiff y ponerse a salvo, el hombre de piel olivácea y ojos desconfiados estaba a lo suyo. Era incapaz de descifrar el mensaje de peligro. Para peor, los gritos que le lanzaba los estaba sofocando el huracán.

–¡Es una trampa! ¡Les tendieron una emboscada!

Raimundo Morecos giró en redondo, se internó en la espesura y fue al encuentro de Kovladoiff que había descabalgado de su motocicleta, se había quitado el casco y las gafas y pretendía abrirse paso en la espesura.

–¡Aléjense de este sitio, márchense, márchense, márchense, por el amor de Dios! –chilló Nora.

Era inútil. Kovladoiff oteó hacia el descampado y avanzó un par de pasos hasta la entrada del claro. Morecos soltó un silbido y agitó los brazos, instando a la mujer a que se incorporara y apurara el paso. Nora Vallejo clavó los ojos, totalmente abiertos, en un semblante y unos ojos que avanzaban hacia ella. Esclarecido al fin su cerebro y el estupor impreso en el rostro, manoteó vigorosamente, mientras

intentaba enviarle señales a fin de que escapara del peligro que le estaba acechando.

Juan Kovladoiff se detuvo en seco, hipnotizado, esforzándose en interpretar el sentido de los aspavientos y visajes de Nora. Superado el segundo de sorpresa e indecisión, retrocedió un paso, otro y otro. Su rostro se contrajo en un rictus de desconcierto y de ira.

El huracán era tan violento y ruidoso que borró de raíz los gritos de advertencia de Nora Vallejo y estaba alargando la incertidumbre hasta el infinito. Hasta que fue capaz de arrancarse de lo hondo de su garganta un alarido que sajó el flujo del huracán.

–¡Vete, vete, márchate, márchate! ¡Estamos rodeados de guardias y policías! ¡Tienes que marcharte! ¡Vete de este sitio, por favor!

Juan Kovladoiff parecía como si estuviera hipnotizado, prendido de los ademanes de Nora, atrapado en un interminable segundo.

Su figura se fue agigantando en el rincón del claro del montecito. Una milésima de segundo antes de que el grito de la mujer hubiera llegado a sus oídos, los guardias que se habían escondido en la maleza arremetieron a tiros contra él.

Kovladoiff agachó instintivamente la cabeza, retrocedió a gachas y trató de buscar un refugio en lo más tupido de la espesura boscosa. Hacer el intento de escapar era imposible y lo sabía. En cuanto a resistir… Por puro mecanismo de autodefensa, se parapetó detrás del tronco de un algarrobo, echó mano de su Kalashnikov y empezó a disparar al tuntún, dispuesto a morir matando.

Nora Vallejo estaba fuera de sí, enloquecida. En lugar de hacer algo, lo que fuese, continuaba desgañitándose. Hasta que de repente se percató de que estaba tendida de bruces en el pasto. A partir de ese instante, sin fuerzas y sin recursos mentales, solo fue capaz de cerrar los ojos y apretar los dientes. La voz de la conciencia le gritaba que hiciera algo, que se levantase y que echara a correr hacia Juan Kovladoiff, que se interpusiera entre él y las tropas de asalto. Entonces, ante el cúmulo de emociones y la angustia, otra voz le gritó que necesitaba ganar algo de tiempo para pensar y hacer lo que fuese, incluso una locura heroica.

Mientras estaba dudando, notó que le saltaba el corazón en el pecho y apenas si podía respirar, creyó escuchar voces airadas que daban órdenes y lanzaban gritos, entre otra serie de sonidos de disparos y otros que no era capaz de identificar, pero que le sonaban espeluznantes.

El roce metálico de las armas y los trajes de asalto acompañaban el estruendo de los disparos, los embates del huracán y las imprecaciones de la gendarmería. Luego, el estruendo fue seguido por un silencio espectral que le estaba helando la sangre. En un acto reflejo, intentó ponerse en pie, pero los nervios le habían agarrotado los músculos y

no lo consiguió. Es en ese instante que Kovladoiff empezó a ser consciente de que le habían tendido una emboscada, que estaba a punto de ser atrapado o muerto, pues los gendarmes le rodeaban por todas partes. Es ahí que le ascendieron a la cabeza intensas oleadas de sangre y le entraron unos irrefrenables ataques de furia que descargó contra su antigua conviviente:

–¡Maldita seas, vete al infierno! ¡Me volviste a traicionar! ¡Te prometo que ésta me las pagarás!

De ser posible, hubiera querido responderle que era inocente, que ella no tenía nada que ver con la encerrona, aunque ni una maldita palabra subió a su boca. El espanto había sepultado su voz, como la broza había sepultado los troncos que se estaban pudriendo entre los yuyos y la retama.

–¡A qué esperan, huevonazos! ¡Vengan por mí, rosquetes de mierda!

Acicateado por los gritos de su jefe, Raimundo Morecos echó mano de la pistola y la emprendió a tiros contra la vanguardia de las tropas de asalto. En un segundo de tregua, retrocedió un paso; abrió la puerta del auto; hizo girar la llave del arranque e hizo el intento de ponerlo en marcha.

–Yo le cubro la espalda.

A su invitación respondieron los disparos de los gendarmes y la réplica de Juan Kovladoiff, formando una balacera infernal. Desde cualquier rincón del bosquecillo, entre los árboles y desde los edificios adyacentes, los guardias disparaban a discreción. Kovladoiff era consciente de que sería una temeridad condenada al fracaso tratar de defenderse durante mucho tiempo. En vez de seguir disparando, echó marcha atrás, reptó entre la maraña de arbustos y broza buscando el petril del malecón. La invitación de Morecos se la había llevado el huracán por encima de los ramajes del bosque. Kovladoiff dejó caer el fusil, salvó de un brinco el murete del malecón, voló por el aire y se lanzó de cabeza a la corriente.

Las tinieblas habían cubierto todo el bosque. Los guardias de asalto empezaron a salir de sus escondrijos y echaron a correr hacia el interior del bosque, disparando a mansalva.

–¡Por el malecón! Atájenlo. Se aventó al río –vociferó el comandante de la tropa de asalto, a espaldas de Nora.

–Los de las rocas, disparen. ¡A qué mierda esperan, tarados, imbéciles! –a Nora Vallejo le pareció reconocer la voz del capitán Adolfo Farrel.

Una tropa de uniformados, cubiertos con petos y cascos de asalto, atravesaron el descampado a la carrera y se dirigieron hacia el parapeto. Varias decenas de ojos convergieron en el cauce del río, crecido como consecuencia de las recientes lluvias. Los guardias la

emprendieron a disparar y disparar sin ton ni son al lecho del río.

Kovladoiff sintió a su espalda el siseo y los chasquidos de los proyectiles. En un intento desesperado de huida, metió un respingo, se puso a bracear, bracear y patalear sin desmayo. Sus brazos, sus pies, todo su cuerpo estaban envuelto en una bardoma densísima, que halaba de él hacia el fondo del cauce. Lo único que podía hacer era luchar, agitar los brazos, las piernas, los pies…

¡Era inútil! Le faltaba el aire. Los brazos y las piernas le pesaban como si fueran columnas de plomo o como si estuvieran soldados al lodo pastoso. Cuanto más braceaba y pataleaba, más se hundía en la bardoma. Otro esfuerzo más y es posible que lograra salir a flote. Pero no, los torbellinos de agua le arrastraron y le arrastraron.

–¡Hijo de Satanás! Ese desgraciado se aventó al río –gritaban los unos y los otros.

Morecos había empezado a maniobrar con el auto, tratando de esquivar los proyectiles que disparaban los gendarmes contra él y contra el auto. En un intento desesperado de escapar, cerró los ojos, aferró el volante con todas sus fuerzas y pisó el acelerador a fondo. Las tropas de asalto la emprendieron a tiros contra el hombre de Kovladoiff, apuntando a la cabeza. Los proyectiles perforaron las lunas y atravesaron la cabeza del que trataba de huir.

El auto avanzó dando tumbos por el sendero. Las lunas saltaron hechas trizas. El hombre de ojos desconfiados y piel aceitunada, herido de muerte, soltó el volante mientras meneaba los brazos a espasmos nerviosos. Una nueva ráfaga de disparos le atravesó el cuello, la frente, la boca y el pecho. Salpicones de sangre, fragmentos de huesos y materia cerebral tiñeron de rojo y gris los mandos del auto. El neumático delantero del costado izquierdo tropezó en una piedra. El carro derrapó, recorrió unos metros de costado y prosiguió la marcha fuera del sendero. La rueda del lado derecho impactó en una mata espinuda. Sonó una explosión seca y hueca. El auto traqueteó unos metros más, atravesó unos matorrales, resbaló de medio lado talud abajo hasta que se empotró en un hueco de fango y ramajes.

Al cabo de una eternidad, cesaron los gritos, cesó la balacera. Una voz imperativa imprecó desde lo alto del antepecho:

–¡Hijos de…! ¡Son ustedes unos imbéciles, carajo! ¡Se lo dejaron escapar!

Juan Kovladoiff no había sido consciente del riesgo de arrojarse a la corriente turbulenta. Sus acciones estaban regidas por un mecanismo de supervivencia ajeno a su voluntad. Percibió los fogonazos rojizos restallando tras él y nada más. Las energías le estaban abandonando. Le faltaba el aire. ¡En nada moriría ahogado! Un irrecusable instinto de vivir, de oponerse a la bardoma y los

torbellinos de agua, le impulsó a bracear sin tregua, a resistir el peso del mundo contra sus costillas, a seguir, seguir…

¡Ya no podía más! Sintió que sus pulmones estaban a punto de estallarle dentro del pecho. La imperiosa necesidad de sobrevivir le empujó, no obstante, a continuar manoteando y a desembarazarse del fango que le estaba engullendo. La corriente le arrastraba río abajo. Intentó una y otra vez salir a la superficie, sin conseguirlo. Durante segundos, minutos, horas o días, estuvo girando y girando en un torbellino que le aplastó, le zarandeó, le golpeó y le proyectó contra la broza de la orilla. Trató de agarrarse a unos ramajes. ¡Imposible!

La corriente era violentísima y le arrastró de nuevo. El empeño de sobrevivir le impuso una resistencia, brutal, inhumana, un interminable zozobrar, emerger, persistiendo en el empeño, a pesar de ser arrastrado y estar a merced de una fuerza descomunal. Hasta que, por fin, un golpe de agua… La orilla. Sus manos que lograron asirse a unos cañaverales. Un impetuoso torbellino le catapultó hacia abajo. ¡Estaba perdido! En esa oportunidad, fue capaz de hacer un supremo esfuerzo de voluntad, hasta que logró escapar de las aguas, reptar en el lodo, sacar la cabeza, respirar afanosamente, vomitar sin cesar, respirar y caer exhausto de hinojos en los pajonales.

Los gendarmes parecía que hubieran enloquecido y trotaban a lo largo de la costa del río. Entre las ramas de los sauces, bejucos y matorrales, instalaron unos focos que alumbraron la corriente turbulenta.

–El demonio se arrojó al río –berreó una voz lejana.

–Rápido, pues, desgraciados; métanse a las aguas –ladró el capitán Adolfo Farrel.

Del repentino silencio los uniformados pasaron a una actividad frenética en torno al valladar. Los de los focos peinaban las aguas.

–Sigan disparando, carajo –ladró de nuevo el capitán, con la voz tronchada de cuajo.

Nora Vallejo trató de serenarse y de recuperar el resuello. Se apoyó en un codo. Se sentó en la retama y abrió los ojos muy despacio, con miedo. Aunque no se atrevió a mirar hacia donde los guardias habían montado la parafernalia de focos y pértigas. En su cerebro continuaban resonando los exabruptos de Juan Kovladoiff en plena huida.

–¿Está herida, señorita? –se interesó por ella un soldado con aspecto de adolescente.

«Ojalá estuviera herida o muerta» –pensó–. Empero, no supo qué responder a la pregunta del soldado adolescente. Las últimas palabras saltaron de su cabeza y desfallecieron en su garganta llorosa. Aun cuando acertase a hablar, sería imposible encontrar las palabras que definieran su amargura y los lamentos con que purificar su culpa. Sus

ojos estaban anegados en lágrimas.

Sintió una punzada dolorosa en el pecho y el corazón desgarrado. Una voz que no era ni se parecía a la suya, preguntó:

–¿Qué fue?

El soldadito que le había ayudado a incorporarse, rezongó, bastante fastidiado:

–El demonio Kovladoiff volvió a escaparse. Ese maldito se aventó al río. Ojalá se lo haya tragado la corriente.

–¿Y el otro?

–¡Se fregó! –el soldado remató la interjección con un silbido.

La luz de los focos al chocar contra la maraña vegetal expandía una débil claridad. Nora Vallejo alzó la cabeza y descubrió el Ford de color rojo escorado en el fondo del talud y varios hombres rodeándolo.

–Bien muerto está –exclamó el soldado adolescente.

Nora Vallejo se sintió tan abatida y fatigada, que no le quedaron ganas para hablar y tampoco fuerzas para llorar.

De la parte de la zona boscosa surgió el capitán Farrel. Las hojas dentadas de los matorrales le rasguñaron el pecho y la cara al forcejear para salir al claro. El capitán vio a la periodista. En un ataque de ira incontrolable, recorrió a paso vigoroso la distancia que les separaba y se encaró con ella, hecho un basilisco:

–¡Maldita sea mil veces, carajo! ¿Estará satisfecha de lo que nos hizo? ¿No es cierto?

–¡Desgraciado! Es usted el más despreciable de los gusanos de este mundo. ¡Me provoca repugnancia!

Un impulso de cólera nacido de lo hondo de su alma atormentada, le empujó a abofetearlo. El capitán Farrel esquivó la bofetada y la agarró con todas sus ganas por los brazos.

–¡Quieta, quieta, carajo!

–¡Suélteme, suélteme! Lo detesto. ¡Es usted un cerdo! Me estuvo siguiendo. Le serví de cebo, ¿verdad?

El capitán Adolfo Farrel parecía fuera de sí. Tan lleno de furia estaba que se puso a zarandearla e hizo la mención de estamparla en el pasto. ¡Por qué diablos tuvo que meterse en esto, por qué! Ese engendro volvió a escaparse. ¡Maldito hijo del demonio! Lo atraparé, lo juro. ¡Me dan ganas de arrojarla a usted al río y que se vaya al infierno con ese desgraciado! ¿Estará satisfecha, ¿no es verdad? ¿Ya vio lo que nos hizo? Nos fregó, bien fregados. ¡Lo fastidió todo! ¡Por qué mierda tuvo que pasarle la voz a ese baboso, por qué!

Los esputos verbales del capitán Farrel, en contraste con la tragedia que estaba pasando, escaso fue el efecto que hicieron en su sensibilidad. Por el contrario, pensó, un tanto aliviada, que su imprudencia sin sentido al menos no había traído como consecuencia

la muerte o el que hubieran atrapado a Juan Kovladoiff. Raimundo Morecos, en cambio, yacía muerto en el interior del auto y reclamaba una explicación que jamás podría ofrecerle. Se encontraba al borde de la desesperación, invadida de una desolación brutal.

En tono de amargura infinita, musitó al hueco oscuro de una noche que comenzó a derramar un chubasco presuroso y triste:

–Ese pobre hombre confió en mí. Yo los metí de cabeza en la encerrona. Yo soy la principal y única responsable de la muerte de ese infeliz.

* * *

De regreso al tiempo presente, en lo que corresponde a Nora Vallejo, al evocar aquella jornada tan trágica, es comprensible que estime que «los tres sujetos –el general Herrera, Adolfo Farrel y el coronel Leary– han sido cortados por el mismo patrón». En cuanto a los métodos y el modo de actuar, escasa es la diferencia que existe entre los tres militares y los comandos emerretistas o senderistas.

«Tal como le ha explicado el general Herrera –piensa Nora Vallejo– los alemanes terminaron con el terrorismo, porque la sociedad germana en pleno cobró conciencia de quiénes eran sus enemigos. Por el contrario, muchos son los peruanos que repudian en idéntica medida a los subversivos y a los militares. En tanto unos y otros masacren, sojuzguen y abusen de una parte de la población civil, muy poca gente de bien creerá en la paz y la reconciliación. Mientras prosiga en plena virulencia una guerra no declarada, bastarda hasta la náusea, como es la que se está librando en el Perú, cada cual hará cuanto esté en su mano para no verse forzado a enrolarse en uno u otro de los bandos contendientes. La inmensa mayoría de la ciudadanía aspira a vivir en paz y a proseguir la intrincada senda de la existencia, al margen de los bandos implicados en la cruel, despiadada y atroz guerra».

En tanto individuos como el tal Adolfo Farrel merodeen cerca de ella, no se sentirá en paz. En cuanto a la colaboración a la que apela el general Herrera, será imposible. Además, si antaño desde el SIE y las altas instancias del Ejército abusaron de su buena fe y la utilizaron como cebo para capturar a su «pieza más codiciada», es decir al prófugo, desertor y supuesto espía, Juan Kovladoiff, lo normal será que traten de utilizarla de nuevo y que abusen de su buena fe.

Así, pues, al recordar las nefastas experiencias padecidas en el pasado, a pesar de que haya insinuado al general Herrera que está dispuesta a colaborar, llega a la conclusión de que no es posible y de que lo más conveniente será mantenerse al margen y seguir luchando a su modo, bajo las premisas del compromiso democrático, el diálogo constructivo y el respeto a los derechos de la persona.

Tal cual ha desaparecido de su vista la famosa estrella de la televisión peruana, de la misma forma se ha desvanecido en la memoria del mayor Adolfo Farrel. Unos instantes después, éste ocupa la butaca que Nora Vallejo abandonó unos minutos atrás.

Adolfo Farrel Quintana es un hombre de mediana edad. Los rasgos mestizos no definen su ascendencia. Su complexión es fornida, propia de un hombre acostumbrado al ejercicio físico. Su estatura, sin ser demasiado elevada, es notable. El protuberante labio superior sugiere una relativa vanidad que tal vez haya sido sometida por la disciplina castrense. Su semblante es anguloso, cetrino de cutis, liso y tenso. Sus ojos oscuros observan nerviosos aquí y allá, una actitud que resulta normal en presencia del Jefe del Alto Estado Mayor. Lleva el cabello oscuro rapado al uno y la barba del rostro perfectamente rasurada. Sus ojos oscuros y achinados, con una ligera inclinación hacia abajo, le proporcionan a su semblante una ligera apariencia de melancolía un tanto tristona. Empero, más que otra singularidad, sus rasgos faciales, modelados por el tiempo y la disciplina militar, le hacen parecer un hombre tenaz, astuto, de carácter controladamente agresivo y más inteligente que la media de sus colegas de promoción. Sus manos son fuertes, de dedos un tanto rechonchos, aunque finos y no indican el menor signo de trabajo manual. El mayor Adolfo Farrel Quintana, en definitiva, presenta una mezcla singular de rasgos diferentes.

Al primer golpe de vista, Adolfo Farrel advierte que el general Herrera parece muy preocupado. Y es verdad. Herrera retira la vista de los documentos que estaba analizando y saluda con un lacónico «buenas tardes» y una leve inclinación de cabeza a su ayudante de cámara. Apenas éste toma acomodo en la butaca que acaba de abandonar la periodista Nora Vallejo, lo asaetea a preguntas sobre rutina del servicio, en lo que empieza a parecerse a un interrogatorio sumarial. El interrogatorio o revista se prolonga durante varios minutos; aun cuando estén tratando de las cuestiones de logística o meramente rutinarias. Sin embargo, debajo de la aparente serenidad de su jefe, Adolfo Farrel percibe una tensión que sobrecoge de temor a cualquier mortal, incluso a él mismo.

Sin molestarse en mirarle a la cara, el general Herrera le tiende un fardo de documentos que Farrel se apresta a leer. Solo con echarles un vistazo a la carrera, lo que observa en los papeles se le antoja una retahíla de signos jeroglíficos indescifrables. Los informes contables y la auditoría interna, revelan la calamitosa situación financiera y el riesgo de insolvencia en el que está sumida la Caja de Ahorros y Pensiones de la FAP, de la que ambos forman parte del Consejo de Dirección.

Aun cuando lo intenta, es en vano, puesto que Adolfo Farrel no entiende ni papa de alta contabilidad, analítica de balances e ingeniería financiera. Le suena absurdo que el general pretenda de él que extraiga consecuencias de lo que es un infernal galimatías: él es un soldado disciplinado, un agente de la Inteligencia del Ejército y naufraga en los problemas administrativos.

Aun así, disimula como que lee los informes. Al cabo de unos segundos de hacer que está interesado en la lectura de los documentos contables, alza la vista y mira al general, como diciendo: «¿Y esto? ¿Qué quiere que haga con estos papelotes? Vea usted que yo lo intento con toda mi voluntad. Lo que pasa es que me resulta imposible descifrar este fárrago de balances y me hundo en tamaña procelosidad de cifras y números».

En definitiva, Farrel parece tan desconcertado como en su etapa de estudiante en circunstancias análogas.

–Las cuentas…

–¿Qué está pasando con las cuentas, señor?

No termina de comprender qué embrollo ocupa el cerebro del general. Los asuntos de la vida civil le interesan más bien poco. Tal vez le suceda otro tanto a su jefe, aunque lo disimule. Las armas y los números casan bastante mal.

Adolfo Farrel anhela a toda costa la refluencia de los laberintos de cifras que tanto le desconciertan. Pero lo peor no es que no entienda ni papa de los farragosos balances, sino el darse cuenta de que los ojos violáceos del general se han clavado en su rostro, como el filo de una cimitarra.

La mirada del general es tan acerada, intensa y penetrante, que puede amedrentar al hombre más arriscado. Únicamente la Divina Providencia sabe lo que podría significar ese instrumento natural de tortura cuando lo aplica sobre un terrorista o sobre un inferior en la jerarquía castrense. Adolfo Farrel, que es consciente del poder intimidador de esos ojos violáceos, prefiere reclinar discretamente la cabeza y desviar la vista; de ese modo podrá zafarse de su influencia.

En la pausa sigue latente, no obstante, el problema de la falta de liquidez de la Caja de Ahorros, y se pregunta qué podría responderle a su jefe. ¿Serviría de mucho reconocer que se maneja fatal en la materia contable y que naufraga en ese marasmo de cifras y números? Salvo que el general sea un experto contador, tampoco cree que atesore habilidades administrativas que le ayuden a encontrar la solución a cuestiones tan arduas. Antes de que los balbuceos y sus gestos incontrolados le delaten, el general Herrera suelta varios sonoros resoplidos, carraspea y se prepara para comentar lo que opina o lo que le venga en gana.

En rigor, Herrera está tan perdido como su ayudante de cámara; se

las está viendo y se las está deseando para hacerle entender el intríngulis del endemoniado fárrago.

–Estamos fregados, mayor. Ese engendro de sabandija, el despreciable narco… Me refiero al tal Leary. Ese miserable está retirando grandes sumas de nuestra Entidad día sí y día también.

–¿Y? ¿Qué, señor? ¿Qué nos interesa a nosotros eso de que el narco Leary retire su plata? –quiere enterarse Farrel, que sonríe un tanto avergonzado.

–¿Qué nos interesa, mayor? Caracho. Nos interesa y mucho. Ese hijo de su madre, aparte de estar a punto de dejarnos sin liquidez en la Caja, está sacando sus ahorros porque pretende apoderarse de las propiedades que pertenecieron en vida al general Francisco Rosell, empezando por la hacienda El Cóndor, ¿me comprende?

Farrel, que al principio pretendía preguntarle «¿qué tiene que ver la historia judicial y penal del narco Leary con la Caja de Ahorros?», se queda pegado y le recorre la espalda un estremecimiento de angustia casi físico. Ahí estaba la clave de la inquietud previa a la entrevista y el temor de encontrar al general Herrera en un estado de irritación y nerviosismo fuera de lo normal.

Mientras Adolfo Farrel finge atender las explicaciones de su jefe, a través de la imaginación vuela al lado de Natalia Rosell. En su mente aparece la mujer de prestancia felina. Los labios entreabiertos y la mirada anhelante le suplican que se quede con ella. La petición es más que una petición, es una invitación tentadora a la que le resulta imposible negarse. Aún están frescos en su memoria el cuerpo desnudo, la boca abierta en espera de un beso y mucho, mucho más.

La cuestión de fondo radica en que se encuentra atrapado en la celda de una cárcel dorada y que de esa cárcel es muy difícil evadirse. Lo más inquietante para Adolfo Farrel es que las palabras del general hablan de no sé sabe qué líos y de no sé sabe qué historias, concernientes a la Caja de Ahorros de la FAP en relación con ese tal Faustino Leary. Por el contrario, a él le encantaría pasar de los líos y las intrigas del que su jefe nombra como «infame narcotraficante», de los problemas de liquidez de la Caja de Ahorros y sería feliz si pudiera escapar y refugiarse en su rincón secreto, donde ninguno de sus enemigos sea capaz de traspasar los linderos de unas paredes que cobijan su recién iniciada historia de amor. Lo más perturbador para Farrel y para su amante es que, en lo que Herrera insinúa, es fácil colegir que se avecina un grave problema que le concierne y que quizá esté en trance de arruinar sus recién estrenadas relaciones con la sofisticada, atractiva y apasionada Natalia Rosell. Si el narco Faustino Leary está interesado en hacerse con las propiedades de su amante y ella se niega a venderlas, es evidente que habrá problemas. En ese caso, ese despreciable narco se las verá con él.

Amparado en la desesperación y una resolución nada realista, promete para sus adentros que, si el infame narcotraficante intenta causarle algún daño a Natalia, lo matará con sus propias manos, como a un perro.

Ajeno a las tribulaciones de su lugarteniente, el general Herrera prosigue desgranando su exposición:

–El problema es bien complicado, caracho. Me estoy temiendo que ese delincuente de porquería forzará a la gringa, me refiero a la hija y heredera universal del finado general Rosell, a venderle sus haciendas o quizá se las arrebate por las puras; ¿me comprende? Fíjese que, si ese desgraciado llegara a apropiarse de las haciendas que fueron en vida del general Rosell, reunirá unas bases estratégicas que le permitirán hacerse fuerte en lo de la cocaína y en las que sería muy difícil echarle el guante, ¿me explico? Nuestros agentes me informaron que Rosell construyó varios aeródromos en la hacienda e inclusive pozos de maceración y arsenales estratégicamente situados. ¿Qué le parece, mayor? –sin esperar la respuesta de su lugarteniente, prosigue soltando improperios contra Leary–: Ese chancho con corbata sabe muy bien lo que hace. Si le viene en gana, a hordas y hordas de terrucos podría adiestrar sin que nuestra gente se lo pudiera impedir. Pero es que todavía hay algo más; ¿qué le diga? Necesitamos liquidez, urgentemente y en dólares.

–Disculpe, mi general; entiendo que es un problema muy grave lo de los pozos para macerar la coca, lo de los terrucos, lo de los arsenales y lo de los aeropuertos clandestinos, pero no termino de entender qué relación existe entre el hecho de que el narco Leary retire sus fondos de la Caja de Ahorros y el que pretenda adquirir las haciendas de la hija del general Rosell. ¿Qué nos interesa a nosotros esa vaina, señor?

–Ya lo creo que nos interesa, mayor… y mucho –Herrera vacila antes de abordar el meollo del enredo–. Hay. ¿Cómo diría? Hay…

En vez de ofrecerle las explicaciones que aclaren el embrollo, retira un cigarrillo de la cajetilla situada encima de la mesa, le aplica un fósforo encendido y le da unas chupadas, se traga una bocanada de humo, expulsa el humo por la nariz y la boca, juega con la caja de fósforos y, tras resoplar varias veces, pronuncia:

–¡Bueno, qué diablos! Nosotros podemos hablar con franqueza. Aparte de lo dicho, nos vemos en apuros.

El general Herrera procura esforzarse en hacerle entender que está hablando de manera informal, extraoficial. El tono familiar que emplea con su ayudante le facilita el camino a la hora de abordar cuestiones muy delicadas: ésta lo es y en grado superlativo.

–Es urgente hacer ajustes en los balances de caja. Lo que se entiende como «tapar huecos». ¿Comprende?

De forma confusa, aunque en tono confidencial, el general Nicolás Herrera le habla de inversiones ruinosas y pérdidas de cuantiosos fondos que han venido produciéndose en la Caja de Pensiones, delante de las narices del propio gerente general. Los problemas de liquidez de la Caja de Ahorros han sido originados, en gran medida, por el aprovisionamiento de armas e implementos destinados a las Fuerzas Armadas y a una importante dotación de fondos reservados, «desviados» a la construcción de viviendas de lujo. En este caso un porcentaje importante de los fondos han desaparecido o han ido a parar a manos de constructores demasiado avispados. A lo anterior debe añadirse inversiones muy desafortunadas que autorizó el general Herrera en persona. Todo lo cual sitúa la entidad de ahorro al borde de la bancarrota.

Los cuantiosos fondos que está retirando Leary merman de modo significativo la liquidez financiera de la Caja. Lo expuesto, unido al hecho de la dilatada colaboración entre ambos, implica que compartan mucho más que las cuestiones del día a día entre jefes militares de diferentes rangos. El trato de común, los problemas que comparten, la filosofía castrense, son argumentos suficientes para que haya florecido entre ambos un clima de complicidad profesional. También les unen muchos «asuntos delicados» y otros «oscuros» relacionados con la seguridad nacional.

El mayor Adolfo Farrel por muy poco perspicaz que sea, y éste ni mucho menos es el caso, sospecha que el general le reserva una misión paralela a su cometido en el Ejército. Dado que está familiarizado con las costumbres de su jefe, le resta esperar y ello suele proporcionarle notables dividendos. Lo que jamás hubiera sospechado y que no entra en los cálculos de su mente racional, es lo que el general Herrera le suelta a boca de jarro:

–A propósito, ¿qué está pasando con la gringa Rosell? A usted le gusta esa mujer, ¿no es cierto? Le gusta, ¿eh?

Herrera le ha agarrado desprevenido y Farrel no sabe qué decir. Tan perplejo se ha quedado, que teme que se le transparenten sus emociones y esté en trance de quedarse al descubierto. En lugar de responder, agacha la cabeza y cierra los ojos.

> «…¿qué miércoles me está pasando? ¿Por qué doy por sentado que este hombre sabe lo mío con Natalia? Tal vez porque en el Alto Estado Mayor hay demasiados desgraciados que le informan y le cuentan hasta nuestras intimidades, las de sus subordinados y la gente que le incomoda o le estorba. Pero, no, esto no puede ser verdad, debe tratarse de un error. Yo más bien creo que tú no sabes nada y nunca podrás saberlo».

En la disyuntiva, ante la duda, proclama para sus adentros que deberá buscar la manera de estar con Natalia Rosell, de amarla y quedarse para siempre con ella. La sensación de la presencia de su amante es tan intensa que mientras la borrasca se cierne en torno a

ellos dos, a su mente, como un bálsamo salvador, se abre paso la última escena amorosa experimentada la noche anterior entre Natalia Rosell y él.

–Me gustaría encontrar una señal para decirte cosas bonitas, cuando no encuentro las palabras para expresar lo que siento por ti.

Ella le devuelve una sonrisa complacida. Se sienta en el lecho con las piernas abiertas delante de él. Pero como es incapaz de decidirse a inclinar la cabeza, se queda mirándola. La encuentra más sensual, atractiva, sofisticada, inteligente y enigmática que ninguna otra mujer con la que ha mantenido relaciones sentimentales.

–¿Qué haces, cariño? ¡Una mujer no debe sentarse así delante de un hombre! –objeta él.

–¿Por qué? Yo no necesito pedir permiso a nadie para sentarme como me apetezca –responde ella, medio en broma y medio en serio.

–No se trata de pedir permiso; es que nomás de verte me vuelves loco.

Natalia rompe a reír de buena gana. Ninguna mujer posee una sonrisa tan especial como Natalia, piensa Farrel. Ella es una mujer excepcional. Esa certeza le produce un amago de angustia, la angustia de perderla.

–Quisiera hacerte una pregunta, Natalia. Si yo te lo pidiera, ¿tú irías conmigo, aunque fuese al fin del mundo?

Natalia vuelve a sonreír.

–Depende cómo sea de bello el lugar al que tú quieras llevarme, cariño.

Farrel se incorpora y la toma en sus brazos, feliz como nunca antes. Entonces la besa y la abraza con todas sus fuerzas. Es que volverá a tener miedo de perderla si la suelta. Al besarla una y otra vez, su necesidad de ella se hace más violenta. Es asombroso apretarla entre sus brazos y estar ahí, en esa casa y en esa alcoba.

El cuerpo de Natalia reacciona preparándose para recibirle. Esta vez será diferente a las anteriores. Farrel carga a Natalia y la deja tendida encima de la cama.

–Tendrás que ir pensando en acompañarme «al séptimo cielo» –dice él, con una amplia sonrisa dibujada en la boca.

Natalia estira las piernas y corresponde a la sonrisa de su amante.

Farrel se sienta al borde del lecho, alarga una mano y le acaricia los pechos. Natalia se deja hacer, estremecida, deseándole con todas sus energías. Farrel se agacha y empieza a besarla suavemente. Al llegar a los pechos de ella, oprime con sus labios las suaves y túrgidas redondeces, apenas veladas por un polo de algodón. También a ella le encanta la caricia, y mucho más. Rápidamente se quita el polo. El mayor la coge con ambas manos. Al instante, la atractiva pelirroja yace de espaldas, con la boca de él sobre la suya. Una mano le acaricia

un pecho. Localiza el pezón, y enseguida la boca caliente y húmeda succiona su otro pezón. Ella gime, mientras una fuerte oleada de deseo agita sus entrañas, hambrientas de su fogoso amante.

Natalia le acaricia los brazos, la musculosa espalda, la nuca y el cabello rapado casi al cero. Durante un fugaz instante le sorprende que el cabello de su amante no ofrezca los apretados rizos que recuerda de su exesposo, el abogado neoyorkino Roland Jaspers. El inoportuno y fugaz pensamiento desaparece con tanta rapidez como ha aparecido. Farrel la besa de nuevo, probando suavemente con la lengua. Natalia la acoge, saboreándola, sin excederse, pues sabe, como la mujer experta que es en el arte de amar, que su nuevo amante no se deja arrastrar por un ímpetu frenético. Por el contrario, actúa de forma sensible y experta.

Natalia Rosell se deleita renovando sus recuerdos. Es casi como la primera vez, y sigue aprendiendo a conocerle, como él a ella. ¡Cuántas noches ha pasado en blanco el taciturno soldado añorando a una mujer como ella! Ahora vuelve a probar el calor de su boca, luego el sabor salado de su garganta. Natalia nota cálidos estremecimientos en torno de su mandíbula y después de su cuello. A continuación, él la besa en el cuello, en la oreja, en los hombros, mordisqueando los puntos más sensibles. De repente, busca otra vez sus pezones, mientras ella gime de placer. Adolfo Farrel se incorpora para admirarla. Después cierra los ojos, como si necesitara aprendérsela de memoria. Cuando abre de nuevo los ojos, ella le observa sonriente.

–Te amo. Si supieras lo mucho que te estoy deseando… –le parece oír de boca de ella.

–¡Oh, Natalia! Siento que me estoy volviendo loco de tanto desearte –piensa él en decirle o le dice a ella.

Vuelve a besarla, estrechándola fuerte, como si aún temiera perderla. Ella se aferra a él con idéntico frenesí. De pronto, ya no pueden aguantar más. Farrel se quita las bermudas y los calzoncillos y los arroja al suelo. Natalia levanta las caderas y se quita los pantalones de verano, después hace lo propio con la braguita. Farrel la abraza por la cintura, con la cabeza sobre su estómago y a continuación entre sus piernas, besándole el vello del pubis. Descansa unos segundos antes de abrirle las piernas, para contemplar los rosados pliegues de sus honduras, semejantes a los pétalos de una flor de invernadero, húmedos de rocío. Entonces, agacha la cabeza y repasa la lengua por los pliegues, busca el leve botón y succiona suave y repetidas veces. Natalia grita, se arquea hacia él, mientras Farrel explora cada pliegue, cada doblez, deleitándose en darle todo el placer de que se considera capaz.

La mujer que se abre a sus caricias es Natalia. Su sueño perfecto. Su mujer perfecta. Lo que llega a la boca es su sabor, su esencia

misma. Adolfo Farrel advierte que su virilidad está colmada, ávida. Le gustaría esperar, prolongar la escena más y más. Pero ella, de pronto, no puede más. Su respiración es agitada, jadea, le llama. Es incapaz de contenerse. Se abraza a él y le guía en la calidez de su cuerpo. Farrel lanza un largo y profundo suspiro. Deja que su miembro se deslice cada vez más adentro, hasta que ella lo envuelve por entero.

Ella es su Natalia. La única mujer que puede complementarse perfectamente con un hombre como él. Es así desde la primera vez que hizo el amor con ella y todas las demás veces son iguales o mejores. ¿Cómo imaginar la vida sin ella? Retrocede y nota el impulso de Natalia hacia él, igual que ella siente el suyo. Ambos ascienden y descienden al unísono. Ella grita, mientras alcanza la cúspide y se estrella sobre ellos, inundándoles con un último estremecimiento de deleite. El resto forma parte del ritual amatorio. A Natalia le encanta sentir el peso del cuerpo de su amante encima del suyo. El mayor Farrel procura ser el primero en levantarse, antes de que ella trate de hacerlo. Natalia aspira su propio olor en él, y eso le hace sonreír. Más tarde, cuando los dos estén obligados a separarse, podrán recordar que han compartido mucho más que un orgasmo. Curiosamente, al relajarse, Adolfo Farrel se siente abrumado por dos emociones contradictorias: la viva y fabulosa realidad de que Natalia está con él y la de un recurrente e inoportuno temor a perderla. Es algo así como si cada parte de su cuerpo y de su mente hubiera quedado dividida en dos mitades: una la imagen que ha creado de esa mujer y esa habitación, y la otra, la de ir deslizándose en un pozo sin fondo.

Una vez superado el instante de duda, el taciturno soldado regresa a la realidad y sabe que la realidad es maravillosa. Le hace feliz sentir el cuerpo de Natalia Rosell debajo del suyo y llenar los vacíos con la imagen de ella. Algo que nunca ocurrió con su exesposa, la madre de sus hijos. En ese lapso de indeterminación, se pregunta, durante cuánto tiempo se ha visto privado de unas sensaciones tan plenas y gratificantes y por qué ha sido eso. También se pregunta, sin atreverse a hablar de eso con ella, si ella le ama lo suficiente. ¿Cómo podrá él ser tan dichoso? Se aparta y rueda al otro costado del lecho. Le sonríe y ella le devuelve la sonrisa, una sonrisa tan voluptuosa como enigmática.

* * *

En ese instante y para su desgracia, el vozarrón apremiante del general Herrera le arroja del paraíso al infierno sin miramientos.

–¿Qué diablos le ocurre, ¿eh? ¿Por qué se quedó callado, como un muerto? Diga algo. Conteste, pues. La gringa Rosell le gusta, caracho. Yo sé que le gusta. Reconózcalo, pues. Yo sé que usted está bien templado de esa mujer, lo sé.

La insistencia y el hostigamiento a los que le somete el general Herrera, le están dejando en pésimo lugar. La situación comienza a enloquecerse. Lo que pretende Herrera es imposible que esté relacionado con el hecho de haber sido citado de urgencia al despacho gerencial de la Caja de Ahorros. El interrogatorio le arrastra hacia la angustia. Adolfo Farrel reconoce, bien que, a su pesar, que el general Herrera le ha desenmascarado. Pero hay más, si se ha encaprichado de Natalia, a esas alturas del embrollo comienza a ser prácticamente un muerto en vida.

El general Herrera es capaz de cercenar sus ilusiones sin el menor empacho y de un solo mandoble. Eso podría servir para cualquiera que no fuese el mayor Adolfo Farrel… que no es un lerdo al que le arrebatan algo que es suyo y lo dejan en bolas. Si a mal fuera el pleito, siempre estará dispuesto a defender sus relaciones, su orgullo de hombre y su confianza en una mujer. Coraje le sobra al mayor Farrel a la hora de afrontar circunstancias arriesgadas relacionadas con su profesión o con sus relaciones privadas. Lo que le resulta inaudito y se niega a admitir, es que su jefe haya puesto los ojos en Natalia.

> «¿Qué debería hacer en este caso? Me has puesto en el disparadero, general. Natalia es mi mujer. Aunque me esté jugando el cuello en esta historia, por tu culpa, te prometo que jamás me apartaré a un costado y te cederé mi derecho a estar con ella y disfrutar de la vida con ella. Que te quede claro. Las pasé moradas a causa de los problemas que me hizo mi exesposa con lo del divorcio. Tú bien que me lo sacas a relucir cuando estás de mal talante y quieres fastidiarme. Sí, claro, bien que me lo recuerdas. Y justo en el momento que encuentro una mujer que me entrega felicidad a manos llenas, te encaprichas de ella, como si fuera, ¡qué cosa! Te equivocas de cojudo, amigo. Que no se te meta en la cabeza que me la vas a levantar. ¡Estaría bueno! Eres mi jefe y podrías fundirme si te viene en gana. Pero ten cuidado porque me encuentro al límite de la desesperación. Los desesperados como yo, sabemos muy bien que sobre la base de acciones audaces y hasta temerarias, podemos obtener magníficos resultados. Ten cuidado, porque hace rato que aprendí a defenderme. Yo sé muy bien cómo eres. A mí tú no me ahuevas. Ándate con cuidado, porque te conozco muy bien. No presumas de gallito delante de mí, porque alardear nunca produce buenos resultados. Yo sé lo que quiero y lo que me conviene, caballerete. Tú a cada rato nos dices que un soldado jamás debe vacilar. Las vacilaciones conducen al fracaso. Pues yo te prometo que, en lo que concierne a la defensa de mi vida privada, jamás vacilaré. Si me elegiste para colaborar contigo, es porque te preocupaste de averiguar cómo soy, si estoy preparado y cuáles son mis puntos fuertes y los flacos. Pues te recuerdo que me sobra coraje y que tengo la mejor disposición de ánimo. Me estás viendo entrenar todos los días, sabes cómo trabajo y estás al corriente de cómo hago las cosas. Pero, en verdad, ¿qué sabes de mí? Nada. Tú mandas y yo obedezco. Como te crees el gran señor, seguro que desconfías de mi capacidad como militar y dudas de mi valor como hombre. Pues te equivocas de medio a medio. Tú te pasas de prepotente. Además, de mí como hombre no sabes nada de nada. Ten cuidado conmigo, ten mucho cuidado. Ten mucho cuidado conmigo, porque sé muy bien con qué pie pateas y yo también estoy informado de tus flancos débiles. Eres un codicioso. Eso hace que tú me provoques mucho rencor. Que te quede perfectamente claro que mi lealtad jamás la «comprarás» con prebendas y coimas. Yo no soy de esos que se dejan corromper ahí nomás. Ten cuidado conmigo, porque si pretendes fundirme, podré ser para ti un enemigo muy peligroso».

Piense lo que piense, la realidad dicta que está acongojado; no le cabe la camisa en el cuerpo y ni siquiera se atreve a alzar la mirada. Y

más le vale, ya que si el general Herrera descubre hasta dónde ha llegado en lo de Natalia o si advierte que zozobra en un mar de emociones, estará perdido. ¿Si el general Herrera no está enterado de su romance? ¿Si nada más sospecha que Natalia le gusta? En ese caso estaría salvado.

Aferrándose a esa posibilidad, dice para sus adentros «que sería un perfecto huevón y un imbécil si le concediese tanta ventaja a su nuevo e indeseado enemigo». Es que si es verdad que el general Herrera se ha encaprichado de Natalia, será su más encarnizado adversario.

El general Herrera es demasiado orgulloso y manifiesta una acentuada propensión a considerar que sus subordinados deben rendirle pleitesía y que valen menos que un pedo. En este sentido está en lo cierto, ya que, si bien Nicolás Herrera parece estar dotado de una aguda inteligencia y de una perspicacia indudable, le sobra altanería, es irascible hasta decir basta y está pagado de soberbia. Dicho de otro modo, en lo que corresponde a su lugarteniente, el mayor Adolfo Farrel, el general Herrera concede que es uno de los cientos de oficiales más o menos brillantes y comprometidos que fungen a su servicio. Si le viniese en gana, podría enviarlo al quinto infierno y hacer que se pudra. Es más, le interesa un comino lo que sienta, lo que opine y lo que le guste o le deje de gustar.

Adolfo Farrel reconoce que lo que le está ocurriendo es una fatalidad: el águila insaciable planea alrededor de su dicha y a la de su amante. En ese instante, el general Herrera da un respingo, salta de su butaca y en dos zancadas se planta frente a su lugarteniente y le examina de hito en hito, como si pretendiera desnudar hasta sus más secretos pensamientos.

–Bien, bien. Lo de la hija de Rosell me pone de los nervios. Me fastidiaría mucho que un huevón de porquería intentara tomarme la delantera. ¿Qué le diga? Yo no soy de los que se dejan tomar el pelo y se queda tan tranquilo, ¿me comprende? –se detiene en seco, suelta un rugido y reanuda el interrogatorio–: Usted, ¿qué?

–¡Yo! No comprendo qué quiere decir, señor.

–Pues sí, caracho. Esa mujer es una maravilla, ya lo creo que lo es. ¿Qué le parece a usted? –sin aguardar la respuesta de su subordinado, agrega, con un gesto amenazador–: Espero que ningún desgraciado haya puesto los ojos en ella, porque lo rajo. Bien, repito, ¿qué opina usted? La gringa es toda una belleza, ¿no es verdad?

–Bueno, mi general, será como usted opina.

–Está mal que lo diga yo, pero no me duelen prendas en reconocer que esa mujer me aloca –gira sobre sus pasos y continúa mascullando–: Recién la vi jaranearse hecha una reina en Miraflores. ¡Si usted la hubiera visto! Dobló por el óvalo Gutiérrez y entró en una casa de esas que tienen el jardín en la frontera. Cuando puso el pie en

las gradas, es como si fuera a trepar a su trono. ¡Había que verla, caracho! Estaba rodeada de flores de colores bellísimos. Esa hembra es una arrechura. Se me metió acá, dentro de la cabeza. Bien, bien, bien. ¿Qué le diga? ¿Qué puedo hacer para conseguírmela? Dígamelo usted.

–¿Qué puede hacer? Lo desconozco, señor. Disculpe, mi general, pero creo que yo no soy el hombre más indicado para aconsejarle –intenta desmarcarse Farrel.

–Ah, ya; está bien, está bien. Fíjese que me propuse que la gringa sea para mí. Sí, ella será mía. Yo la admiro, caracho. La gringa es una dama, una auténtica dama. Se la ve empaque de gran señora, hermano. ¿Sabe, qué? La saludé. Le dije un cumplido y ella me sonrió halagada. Esa mujer está convencida de lo que vale y se imagina que merece los elogios de los hombres. Bueno, pues he decidido que…

Se detiene en medio de la frase y guarda para sus adentros la idea que le bulle en la cabeza. Si bien Adolfo Farrel no apetece de una aclaración, puesto que sospecha lo que maquina su jefe. En consecuencia, se siente asqueado y le incomoda el giro tan desagradable que está tomando la entrevista.

–¡Caracho, caracho, con la gringa! Una belleza como nuestra dama, sería un sacrilegio que se la manducara un huevonazo cualquiera. ¿Qué opina usted? –reincide el general Herrera, y acto seguido replica a sus palabras–. Yo más bien pienso que esa mujer está hecha para ocupar un trono, caracho.

Al mayor Adolfo Farrel la calentura de Herrera se le antoja una aberración propia de individuos inferiores y bestiales. La forma tan «grosera» de entender las relaciones de un hombre y una mujer, es el último recurso que le está reservado a un sujeto de las fachas del general.

–Pues, sí. Yo le prometo que a esa linda damita me la conseguiré, sea como sea. Lo prometo. La gringa será para mí o no será para nadie, estoy convencido –proclama Herrera, y apuntala su opinión con un ademán rotundo–. Ya le digo. Fíjese que me estoy temiendo que usted tiene algo que ver con ella. ¿Me equivoco?

Adolfo Farrel guarda silencio, dudando si negarlo o reconocerlo. Herrera le pega una mirada elocuente, imposible de sostenerla. En vista de la indecisión de su ayudante, malicia que está en lo cierto en cuanto al interés de éste por la hija del general Rosell; de ahí que reanude el bombardeo:

–A usted la gringa Rosell lo está volviendo loquito, ¿no es verdad? Bueno, pues siento pena de usted, pero ya puede ir olvidándose de ella.

–¿Cómo dice, señor?

–Le repito que la gringa Rosell será para mí. Me trae sin cuidado lo que haya hecho y con quién se entendió hasta el día de hoy. Pero de

aquí en adelante, como que no estoy dispuesto a permitir que la ronde ningún fantasmón. ¿Me comprende? De aquí en nada, como que estará conmigo. Naturalmente que será para mí y estará conmigo, caracho. Ninguna duda le quepa al respecto.

A Adolfo Farrel la intempestiva actuación del general Herrera le ha pillado por sorpresa y ha quedado al desnudo y en precario. Para más inri, ese hombre ha dejado al descubierto sus amoríos con Natalia y encima le entró la locura de encapricharse de ella. Su jefe es un sujeto muy peligroso que hará lo que sea con tal de satisfacer sus caprichos.

La situación es angustiosa y se encuentra al borde de la desesperación. En ese momento sería capaz de cometer una barbaridad, hasta el extremo de solicitar la baja en el Ejército y mandar a rodar al general Herrera. Sin embargo, una cosa es lo que le pide el cuerpo y otra muy diferente lo que está en condiciones de hacer. Es más, en el caso de solicitar la baja en el Ejército, estaría reconociendo de facto su interés por Natalia; con lo cual, pasaría a convertirse en el principal objetivo a batir por parte del general Herrera. En ese caso, sí, estaría perdido, ya que a éste ningún problema le supondría encargar a sus Diablos de la Sierra o a cualquiera de los que le besan el culo que «lo retiren de la circulación». –Bien, mayor, ¿qué me tiene que decir? –prosigue el general, con acento imperativo.

–¿Decir, de qué, señor?

–¿De qué va a ser? De la gringa Rosell y de usted. ¿Existe algo entre ustedes dos?

–No, señor. Entre la hija del general Rosell y yo no hay nada de nada –capitula Farrel.

–Ya, está bien, lo creo –gruñe el general y al segundo agrega envolviendo sus palabras en una sonrisa amistosa–: ¿Qué le parece a usted nuestra bella dama?

–Y bueno, pues; me parece que es una mujer muy atractiva y también es elegante. Lo que pasa es que alguien me dijo que es muy brava y pendenciera. Claro que lo será, si lo dicen. Pero, ¿qué, señor?

No añade una palabra más, atenazado por la angustia. Aunque en la oficina hace frío, al estar el aire acondicionado puesto al máximo, Adolfo Farrel está sudando a raudales. Las cabezas de los dos hombres están tan cerca la una de la otra que dala incongruente impresión de que fueran amantes, como si la fría cólera del general de los instantes anteriores se hubiese transformado de repente en una renovada camaradería.

Tal como en él es costumbre, de la manera más abrupta, Nicolás Herrera se incorpora, retrocede un paso y le pega una mirada inquisitiva que le fuerza a mantener la cabeza reclinada. Aun así, Farrel atisba de soslayo y descubre que el otro exhala salacidad por los

poros de la piel, lo cual añade rencor y rabia a los celos y los sentimientos negativos que le inspira el soldado todopoderoso. El general Herrera gira sobre sus talones y reanuda los paseos a grandes zancadas, como un oso encelado.

–Sí. Sí, lo reconozco: esa mujer me vuelve loco. Es como una potranca medio salvaje. Ya le digo. Pues claro que sí, ¡faltaría más! Ya, pues; mejor dejarse de huevadas, ¿no es cierto? A la gringa Rosell yo le prometo que me la estoy domando en menos que canta un gallo. ¡Caracho con la damita! Esa mujer me desconcierta, mayor. ¡Qué diablos! Uno es un hombre como cualquiera. Me fastidia admitirlo, pero tendré que reconocer que esa linda pituca me pone a mil.

De improviso, el general Herrera interrumpe los paseos, se planta frente a Farrel y le apuñala con la mirada.

–¿Y, mayor?, ¿la probó? ¿Se la tiró?, ¿eh? Confiese. ¿Ya se la manducó, ¿eh? ¡Confiéselo, pues!

Farrel mueve la cabeza a uno y otro lado negando. Entreabre la boca sin soltar palabra, abre y cierra los párpados en un vértigo atarantado de negaciones.

–Y bueno, señor, de ninguna manera. Ni hablar. Pues claro que no. Ya le dije que entre esa mujer y yo no hay nada de nada. No sé, pero para mí que esa mujer es bien fregada. Uno está escarmentado de los líos de las mujeres. Bastante pendejada fue lo de mi matrimonio y mi divorcio. Ahorita no estoy interesado en empatarme con una mujer. Ahorita más bien estoy interesado en otras cuestiones relacionadas con mi profesión, señor.

–Bueno, bueno, bueno. Celebro que no exista nada entre usted y la gringa Rosell. Me fastidiaría tomar «medidas correctivas» contra usted, ¿comprende? En fin. ¿Qué le diga? Alguno me vino con el cuento de que la damita estaba empatada con un militar y yo pensé que sería usted. Sí, lo pensé. De veras que lo pensé. Pero si no es con usted, ¿con quién diablos se entiende? –se detiene de sopetón, desmesura los ojos, crispa los puños y ahoga un bufido, puesto que está convencido de haber resuelto el enigma–. ¡Maldición! Que no sea lo que me estoy temiendo. ¡No puede ser! ¡Ese baboso no, no, eso nunca, nunca! Un bocado tan exquisito sería un crimen que se lo manduque un hijo de perra, como el tal Leary. ¡Antes le arranco las bolas con los dientes a ese narco de porquería!

De nuevo recorre el despacho de una a otra parte, resoplando. Tras patearlo varias veces sumido en profundas reflexiones. De improviso, interrumpe los paseos y regresa a encararse con su colaborador, al que le observa fijamente durante unos segundos. No debe quedar muy satisfecho de lo que sospecha o intuye, puesto que extiende el dedo índice a modo de amenaza y vocifera:

–No me hace ni pizca de gracia que la damita Rosell vaya por ahí y

me la vea exhibiéndose colgada del brazo de un huevonazo de miércoles. ¿Entiende, mayor? A usted la gringa le gusta. ¡De acuerdo, le gusta, caracho! Pero usted se aguanta, ¿sabe por qué? Pues porque la gringa Rosell será para mí, ¿okay? Fíjese en lo que le digo; yo estoy dispuesto a poner en juego mi honor y no me detendré hasta conseguirla. ¡Lo prometo!

Farrel se halla al borde del colapso y siente que le arden las venas de ira y de celos. Los celos que le corroen las entrañas son unos celos mefíticos, destructivos y putrefactos. Sin que sea capaz de evitarlo, de repente, su fantasía desbordada le traslada a su pantalla mental a Natalia desnuda de los pies a la cabeza, abierta de piernas, ansiosa por recibir placer. Natalia gime, jadea y suspira, mecida en rítmicos movimientos. En el cerebro de Farrel aparecen nítidas las carnes blancas, los muslos sonrosados, tersos. Natalia se deshace en besos y caricias con el hombre que la posee.

La mujer que ama parece haber quedado a merced de una sombra funesta. Lo que más le hace doler el corazón, es que el hombre que goza a Natalia es el general Herrera. El hombretón metálico muerde las orejas de ella, los labios, el cuello… Ella transida de placer, desparramada en el lecho, le hinca las uñas en la espalda, se lo está comiendo a besos, le entrega su cuerpo y su alma. ¡Todo! Una fiesta placentera en lo que concierne al general Herrera y un infierno en cuanto a él.

* * *

Antes del romance que mantiene con Natalia, Adolfo Farrel jamás hubiera imaginado que una mujer fuera capaz de amarrarle a su sexo, como lo hace su nueva y desinhibida amante. Adolfo Farrel es un hombre afirmado en sus convicciones: la fuerza de voluntad, el orden, la disciplina y el deseo de poder.

A lo largo de su trayectoria vital se le han presentado cientos de ocasiones en las que poner a prueba su capacidad de respuesta en las circunstancias más adversas y casi siempre las ha sabido superar a entera satisfacción. Ahora, en cambio, está atascado, confundido y a merced del amor de una mujer y al capricho de su jefe supremo. La situación es inaudita y pone en cuestión sus convicciones. En este momento no está seguro de sí mismo ni de considerarse vacunado contra las ataduras y las dependencias del amor y de las mujeres. Para desmentir sus convicciones más arraigadas, lo que imaginaba un imposible está cumpliéndose.

En esos instantes, justo cuando ha comenzado a creer en el amor y a vivir y degustar la entrega de una mujer en su plenitud, el perverso destino a modo de dos alimañas, un narcotraficante miserable y un general codicioso, vuelve a propinarle un fortísimo sopapo y a

arrojarle a las tinieblas.

Adolfo Farrel se siente irritado consigo mismo por haberse quedado pasmado y haber capitulado a las primeras andanadas. Al mismo tiempo, una voz interna le aconseja que quizá sea preferible actuar de ese modo, puesto que no le queda otro remedio que asimilar que quien se ha erigido en su rival es capaz de conseguir cualquier cosa que se proponga, por las buenas o a las bravas. Visto el problema desde esa perspectiva, es natural que tema lo que podrá llegar a hacer si alguien se cruza en su camino. Hasta si como desea con toda su alma, la misma Natalia rechazara al general o no respondiera a sus demandas, su situación podría ser igualmente comprometida.

> «General, te detesto a muerte. ¡Eres un miserable perro de la calle!». Le entran inmensos deseos de gritar, tirándole una llamarada de odio al rojo vivo. «Tú eres un desgraciado. Ni sueñes que te saldrás con tu capricho, pedazo de bárbaro. De hoy en lo sucesivo, tú serás mi enemigo a muerte. En estos instantes acumulo todo el rencor del mundo en el pecho, cargo una pistola en el cinturón y un silenciador en el bolsillo. Ten cuidado, porque me encantaría meterte un fierrazo en la cabeza o retorcerte el cuello con mis manos. Sueña que te lo haces con Natalia, si te viene en gana, pero tú nunca la tocarás. Si te acercas a ella, te arranco el pellejo a tiras».

Mientras pensamientos de esta naturaleza ofuscan su mente, la imaginación le traslada a una escena que tal vez un día pudiera hacerse realidad. Abre la puerta de una habitación. Lo primero que descubre al otear hacia el fondo de la estancia, es a Natalia Rosell y al general Nicolás Herrera desnudos encima de la cama. Los dos beben whisky en sendos vasos. Natalia bebe muy despacio, en tanto que el general Herrera bebe a impulsos de garguero y está a punto de atragantarse. Farrel tiene presente en la cabeza que su enemigo será el último trago de whisky que beberá en la vida. Mientras Herrera ingurgita el licor, él ajusta el silenciador de la pistola.

–Suelta el vaso, perro sarnoso. Pon las manos en la almohada…

Entonces, cuando al general Herrera todavía no le ha dado tiempo siquiera de acatar la orden, Adolfo Farrel apunta y le descerraja dos disparos, uno a la cabeza y otro al pecho. El general Herrera se halla a poco más de tres metros de distancia y los impactos lo lanzan hacia atrás, encima del lecho.

Los disparos son precisos, como cabía esperar de él. Su enemigo está muerto. Presenta el cráneo destrozado y el pecho sangrante. Con el impacto de los disparos cae hacia atrás y se estrella en el cabezal de madera torneada. La puerta del armario abierta revela una notable cantidad de botellas de licor. La habitación es tan ancha como el edificio. La luz de la luna la llena de un color plateado. Las paredes están cubiertas por unas cortinas de raso de color marfil. Detrás de Natalia Rosell parece haber una creciente oscuridad. En la pared norte hay dos ventanas cerradas a cal y canto.

En la siguiente escena, Natalia abre mucho los párpados, yergue la

cabeza y regresa a mirarle y le regala una sonrisa de oreja a oreja, pues le ha quitado de encima el yugo del tirano. Divertida y también desdeñosa, salta de la cama, se acerca a él, le arranca la pistola de la mano y la arroja encima del cadáver, sin molestarse en torcer el cuello y comprobar si está muerto, bien muerto. Acto seguido, la gringa se arroja sobre Farrel, le rodea el cuello con los brazos y le besa con auténtico frenesí. Entre beso y beso, le susurra al oído: «Te quiero. Hazme el amor. Ya somos libres. Nos hemos sacudido de encima la pesadilla del general».

Empero, lo que el cerebro del capitán Adolfo Farrel traduce en imágenes fantásticas, equidista milenios de lo que está aconteciendo en la realidad. Sin ir más lejos, el general que acaba de matar, está vivo y le clava dos puñales de punta de fuego que taladran su conciencia.

Adolfo Farrel se encuentra atascado entre la espada y la pared y a penas acierta a pronunciar unas palabras huecas, retaceadas:

–Disculpe, señor; le repito que nada tengo que ver con esa mujer. Por mí, puede hacer lo que le plazca. El camino está expedito.

–Me alegra que usted sea tan razonable.

–En este mundo existen muchas mujeres hermosas, como para meterse uno en pleitos, aunque fuese por la más linda de las mujeres –continúa capitulando Farrel.

A pesar de lo que ha confesado, está en trance de volverse loco de furia e impotencia. Eso sin hablar de lo que le espera si el general Herrera pretende llevar su genial ocurrencia hasta los últimos extremos. Salvo que, en plena zozobra, en el instante de hacerse a la idea de la definitiva e indecorosa derrota, acude a su memoria un borbotón de recuerdos que derivan hacia pensamientos maliciosos, dulcemente maliciosos. Algunas prostitutas de las que le suministrara al general tiempo atrás, le confesaron «que al gran jefe había muchas veces que no se le paraba la cosa». Es decir, que según las meretrices era «incompetente». Otras le dijeron que le encantaba hacerles la carretilla penetrándolas por detrás o que le hicieran una rica chupada. Las más le comentaron que su picholón era delgado, torcido y venoso.

Alguna hubo que se quejó de que a pesar de que lo intentó y que le puso ganas y profesionalidad, le fue imposible ponerlo a tono. En esas ocasiones, el general Herrera bramaba como un toro, las insultaba, la emprendía a trompadas, pateaduras, las arrastraba por los pelos o le entraba la manía de quedarse mirándolas fijamente mientras fumaba como un loco y apagaba los puchos en sus vaginas. Al final, solía contentarse con penetrarlas por detrás. Según parece, en contadas ocasiones y con muy pocas mujeres mantuvo relaciones más o menos normales.

No fue una sino varias las que le contaron que «disfrutaba» con lo

de los puchos, las bofetadas, los insultos y las pateaduras. Sobre todo, le encandilaba cabalgarlas como si cabalgase una yegua o una mula. Se volvía loco de júbilo obligándolas a cargar a la espalda tremendo hombretón, hasta que ellas caían derrengadas al piso. En ese punto, sin venir a cuento, Herrera las meaba en la boca. Si ellas rehusaban, las molía a vetazos y golpes.

Al parecer, solo una mujer tan diminuta como bravía y vivaracha fue capaz de hacerle frente, «bajarle los humos», arrancarle de raíz las manías, a cambio de entregarse a él como a ningún otro cliente y hacer lo que a él le gustaba y a ella le venía en gana. La excelente profesional o la simple mujer supo hacerle todo lo feliz que podría ser un hombre tarado de complejos y de contradicciones. En definitiva, lo que apenas hubiera sido un simple entretenimiento sexual más, pasó a ser su meretriz favorita, hasta que la prostituta del tamaño de un duende, de unos ojos oscuros vivísimos, la piel olivácea y de amplio recorrido, llamada Jacinta Romero Huanbachano, cuyo apelativo de combate era Betty Flórez, apareció uno de aquellos días flotando en las aguas del Rímac, acribillada a cuchilladas desde el cuello hasta el vientre. El que terminó o los que terminaron con ella la habían arrojado al río desnuda de los pies a la cabeza. Antes de arrojarla al río la habían asesinado, tal vez la habían torturado, le habían arrancado los ojos y le habían abierto las entrañas, para impedir que flotase y pudieran hallarla antes de tiempo. Una inoportuna lluvia en la Sierra produjo una crecida; con la crecida las aguas arrastraron el cadáver y lo depositaron en la orilla del río. Las alimañas y los perros asilvestrados lo estaban devorando cuando fue descubierto por unos vecinos que le pasaron la voz a una patrulla policial de servicio en la zona. Al recibir la noticia del trágico fin de su meretriz favorita, el general Herrera lo sintió tan intensamente que se sumió en un profundo y sincero pesar. Desde ese luctuoso suceso, no ha vuelto a mantener relaciones con mujeres de la vida. Cuando menos nunca más le ha ordenado a su lugarteniente que le suministre esa clase de entretenimientos sexuales.

Lo más chocante, tal como es el general Herrera, fue que al ver la fotografía y leer la crónica del asesinato de su Betty Flórez, su meretriz favorita, en la portada de la prensa. Además de sentirse muy emocionado, determinó encargar al coronel y doctor en leyes, Sergio Bolaños López, el jefe del Departamento de Estadística del Servicio de Inteligencia, que pusiera en marcha una discreta, pero rigurosa investigación acerca del asesinato de su meretriz favorita. Su interés fue tal, que le instó a que, si daba con los asesinos, le ordenó que no los entregara a la justicia, sino que les ajustase las cuentas en su nombre.

* * *

En cuanto a lo que concierne a Adolfo Farrel, le cruza por la cabeza que, si las confidencias que le hicieron alguna de las prostitutas son veraces y el general Nicolás Herrera padece problemas de incompetencia, sería una noticia fabulosa; hasta el punto que podría aliviar en parte su angustia y, de igual modo, sería un motivo para regocijarse de avieso contento. Así, pues, la mejor noticia y lo más conveniente para los intereses de Adolfo Farrel y de su amada Natalia Rosell, sería que Nicolás Herrera todavía esté atascado en sus complejos sexuales y que vaya quitándosele de la cabeza la idea de acercarse a ella.

Sea como fuere, el mayor Adolfo Farrel está en trance de confundir la realidad con los deseos. De momento, se siente obligado a reconocer que está sufriendo como un condenado. Para peor, las apariencias dan pie a imaginar que el general Herrera parece dispuesto a cumplir sus amenazas.

A pesar de las dudas y de sus oscuras maquinaciones, la verdad es que el mayor Adolfo Farrel no es precisamente la alegría de la huerta y suele demostrar una marcada tendencia al pesimismo. Es más, en los instantes sombríos, cada vez más recurrentes, le ronda por la cabeza que a la larga será muy difícil mantener una «relación normal» con Natalia; en especial si al fin Nicolás Herrera averigua lo de sus encuentros clandestinos y le deja con el culo al aire. De darse esa fatalidad, cabe la posibilidad de que ese codicioso militar y complejo personaje tome sus relaciones como muestra elocuente de falta de lealtad. En ese caso, puede ir pensando en buscar una salida heroica porque sus días estarán contados.

En realidad, ese hombre que parece haberse encaprichado de su amante, la sofisticada Natalia Rosell, es uno de los altos mandos militares más intransigentes, crueles e implacables de los que están al frente del Ejército de Tierra del Perú. Entre otros cargos, Herrera es el General que coordina las Tropas de Elite que combaten contra el terrorismo de Sendero Luminoso y de los Emerretistas. Es el controvertido general que encabezara las tropas que asaltaron los penales del Lurigancho, Santa Bárbara y el de la isla del Frontón, el 19 de junio de 1986, y que dejó una huella de más de quinientos presos pasados por las armas. Es el jefe e inspirador, en definitiva, de la más secreta organización interna del Ejército, Los Diablos de la Sierra; unas temibles brigadas especiales de intervención inmediata, de las que se sospecha que no hay límites que sus soldados y oficiales no estén dispuestos a sobrepasar, en su afán de limpiar el país de hordas de comunistas, de sediciosos y de terroristas.

Yo me he propuesto arrancarle las corotas a ese facineroso, me refiero al tal Leary, ese narco de cagada… ¡Qué carajo! Si ese

desgraciado de porquería sigue haciendo lo que se le pone en las bolas, inclusive retirando la plata de la Caja, estamos fregados, hermano. Casi ni nos queda liquidez. Es más, me dicen que tal como estamos de entrampados, de aquí en un par de meses o tres no dispondremos de fondos suficientes para abonar las pensiones a los jubilados… ¡Concha madre! Hay que tomar medidas cuanto antes, para «tapar huecos», o ese perro del ministerio de Economía nos mete a los de la Contraloría y… Recién di la orden a los empleados de la Caja de que no le dejen sacar ni un céntimo a ese narco de cagada. En fin, si sus abogados tratan de enredar, ni le cuento. La culpa de las cochinadas de ese narco de porquería, es de los jueces y los vocales corruptos de la Corte Suprema que le asearon el expediente. Ese miserable coimeó con la plata que juntó con el tráfico de la cocaína, con el lavado de activos financieros o aprovisionando de explosivos y armas a los terrucos y ahorita está «limpio» de acusaciones, ¿qué le parece? –Farrel no responde–. ¡La sangre me hierve nomás de cólera! ¡Me entran ganas de liarme a plomazos y sacarle la chochoca a ese hijo de una burra de acequia! –resopla, carraspea y reanuda la perorata, cambiando de tema–. ¡Qué cojudo fui, mayor! Me tiré una pavada con el viejo Rosell, carajo. Si yo hubiese querido, el viejo me habría traspasado sus archivos secretos. Es más, me los ofreció. ¿Qué le parece? ¡Me pasé de idiota, hermano! A ese viejo estúpido le faltó tiempo para entregarle sus papeles a ese narco de porquería. Hasta el último documento le entregó. ¡Para matarlo! Ahorita resulta que ese tarado, ¿qué, pues? Jaraneándose tan ricamente y podrido de plata. Si le viene en gana, tal como está de corrompido el Poder Judicial, inclusive podría meternos a nosotros al talego. ¿Qué le parece? ¡Pucha, compadre! ¡Me pasé de idiota! Bien podríamos presionarle al narco Leary ahorita, y les hubiésemos dado por el poto a los norteamericanos. ¡Cómo pude ser tan idiota, caramba! ¡Cómo pude meter la pata en lo de los archivos de Rosell! ¡Che, qué bien me fregué!

Entre los dos hombres reina el silencio. Es un silencio denso, extraño, que parece crecer como una especie de masa espiritual, hasta cubrir el despacho y mucho más. Los dos hombres se notan incómodos, aunque al albur de diferentes motivos. A ninguno le apetece fijarse en el otro y echan las vistas al suelo. Sería desagradable descubrir sus errores impresos en los ojos del contrario y que les delaten sus vacilaciones.

El general Herrera recupera enseguida el espíritu combativo y reanuda los paseos de un extremo a otro del despacho, mientras pronuncia, como si reflexionase en viva voz.

–Sí, es imprescindible «tapar huecos». Si la Caja se queda sin liquidez, nos vamos al infierno. Nomás faltaría que vengan a enredar

los desgraciados de la Superintendencia Nacional de la Banca o el Contralor. Bueno, pues. Yo más bien pienso que no debemos tolerar que el narco Leary retire más fondos. Alguna medida habrá que tomar… y con urgencia. Encima, algún huevonazo del SIE le fue con el cuento al Ejecutivo de que transaccionamos con armas e implementos en el «mercado libre», ¿qué le parece? Bueno, pues en previsión, he ordenado al doctor Sergio Bolaños López, que «abra una investigación» y que me atrape a los huevones que cometieron la estupidez de ir con esos cuentos a Palacio de Gobierno. Parece mentira, mayor; pero lo cierto es que estamos rodeados de culebras y de traidores. ¡Para qué sirve ordenar discreción! Bah, si hasta cuando soltamos un cuesco lo escuchan los sordos. En el norte los monos, al sur los chilenos… Y a lo ancho y lo largo del país, narcos, sediciosos… Ah, carajo, si por mí fuese…

Corta la frase abruptamente. Si bien Adolfo Farrel no precisa que siga hablando para colegir que, «si por él fuese», entraría a sangre y fuego a Palacio de Gobierno. Si por él fuese, además, metería cuchillo a sus mismísimos conmilitones de barruntar que pudieran ser simpatizantes de los apristas, de los radicales de izquierdas o de los comunistas.

Lo curioso es que, a pesar de presumir de sagacidad y de ser un irredento desconfiado, aún no se ha percatado de que un grupo de agentes del SIE ha convertido la agencia de espionaje en un nido de ratas, que trabajan para los narcos, por cuenta propia o para quien mejor les pague, según lo que opina el mayor Adolfo Farrel. Ya podrá encargar investigaciones internas a «su protegido», y amigo personal del mayor Adolfo Farrel, el coronel Sergio Bolaños López, y tratar de imponer condiciones draconianas de disciplina a sus subordinados, que jamás lo conseguirá, porque la corrupción salpica prácticamente a todos los estamentos de las Fuerzas Armadas. Por desgracia, ni siquiera se ha garantizado el apoyo y la complicidad de la mayor parte de los miembros del Alto Estado Mayor.

El general Nicolás Herrera interrumpe de sopetón los paseos y regresa a tomar asiento en su butaca. En vez de expresar lo que le bulle en las mientes, sacude la tensión dibujando garabatos en una cuartilla de papel. Es obvio que lo suyo no son los negocios bancarios ni las altas finanzas. A menudo suele comentar que las Fuerzas Armadas y la Facultad de Derecho de San Marcos no le han preparado para esta fase de su etapa profesional; aunque por regla general suele mostrarse en público de buen talante respecto a tales circunstancias. En definitiva, su cargo en la Gerencia de la Caja de Ahorros es un insufrible incordio; el traje civil es un disfraz que le sienta fatal; el olor a ceras, barnices, perfumes caros le reblandece los sesos, le seca las ideas. Es más, desde que dedica una parte importante de su tiempo

a los asuntos financieros y a los negocios bancarios, nota que pierde autoridad, «ve traidores hasta en la sopa» y desconfía de su mismísima sombra.

En cuanto a Adolfo Farrel, suficiente tiene con su drama, como para preocuparse de los líos de Leary, los embrollos de la Caja de Ahorros, las maquinaciones de los apristas y los traidores del SIE. Eso, sí, se reafirma en la corazonada de que su jefe le «reserva una encomienda» lo bastante delicada como para echarse a temblar.

Herrera le obliga a salir de su ensimismamiento y le mete de narices en la realidad.

–Los norteamericanos aceptaron nuestra propuesta, mayor, ¿qué le parece?

–¡Nuestra propuesta! ¿A qué propuesta se refiere, señor? –pregunta Farrel, extrañado.

–Me refiero a lo del mando conjunto en los acuerdos de colaboración con la DEA.

–Ah, ya; comprendo, señor.

–Eso está muy bien. Pero yo siempre desconfío de los americanos tanto como de nuestros políticos. Me huelo que eso de que aceptan nuestra propuesta es un plan que han orquestado los diplomáticos del Capitolio, en complicidad con los asesores de la Embajada de los Estados Unidos. ¿Sabe para qué? Pues para que nos confiemos, les abramos las puertas de nuestra casa y, una vez que hayan entrado, mandarnos al infierno a los que no comulgamos con sus doctrinas. Bah, ¡que se vaya al diablo esa sarta de prepotentes! Bien; ahorita lo que en verdad nos interesa es que los americanos aceptaron nuestra propuesta y que nos sacudimos de encima los incompetentes de la Comisión fiscalizadora del Congreso que propusieron los del APRA. Entonces, a partir de este momento, será cuestión de ir tomando posiciones… ¿Me sigue, mayor? –Afirmativo, señor, lo escucho.

–Perfecto. Bien, bien; ¿qué le diga? –rebusca en una carpeta y selecciona unos documentos–. El Consejo de Ministros recién hizo público el nombramiento de los jefes y oficiales que se integrarán al Operativo Conjunto. Vamos a ver… Acá está. Usted coordinará las operaciones de represión del narcotráfico en el área de Lima-El Callao… Ah, mañana a primera hora lo espera a usted el doctor Joseph Buchanan, en la embajada de los Estados Unidos. ¿Algo que objetar, mayor?

Farrel está tentado de replicar que, en efecto, tiene muchas cosas que objetar, si bien se contiene en el último momento y no dice nada. Ahí estaba la trampa que tanto temía. La intuición tampoco en esta oportunidad le ha fallado. El nombramiento es una sucia jugarreta de su jefe para separarle de Natalia. Pero aún hay más, el general Herrera le ha puesto en la picota. Lo de los acuerdos con «la Agencia» es un

laberinto político, en el cual Herrera sabe de sobra que su lugarteniente terminará perdiéndose. Adolfo Farrel retira el odioso nombramiento cabizbajo y sombrío. Abandona el despacho cargando el peso de la derrota y todo el rencor del mundo en la conciencia.

–16–

No bien han transcurrido seis o siete minutos desde que ha abandonado el despacho su lugarteniente, el mayor Adolfo Farrel Quintana, cuando el general Herrera que ha permanecido en su sitio, ensimismado, reflexionando y recordando, se incorpora del asiento como si le hubiera picado una culebra en la nalga. Archiva a la carrera en sus respectivas carpetas los documentos que ha mostrado a su ayudante. Marca un número en el teléfono de su escritorio y ordena que su conductor al timón de su auto oficial le espere en la puerta principal de la Caja de Ahorros.

Mientras se instala en el asiento posterior del Ford blanco modelo Miami del 77, le ordena a su chofer, un cuarentón flaco de rostro cetrino, ojos hundidos, pelo ruloso y mentón pronunciado, que le acerque al Pentagonito, en el distrito de San Borja, la sede del Alto Estado Mayor.

El auto se abre paso entre las calles y avenidas del distrito miraflorino en dirección a la Avenida del Ejército. Apenas atraviesan la verja fuertemente custodiada y penetran en el recinto militar, el general Nicolás Herrera se apea del auto. En lugar de dirigirse a su despacho, bordea un edificio gris, en cuya fachada posterior está ubicada la oficina del hombre que busca. Tiene que recorrer un largo pasadizo exterior hasta las entrañas del edificio gris. Atraviesa el umbral de la fachada trasera y se interna en una serie de pasillos estrechos y asciende una escalera tan empinada que deberá apoyarse en el pasamanos para continuar trepando.

La escalera desemboca en el pasillo de la tercera planta, frente a la solitaria habitación del fondo. Dado que son más de las seis de la tarde y es fin de semana, casi todos los despachos de las plantas inferiores están cerrados y a oscuras. Solo bajo la puerta marrón en la que aparece una placa metálica con el nombre de «doctor Sergio Bolaños López», visible merced al desbordante resplandor de la luz.

La pintura de la puerta está desconchada y en los bordes, donde se une a la jamba, se dobla sobre sí misma. En la parte inferior del panel se hace notar una línea que ha perdido el color a causa de la humedad. La mancha no ha sido repintada desde la llegada del coronel Sergio Bolaños López, hace cosa de poco más de catorce meses.

La oficina es tan estrecha que resulta difícil creer que un hombre

tan corpulento como el general pueda respirar ahí dentro, no digamos ya moverse. Incluso el hombre que está sentado en su escritorio da la sensación de ser demasiado grande para el lugar. El sujeto que ocupa la estrecha y recargada habitación es un hombre de unos cuarenta y tantos años, de tez cetrina, con una calva central muy pronunciada, la nariz aguileña, la boca fruncida y unos ojos pardos muy torvos que enmascara tras unos lentes ahumados. Es el coronel y abogado, Sergio Bolaños López, el jefe de la Sección de Estadística del Servicio de Inteligencia del Ejército. El individuo en cuestión debe sentirse atrapado ahí como en una ratonera.

Cuando el general levanta la mano para llamar, le llega una voz del interior del despacho:

–Adelante.

El pomo chirría cuando el general Herrera lo hace girar. Bolaños se encuentra solo, sentado tras un escritorio antiguo, hundido en una silla de asiento y respaldar de cuerina. Ha colgado su americana sobre el espaldar de la silla y presenta las mangas de la camisa blanca levantadas hasta los codos. Aparentemente, el hombre de la pronunciada calva y mirada torva estaba escribiendo en las páginas de un cuaderno de notas con un bolígrafo de tinta negra que en su puño parece diminuto.

–Buenas tardes, doc. –le saluda el general.

Al percatarse del visitante, el coronel Sergio Bolaños se incorpora de un respingo y le hace el saludo de rigor.

–Ahí, nomás. Tome asiento, doc. –le ordena el general Herrera, mientras toma acomodo en otra silla idéntica a la que ocupa el doctor Sergio Bolaños. Herrera echa una mirada alrededor tratando de encontrar algo que sea digno de su atención.

Las paredes del diminuto despacho están cubiertas de anaqueles de madera. En los espacios vacíos de los que se ha extraído un volumen es visible un rastro de polvo. De igual modo, resalta un sendero gastado sobre la moqueta que marca el camino de Bolaños y sus predecesores entre el escritorio y la salida.

El general Herrera cierra la puerta a su espalda y regresa a mirar alrededor buscando esa discordancia que siente de una manera física. Algo debería parecerle evidente, pero sigue sin descubrir nada.

Bolaños hace una bola con un pañuelo que lleva en la mano y se limpia con él la boca. El general Herrera se dirige al abogado Sergio Bolaños, con el tratamiento de doc., abreviatura de doctor, apeándole con premeditada cortesía del tratamiento de coronel, pues, a pesar de que en privado le suele nombrar como «su hombre de confianza», siempre que se refiere a él no puede dejar de tener presente que el abogado Sergio Bolaños se vio incurso en un intento de Consejo de Guerra por traición a la patria. Pleito del que salió más o menos bien

librado, aunque no tan «limpio» como él pretende hacer creer.

* * *

Sergio Bolaños López se presentó al general Herrera hace cosa de un año y ocho meses. Portaba una carta de recomendación de su colega e interesado amigo, el general William Mendoza Guibert, el jefe de la Primera Región Militar, con sede en Piura. De la carta de recomendación se desprendía que el doctor Sergio Bolaños había trabajado en Piura bajo las órdenes directas del general William Mendoza Guibert. Hasta ganarse el calificativo de ser un hombre de su entera confianza.

«Mi recomendado ha desempeñado misiones de naturaleza secreta para el ejército en la frontera con el Ecuador. Puedo asegurarle, mi respetado general, que me siento satisfecho por las misiones que nuestro amigo ha cumplido bajo mis órdenes, hasta el punto que, considero que sería de gran utilidad «adecentarle» su legajo (expediente de servicio) y buscarle un acomodo acorde a sus conocimientos y experiencia, dentro de la estructura oficial del Servicio de Inteligencia del Ejército, si es posible. Debo recalcar, porque es de justicia, que el doctor Sergio Bolaños acá se ha convertido en el capo del espionaje contra los infiltrados ecuatorianos. Antes de esa historia del intento de Consejo de Guerra, se había especializado en la recopilación de informaciones allende las fronteras. Pero también ha sabido infiltrarse en las células senderistas y en esos movimientos contrarios a la tranquilidad del Estado que promueven los profesores de la universidad y los institutos pedagógicos. Hace cosa de tres meses, simulando ser un maestro de Huancabamba, se infiltró en una reunión de la gente del SUTEP y de Patria Roja y se apoderó de una lista con todos los nombres de los que se adherían a las consignas y las acciones de los senderistas. Buen trabajo, que nos permitió arrestar a muchos individuos peligrosos. Ahora nuestro amigo acá corre mucho riesgo, pues es posible que ya lo hayan identificado los terrucos o sus cómplices» –concluía la carta de recomendación del general Mendoza Guibert.

Pese a la recomendación del general Mendoza Guibert, Nicolás Herrera estuvo tentado de desinteresarse del asunto, a pesar de la generosidad con la cual le trataba su colega. Al final llegó a la conclusión, tras hablar largo y tendido con el general Mendoza Guibert, que acaso ese hombre que presentaba una historia muy complicada y de difícil encaje en un ejército, al cual parece ser que «había traicionado una vez», con un férreo marcaje y el consiguiente sometimiento a la disciplina y jerarquía militar, podría hacerse de él un agente que fuera respetado y lograra reivindicarse de nuevo ante sus conmilitones.

–Yo no sé si usted será el hombre más indicado para reintegrarse al Ejército, doctor Bolaños –le advirtió el general Herrera–. Yo no puedo olvidar que estuvo usted acusado de espía para los norteamericanos… A lo cual Bolaños se explicó con una seguridad pasmosa:

–Con todos mis respetos, señor, a pesar de haberme mantenido preso y de haberme injuriado y degradado, el tribunal militar que me juzgó no consiguió probar nada, excepto que mantuve algún contacto con agentes del FBI y de la CIA. El coronel Gustavo Pieri que fungía como fiscal y el almirante Julián Rubio que ejercía de juez, eran comunistas confesos. Todos los oficiales de mi promoción sabían de sus encuentros con los agentes de la embajada soviética en Lima y sus relaciones con agentes del KGB y la Stasi. Las presiones a las que me sometieron fueron brutales. Como por el camino de la legalidad no lograban sacarme testimonio, tanto el coronel Gustavo Pieri como el almirante Julián Rubio Cortabarría, se acercaron una noche a la carceleta y me plantearon la cuestión en unos términos propios de agentes de la KGB o de la Stasi. Imaginémonos, me dijo el almirante Julián Rubio, un colaborador de nuestros servicios de inteligencia cuya credibilidad quedó públicamente en entredicho, porque vendió inmundicia a otros servicios de inteligencia extranjeros como informaciones reservadas… Además, un agente tan torpe que ha expuesto a nuestros servicios de Inteligencia del Ejército al ridículo más espantoso, ¿quién querría tenerlo por colega? Una cuchillada, un fierrazo en la cresta… y ahí lo estamos viendo, flotando en el Rímac. De usted depende. Si hace una discreta declaratoria de culpabilidad, los miembros del tribunal seremos comprensivos con usted. Eso y otras porquerías por el estilo, me llegaron a proponer el almirante Rubio Cortabarría y su cómplice, el coronel Gustavo Pieri. De nada serviría que yo les explicara la verdad; no había razones por las que habrían de creerme. Me metieron en un callejón sin salida. Pero no lograron doblegarme.

A la hora y media de mantener la tensa entrevista, Sergio Bolaños había sido capaz de conducirla a su terreno, romper el hielo y desviar el interés del general Nicolás Herrera. Más tarde hablaron de los franceses, ya que ambos habían pasado por el tamiz de la agregaduría militar de la embajada del Perú en París. Ciudad en la que habían vivido experiencias apasionantes.

Asimismo, el general Herrera aludió a algunos problemas que había tenido que solventar, primero con el gobierno aprista y posteriormente con la gente de Washington, por defender la independencia nacional.

Bolaños se mostró solidario con Herrera y defendió su actuación en el problema del asalto a los penales.

–Mi general, créame que lo comprendo y que estoy de su parte. Yo

mejor que cualquiera sé lo que es que a uno lo juzguen sin motivo alguno. Todavía me veo obligado a cargar con las secuelas infamantes de un proceso por conspiración en contra del Estado, del cual nunca fui culpable. Más tarde añadió: –Ojalá me hubieran metido en la cárcel por el delito de conspiración, pero estuve detenido cerca de dos años por simple gusto de dos comunistas rencorosos. Yo más bien llegué a pensar que a mí me condenaban por ser un hombre de ideas. Es decir, un hombre con capacidad para ejercer la crítica contra el papanatismo comunista. El verme como un elemento peligroso para esa gente fue mi perdición. En realidad, mis ideas eran las peligrosas, no mis supuestos contactos con agentes del FBI o de la CIA. Yo les dije que no se cambia el mundo con expandir la ideología del odio, con aprenderse de memoria cuatro discursos donde ofrecen el Nirvana en la Tierra, donde todos somos los malos y ellos los salvadores buenos y generosos, repetidos hasta la saciedad, para inflamar las masas de borregos, parásitos y resentidos sociales, como hacen los revolucionarios de izquierdas y los comunistas, sino más bien trabajando de sol a sol, siendo creativos y emprendedores, llevando a la práctica las ideas más brillantes. Ellos me contestaron que en mi caso hubiera sido mejor para mis intereses que fuera un hombre con pocas ideas y al ser posible con ninguna «idea genial». Los hombres con pocas ideas son menos peligrosos, están menos dispuestos a cometer errores como los que usted cometió, hacen lo que hacen todos y no molestan a nadie… Sobresalen, se enriquecen, alcanzan buenas posiciones y son felices. Eso es lo que hubiera tenido que hacer usted, Yo les contesté que a mí no me extrañaba que pensaran de esa manera, porque eran unos mediocres y unos necios comunistas por tratar de envenenar la conciencia de nuestra gente con sus doctrinas bolcheviques, pero ahí me equivoqué. ¿Puede uno ser necio cuando cuida tan bien sus intereses? El necio fui yo, que pretendía batirme contra los molinos de viento. A la tercera entrevista y el primer almuerzo, el general Herrera seguía sin fiarse del otro y lo marcó un poco más de cerca, preguntándole qué secretos tan peligrosos había podido vender a los norteamericanos, según los legajos de la acusación.

Bolaños se explayó sobre sus interrogatorios en los infiernos de la carceleta de la Base Naval del Callao. A medida que resumía su historia, se iba indignando cada vez más por las vilezas que había denunciado… Las glosaba, las analizaba aún más de lo que había hecho en sus declaraciones y su juicio.

–Yo no vendí ningún secreto militar a los norteamericanos, ¡en qué cabeza cabe! Los papeles que dicen que encontraron en mi casa eran simples notas y los borradores de reflexiones sobre los peligros que significaba para nuestra república la proliferación de malos elementos

en las filas de las Fuerzas Armadas. En los borradores de unas cartas que dicen que yo había escrito a un tal Frederick des Voeux, un supuesto agente de la CIA. Yo hablaba del riesgo de que las ideas de Salvador Allende calaran en las filas del ejército por medio de agentes chilenos o de soviéticos encubiertos. Mi supuesta falta o error era que citaba a tres oficiales por sus iniciales que habían aprovechado su estadía en la República Federal Alemana para pasar al Berlín Oriental y entrevistarse con agentes soviéticos. Esos miserables pretendían dar un golpe de estado autoritario engañando al pueblo peruano. Yo estaba advirtiendo de cómo sería el futuro del Perú bajo esa teórica República Democrática Soviética de mañana. El coronel Gustavo Pieri y el almirante Julián Rubio Cortabarría me acusaron de tener inspiradores y cómplices entre mis colegas, pero quedó bien claro que no había nada de nada y que yo me había limitado a analizar los hechos que aparecían a la vista de todos. De suerte que fui capaz de anticiparme a los turbios manejos de aquellos aprendices de dictadores pro soviéticos.

El general Herrera sonrió con indulgencia y se limitó a replicar:

–Eso que le pasó a usted, amigo mío, forma parte de los contratiempos y las venganzas de nuestro oficio. La gente que hemos trabajado en los servicios secretos precisamente no nos relacionamos con santos. De haberle sucedido algo semejante al general Herrera en su tiempo, antes de que le hubieran tendido una encerrona, atrapado con las manos en la masa o hubieran sospechado de él, habría aprovechado cualquier ocasión para destruir pruebas comprometedoras y colocar a buen recaudo las que le interesaba conservar. En principio, si él desconfiaba de sus colegas, de haber estado en el pellejo del doctor Bolaños, lo habría hecho sin el menor problema. Por último, ¡nunca, nunca y nunca hay que conservar cartas auténticas, o auténticas a medias! Si existen en algún lugar, alguien siempre podrá ir a buscarlas y probar que algo se ha hecho de forma inadecuada o inconveniente. Un agente eficaz de los servicios de inteligencia que se precie, esconde las informaciones que le interesan, pero no las destruye jamás, porque llegado el caso podrán serle útiles para chantajear a algún enemigo o a personajes que un día fueron indeseables y que posteriormente pudieran alcanzar notoriedad.

En realidad, al general Herrera más bien le hubiera gustado entender cuál había sido el trasfondo de aquel endiablado intento de Consejo de Guerra. A pesar de haber indagado y hurgado en los archivos de los Tribunales de Honor de las Fuerzas Armadas, se sentía defraudado de no haber encontrado pruebas contrarias o favorables al doctor Bolaños.

Es verdad que también él había creído a pie juntillas en «la culpabilidad» del agente del SIE, pero ninguno de los implicados en el

pleito quiso hablar. Por supuesto que cabía preguntarse que, tal vez ni siquiera supieran a ciencia cierta si el Doc. fue culpable, cayó en una encerrona, fue un traidor o no lo fue. De modo que el general Herrera prefirió de ahí en lo sucesivo reservarse su opinión. En resumidas cuentas, optó por hacer lo mismo que su colega, el general William Mendoza y decidió utilizarle para cumplir algunas misiones y otros servicios paralelos a la milicia. Por supuesto, desde la trastienda.

A la pregunta de cómo había que hacer para manejar con eficacia y discreción los asuntos de la inteligencia militar en relación con los actos de indisciplina o aquellos que atentasen contrala seguridad de las fronteras patrias y la paz interna, el doctor Sergio Bolaños le contestó:

–Yo siempre he partido de la base que es mejor prevenir y castigar, antes de que se cometan los actos contrarios al orden establecido. Si hablamos de un servicio de información eficiente y preparado, dejaría de serlo y perjudicaría a sus agentes cuando ha de intervenir en algo que ya ha sucedido. Nuestra eficacia estriba en prevenir los delitos o provocarlos para mantener en vilo a nuestra gente, ¿no es cierto? Se trata de convencer a todos de que, en determinadas circunstancias donde impera la anarquía, por ejemplo, es inexcusable emplear las maneras fuertes. Si nos viéramos obligados a reprimir tumultos reales, organizados quién sabe por quién, no nos las apañaríamos tan fácilmente. Le pondré un ejemplo, mi general; en estos momentos el terrorismo urbano es nuestra principal pesadilla, ¿no es cierto? Pues antes de que los sediciosos se apoderen de las calles, es preferible que nuestros agentes se infiltren en los focos sediciosos, como los que abundan en los institutos pedagógicos y en las universidades… El punto es que nuestros agentes organicen los tumultos en los recintos estudiantiles. No se precisa mucho: se toman unas pocas docenas de agitadores bien preparados, con algunos policías de paisano estratégicamente situados, se saquean tres o cuatro establecimientos de la zona, se distribuyen consignas de Patria Roja, filo-senderistas o emerretistas, se incendian dos o tres barricadas y se repliegan en cualquier lugar previamente elegido por nuestros agentes, inclusive en el campus. Cuando llegan los nuestros de uniforme, se les propina una buena golpiza, arrestan a los que nos interesa arrestar tras una aparente refriega y se hace bastante ruido.

–¿Y eso para qué sirve?

–Como le digo, para mantener en vilo a nuestra gente y emplear las maneras fuertes… Sobre todo, sirve para reafirmar el concepto de que el principio de autoridad lo ejercen las Fuerzas Armadas y no la clase política o el Poder Judicial. La otra parte del tema consiste en mostrar a la prensa los arsenales de armas y propagandísticos que habríamos arrebatado a los organizadores de los tumultos,

generalmente profesores y dirigentes estudiantiles, ¿me comprende? Luego están los medios de comunicación que serán nuestros mejores colaboradores para acusar a los dirigentes estudiantiles y a sus profesores de los altercados y de todo lo que necesitemos que la opinión pública deba creer. Mi recomendación especial es que jamás hay que crear un peligro con mil caras. El peligro deberá tener una cara, nomás. De lo contrario, la gente se distrae. Si queremos denunciar a los terroristas y a sus cómplices, hablaremos de los terroristas y de sus cómplices, pero dejaremos en paz a los apristas, a los cristianodemócratas, a nuestras Fuerzas Armadas, a los rusos, a los chilenos y a los ecuatorianos. A menos que sea urgente y de utilidad involucrar a los servicios de inteligencia rusos, chilenos o ecuatorianos en actos contrarios a nuestra patria. Poner demasiada carne en el asador es un grave error –y concluyó aseverando–: Yo no sé si mis ideas pueden interesarle de verdad. Yo digo lo que nosotros siempre hemos sabido sobre las tramas terroristas y el modo de estrangularlas, es mi opinión. La diferencia y que haría eficiente nuestra labor, no siempre consiste en hacer muy bien las cosas, sino en difundirlas mucho mejor. Si es necesario y conveniente inventar alguna trama, complot o tumultos, tendrían que estar muy bien inventados y mejor difundidos.

A medida que iba convenciendo al general de sus afortunadas ideas, a Bolaños se le animaban los ojos torvos y vagamente porcinos. Ahora bien, dado que en su ambiente las informaciones valiosas se pagaban en consonancia con su importancia, nunca consideró oportuno darle de forma gratuita noticias interesantes sobre esto y lo otro. Además, las que sabía sobre los pares de Herrera en la alta jerarquía militar y sus devaneos con tal o cual partido político o grupo económico de presión, sería preferible callárselas.

Había quedado perfectamente claro que Sergio Bolaños era un manipulador de primera magnitud y un avezado embustero. De otro modo, no se dedicaría al oficio del espionaje. Empero, eso, aunque no fuera una tarjeta de representación muy amable, para el general Herrera era la mejor tarjeta de presentación que cabía de un hombre de las hechuras del doctor Sergio Bolaños.

En la categoría de los miserables, el general incluía a los altos mandatarios políticos, a sus seguidores, a los dirigentes sindicales, a los profesores que envenenaban la conciencia social, a los periodistas que intoxicaban con sus mentiras a la opinión pública y a los miembros del Poder Judicial que chapoteaban en el fango de la corrupción y que únicamente se preocupaban de mantener sus privilegios y dictar sentencias absolutorias contra los narcotraficantes y los cabecillas sediciosos y que obstaculizaban la labor de las Fuerzas de Seguridad.

Desde luego que el doctor Sergio Bolaños, aunque no se fiara de él, estaba muy lejos de ser uno de esos miserables a los que tanto detestaba. Poco a poco, hubo de admitir que su controvertido espía parecía nacido para escarbar en aquellos ambientes tan putrefactos.

En cuanto a su comportamiento y sus hábitos sociales, el doctor Bolaños era un hombre bastante elusivo. Se sabía que había estado casado con Mary Elizabeth Luque Golding, la hija mayor del general, Luis Alberto Luque González, uno de los principales soportes en su tiempo del general Juan Velasco Alvarado. Mary Elizabeth Luque Golding era una empresaria emprendedora, de valía contrastada, rica y culta. Sergio Bolaños se había formado como agente del espionaje en Europa y en los Estados Unidos. Tenía un cerebro privilegiado y una perspectiva de la realidad muy atinada y crítica con las estructuras de poder de su país. Era de público conocimiento que detestaba a la clase política, a los sindicalistas, a los docentes metidos a manipuladores sociales, a los vendedores de humo y, en general, a todos aquellos que hablaban de ideas progresistas y tonterías por el estilo. Por decirse, se decía de él que carecía de escrúpulos de conciencia, que solo le movía la ambición del poder y el dinero, que lo mismo coleccionaba traiciones que amantes famosas y que, en la trastienda, podía ser tanto un sádico de una crueldad ilimitada, como un hombre solitario y descreído.

Aparte de lo anterior, resultaba incomprensible para sus colegas y sus conocidos su marcada propensión a las prostitutas adolescentes. Sus trajes, de una elegancia comedida, no escondían el aspecto zorruno de un fulano que vivía de la manipulación, el engaño y la simonía galopantes.

Al general Herrera, conocedor de sus fortalezas y debilidades, lo que menos le atraía de la personalidad «visible» de Bolaños, era que con relativa frecuencia humillaba su paladar con ingentes cantidades de esas desagradables salchichas alemanas, que bebía mucha Coca-Cola, que se le iban los ojos detrás de las vedettes de moda y que sentía una acusada debilidad por las prostitutas adolescentes. En resumidas cuentas, aunque el general Herrera, más temprano que tarde, aun cuando nunca despejó sus naturales recelos, supo apreciar sus esclarecidas ideas y servirse de su esquema mental para encargarle de la creación y puesta en marcha de lo que serían las brigadas secretas mejor organizadas de las Fuerzas Armadas. El nombre que dieron a esas brigadas fue, Los Diablos de la Sierra.

Desde su puesta en escena, Los Diablos de la Sierra son unas temibles brigadas especiales de intervención inmediata inspiradas por Sergio Bolaños y dirigidas por el general Herrera en persona. Unas fuerzas de choque de las que se comenta que no hay límites que sus soldados y oficiales no estén dispuestos a sobrepasar, en su afán de

limpiar el país de células comunistas, sediciosos y terroristas. Y ahí está el hombre que poco a poco se ha ganado la confianza del general Herrera.

Por todo eso, ha sido capaz de dejar sus zonas oscuras a un costado y apostar por él, le ha defendido ante sus pares en el Alto Estado Mayor y desde hace poco más de catorce meses ocupa la jefatura de un estamento de apariencia inocua, como es la Sección de Estadística del Servicio de Inteligencia del Ejército de Tierra. Por otra parte, el general Herrera es consciente de que su protegido, el coronel Sergio Bolaños, jamás osará hacer de dominio público la existencia de Los Diablos de la Sierra. Después de hablar largo y tendido del asunto, el propio Bolaños le tranquilizó a ese respecto:

–Los hombres que forman parte de las brigadas los elegí personalmente. Cada uno de los oficiales firmó un documento en el que se compromete a mantener en secreto su pertenencia a las brigadas, bajo acusación de Alta Traición a la Patria. Nosotros custodiamos las únicas copias existentes. Si a uno de nuestros hombres le entrara la locura y se le ocurriese hablar, sabe que como mínimo podría pasarse unos cuantos años en la cárcel. De lo contrario, podemos actuar contra el posible traidor de modo que, inclusive, en el caso de vernos obligados a hacerlo desaparecer, sería muy sencillo atribuirlo a un complot, qué sé yo, a los senderistas, a los emerretistas, a los narcos o la cancillería chilena o ecuatoriana… Ninguno se daría cuenta, ni siquiera nuestros agentes más avezados. Los servicios secretos de cada país creen en lo que han oído decir en otro lugar. Tacharían de no fidedigna cualquier noticia completamente inédita. Así, pues, no hay nada que temer.

* * *

El general Herrera, en definitiva, saluda a Bolaños con cordialidad fraternal; éste parece conmovido y vuelve a pasarse el pañuelo por el rostro.

–Mi estimado doc. Quizá pueda hacerme un enorme favor.

–Usted dirá, mi general.

–Le hablo de un amigo, un buen amigo, un hermano del alma, que jamás deberá saber ni siquiera que yo estoy enterado de la historia. La cuestión es que está muy enamorado de una dama… La dama de marras es la doctora Natalia Rosell, la hija y heredera universal del hoy finado, mi hermano de armas, el general Francisco Rosell, ¿me comprende? El caso es que mi amigo anda con la mosca detrás de la oreja, pues sospecha que su enamorada mantiene relaciones con otro hombre a su espalda, ¿va comprendiendo? Lo que yo quiero de usted es que haga un discreto seguimiento de la damita y que me pase todos los datos. Es un favor que yo espero de usted. Un favorcito que, dicho

sea de paso, yo sabré recompensarle. El seguimiento será totalmente discreto. Es más, como yo le tengo en mucha estima a mi amigo, prefiero que sea usted en persona el encargado de hacer el seguimiento a la damita. Una vez que me haya pasado los informes, yo decidiré lo que habrá de hacerse, cómo y cuándo. Si hubiera que tomar medidas drásticas, se tomarán con la misma discreción que las que estamos tomando, ¿me explico?

Al doctor Bolaños se le iluminan los ojos.

Herrera No agrega nada más. Rechaza amablemente una copa de coñac que le ofrece Bolaños. Le hace un gesto con la mano diestra, más de cómplice que de superior jerárquico. Se incorpora como un resorte. Abre de golpe la puerta y se prepara para salir. De improviso, le acude un recuerdo a la cabeza, gira sobre sus talones y habla a Bolaños de lo que le preocupa:

–Otro asuntito más, doc.

–Usted dirá, mi general.

–¿Recuerda que le pedí que se ocupara de marcar al narco Leary?

–Lo recuerdo, señor.

–¿Cómo lleva el asunto?

–Por el momento, estoy tratando de infiltrar entre su gente cercana a un par de agentes de mi entera confianza. Es decir, en unas cuantas semanas lo tendremos controlado día y noche.

–Lo celebro. Lo que pasa es que ahorita lo que más nos interesa es que sus hombres averigüen dónde están escondidos esos documentos, se apoderen de ellos y nos los entreguen tal cual, ¿me explico? Los documentos de los que le hablo son los que en su día le traspasó el general

Rosell a ese maldito narco…

–No se preocupe; en esas estamos, señor. Yo mismo estoy encargando a dos hombres bien entrenados y de mi entera confianza que hagan las averiguaciones del caso, pero tengo que reconocer que al día de hoy todavía no sabemos dónde diablos guardó esos documentos, pero ahí estamos.

–Igual como que sería oportuno darle una buena asustadita, ¿me comprende? Pero bueno, en lo de los papeles, una vez que los hayan localizado y estén en poder de sus agentes, me lo comunica por vía interna. Usted no se preocupe de lo que yo diga o haga; eso, sí, para que no le entren ganas de curiosear, que le baste con saber que alguien de mi confianza sigue estando cerca de usted y de sus hombres. En el último extremo, si localizan esos papeles y no hay modo de apoderarnos de ellos. Esos papeles deben esfumarse, y se esfumarán. ¡Yo lo desafío a usted y a sus hombres a que los encuentren! –dicho lo cual, con una rotundidad inapelable, reanuda su exposición a modo de advertencias y recomendaciones–: Tendremos

que emplearnos a fondo para mantener a Asuntos Reservados fuera de esta historia. Al final estoy convencido que lo conseguiremos, pero no quiero imaginar que el único eslabón débil de la cadena sea usted y sus hombres, no lo quiero ni imaginar. Por lo tanto, debe usted emplearse a fondo, ¿me comprende? Si usted viera que hay riesgo para su integridad física y la integridad de sus agentes, no dude en meter fuego a quien sea y a lo que sea. Es una orden, insisto. De momento, pues, usted limítese a cumplir mis órdenes al pie de la letra. Lo demás es de mi exclusiva incumbencia.

El general Herrera no está del todo convencido y le entran las dudas acerca de que los agentes que trata de infiltrar Bolaños en las filas del narco Leary, sepan ejecutar sus órdenes al dedillo. Sin embargo, ambos son conscientes de que, si cualquiera de esos dos infelices cometiera un error, sería demasiado tarde para rectificar y las consecuencias las pagaría el mismísimo Sergio Bolaños, porque no convenía dejar un cabo suelto en una misión tan comprometida y peligrosa.

Antes de retirarse, el general Herrera se despide del doctor Bolaños con una ancha sonrisa y cierra la puerta a su espalda.

CAPÍTULO VIII

–17–

LIMA

ENTRE JULIO Y SEPTIEMBRE DE 1988

El firmamento aparece despejado. El sol, incluso tan temprano, es directo y cálido. La periodista Nora Vallejo contrae los párpados fuertemente, en un intento de protegerse del deslumbre del sol que choca de pleno en sus ojos y le provoca una desagradable fotofobia. Se ha detenido en la entrada de la puerta principal del hotel Diplomat, en el distrito de Miraflores. Justo espera para lanzarse escaleras abajo y abordar el primer taxi que se detenga.

El sol mañanero hace rato que ha empezado a abrirse paso entre las cortinas de bruma que cubren esa parte de la ciudad cercana a la Costa Verde. La directora de los Servicios Informativos de Interamericana de Televisión parece estar muy ajetreada, como de costumbre. Recién sale de una rueda de prensa que ha convocado el representante artístico y asesor legal de la afamada actriz peruana, Jackie Roblins.

El doctor Augusto Ledesma ha informado a los chicos de la prensa sobre el retorno inmediato de la artista a las pantallas televisivas, como consecuencia del estreno de una telenovela producida en Miami. Este es el primer trabajo de Jackie Roblins tras una prolongada inactividad. Afortunadamente, según ha confirmado el abogado Augusto Ledesma, la connotada actriz ha superado el trauma y el escándalo de la muerte de su esposo en una fiesta de homosexuales en la que también fue asesinado el único hijo varón del general Rosell. Crímenes que le fueron imputados al gay más famoso de Lima, el llamado Negro Mario o Mario Bouburú, amante del esposo de Jackie, el empresario Mauricio Gambini y de Jorge, el hijo del general Francisco Rosell.

La periodista de las piernas largas parpadea, abre los ojos, atisba hacia la vereda y repara en un sujeto de elevada estatura, de cabello entre gris y canoso, el cual viste un traje muy elegante. El sujeto en cuestión le echa una mirada asesina. Se trata del coronel en la reserva, acaudalado empresario y capo del narcotráfico, Faustino Leary. Una ráfaga de aire frío se acerca furtivamente hasta tener a Nora de pronto rodeada. Se encienden las alarmas. Lo que hace que su mente trate de borrarle los recuerdos y centrar su atención en su enemigo. Esa táctica

jamás funciona; no obstante, ella considera que debe hacerlo por su seguridad física y su equilibrio emocional.

Superado el sobresalto inicial, Nora Vallejo recupera el aplomo y comienza a descender las gradas y fija la vista en su irreconciliable enemigo. Tras el impacto por la sorpresa primera, el coronel Leary se aproxima a las gradas del hotel, planta el pie en el primer banzo, en el segundo… Para el coronel y antiguo jefe de Aduanas en el puerto de El Callao, solo existe una persona en el mundo a la que recordar y odiar: esa maldita periodista que le causó más de un quebradero de cabeza y demasiados problemas.

Al todopoderoso narcotraficante le cubren las espaldas dos gigantones morenos, de esos que en el distrito de La Victoria abundan como los hongos. Sujetos que podrían pasar como oriundos del Harlem neoyorquino, debido a sus elevadas estaturas, la corpulencia y los rasgos de malosos. Amparado en las dos moles humanas, ¿quién osaría incordiar a quien muchos nombran ese aborrecible mafioso? Claro que su seguridad queda muy por encima de los gorilas que ejercen de guardaespaldas.

El capo del narcotráfico campea a sus anchas desde hace muchos años en el Perú y en extensos territorios de América. Le achacan crímenes y fechorías en cantidades industriales, si bien continúa burlando las leyes y riéndose de la policía, de los jueces y de los fiscales. El magistrado de la Corte Suprema y Presidente de la Comisión Contra el Tráfico de Drogas, el Lavado de Activos Financieros y el Crimen Organizado, auspiciada por el Congreso de la República del Perú, Hugo Garcilaso, estuvo a punto de meterlo entre rejas. En lugar de encerrarlo en prisión, pagó su osadía con la vida.

Nora Vallejo era muy amiga del fiscal de la Corte suprema. Ahora se agolpan en su mente los recuerdos y siente viva en el corazón la presencia del amigo asesinado. En el segundo que uno asciende y la otra desciende, las pupilas rencorosas del narco las siente de una manera física, como filos de puñales a punto de clavarse en su rostro. Sin embargo, ella no se arredra e incluso le sostiene la mirada y acepta el desafío, más en una reacción de coraje que de altanería. Uno y otra convergen en el centro de las escalinatas. Una manada de turistas abandona el hotel soltando gritos y cacareos. Por cierto, que desentonan los cacareos, las vestimentas y los ademanes exagerados de las hordas extranjeras.

–Buenos días, doctora Vallejo. A los años…

La periodista de las piernas largas arruga el entrecejo y aprieta los labios. Dice para sus adentros, en un intento de infundirse ánimos, que bajo ningún concepto el encuentro casual servirá para rebajar la tensión y crear falsas expectativas de reconciliación u olvido. Ese impune delincuente de camisa almidonada y corbata, de profesión

militar de alto grado, llamado Faustino Leary, es su enemigo, tal cual la culebra y el pajarillo lo son y lo serán por toda la eternidad.

De momento, la presencia del crótalo activa las alarmas en el ánimo de la periodista. Los gorilas que flanquean al controvertido personaje, con apariencia de emperador de otro tiempo, se detienen en seco y escrutan a la afamada presentadora de cabo a rabo.

–Se la ve muy simpática, señorita periodista –prosigue Leary, pasando del mohín de fastidio impreso en el rostro de Nora–. Permítame que la felicite. Desde que yo me marché del Perú, su fama ha ido creciendo. Hoy es usted una celebridad en toda América. La felicito a usted, doctora, insisto.

Los turistas extranjeros trotan gradas abajo en pos de un mundo artificioso, idéntico a sus delirios.

–Disculpe, señor, estoy con mucha prisa. Chao.

El coronel Leary interpone un ademán imperativo que obliga a la periodista a detenerse. Casi entre dientes, como para que solo ella le entienda, expresa:

–Mi estimada periodista, espere un segundito, ¿sí?

Nora Vallejo se sobrepara dos peldaños abajo, en la acera. Siente sobre ella la penetrante mirada de Leary, esos profundos ojos violáceos de puro negros, capaces de detectar los pensamientos más íntimos, en particular los pensamientos de sus enemigos. Leary fija su mirada en ella y pronuncia en tono hosco:

–Seré muy breve. Han transcurrido muchos meses desde nuestro último encuentro. Yo diría, desde nuestro desafortunado encuentro. Bien, como puede observar, recién regresé a nuestro querido país… Y libre de imputaciones. Señorita, vea que estoy muy tranquilo, que la trato con cortesía, ¿no es cierto? Bueno, puesto que uno es un caballero, me complace comunicarle, por si todavía lo desconoce, que los Vocales de la Corte Suprema de Justicia me declararon libre de imputaciones, ¿comprende? Eso significa que uno es un ciudadano libre y que eran «falsas» las acusaciones que pesaban contra mi persona. ¿Me explico? Se lo repito de nuevo: soy un ciudadano libre y disfruto de los derechos que me fueron arrebatados indebidamente. Se lo he vuelto a repetir, por si lo desconocía o no se enteró, ¿me explico? Esto implica, entre otras cosas, que, si usted y la gente de su canal pretenden fastidiarme con sus campañitas y sus peliculinas, no me quedará más remedio que acudir a los tribunales de justicia. Estoy decidido a terminar de una vez y para siempre con un pleito que dura demasiado tiempo y sin el menor sentido, ¿me entiende usted?

–Ah, ya. ¿Eso es todo? ¿Alguna cosa más?

–Su comportamiento conmigo es intolerable.

–¿Intolerable, dice?

–Bueno, al menos inamistoso e impropio de una periodista

equilibrada y competente. Le prometo que no la entiendo. No entiendo su proceder conmigo. Salvo que usted me odie o que defienda cuestiones personales que desconozco y no me interesan. Usted dirá, pues.

–No tengo nada que decir. Disculpe. Me está haciendo perder el tiempo. Usted me es indiferente y lo que diga me interesa más bien poco o nada. Ja. Mire, y lo digo delante de sus dos gorilas. ¿Me está viendo? Soy una mujer y camino sola por la calle. Usted no me da miedo, «señor». No le digo «gusto en saludarlo», porque me fastidia decir mentiras. Chao.

Dicho lo cual, gira sobre sus talones y avanza a grandes zancadas en dirección a la calzada, detiene un taxi y se embarca sin más ceremonias.

El coronel Leary sin moverse ni alterarse, escupe entre dientes: «¡Sobrada de porquería! ¡Qué te habrás creído! Ten cuidado conmigo, ten mucho cuidado, porque yo no me ando con huevadas».

A pesar de los años de lucha sin cuartel contra sus infatigables enemigos, Nora Vallejo, la periodista de las piernas largas, continúa siendo tan contumaz, exaltada y aguerrida como el primer día. Ha recibido amenazas por cientos, han atentado contra su vida; sin embargo, todavía conserva tanta fe y coraje como cuando dio inicio a su labor académica como docente en la Universidad Católica de Lima y como periodista en los medios de comunicación más prestigiosos del Perú.

Nora Vallejo es una mujer hermosa; si bien su belleza equidista milenios de lo que podría entenderse como la perfección de la belleza femenina en abstracto. Dicho de otro modo, es una mujer dotada de una belleza exótica, equilibrada, viva, exuberante y de una personalidad arrolladora. La manera de ser, la firmeza de carácter, el pique de soberbia y su innegable atractivo, han encandilado desde hace tiempo al todopoderoso narco. Aun cuando le cueste lo suyo admitirlo, la periodista de las piernas largas le inspira una mezcla de sentimientos encontrados: de necesidad posesiva, de profundo rencor, de admiración secreta e incluso de respeto cuasi reverencial.

Es posible que lo que le sucede sea el sarpullido del macho dominante por la hembra que nunca ha conseguido dominar. En el fondo, admira a una mujer que le ha plantado cara y lo ha hecho con más coraje y agallas que el más arriscado de los hombres. Nora Vallejo representa la parte oscura y prodigiosa de la mujer, lo que le encandila y le inquieta, lo que le está vedado. A lo largo de su existencia ha mantenido relaciones con muchas mujeres, a las que ha sometido a su voluntad o apetencias. No obstante, ¿qué ha recibido de ellas en realidad? Lo ignora. En cambio, la que más le interesa y le desconcierta, lo desprecia sin el menor reparo. Sí, reconoce que la

periodista de las piernas largas, como la conoce todo el mundo, es una mujer fascinante y le deja confundido. Es más, admite en su fuero interno que ante ella suele comportarse como un colegial. Encima le obliga a demostrar que es un caballero y que sabe tratar a una dama como es debido. Aparte de lo anterior, la Vallejo le hace sentirse torpe. El desdén con el que le trata le produce la insatisfacción propia de un hombre sin otros adjetivos.

> «Es gracioso lo convencional que puede llegar a ser uno, si encuentra a una mujer que derrocha coraje y es tan fascinante como mi querida «enemiga» –reflexiona Leary–. Me he ganado fama de ser un hombre sanguinario y cruel, no porque sea verdad al cien por cien, sino porque era imprescindible para mis propósitos. Lo que pasa es que en lo que concierne a esa mujer, me cuesta demasiado despojarme de las actitudes convencionales que tanto aborrezco. Ella hace que me sienta medio idiota y me crispa los nervios».

Eso, sí, cada cosa en su lugar. Sea lo que sea, lo que menos le apetece es perder el tiempo babeando por la periodista de las piernas largas, pues de eso a caer en la melancolía solo resta un paso.

En lo que respecta a Faustino Leary, la melancolía es el flanco vulnerable de su personalidad. También es un hombre práctico y en lugar de perder su tiempo en divagaciones y conjeturas, en un par de segundos cobra el aliento imprescindible y vuelve a hacerse cargo de la situación. Está tan atareado y son tantos los temas en los que le interesa reflexionar, que el amago de debilidad es simplemente eso, una concesión a lo sensible y nada más.

Que recuerde, jamás ha suspirado o se ha molestado en conquistar a una mujer. ¿Jamás? De jovencito, cuando estudiaba en la Escuela de Cadetes, suspiró y hasta también lagrimeó por el amor de una muchacha. Ah, el punto es que eso aconteció hace muchos años y ni siquiera le concedió ni le concede importancia. ¿Para qué? Al fin y al cabo, desde muy jovencito fueron las chicas y las mujeres las que se lo disputaban, debido a que era un pituco de piel blanca, alto, hermoso, serio y un formidable atleta. Desde entonces tampoco ha precisado esforzarse en conquistar a una sola mujer: ellas se le ofrecen gustosas. En cuanto a la Vallejo, más temprano que tarde será suya y le pertenecerá en cuerpo y alma. La esquiva odalisca será una más a las cuales seducir, una de tantas a las que olvidar. Nada más.

* * *

El coronel Faustino Leary parece tan ensimismado, concentrado en sus pensamientos que, en el último momento, antes de traspasar la puerta principal del hotel, se percata de la oronda figura del turco Vittachi, el gerente de LIMAVISION, el canal televisivo del cual Leary es el accionista mayoritario.

El periodista gordo se aproxima hacia el coronel, con sus andares de pato, le abre la puerta, ceremonioso, y le hace una reverencia

grotesca. El gordo Vittachi recibe a su jefe derrochando una zalamería nauseabunda, propia de un rendido franelero.

–¿Y, coronel, coronel? Discúlpeme…

Vittachi persigue la trayectoria de la mirada de Leary que se ha vuelto de espaldas y que le hace una señal. El periodista gordo alcanza a descubrir las largas piernas, los bucles de la copiosa cabellera color castaño teñida de rubio y el rostro de la periodista Nora Vallejo, en el instante en que se acomoda en el taxi de color celeste.

–¿La está viendo?

–¿Se refiere a la sujeta del carro celeste? Es Nora Vallejo, la directora de los Informativos de Interamericana de Televisión.

–Ah, ya, ya. La Vallejo es una mujer bien linda, ¿no es cierto? Un poco sobrada, pero muy linda. ¿Qué le parece a usted?

Sin esperar la respuesta de su empleado, gira sobre sus talones y se dispone a penetrar en el vestíbulo del hotel. Una vez en la recepción, redunda en el tema echando mano de un comentario sarcástico y admirativo:

–¡Caramba con la Vallejo! Esa pendeja sigue siendo tan fregada como siempre. ¿No es cierto?

–Eso parece –replica el gordo Vittachi, sin meditarlo demasiado.

–Esa sujeta es una víbora. Pero hay que reconocer que con el paso del tiempo ha ganado en belleza y elegancia. ¿Qué opina usted de nuestra damita?

–¿Opinar? Bueno, es bastante simpática y elegante, naturalmente –asiente el turco Vittachi, a la par que entorna los ojillos y esboza un mohín de contenida salacidad–. Reconozco que está muy bien nuestra limeñita pendeja. A mí en particular, me fastidia la pose de soberbia que se gasta desde que ha alcanzado tanta notoriedad.

–Bueno, es posible. La verdad es que no abundan en nuestra tierra las mujeres tan corajudas y tan lindas como ella –proclama Leary, satisfecho de haber superado el ataque de sentimentalismo–. ¿Qué le diga? nuestra linda mamacita es brava, ya lo creo. Mejor así. A esa sobradita no solo le bajaré los humos, sino que me la manducaré por las puras, ¿qué le parece?

Miguel Vittachi mueve la mandíbula de un lado para otro. Está a punto de hablar, pero se calla, porque no acierta a expresar en palabras lo que le cruza por la cabeza. De lo dicho, es lógico que comience a temerse lo peor. Automáticamente, hace como que ríe la ocurrencia de su jefe, sin demasiado entusiasmo. Peor cuando Leary añade, más en serio que en bromas:

–Le prometo que, a esa potranca medio arisca, ahí nomás la estoy domesticando. De lo contrario, si me hace problemas, agarro, le meto un fierrazo y la boto en un estercolero, para que se la traguen los perros y las ratas.

A decir verdad, nada más lejos del exabrupto. Lo que le ocupa a Leary es encontrar el modo de estar con ella, someterla a su voluntad y poco más.

El vestíbulo del hotel se halla a tope de clientes. Los turistas van y vienen sin rumbo fijo. Los muchachos de la prensa departen a grito pelado en un entorno de auténtico gallinero. Alguno de los periodistas recolecta a hurtadillas los últimos pastelillos y canapés que quedan en las bandejas. Leary precede al gordo Vittachi y se abre paso entre los unos y los otros, hasta que alcanza los peldaños de madera pulidísima que conducen a una sala adornada con plantas de interior y circunvalada de amplísimas vidrieras. Del otro lado de los cristales desciende una catarata iluminada por focos de varios colores. El agua chapotea en las piedras del fondo de la cascada. El recinto transmite la ilusión de encontrarse situada la persona en el interior de un fondo marino en movimiento constante.

Tres o cuatro parejas y una gringa madura, de cabello teñido en un rubio platino y unas hermosas pupilas de un azul profundo, consumen el tiempo dialogando en susurros. Otros clientes conversan de negocios y de política. Leary abarca a los clientes en una barrida fugaz de sus ojos oscuros; no obstante, pasa de todos, salvo de la gringa, a la que examina de soslayo, aunque sin prestarle demasiada atención. Por el contrario, se detiene a comprobar si la mesa y la silla están limpias, por si algún cerdo ha dejado la goma de mascar pegada, puesto que eso le provoca mucha repugnancia.

Hechas las comprobaciones de rigor, toma asiento y regresa a encararse con el gerente de su canal televisivo, Miguel Vittachi:

–Está bien. Ya puede ir en busca de nuestro hombre. Yo los espero acá, ¿okay? Desaparece su empleado y al poco se acerca un camarero que le sirve un whisky sin hielo. Después de beber dos sorbos con extrema lentitud, saboreando el licor, entorna los párpados, como si estuviera adormecido. En realidad, medita para sus adentros, aun cuando permanece atento y a la expectativa.

Dos mesas más allá, la gringa de pelo color rubio platino, de grandes pupilas de un azul profundo y labios carnosos, degusta a sus anchas la copa de pisco y el perfil del maduro. Hasta se relame de gusto imaginando lo mucho que disfrutaría en los brazos de su vecino de mesa. En cuanto a los guardaespaldas victorianos, han hecho mutis por el foro. Eso, sí, vigilan en la distancia y cubren las espaldas a su jefe. Leary abre los ojos, echa una mirada distraída en torno a la salita en forma de pecera y regresa a saborear el whisky a pequeños sorbos.

La imagen de la periodista no se le va de la cabeza. Es más, acepta que se halle presente en sus pensamientos, incluso le encanta maquinar cómo hacerse con ella. Eso que siente es otra cosa diferente a un deseo posesivo, es el instinto de cazador al acecho de la presa. El

evocar a la atractiva mujer entregada en su plenitud y extensión, le produce cosquilleos en la tripa. Cierra los párpados, se muerde los labios y le brota un guiño que alumbra su semblante y le marca un hoyuelo de lascivia en la barbilla.

> «Hay cantidad de hombres que han perdido la cabeza por mujeres mucho menos bellas y atractivas que la Vallejo; pero sería extraño pensar que yo soy uno de ésos… Yo no tengo necesidad de perder la cabeza por una mujer, así sea la más atractiva del mundo. Mi querida enemiga será mía. De eso no me cabe la menor duda. ¡Faltaría más! Esta vez mi «querida enemiga» no se me escapará viva. Prometo que no me detendré hasta conseguirla. El día que sea mía y esté conmigo, entenderá lo que un hombre como yo es capaz de ofrecer a una mujer como ella. ¡Caracho! No me tengas miedo, pues –niega con la cabeza y prosigue la evocación como si hablase con ella–: No te preocupes ni me tengas miedo, insisto. Si tú lo quieres y te portas bonito, seré para ti un amante amoroso. Tal vez necesite desprenderme de mi cáscara de perversidad, según tú piensas, para que aprendas a verme como el caballero amable que soy. Al mismo san Pedro estoy dispuesto a sobornar y que me abra la puerta de tu cielo. Mira, cariño, ten la certeza de que en breve serás mía. Te conseguiré, no te quepa la menor duda».

Ah, sí, eso no será problema. No solo la conseguirá, sino que después será ella la que irá detrás de él. Además, confía, como de costumbre viene aconteciendo a lo largo de su periplo en la Tierra, que el azar tramposo, el destino revesero que le han sido propicios, en esta oportunidad también conjuguen los contrarios en su favor. De cualquier modo, él que ningún extremo, por insignificante que sea, deja a la improvisación, procurará cumplir su promesa a las buenas o echando mano de los medios a su alcance. Sería ridículo e impropio de él preocuparse en exceso ceder a la melancolía. Que la atractiva limeña estará a su merced, será cuestión de tiempo, nada más.

En ese instante, irrumpe en la sala el gordo Vittachi con sus andares de pato, acompañado de un zambito trigueño, tan gordito como retaco, de rostro mofletudo y ojitos rasgados; carga una llamativa colección de pedrerías y abalorios desde los zapatos a los lentes.

–Ya estoy de regreso, coronel –se excusa humildemente el rechoncho Miguel Vittachi.

–Ah, muy bien.

–Le presento al doctor Augusto Ledesma, coronel.

–Doctor Augusto Ledesma.

Apenas roza Leary la mano del recién llegado, le invita a sentarse, haciendo lo propio el gordo Vittachi. Aparte de la bisutería, el doctor Augusto Ledesma acarrea una cartera de cuero de notables dimensiones.

Leary acopia la correspondiente dosis de paciencia y espera que el gordo Vittachi termine de desglosar el retazo de cualidades profesionales que lustran la biografía del representante de la afamada actriz, Jackie Roblins.

El doctor Ledesma no cabe en sí de incomodidad, le puede el

nerviosismo y desvía la vista, en un intento de escurrirse del acoso al que le somete ese militar metido a narco. Sin apartar la mirada de su invitado, aburrido de soportar el discurso soporífero del turco Vittachi, el coronel Leary frunce el ceño, carraspea, hace un gesto elocuente, con las manos abiertas, para que el periodista gordo interrumpa su insoportable perorata:

–Perfecto. Ahí, nomás. Yo celebro con bastante agrado que nuestro doctor reúna tan acreditados méritos profesionales. Doctor Ledesma, le doy las gracias por haber sido tan amable al concederme esta entrevista.

–No hay nada que agradecer. Para mí es un placer conversar con usted, coronel –farfulla Ledesma, más inquieto a cada segundo.

–Muy bien, doctor Ledesma. Lo estoy citando a usted en calidad de asesor financiero de nuestra connotada actriz, la señora Jackie Roblins. Porque, según me informan, aparte de representante artístico de la señora Roblins, es usted su asesor financiero, ¿correcto? –asiente el letrado con un movimiento de cabeza–. Verá usted, desde que me llegó la noticia de que nuestra estrella de la farándula estaba pensando en desprenderse de la residencia Gambini, quise comunicarme con la viuda en persona, ¿me comprende? ¿Qué le diga? Yo estoy interesado en adquirir la residencia Gambini, ¿sabe usted?

Las palabras brotan de la garganta de Leary envueltas en un tono especial, carente de énfasis, que posibilita interpretarlas de cualquier forma. El verbo pausado del coronel, es un señuelo, tras el cual el interlocutor de turno recibe la impresión de derivar por un terreno resbaladizo.

Al letrado Ledesma las palabras de Leary le producen el efecto de puntas de hierro rasguñándole la espalda. El abogado abre la boca, en un intento de hacer algunas observaciones al respecto de la residencia de la actriz. Leary está a lo suyo y no se da por aludido.

–¿Sabe una cosa, doctor Ledesma? Estoy dispuesto a adquirir la residencia, pero le advierto que pagaré un precio razonable. Ni un centavo más. Lo menciono por si se le pasó por la cabeza recostarme un precio superior al valor en el mercado inmobiliario de esa casa, ¿me explico? En ese sentido, le recomiendo que vaya quitándose esa idea de la cabeza, ¿me comprende?

El representante de la actriz así que encuentra el modo de intervenir, gira el pescuezo de derecha a izquierda y reitera de palabra la negación:

–Lo siento, coronel Leary. Quizá no le informaron como es debido. Me apena comunicarle que la señora Roblins no está interesada en vender la residencia, sino que más bien pretende donarla a una institución benéfica. La señora Roblins es una mujer caritativa y bondadosa. Usted sabe… No obstante, si cambiara de idea, una firma

norteamericana de negocios se ha reservado una opción de compra en exclusividad.

Mientras el letrado se deshace en explicaciones inútiles, el coronel Leary bebe del vaso con extrema lentitud. Luego se echa hacia atrás en el asiento y le pega una mirada asesina de puro intensa. Una vez que ha agotado su apariencia deferente, levanta la mano derecha, en un ademán de anticipación, con la palma extendida hacia adelante, pretendiendo silenciar la retahíla de excusas que se le antojan insoportables en boca del letrado Augusto Ledesma, el representante artístico y letrado oficial de la celebrada actriz, Jackie Roblins.

Si las objeciones de Ledesma le han molestado, ni un solo músculo en su rostro denota enojo o contrariedad. El meollo de la cuestión radica en que ha decidido salirse con la suya y pasará por encima del letrado y de quien haga falta. El representante de la Roblins deja de hablar, parpadea azorado y aguarda en silencio que el milico exponga su opinión. De momento, en la pausa, la sensación de sentirse acosado comienza a hacérsele insoportable. Es más, se siente como si estuviera girando en un torbellino a punto de engullirle y hundirlo en el abismo. Es tan potente el poder intimidatorio que transmite la mirada del coronel Leary que le falta nada para cagarse de miedo. De ahí que entorne los párpados, recline la cabeza, empiece a sudar en frío y note que el pánico le corroe el estómago. En su piel cobriza las gotas de sudor refulgen bajo un indiscreto foco eléctrico, cuyo haz de luz azulada le cae en vertical desde el techo a la cabeza.

El coronel Leary estuvo destinado como capitán en una guarnición en Loreto, en lo más profundo de la selva amazónica. En ese destino aprendió el arte de la supervivencia y supo imponerse a sus contrarios, dentro y fuera del Ejército. También aprendió a ser sigiloso como las culebras, venenoso como las arañas, astuto como los monos, contumaz como los insectos y «encantador» como las flores carnívoras.

Su fortaleza se aposenta en la debilidad ajena. Haberse creado fama de cruel, de traicionero y vengativo, incluso fomentándola, le concede un plus de ventaja sobre sus contrarios y competidores. Que sea o no verídico, poco importa. En cambio, le viene de maravilla y saca ventaja en los negocios que todo el mundo crea y fomente su leyenda.

El doctor Augusto Ledesma ha caído en la trampa: está que se zurra de miedo y es presa fácil en manos del coronel Faustino Leary. Tan evidentes son las muestras de su desconcierto y lo mal que lo está pasando, que intenta zafarse del acoso al que le somete su interlocutor a fuerza de parpadear a velocidad del rayo, menear la cabeza y atisbar en todas las direcciones, como si implorase ayuda.

–Bien, bien, bien, mi estimado doctor Ledesma, me parece que no me expliqué con claridad o usted no me entiende. Por si acaso, le

repito: estoy… interesado… en… adquirir la Residencia Gambini… ¿Me entendió ahorita, doctor? ¿Me he explicado con claridad?

Ledesma asiente con la cabeza. Se hace un silencio pesado y sinuoso. La gringa decepcionada pues no ha logrado captar la atención del maduro atractivo, abandona la sala, dejando al pasar un rastro de perfume pastoso, artificial. El letrado está como loco por salir corriendo de la sala en forma de pecera, del hotel y del distrito de Miraflores. Se sabe perdido y a merced del poder intimidatorio del militar, acaudalado empresario y narcotraficante a gran escala.

Aunque no le llega la sangre al cuello, temblando de miedo por dentro, todavía lo intenta de otro modo:

–Lo lamento, señor. Le prometo que me duele en el alma no poder complacerle. De veras, su deseo es imposible. No puede ser.

–Ah, ya, ya, comprendo. Doctor, ¿está viendo usted este papelito?

En tanto el otro barbota una retahíla interminable de excusas, el coronel Leary retira del interior de su billetera un talonario en el cual escribe una cantidad. Vittachi tira lente, sin disimulo, y acierta a reconocer de pasada la cifra que el coronel ha escrito en el papel, y se queda perplejo.

–Disculpe, coronel, no es cuestión de plata, se lo repito –refuta Ledesma, en un intento de enarbolar una bandera envuelta en falsa resistencia.

Leary aumenta un grado la presión mostrándole el cheque. Es cuestión de sortear las trabas de un individuo que rezuma codicia hasta por los pelos. Y él está decidido a tensar lo justo, hasta que los remilgos del otro caigan hechos añicos. Una vez convencido de que el abogado está a punto de caramelo (la máxima de que todos los seres humanos tienen un precio, en lo que respecta a Leary es artículo de fe) le arroja el papel que resbala por la mesa hasta la mano del letrado.

Ledesma lee la cifra a la carrera, como si le hubiesen arrojado encima un alacrán ponzoñoso. Pero no, «el cheque» contiene una cifra mareante y está a su nombre.

La voz de la codicia grita mucho más fuerte y contundente que sus reparos morales.

–¿Y bien? ¿Qué le parece? ¿Es suficiente? Bueno, pues agárrelo, amigo, no muerde. Los diez mil dólares son para usted, como pago anticipado por sus servicios… Ah, doctor, un detallito más, apúrese. En menos de quince días estamos cerrando la operación, ¿de acuerdo? Otro detallito: si me causa problemas o pretende pasarse de vivo y el negocio demora más de lo que sería razonable, me temo que se quedará sin la plata y quizá sin chamba. Usted sabrá lo que le conviene, doctor.

Leary fija en el rostro del letrado sus ojos de un negro violáceo. Tal que, si se tratara de uno más de sus gestos habituales, apresa su propio

cuello entre los dedos índice y pulgar y hace un ademán elocuente. El abogado retira la mirada; logra disimular un suspiro involuntario; vacila entre queriendo y no queriendo… Hasta que echa una ojeada de soslayo al cheque y otra al coronel, al que mira fijamente en silencio durante unos segundos. Mientras la codicia y el recelo libran una batalla en sus ojos. Gana la codicia, en tanto se deshace en excusas y coloca peros al negocio, el cheque pasa de la mesa al fondo del bolsillo interior de su americana.

Leary aparta la vista y hace como que se desentiende del abogado codicioso. Sin más ceremonias se lleva el vaso a la boca y bebe el whisky a pequeños sorbos, saboreándolo.

Ledesma se incorpora de un respingo, se despide torpemente de Leary y del gordo Vittachi y sale coheteado escaleras arriba. Al verlo irse como si perdiese el culo, el gerente Vittachi improvisa un comentario malicioso:

–¡Pucha, con el sabidito de porquería! Nuestro doctorcito sería capaz de vender a su madre por un puñado de dólares. ¡Caracho con el tal! Che, que hasta los cuescos se le escapan por el poto, nomás de puro coheteado que escapó… Como si le persiguiera el mismísimo demonio.

El coronel Leary ni siquiera ríe el chiste, sino que una vez el letrado ha desaparecido de su campo visual y vuelven a quedarse solos, regresa al asunto que había dejado en suspenso antes de acomodarse en la sala del hotel.

–Le diré una cosita; me interesa confraternizar con nuestra sobradita, me refiero a la Vallejo. Esa gran pendeja me hace cosquillas en la tripa, ¿sabe usted?

El gordo entra en la conversación desplegando una sonrisa de complicidad.

–La Vallejo es un monumento a la belleza, lo reconozco. Esa mujer tiene unas gambas preciosas, coronel. Ya le digo. Bueno, ¡qué caramba! Lo cierto es que la tal es una belleza como hay pocas.

–Sí, ya lo creo que es bastante linda esa pendeja. Muy, pero que muy atractiva. Ya lo creo que sí –carraspea, bebe un trago de whisky, deja el vaso en el posavasos y al hablar de nuevo, lo hace como si estuviera recordando–. Esa pendejaza se me prendió como las moscas a la miel, ¿sabe usted? ¡Caracho con nuestra pendejaza! La muy… me fastidió la vida, esa hija de su madre. Mucho problema me causó esa sabidilla del carajo. ¡Ya lo creo que me causó muchos problemas! Sí señor. En más de una ocasión estuvo a punto de amargarme la existencia. Esa sujeta me debe muchas, caracho, claro que me debe muchas. Y usted, ¿qué opina de este temita, ah?

–Bueno, coronel, ¿qué quiere que le diga? –trata de evadirse del problema el gerente Vittachi.

–Usted recordará sus famosas campañitas contra mi persona en su canal. Sí, caracho, esa sobradita se me empaló bien feo, ¿no es cierto?

–Así es, coronel. Se le prendió bien feo la Vallejo. Ya lo creo.

–Bueno, lo que pasa que eso sucedió hace mucho tiempo, y ya como que lo olvidé. Lo que ahorita cuenta es que la fortuna ha mudado de barrio y de nuevo juega a mi favor. Pues a partir de hoy, yo más bien pienso que me corresponde repartir los naipes a mí. Ni más ni menos, caracho. ¡Estofadita me como la paloma!

Vittachi vacila antes de preguntar acerca de lo que ha planeado en el tema de la Vallejo. En el fondo de su corazón teme que el otro le salga con una de sus geniales ideas. Ideas que, por regla general, terminan de mala manera para quien las padece. Medroso y preocupado, objeta:

–La Vallejo ahorita está bien protegida. Me dicen que es la engreída de la familia Arenas, coronel.

–¡Qué tanto me interesa! No creo que esos santurrones tengan gusto para saborear el cebiche bien sazonado, si puras hostias tragan nomás.

–Che, coronel, es mejor no bromear con unos temas tan sagrados.

En lugar de apearse de su idea fija y dejar un interrogante en la mente de su empleado, el coronel Leary le viene de frente con una de las suyas:

–Usted dirige Limavisión, ¿no es cierto? Nada más quiero decirle. Sírvamela, pues, y en bandeja de plata. La salud le va en el negocio. Arrégleselas como pueda, pero invente un enredo de los suyos y que esa sujeta se me ponga a tiro. Ya puede ir pensando cómo lo hará, porque no volveré a repetirlo más veces, ¿me sigue?

Es obvio que lo que le plantea el coronel Leary no admite réplicas, y el gordo Vittachi lo sabe, lo sabe y lo teme. Si de cara a su jefe finge que celebra la ocurrencia, es consciente de que el mandato que ha dejado latente en ningún sentido es para tomarlo a broma. Si alguna duda alberga al respecto, le basta con recordar cómo actúa su jefe y repasar su participación personal, directa o indirecta, en el diseño y puesta en marcha de campañas difamatorias en contra de la respetada estrella de la televisión peruana. Si entonces sufrió como un condenado y llegó a granjearse las antipatías de sus colegas y de la opinión pública, « la genial» ocurrencia de Leary y lo que ello implica es como para echarse a temblar.

Leary le observa con atención mientras trota escaleras arriba. El corpulento cuerpo del turco parece sofocado dentro de su terno oscuro y ajustado. Los botones nacarados de la americana resisten a duras penas la presión. La sensación de constricción aumenta el efecto de angustia que le produce el saberse objeto de la mirada crítica de su jefe. ¡En que maldita hora le entró al coronel la insensatez de fijarse

en la Vallejo y meterle a él en sus embrollos!

Si el doctor Ledesma ha huido de la sala en forma de pecera soltando cuescos, Vittachi no le va a la zaga; tan angustiado se siente que acelera sus andares de pato, nota una punzada dolorosa en el pecho y le embarga la sensación de que el ánimo y «otras cosas menos nobles» se le escapan por el trasero.

El esfuerzo de remontar los peldaños le resulta descomunal, tanto por la rémora de movilizar sus copiosas grasas como por la ansiedad que fermenta en su ánimo. Pero lo peor es que nota físicamente clavadas en su espalda las vistas de su jefe. Esto último por sí mismo es suficiente para acicatearle a salir huyendo a galope tendido.

–18–

El coronel, acaudalado empresario, capo del lavado de activos financieros y máximo exponente peruano en el negocio de la cocaína, Faustino Leary, sonríe al ver cómo ha escapado su empleado. Antes de haber transcurrido diez segundos de su lamentable fuga, pasa de él y regresa a sumergirse en sus meditaciones. Espera en silencio durante una hora, aislado y distante. El universo alrededor de ese controvertido personaje, es como si girase al ritmo que imponen sus deseos.

Desde hace muchos años ha asumido, como artículo de fe, que la existencia es demasiado breve; que la dicha perpetua del Paraíso celestial es absurda tomarla en serio. Lo que a uno le ofrece la vida es menester gustarlo abajo, entre los mortales.

El edificio de sí mismo lo construye a la medida de sus apetencias. Su ética personal muy poco o nada tiene de común con la que impone la mayoría. Para un hombre de sus hechuras, el mundo está apestado de ciudadanos roídos por el egoísmo, gregarios, perezosos, amedrentados y reos de sus temores inconfesables y sus vacilaciones. Más allá de los reveses y de los despintes con que el destino parece empeñado en ponerle a prueba, ha demostrado un especial empeño en imponer su voluntad a la manera de lo que le interesa.

Entre otras virtudes o defectos, es un hombre que no teme las contrariedades y enfrenta las adversidades cara a cara. Es espartano por naturaleza. La tendencia a lo sensitivo en ningún caso le ha nublado la razón ni conforma el flanco débil de su personalidad. Antes bien, el que le atraigan las mujeres hermosas acentúa el incombustible afán de dominio. Este afán, en cierto modo, sí podría convertirse a la larga y en lo que respecta a Nora Vallejo, en una obsesión de consecuencias imprevisibles.

En su dietario figuran frases del tenor de: «El riesgo hecho costumbre, vuelve inocuo lo terrible. El miedo se apodera de las mentalidades débiles, debido a la fatiga que provoca defenderse del

miedo. A la larga, la indiferencia frente a cualquier hecho por muy trágico o sublime que parezca, es la mejor manera de disfrutarlo o, en el caso contrario, de superarlo». Esos son los baluartes reducidos a la mínima expresión de su filosofía de afrontar la existencia. Equivocado o no, su doctrina le sirve para seguir siendo el tipo implacable que domeña a sus rivales y destripa a sus enemigos. De igual modo, es consciente de que despierta muchas fobias y la repulsa de las buenas gentes embadurnadas de moralina maniquea. Por supuesto que lo que opine la gente le interesa un comino. Al fin y al cabo, no es un apestado al que lo desprecian sin más.

Los «nobles» ciudadanos que enseñan a sus hijos a que jamás sean como el todopoderoso narcotraficante, en el fondo entregarían el alma al diablo y venderían sus conciencias por alcanzar una migaja de lo que él es y lo que representa. La falta de fe en la raza humana tampoco le impide esporádicos rasgos de piedad en favor de criaturas relegadas de la fortuna.

En lo que respecta al antiguo jefe de Aduanas en el Puerto de El Callao, acaudalado hombre de negocios, emprendedor exitoso, accionista de medios de comunicación, etc., reconvertido a capo del ilícito de la droga, el contrabando de joyas, capitales y el tráfico de armas, la partida del «poder» se juega en otro terreno, entre otros jugadores que usan de unas reglas que deciden el presente y el futuro de los unos y los otros.

Leary asumió desde muy joven que siempre debería posicionarse a la vanguardia del bando de quienes son protagonistas de su destino y del de muchos más.

La más brillante lección para alcanzar sus metas se la dictó uno de sus mejores instructores militares, un hombre grandote, tosco y rudo en apariencia, aunque dotado de una fortísima personalidad, el teniente Anselmo Molinero. Si su recordado instructor era rudo y cortante en su manera de expresarse, también era un hombre íntegro a carta cabal y de una lealtad a prueba de bombas.

Su instructor militar le dejó una lista de consejos que él nunca ha olvidado y que procura cumplir a rajatabla: «Aunque aparentemente todos los que te rodean sirvan a la misma causa, cada uno luchará por lo que sienta más cercano a sus intereses. No impongas la lealtad, haz que se sientan obligados a ella. Escucha a quien tenga algo que aportar, pero elude tanto al que envenene tus oídos como al adulador. Si has de elegir un camino, debe ser el que tú quieras, no el que otros te impongan. Piensa bien si haces las cosas porque eres decidido o en realidad actúas como los demás esperan Si un día tienes que dirigir a gente que haga lo que tú ordenes, cuida cada paso que des, pues no será tuya la caída, sino que arrastrarás a todos los que confiaron en ti. El peligro no te debe importar demasiado, aunque es preciso evitarlo

«cuando sea innecesario». Un buen soldado no puede tener sentimientos ni remordimientos o está perdido. Elimina el perdón y la pena de tus decisiones. La fuerza de un soldado no está en sus brazos, está en su interior. Has de ser el más fuerte y el más listo. Para evitar que te destruyan has de destruir tú y hacerlo con inexorable precisión. Debes conocer al enemigo tanto como te conoces a ti, anticipar sus movimientos, no basta mover los brazos como si quisieras ahuyentar a las moscas. Si portas un puñal en la mano, hay que saber dónde clavarlo, encontrar el resquicio mortal. Lo importante de una pelea es el resultado, no lo olvides. No hagas exhibiciones inútiles, empléate a fondo de principio a fin. Tratándose de derrotar al enemigo, tan importante es la astucia como el arrojo. Todos tenemos un flanco débil. Protege el tuyo y adivina el de tus oponentes. Y jamás des muestras de flaqueza. Si titubeas, te atacarán. Existen muchos motivos para morir, no mostrar valor es el primero. Más duro que morir es estar siempre temiendo la muerte. La vida se escapa rápidamente, goza lo que puedas de ella mientras seas joven, pues huye al galope y la vejez es una carga pesada. Lo único que salva a un viejo es que puede hacerse más sabio con la edad, si es capaz de sacar tanto provecho de la dicha como de las tribulaciones».

La preparación que le brindó el teniente Anselmo Molinero, su recordado instructor militar, iba más allá de la supervivencia en el combate, aunque a veces no le prestara demasiada atención, sus mensajes calaron hondo y le han resultado de una inestimable ayuda cuando se ha visto obligado a enfrentarse a muchas y muy difíciles situaciones.

El coronel Faustino Leary, en resumidas cuentas, reconoce que ha madurado como ser humano, siendo fiel a sus principios, mamando los consejos de los hombres más sabios que ha conocido; eso, si, siempre ejercitándose para ser lo que esperaba de sus talentos y capacidades. La percepción de las causas intermedias, morales, se reduce al uso que del bien último conviene hacer. Según opina, el hombre desprovisto de los atributos del poder, es una insignificante criatura que busca dignificarse sobre la base de normas de protección colectiva.

El poder es el goce en sí mismo, que no la perpetuación que lo debilita. La noción de lo inmediato por encima de lo permanente, constituye el secreto de su preponderancia y dominio. El coronel Faustino Leary ni siquiera ama el dinero, tampoco el lujo, menos aún el despilfarro del cual alardean sus cercanos. El dominio de la situación en su esencia, el sometimiento de fuerzas antagónicas, el quebrantar resistencias irreductibles en apariencia, son los hitos de la voluntad de poder que guían sus pasos. Lo psicológico en su forma de entender la realidad cotidiana de las sociedades y de los humanos, es

pura filfa. En los procesos de las transformaciones sociales, ningún lugar hay reservado para lo psicopatológico, que al fin conforme opina, reduce a la vulgaridad de los mediocres las causas superiores.

Hitler fue un imbécil porque no acertó a conferir a su doctrina la envoltura trascendente que le hubiera permitido alcanzar la victoria de sus ideas y de su patria. Stalin fue un débil mental, porque estaba incapacitado para culminar su revolución, pues equivocó poder en abstracto con el más bochornoso culto a la personalidad. Napoleón se asomó a la gloria y sintió pavor. Los auténticos baluartes de la historia son, en lo que corresponde a la percepción de Leary, los generales rusos que derrotaron a Hitler, los ideólogos que derrumbaron a Stalin y los miembros de su propia familia, en especial las mujeres, que debilitaron a Napoleón.

La gente comenta de él que es un delincuente, un narco, un «lavador de capitales», un traficante de armas, un extorsionador, un salvaje sin escrúpulos de conciencia. Eso opina el populacho ignorante, en tanto él sigue estando en primera línea de combate. Ah, claro, muchos de los que sueltan pestes de él, comen y beben a gusto los licores y las viandas teñidos de sangre.

De cada uno de los pecados en los que es reincidente, al menos no está tarado con el de la hipocresía. En sus delirios o en su misérrima condición, es tal cual es. Los despintes y los éxitos los asume con la indiferencia con la que en el fondo asume los episodios inconfesables de su trayectoria vital. La capa de indiferencia desdeñosa que cubre su rostro más auténtico, para nada merma su disposición de ánimo ni lo debilita en el acecho, en la caza y en el goce.

Se trata, en definitiva, del disfraz que enmascara su genuina personalidad. Al igual que les sucede a las personalidades controvertidas de extraños perfiles, la imagen que la mayoría de los peruanos se ha formado de Leary, se transforman a cada segundo, son siluetas chinescas siempre cambiantes bajo el efecto de sentimientos contrarios. Empero, su yo auténtico, el de criatura mortal sometida a los padecimientos, a las dudas y a los miedos, es absolutamente desconocido. De ahí su fachada de dominador. De ahí el temor que inspira a sus adversarios.

* * *

Regresa la gringa de los bellos ojos azules a la sala en forma de pecera y ronronea al retortero del coronel, como una gata en celo. A pesar de que le sonríe y le ofrece los labios y el cuerpo, Faustino Leary pasa de ella, la ignora. La extranjera, más bien desanimada, determina plegar velas y conformarse con disfrutar el sabor de una copa colmada de pisco reconstituyente. Transcurridos unos segundos, como si le hubiese picado un insecto, el coronel Leary da un respingo; retira la

silla; abandona la sala y trepa escaleras arriba. Los periodistas que han asistido al agasajo ofrecido por el representante de la actriz Jackie Roblins, hace un buen tiempo que se han hecho humo.

En vez de dirigirse al mostrador de recepción, el coronel Leary entra al aseo para caballeros. En la puerta le intercepta un elegante maduro de pelo cano, el cual ha bebido en exceso, puesto que avanza a trompicones, le saluda de un modo demasiado efusivo y le invita a que le acompañe en el trago.

–Le invito a un whisky, mi estimado coronel.

Aun cuando es obvio que le incomoda la interrupción de la que está siendo objeto, Faustino Leary se cuida de expresar irritación o molestia. Una vez que se lo quite de encima, reanudará su camino sin más, procurando no desairar al borrachín. De suyo es que jamás ofende gratuitamente ni le agrada sumar más enemigos de los inevitables. Entre la duda y el fastidio, prefiere ofrecerle una sonrisa condescendiente y responde al borracho echando mano de una excusa:

–Ahorita me es imposible aceptar su invitación, amigo mío. En nada estamos compartiendo un vaso de whisky escocés, en vez de las pócimas infernales que sirven en los hoteles.

El borrachín parece empeñado en que los camareros traigan para el coronel el más delicioso, una malta de más de quince años importada de Escocia y que es obligado beber con reverencia.

–Perfecto, amigo. Esta misma noche nos estamos viendo. Ahorita me es imposible atender su invitación.

Reitera Leary desde el interior de los excusados. Así que evacua aguas, deja atrás los servicios higiénicos despreocupándose del borrachín, el cual parece haberse quedado atascado en el baño de caballeros.

Detrás del mostrador de recepción, dos uniformados con el emblema de la empresa operan en los ficheros y un mestizo flaco de pelo pincho contesta al teléfono en un inglés deprimente. Leary intercambia una seña con sus guardaespaldas que se han hecho visibles saliendo de la «nada».

–Oiga, amigo, pásele la voz a la señorita Rosell, Natalia Rosell. Dígale a la señorita Rosell que el coronel Leary desea conversar con ella.

Ordena al que conferencia en inglés, que interrumpe la conversación decidido a objetar en contrario. El amago de protesta del recepcionista lo cortan de cuajo los escoltas del coronel, al regalarle sendos frunces de ceño. Antes de que la boca del recepcionista haya atinado a emitir una guturación, los tres dan media vuelta y se cuelan en el ascensor. Se apean en la séptima planta y a pasos raudos recorren el dédalo de pasillos acolchados, hasta que localizan la puerta en cuyo dintel resalta el número 712.

Leary tamborilea varias veces, a pesar de que en el pomo cuelga el cartel con el mensaje de «no molestar». La voz enojada de Natalia Rosell traspasa la hoja de madera, brotando desde el interior de la habitación:

–No molesten.

–Le habla el coronel Leary, señorita. Es un segundito. Abra, por favor.

Se produce un silencio denso y pesado. Los dos gigantones toman posiciones a uno y otro costado de la hoja de madera. Son tan altos que de abrirse la puerta casi tendrían que agachar la cabeza al entrar.

Suenan los chasquidos de la aldaba de seguridad. Apenas Natalia asoma la nariz a la rendija de la hoja de madera entornada, los dos brutos propinan un violento empujón a la puerta, irrumpen en la habitación y se arrojan contra la mujer. El violento empellón estampa a

Natalia contra la pared. Los gigantones sueltan a Natalia y en un par de zancadas atraviesan el vestíbulo y se plantan en la alcoba. Leary cierra la puerta a su espalda y atrapa a la mujer por los brazos y la sujeta fuertemente. El ataque ha sido tan virulento e intempestivo, que a Natalia no le ha dado tiempo para reaccionar.

Cuando intenta defenderse es demasiado tarde. Incrédula, furiosa, los ojos echando chispas, el cabello en desorden, trata de sobreponerse al atropello, se retuerce, suelta pateaduras y escupe insultos contra su agresor.

–¡Suéltame, desgraciado!

–¡Quieta, carajo!

–¿Qué miércoles te pasa? ¡Hijo de puta! ¡Suéltame! ¡Cholo mierda! ¿Qué atropello es éste?

–Hey, hey. ¡Ahí, nomás, carajo! ¡Cierre esa boca de una maldita vez!

Leary aprisiona a Natalia de los brazos con fuerza. Ella se retuerce, pugna con el cuerpo intentando liberarse. Su resistencia es tan tenaz que Leary se ve forzado a batallar de lo lindo hasta inmovilizarla. Natalia está indignada, rabiosa e impotente. A Leary le encandilan la crispación de los brazos que oprime y el agarrotamiento del cuerpo femenino, previo al estallido de furia.

–¡Suelta! ¡Cabrón de mierda! ¡Suéltame, te digo!, ¡Hijo de perra! ¡Maldito cerdo! ¡Suéltame, pedazo de mojón podrido! ¡Suelta, bastardo de porquería!

Los dos forcejean cuerpo a cuerpo unos instantes. En vista de que es imposible zafarse de los garfios que atenazan sus brazos, ella alza el pie y busca los testículos de su agresor y éste repele el impacto pegándose a ella. Como las patadas no hacen mella en Leary, crispa los brazos y trata de hincarle las uñas en el pellejo. Los dos prolongan

la pugna unos instantes más. Ella decidida a liberarse; él tratando de repeler los arañazos, las pateaduras y mordiscos.

En la habitación suenan voces, golpes y a los pocos segundos se hace el silencio. Un minuto después, uno de los gigantones entra y sale de la alcoba, rebusca bajo la cama, en el armario ropero y en el baño.

–¡Qué atropello es éste! ¡Carajo!

Gruñe el mayor Adolfo Farrel, al cual el asalto de los victorianos le ha pillado por sorpresa, tendido en el lecho, adormecido, con los brazos bajo la nuca, vestido con un polo blanco de algodón y unas bermudas de color azul celeste. Al percatarse de lo que sucede, efectúa un ágil escorzo y se apresta a enfrentar a los que allanan la habitación. Apenas apunta el ademán de incorporarse e ir en busca de su americana arrinconada en el respaldo de una de las butacas, uno de los gorilas le propina un manazo y lo estampa de nuevo encima de la cama.

–Ahí, nomás, pues, compadre. Si se aloca y nos hace problemas, ahí nomás agarro el fierro y le reviento la cabeza de un plomazo, ¿lo pilla, ah?

Farrel contrae el ceño en un gesto de furia a causa de la afrenta que le inflige el gigantón negro. La pistola que su captor le ha colocado a un palmo de la frente pone de manifiesto la gravedad de la situación. En el siguiente movimiento deja caer su cuerpo a plomo en la cama, a la par que se maldice por el exceso de confianza y porque no ha sido lo bastante diligente para tomar las debidas precauciones. Le han atrapado en bolas y ahora es imposible acudir en auxilio de Natalia. Si al menos hubiera dejado al alcance de la mano la pistola, les habría volado la cresta a balazos a esas dos bestias inmundas.

El gorila que le contempla desde arriba muestra unos dientes amarillos y unas pupilas hechas para odiar, aunque también una cara de lerdo, huérfana de astucia, según lo que opina Farrel. Sin pensárselo dos veces, mete un respingo y le atiza un certero puñetazo en el hocico. El gorila tuerce la jeta, lanza el arma por los aires y se desmorona, arrastrando en la caída la bandeja del desayuno instalada sobre la mesilla de noche. Antes de que Farrel salte de la cama y atrape la pistola del victoriano, el otro se le anticipa en dos zancadas y lo encañona con su revólver. Si las muelas del caído son amarillas, las de éste son verduzcas, descomunales.

–Alto ahí, maestro. Cuidado, cuidado. Quieto. No me fastidie. Eso es. Quietecito, nomás. Sería una lástima teñir de sangre esas lindas frazadas. ¡Tiéndase en la cama! Ya, pues. ¿A qué espera? ¡Vamos, vamos, vamos! Así. Eso es. Cuidadito, o…

El herido resopla como una vieja cafetera. Se retuerce de dolor en el piso. Hace el intento de incorporarse, trastabilla, cae de bruces encima de la bandeja, manotea e intenta incorporarse por segunda

vez. Así que lo consigue, se tambalea, afirma los pies, escupe al piso, jadea, se lleva una mano a la comisura de la boca, debajo de la nariz, de la que resbala un hilo de sangre. Vuelve a soltar un esputo de sanguaza y le clava una mirada de odio a Farrel, dispuesto a arrojarse contra él, y romperles la cara a trompadas.

El otro se agacha, recoge la pistola de su compañero y se la entrega. Entre resoplidos y escupitajos, el gorila herido masculla:

–¡Hijo de p…! Me entran ganas de pisarte las tripas y aplastarte la cabeza. ¡Hijo de puta!

En ese ínterin, Leary irrumpe en la alcoba arrastrando a Natalia presa de los brazos. Sin cesar de forcejear, le propina un aventón y la arroja encima de la cama, al costado de Farrel. Natalia suelta pateaduras al aire, enloquecida de dolor y de corajina. Después de rebotar en el colchón, Natalia se rebulle en la cama, dirige la vista hacia la dirección donde se encuentra Leary, tan furiosa que apenas es capaz de articular una palabra. Cuando acierta a serenarse en parte y contener la corajina, frunce el ceño y le arroja una mirada de odio al rojo vivo.

Al percatarse de que uno de los gigantones victorianos se acerca hacia ella y hace el ademán de propinarle un manotazo. Natalia abre mucho los ojos, siente deseos de escupirle en la boca. Al final relaja la tensión, se deja caer desfallecida en la cama. El gorila del revólver termina su acción estampándola de un empellón en la almohada.

–Ya está bien. Quietecita o le suelto un manazo, ¿entiende usted, señora?

El gigantón parece decidido a bajarle los humos a bofetadas, obligándola a ceder y replegarse.

–Eso es. Relájese. Sería una pena emplear métodos contundentes con usted, señora. Ahí, nomás, y quietecita, ¿okay? –sugiere Leary, en tanto retrocede un paso–. Es usted muy porfiada, caracho.

Así que parece haber controlado la situación, el gorila victoriano afloja la presión sobre Natalia Rosell. El coronel Leary arruga la nariz, acopia aire en los pulmones y lo expulsa a resoplidos, para serenarse y contenerse. Antes de hablar, repasa a los dos de la cama, frunce el entrecejo, carraspea, hace una mueca de enojo a la mujer y echa al militar una mirada cargada de desdén o de menosprecio.

Por su parte, Farrel le sostiene la mirada. Sus ojos son los de un hombre ultrajado que pretende llevar a su máxima expresión la furia de sus sentimientos y el rencor, aunque también asoma a su rostro, sin poder impedirlo, la perplejidad y el desconcierto.

–¡Malditos sean todos ustedes! ¡Ojalá se pudran en el infierno! ¡Desgraciados, bastardos, cholos de mierda! ¡Malditos sean mil veces, cerdos de porquería! ¡Hijos de puta! –exclama Natalia Rosell, enojadísima.

El coronel Faustino Leary pasa de los exabruptos, las imprecaciones y las protestas de la gringa. Consulta su reloj de pulsera. Arruga la frente al constatar que sus planes llevan unos cuantos minutos de retraso. Le tranquiliza en parte el convencimiento de que es difícil que alguien los interrumpa. Hace un ademán al victoriano herido y éste cierra la puerta de la alcoba. Leary abarca con la vista de un recorrido cada detalle de la estancia y a quienes en ella se encuentran encerrados.

–Tiéndanse en la cama. Juntos los dos. Las manos sobre la almohada, donde yo pueda verlas. ¿A qué esperan? Así. Bien, bien, bien. Eso es. Mejor dejar las cosas como están, ¿no es cierto? Yo espero y deseo que no cometan la torpeza de alocarse, porque… Sería una lástima tener que emplear medios más «contundentes» contra ustedes dos. Lo digo de verdad.

Natalia Rosell y Adolfo Farrel obedecen a regañadientes las órdenes del coronel Leary. Tampoco están en condiciones de plantear una resistencia heroica pues el de las muelas verdes los mantiene a raya con el revólver apuntándoles. A una señal de su jefe, acomoda el arma en el cinturón, a la altura del riñón izquierdo. Sin más ceremonias reanuda la inspección de las pertenencias de los amantes.

–Señorita Rosell, yo le pido que nos disculpe por habernos comportado de modo un tanto descortés con usted. Le confieso que me fastidia haberme visto obligado a adoptar unas medidas tan desagradables, créame. Hubiera sido más conveniente para todos que usted me hubiese concedido una entrevista, ¿comprende? Si no fuese tan poco amable y se hubiera dignado atender mis reiteradas peticiones para dialogar, ahorita estaríamos manteniendo una conversación relajada y amistosa.

Natalia se incorpora sobre un codo. Le echa una mirada de odio al rojo vivo y amaga con lanzarle un escupitajo o írsele encima.

Leary esboza una sonrisa engañosa y apunta un mohín imperativo, aun cuando pretenda ser de cortesía:

–Ahí, nomás, señorita. Tranquilícese, por favor. Tranquilícese, amiga mía. Ya, pues. Eso es. Muy bien por usted. Me parece incorrecto lo que intentó hacer. Es impropio de una dama elegante y refinada dárselas de pendeja. ¿A qué viene ponerse tan furiosa? Le aconsejo que no vuelva a empalarse. Se lo aconsejo por su bien. Relájese. Le queda muy feo alterarse. Una mujer de su condición, en ninguna circunstancia y bajo ningún concepto debería perder sus modales. Le sienta fatal esa morisqueta de rencor en una boca tan linda. Me extraña que una dama tan delicada como se supone que debería ser usted, se comporte como una chola vulgarota. ¿Qué opinaría su papá?

–¡Hijo de perra! ¡Mal nacido!

Los escoltas advierten que Farrel tensiona los músculos y hace un

amago de incorporarse, por lo que avanzan un paso en su dirección. Adolfo Farrel contrae el ceño y concentra toda su atención en esas dos jetas de asnos apestosos. Es tanta la frustración y tanto el bochorno, tan mancillado siente su honor como militar y su estima como hombre, que sería capaz de matarlos y despellejarlos con el poder corrosivo de su rencor y el fuego de su mirada. Si no es en ese momento, lo será a su debido tiempo; pero sabe que terminará con Leary y sus perros de la calle y se reivindicará ante su idolatrada Natalia. Cada cosa a su tiempo.

Por su parte, Natalia parece encontrarse al borde de la desesperación; gime el fiasco entre dientes; se encoge sobre sí misma, resignada a lo que Leary y sus matones les deparen. Apenas si le resta ánimo para recomponer la figura lo mejor que puede y retirarse los cabellos pegados a los párpados, la frente, la nariz y la boca.

–Ahí está, eso es. Muy bien, pero que muy bien. Celebro que sea usted una mujer sensata y que reconozca lo inconveniente de su proceder. Me fastidia, le repito, haberme visto obligado a tomar unas medidas un tanto «contundentes». Bien, bien, bien. Espero y deseo que usted y yo podamos hablar bonito y llegar a entendernos. Verá, señorita Rosell, como quizá sepa, su papá y yo compartimos algunos negocios, ¿sabe usted? Pues de eso quería conversar con usted. Bien, reconozco que me apena que en el testamento de su viejillo no estuviera incluida usted. ¡Ya lo creo, caracho! Es usted una mujer muy bella, inteligente y corajuda. Yo más bien pienso que una dama tan distinguida y con empaque de gran señora, como es el caso de usted, vino a este mundo para lucir el palmito en desfiles de moda, fiestas y recepciones. ¿Qué le parece? Me considero un caballero, aunque usted opine lo contrario. Por eso es que me tomo la molestia de acudir a visitarla, aun cuando sea a este sitio. Me cuesta un mundo entender a qué es debido que se venga negando una y otra vez a conversar conmigo, señora. Que yo sepa, generalmente me comporto con las damas como el caballero que soy; de verdad se lo digo. Yo creo que he insistido demasiado y para nada. Estoy intentando hablar de unos negocios importantes para usted. ¿Cómo es, pues, que se viene negando a conversar conmigo? ¿No me responde? De acuerdo, allá usted. Bien, bien, bien. Le diré, pues, que estoy obligado, como socio que fui de su papá, a velar por los negocios de usted. Sobre todo, en primer lugar, habrá que hacer lo que sea necesario para impedir que llegue a marchitarse prematuramente su belleza… Yo más bien opino que usted está cometiendo un tremendo error si se empeña en permanecer recluida en el monte, rodeada de cholos ignorantes y de animales…

Se incorpora de un respingo y expresa mientras recorre la habitación a pasos cortos y lentos, con los brazos cruzados al pecho.

–Deseo, pues, explicarle cuáles son mis intenciones, ¿de acuerdo? Hey, hey, tranquila, pues. ¿Se está viendo? ¿Cómo es que hace ese gesto de amargada? Le sienta muy mal. En fin, yo vine acá a tratar de negocios. Es más, me atrevería a afirmar que podemos conversar de un negocio muy suculento. Vayamos al grano, ¿le parece? En menos de un mes usted recibirá una sabrosa suma de plata. Pongamos quince millones de dólares, que le ingresaré en una cuenta en un banco del Gran Caimán, en Suiza, en Miami o en el lugar y el banco que usted decida. Hablo, le repito, de quince millones de dólares americanos. ¿Le parece correcto? A cambio, mis socios y yo le compramos la hacienda «El Cóndor», la hacienda de «Los Álamos» en Panamá, un tambo que creo que está en las proximidades de Bogotá y una que fue de la madre de su padre, ubicada en la provincia de Sullana que seguro que usted ni la conoce…Un pampón de arena y piedras me dicen que es. Tierra reseca, bejucos, carrizos y montes de algarrobos debe ser… «La Chira» me dijeron que se llama. Aparte de la plata que le mencioné, le reservamos una participación accionarial importante en el Paradise Center, en San Isidro. ¿Qué le parece? Ese sí es un negocio apropiado para una dama de su condición. Ahí encontrará joyas, ropas exclusivas… Si le apetece, podrá organizar fiestas, desfiles de modas o lo que le interese. Otro temita. Como acabo de decirle, me preocupa su bienestar, señorita, ya lo creo que me preocupa. Tan es así que no me inmiscuiré en sus asuntos privados. Si le apetece podrá seguir al lado de «su mayor», o buscarse otro acompañante más respetable. A su nueva casa podrá llevárselo cada vez que le apetezca. Eso es más apropiado para una dama de su categoría, que citarse en las habitaciones de los hoteles, como si fueran amantes clandestinos. Ah, claro, lo había olvidado, así que desocupe la hacienda «El Cóndor» podrá trasladarse a residir en la mansión Gambini. Es decir, al domicilio actual de nuestra famosa actriz, la bellísima Jackie Roblins.

Concluido el parlamento, Faustino Leary regresa a sentarse. A Natalia le pasma el cinismo del que alardea el coronel. Lo está viendo enfrente, el rostro hermético, los ojos oscuros, el pelo entre gris y canoso…y no da crédito a lo que está viendo. ¿Quién es ese sujeto que ha irrumpido en su habitación por la fuerza, les amenaza y ahora pretende ejercer de su benefactor? ¿Por qué habría de tenerle miedo? Ese individuo se jactará de duro, pero es muy poca cosa: ha tenido que servirse de sus matones para sojuzgarla. A pesar de la fama de sanguinario, en realidad es un cobarde, peor que el más despreciable de los insectos. Sin los dos asnos que le obedecen, ¿se hubiera atrevido a cometer el atropello que ha cometido?

Natalia le hace un mohín despreciativo, frunce los labios y relaja la mandíbula inferior. Ha recuperado en parte el ánimo y determina pasar a la ofensiva al esbozar una sonrisa despectiva. Muy despacio,

tranquila en apariencia, replica:

–Señor Leary, es usted chistoso. ¿Es que me toma el pelo de imbécil? Irrumpe con sus perros mohosos en mi habitación; nos atropellan; nos agreden… ¡Y me viene con ésas! Es usted un cínico y un miserable. ¿Sabe una cosa? No me asusta usted, ni le tengo miedo. ¿Está viendo mis brazos? Me los dejó lastimados. ¿No le da vergüenza? ¿De qué va usted, señor? Pretende presumir de caballeroso y que me hace un favor… ¡Adónde se vio tanto derroche de cinismo y desvergüenza! ¡Váyanse al infierno usted y esos dos perros de la calle que lo protegen! ¡Ni la chola más perra de la calle querría tratos con un sujeto tan cobarde, que entra en casa ajena a punta de pistola y en compañía de sus matones! Ni redaños tiene para hacer las cosas por sí solito, como un hombre de verdad. ¡Váyase al infierno! ¡Métase al trasero sus millones! ¡Ni los quiero ni los necesito! En cuanto a lo de estar con animales, muy equivocada estuvo su madre en no criar un chancho, en lugar de engendrarlo a usted.

–Lamento provocar en usted unos sentimientos tan desagradables. –Lárguese de una santa vez y déjenos en paz, ¡viejo narco repugnante!

El coronel Leary se remueve nervioso e irritado, dispuesto a terminar cuanto antes la conversación con la hija y heredera universal del general Rosell. Una mujer de la que es consciente que podrá llegar a ser una fuente de problemas a nada que se lo permita. Por primera vez en lo que dura el incidente, sale de su aparente impasibilidad, controla la incipiente sonrisa que había comenzado a dibujarse en sus labios; acto seguido se incorpora de un salto, avanza un paso, arruga el entrecejo en una mueca infernal y ladra, en el límite de su voz:

–¡Ya está bien, ya está más que bien! Ahí, nomás. Ya está más que bien. Cuidado, cuidado. Si se le ocurre fastidiarme, me obligará a tomar medidas más «contundentes», se lo advierto. Estoy siendo muy condescendiente con ustedes. Pero están a punto de agotar mi paciencia y mi buena voluntad.

Avanza otro paso y se acerca a la cama, se agacha, le clava una mirada casi ofensiva y acentúa la expresión de maldito. Natalia siente en sus fosas nasales el hedor del aliento a dragón del narco Leary. Aun cuando está temblando de miedo por dentro, le sostiene el reto sin parpadear, frunce el ceño y le hace un mohín de repugnancia nada amistoso.

–¡Puta madre! ¡Ya se terminó la bromita, carajo! Escúcheme y preste toda su atención, porque no volveré a repetir lo que le digo. Usted hará lo que yo quiero. ¿Sabe por qué? Porque tiene dos hijos menores. Sus pequeños hijos estudian en el Colegio George Washington, el colegio americano, ¿no es cierto? Pues vaya tomando nota. ¿Qué le diga? Un accidente… de carro… Una bala perdida… Eso le pasa a cualquiera. En fin. Usted sabrá. ¡Ya está bien! ¿Entiende? Ni

se le ocurra volverme a fastidiar, porque se arrepentirá para siempre.

Todos los que se hallan en la habitación se han quedado paralizados y en silencio. La voz del narcotraficante y coronel Faustino Leary es tan clara como el cristal y tan amenazadora como el chasquido de una culebra. Una chispa más de desesperación que de rabia, se ha prendido en el acto en los ojos de Natalia Rosell y un escalofrío de terror le recorre la espalda de arriba abajo. Las amenazas hacen temblar de miedo en cada una de las palabras que pronuncia y han hecho mella en el ánimo de Natalia.

Es ahí que empieza a ser consciente del peligro que les acecha. Asimismo, es consciente de que ese criminal que se ha atravesado en su camino y en el de sus hijos nunca amenaza en vano. La angustia se retrata en su rostro. El corazón le golpea en el pecho y en las sienes. Muy despacio, se deja caer abatida en el lecho y respira afanosamente. Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Por mucho que intenta reprimirlas, el temor, la impotencia, la rabia y el odio las hacen brotar en cascada.

Leary se incorpora. Retrocede uno y dos pasos. Les dirige una mirada despreciativa y la emprende con el mayor Farrel, al que apuñala con sus ojos rebosantes de rencor.

–¿Y usted? ¡Huevón de porquería! ¿De qué le sirvió dárselas de machito y voltear a mi guardaespaldas? ¿Se está viendo? ¿Cuánto tiempo imagina que le durará el pellejo encima de los huesos, si mete el hocico en lo que no le interesa? –le obsequia un mohín de menosprecio y se dirige a él tuteándolo–: Escucha, cholito, yo te conozco muy bien. Sé quién eres, cholito mañoso. Ándate con cuidado, porque conmigo de muy poco sirven tus alardes de machito de salón, ¿entiendes? Tú para mí no eres nada de nada, ¿me sigues, ah? Mírate. ¿Te estás viendo? Por muchas estrellas que luzcas en la casaca y por muy subdirector de la Escuela de Cadetes que te creas, eres muy poquita cosa para mí. Mírate, carajo. Te faltan talla y pelotas para hacerme sombra. ¿O es que imaginas que, porque te tires a esta pendeja, eres lo bastante macho como para cojudearme?

Con cada palabra que ha pronunciado, su voz se ha hecho más chillona y su rostro se ha ido transformando de un modo tal que más parece que estuviera endemoniado. Sus ojos echan chispas. Sus mejillas han enrojecido vivamente. Sus brazos están tensos y los nervios crispados… Para Natalia es una visión horrible.

El coronel Leary Retrocede otro paso. Se yergue de un respingo y grita con furia incontenible a sus dos rehenes:

–¿Quieren seguir fastidiando? ¡Bueno, pues, sea! Terminemos de una maldita vez esta vaina. Aprendan de lo que les pasó. Si me tocan las bolas, los dejo a los dos en la mera calle. ¿Me explico? Espero que me hayan entendido, de lo contrario, ahí nomás, en el Mercado de las

Pulgas me los veo como ambulantes. ¡Chucha madre! ¡Ya me aburrieron ustedes! Que no se les pase por la cabeza hacerme una mala jugada, porque me «los facturo a los dos a los infiernos», tal cual, así como lo estoy diciendo –efectúa una pausa, respira fuerte y regresa a encararse con Natalia–: Escuche, «señora». Digo lo de señora, no porque lo sea, sino porque respeto la memoria de su viejillo. Le concedo quince días de plazo. ¡Ni uno más! ¿Me entendió? Ahorita depende de usted, «señora». Cuando le venga bien a usted, antes de quince días, pasarán por la hacienda mis abogados a firmar los contratos. ¿De acuerdo? Espero que hayan aprendido la lección, porque igual como que no habrá una segunda oportunidad para ustedes.

–19–

El doctor Sergio Bolaños se siente suspendido en su camión sobre el vértigo de la circulación, el remolino de tricicleros y carretilleros y el flujo de viandantes. También se siente aislado del ruido y los olores de las frutas y las verduras de los puestos del gran mercado de La Parada, encerrado en su universo de recuerdos sombríos y turbulencias.

El camión que maneja esta mañana forma parte del Parque Móvil del Alto Estado Mayor. Lo suele utilizar como un medio de transporte más o menos oficial. Aparca delante de unas puertas de hierro y madera maciza. Pulsa el claxon varias veces. Tras una pausa y algunas maldiciones de un vendedor atorrante al que le obstruye el paso y al que Sergio Bolaños ignora, las dos puertas de hierro y madera maciza empiezan a abrirse. Hay dos fornidos estibadores dentro, mirándole, con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Se asoma a la ventanilla del camión.

–La señora Milagros Aponte me está esperando.

El más cercano asiente y se aparta a un costado. Sergio Bolaños conduce con cuidado, sorteando gigantescas pirámides de cilindros de metal, latas de aceite de recambio para autos, galoneras con productos químicos, seguramente fitosanitarios, montañas inmensas de neumáticos y embalajes conteniendo piezas de recambio para tractores y maquinaria pesada. Su manejo es cuidadoso, tanto para no chocar con las mercaderías como para evitar buscar con la mirada a su amante clandestina, la señora Milagros Aponte. Sería un grave error dejar que le traicionasen el latido de las sienes y la sequedad de la boca.

Al final del corredor central aparece una mujer de unos cuarenta y pocos años de edad, muy bien llevados, de estatura media, el cabello negro corto, de rasgos un tanto achinados, los ojos oscuros fulgurantes

y las facciones orientales. La mujer se encuentra de pie delante de una gigantesca pila de neumáticos de camión, tomando notas en una libreta de mano; con la expresión concentrada y los párpados entornados, envuelta en un perfume de leyenda, con el que Sergio Bolaños suele soñar a menudo. Un perfume que le recuerda a su tormentosa amante, Anna Brous y a su exesposa, Mary Elizabeth.

El rugido del motor del camión hace que la mujer mueva la cabeza. En un acto reflejo, sin retirar la mirada del hombre que maneja el camión, guarda la libreta en el bolsillo de su camisa y camina hacia él, mientras el recién llegado frena, apaga el motor y se apea de un salto. Enseguida descubre en esos ojos fulgurantes y en su expresión que ella mantiene el control de sí misma. En esta oportunidad deben tratar de negocios. Se encuentran delante de los empleados y se impone la discreción a ultranza. No debe acercarse a ella, abrazarla ni deleitarse con el aroma embriagador de su pelo.

Se queda de pie tieso como un árbol, delante de su camión, a la espera.

Ella luce un short corto y deja al descubierto unas piernas firmes, musculosas, bien perfiladas, de un color cobrizo brillante. El que vista de ese modo, ella que es una mujer muy apegada a las formas, es algo que en muy pocas ocasiones le ha visto hacer. Lo que está observando y lo que evoca, le produce un efecto singular e inesperadamente erótico a la vez. El cuerpo fibroso y el cabello corto le recuerdan a Sally Navarro, una chicana radiactiva, agente de la DEA, con la cual mantuvo unas tórridas, conflictivas y apasionantes relaciones sentimentales.

Eso fue en su etapa en la Universidad de New York, en particular, en Brooklyn, donde ambos compartieron inquietudes, un coqueto departamento y una feroz competencia por ser el mejor.

–Buenos días, Milagros, ¿cómo estás?

–Buenos días, coronel; estoy bien… ¿qué necesitas de mí?

–Que largues de aquí a tus empleados.

–¿Por qué me pides eso?

–Porque yo quiero hablar en privado contigo, Milagros.

Ella le sostiene la mirada, considerando si debe oponerse; aunque nada más sea por llevarle la contraria. En lugar de eso, se vuelve de repente y les ordena a sus hombres:

–El pedido está perfecto. Ya pueden comenzar a cargar el camión.

Milagros le hace una seña con los ojos y él la sigue por una escalera de peldaños de hierro y a través de una puerta que conduce al segundo piso. Atraviesan un angosto corredor hasta una pequeña oficina. Milagros Aponte deposita la libreta al costado de su computadora y se deja caer en una silla metálica.

–¿Tienes un cigarrillo? –le pide ella.

Sergio Bolaños saca uno, se lo coloca a ella en la boca y lo enciende con un fósforo.

–Me dijiste que querías que te hiciera un favor, ¿no es cierto?

–Sí.

Ella exhala una bocanada de humo, esperando.

–Ya lo sabes. Quiero que les busques acomodo con tu primo a mis dos protegidos.

–¿Son fugitivos de la justicia?

–Caracho, Mily, son mis protegidos. Uno de ellos conoce a tu primo Faustino Leary; dice que coincidió con él en el norte.

–¿Es militar?

–Ya no. Casi lo queman vivo los ecuatorianos, pero lo salvó a tiempo una patrulla de fronteras. En otro país nuestro hombre sería un héroe nacional. Acá los políticos y los militares se olvidaron de él.

–Ah, ya. ¿Y el otro?

–Estaban juntos en lo que quiera que hicieron.

–¿En lo que quiera que hicieron? ¿Cómo es eso?

–Yo no les pregunto; o les ayudo o no les ayudo, ¿comprendes?

–¿Y qué podría hacer mi primo por esos tipos?

–Me dijeron que tu primo recién llegó de Panamá; dicen que los jueces de la Corte Suprema «le asearon» el expediente y que ahora que regresó anda buscando gente… Tú ya me entiendes…

–Pues fíjate que no lo entiendo –responde ella con determinación.

Sergio Bolaños frunce el ceño. Le clava una mirada hasta el fondo de los ojos fulgurantes de ella. La señora Milagros Aponte le sostiene la mirada y acepta el desafío. Sergio Bolaños parpadea, se muerde los labios, carraspea y reitera:

–Mis protegidos necesitan «borrarse», ¿me comprendes? Tu primo está ampliando el negocio. Necesita gente de confianza.

–¿A qué negocios te refieres? Faustino dirige muchos y buenos negocios.

El coronel Sergio Bolaños no pierde la flema. Sabe que esa mujer que fue su secretaria cuando él dirigía el Departamento de Logística del Alto Estado Mayor, que posteriormente sería su intermitente amante, es una mujer muy astuta, perspicaz e intuitiva. Aprendió mucho con él. Supo usar de sus recursos y se hizo un hueco en los negocios. Fue él precisamente quien se las arregló para que su pequeña empresa de recambios de automóvil fuera la proveedora oficial del parque móvil del Ejército de Tierra. Más tarde él cayó en desgracia y ella fue capaz de seguir adelante sin su tutela.

Milagros Aponte es desconocedora del reingreso de su antiguo jefe y amante en la estructura del Servicio de Inteligencia del Ejército.

A pesar de que el camión que está estacionado en su almacén es del Ejército, o quizá no, es consciente de que en ese juego de humo y

espejos en el que Sergio Bolaños se esconde o se desvanece, ella nunca puede ni debe entrar.

Por su parte, el doctor Sergio Bolaños tiene noticias de que ella es la proveedora en la sombra de su primo, desde hace muchos años lo ha sido, que le suministra el ácido y los insumos para macerar la hoja de coca y para elaborar el clorhidrato de cocaína, que comparte con él negocios ligados al contrabando de armas, autos y al blanqueo de activos financieros… Eso, sí, de utilizar, solo utilizará el recurso de la presión como solución extrema.

–Mily, será mejor que nos dejemos de jueguitos, ¿me explico? Si me quieres hacer el favor, házmelo; pero no me hagas preguntas tan fastidiosas.

–De acuerdo, está bien. Yo ahorita no sé en lo que anda metido mi primo. La mamá de mi primo y mi mamá eran hermanas. Prácticamente crecimos juntos en Magdalena del Mar, cuando yo era una niña, pero perdimos el contacto cuando Faustino fue destinado a la Selva como capitán. A pesar de que es bastante mayor que una, él fue uno de mis mejores compañeros de juego.

Sergio Bolaños hace una mueca al oír las explicaciones de ella, imaginándose todas sus posibilidades carnales.

–Entonces fue cuando yo me salí del Departamento de Logística, me casé y formé mi primera empresa… –dice ella con un tono sinuoso, lo que desata los celos de su amante.

–Entonces tú te casaste, después de más de dos años revolcándote en mi cama. No quiero recordarte lo que hice por ti; tú, en cambio, ni siquiera me dejaste una nota de agradecimiento, Mily. Por no mencionar que ahorita me cuentas que no sabes en lo que anda tu primo, y a mí me consta que se ha estado alojando en tu residencia de la Molina.

Ella parpadea con impaciencia. Empieza a temer que él haga una escena de celos, de sospechas justificadas y especulaciones odiosas. Milagros Aponte sabe que es preferible atacar antes de ser atacada. Por eso no le dice nada, ¿para qué? No le cuenta ni jamás le contará, que ella soñaba dormida y despierta con ser la mujer de su primo; hasta que a los trece años le entregó gustosa su virginidad a él, como antes lo hicieron sus dos hermanas mayores y sus amigas, e incluso las madres de sus amigas. No le confiesa, ni le confesará jamás ¿para qué?, que es el hombre de su vida. Que, en efecto, ha estado en su casa, ha estado con ella y han dormido juntos.

No le confiesa, y jamás le confesará, que al único hombre que sería fiel, de ser fiel a un hombre, lo sería a su primo, al hombre de su vida, el coronel Faustino Leary.

–Esos celos tan odiosos, tan posesivos, y tan patéticos, ¡no! Me jode que me vengas con escenitas de celos, cuando tú suspiras por tu

«Dama de Fierro», por tu casita de San Isidro y tienes con ella dos hijos maravillosos. Ahora no. Más escenitas de celos, no. Tengo cosas más importantes que atender.

–Te recuerdo que fuiste tú quien me pidió que me quedara anoche contigo. Tú, Mily, tú eres la que va a meterse a mi departamento y a mi cama. Yo no tengo por costumbre acostarme con otras mujeres desde que estamos juntos. Te lo digo por si acaso te lo preguntas.

–Yo estoy casada todavía y no hago esas cosas con otros hombres, ni siquiera con mi marido.

–Tú me importaste en su tiempo y aún me importas. Lo nuestro no fue y no es una aventura ocasional…

–Pero ahora estás bastante mal. Ahora te ves solo. Ahora te entran los celos y hasta sospechas que me acuesto con mi primo. Estás confundido. Sufres una agonía, te amargan los remordimientos y quieres que te diga que no ocurre nada. Bien, pues no, cariño, no. Yo tampoco me acuesto con cualquier sujeto que se atraviese en mi camino. Me jode que te imagines que me acostaría con un hombre como mi primo que, ya ves, es muy atractivo, pero al que considero mi hermano. ¡Qué barbaridad! ¡Como si una estuviera desesperada o fuera tan puta! Así que jódete, Sergio. Y llévate lo que traes en el camión de regreso a tu casa, ¿entendido?

–Lo siento, Mily, lo siento.

Ella está apagando el cigarrillo en el borde del cenicero y evita mirarle directamente a la cara.

–No te estoy preguntando lo que has hecho o lo que te gustaría hacer con tu primo. Lo que te pregunto, es si puedes ayudarme con esos dos, solo eso.

Milagros Levanta la vista, con los dedos suspendidos sobre el cenicero. A su rostro asoma una sonrisa maltrecha y de su boca sale el compromiso que él tanto anhela:

–Está bien, está bien; desembarca a tus hombres y yo me encargo de ellos, ¿de acuerdo? Pero no te dejes llevar por los celos o lo mandarás todo al infierno.

Sergio Bolaños se acerca a ella, la toma entre sus brazos como ha estado deseando hacer, la retiene sin palabras, apretando la cara contra su pelo.

Media hora más tarde, de regreso a su departamento en Miraflores, Sergio Bolaños comienza a ser consciente de que ha dejado en manos de esa mujer, a la que no había vuelto a ver desde hace años, y de la que hasta podría dudar de su lealtad, la vida y la seguridad de sus dos mejores colaboradores.

Demetrio Vela, El Loro, es un sargento al que los patrulleros ecuatorianos le apresaron en la frontera con el Perú, al que lo violaron, le martirizaron y le amputaron dos dedos de la mano diestra

y le estaban metiendo fuego, empezando por sus partes íntimas. Demetrio Vela es un gigante negro, de aspecto siniestro, capaz de matar a cualquiera con sus manos y a sangre fría, que, a él, no obstante, le profesa una devoción auténticamente canina. El otro hombre que entrega a Milagros para que se infiltre en las filas del narco Faustino Leary, es un jovencito llamado Enrique Huamán, flaco, lampiño, con cara de chivo, nervioso y lleno de tic, recomendado por el agente encubierto de la CIA, el religioso mormón Andrew Fletcher. Es un experto en el manejo de cajas de seguridad, un exconvicto y un excocainómano reconvertido en agente del espionaje. Es decir, como piensa Bolaños, «un potencial objeto» de sacrificio. Si Leary no le atrapa o no le descubren sus sicarios, antes de que recupere los papeles que tanto interesan al general Herrera y a los agentes de Fletcher y de su jefe, el diplomático Joseph Buchanan, el mismo Demetrio Vela no dudará en estrangularle con sus manos, en el caso de que huela en él la traición.

La tercera víctima, en caso de que los dos infiltrados fueran descubiertos, podría ser la mismísima Milagros Aponte. Ni ella, con ser socia y prima del prolijo delincuente, estará a salvo de ser sacrificada, como lo fueron Anna Brous, Irina Borisova y el sargento Jiménez. Este último fue abatido por unos supuestos «terroristas» que pretendían atentar contra la vida del general William Mendoza Guibert.

El general Mendoza Guibert, a ojos de Sergio Bolaños, es un militar indigno, un cholo codicioso, déspota e inmoral. El punto es que parece estar expresamente protegido por Joseph Buchanan y su gente. Aun cuando lo detesta a muerte, es consciente de que lo tiene que soportar.

Bolaños recuerda que el sargento Jiménez estaba vigilando la puerta de la casa donde residía la amante del general Mendoza Guibert, y dejó su vida por nada, es decir por un miserable que cuando él mismo le comunicó la baja de su ayudante, se limitó a decir:

–El sargento Jiménez ya fue. Usted no debe preocuparse; él estaba solito en la vida; no deja huellas para que otros le sigan. El sargento murió en combate, por así decirlo. Ahorita nadie se conmueve por un muerto más, habiendo tantos y tantos hombres que causan baja en accidentes de carretera o que mueren de hambre.

No, por supuesto que no. El sargento Jiménez no era un muerto cualquiera. Ese pobre desgraciado que yacía con una piedra atada al pescuezo en un lugar de la costa, entre Lima y Trujillo, bajo las aguas del Pacífico, que no merecía el respeto de su general, había parado con su cuerpo las balas que estaban destinadas al general William Mendoza.

Es de ahí que lo deteste tanto y que sufra pensando en el riesgo que podrán correr tanto su leal Demetrio Vela como los otros

colaboradores.

CAPÍTULO IX

–20–

PROVINCIA DE SULLANA

PRIMEROS DÍAS DE OTOÑO DE 1988

El serbio Milko Janessky funge como el jefe de la tropa de mercenarios y forajidos que capitanean el banquero Abraham Fheyfer y el coronel y capo del narcotráfico, Faustino Leary.

El serbio estaciona el Toyota campero en el descampado, junto al macizo de flores y pasto en cuyo centro se yergue un coposo tamarindo. Los perros enrabietados arremeten en tropel mordiendo al aire, ladrando a la luna. Retardando con deliberación los movimientos, recreándose en su facha de dominador, el gigantón yugoslavo desciende del auto ceremonioso, exhibiéndose. Una vez que planta el pie en la tierra, los cuatro cancerberos que cuidan la hacienda se le enroscan entre las piernas, saltando y corriendo. A los perros les persiguen miríadas de zancudos que buscan enfebrecidos sangre nueva para chuparla.

Han sido dos meses lluviosos, el de febrero y el de marzo, y un verano raro. Todo ha llegado de forma prematura, las cosechas y las frutas; también las plantas de los bosques. Ha estallado la población de cucarachas, zancudos, grillos y mosquitos. Las hordas de insectos aparecen por cualquier parte: los zancudos mortifican por la noche y las moscas y los insectos durante el día.

Los grillos mordisquean el pasto que crece junto a la casa y se comen las flores del jardín. Las lluvias han hecho difícil segar el heno y los maizales, campos enteros de forraje se pudren en la tierra sin poder secarse. Lo que contribuye a hacer más abundante la población de insectos que pican sin misericordia a los animales y a los humanos. A mediados de abril han cesado por fin las lluvias; en cambio, el sol quema con ganas y parece una bola de bronce. La planicie ha empezado a despedir vapor, ha quedado abrasada y ha adquirido un color pardo. Finalmente, el dengue y la malaria han llegado a los lugares más recónditos del departamento de Piura. Los escasos médicos de la zona no se dan abasto para atender a las víctimas de las epidemias. El dengue hemorrágico ha atacado la hacienda del banquero Abraham Fheyfer y ha enfermado a muchos de sus aparceros y matado a unas cuantas personas, entre ellas algunos niños.

La lámpara del porche de la casa atrae un inmenso enjambre de mosquitos y mariposas. La luna casi entera cuelga del firmamento

impoluto. Los peones que pululan alrededor de la explanada se apresuran a hacerse cargo de los perros. Los dos canes más feroces ladran al carro y pugnan por abalanzarse contra las ventanillas.

Milko Janessky camina a pasos lentos en dirección al porche de la casa. Cuando se halla a un par de metros del umbral de la puerta, se detiene en el primer gradón y chistea a uno de los peones, en tanto los otros pelean con los canes arrastrándolos por los collares.

–Hey, hey. Saca esa cosita linda –indica con el dedo índice de la mano diestra extendido, a la ocupante del vehículo, una adolescente de enormes ojos negros, asustados–. Quiero que la dejes en la cocina con las mujeres, ¿de acuerdo? Ah, ni se les ocurra tocarla, porque les arranco los huevos a mordiscos. ¿Se enteraron, ah? Cuidadito, cuidadito con ponerle una mano encima.

Las últimas palabras las pronuncia desde el interior en penumbra en el recibidor de la residencia campestre. Atraviesa el pasadizo y desemboca en el patio central. Resuena el rumor monocorde del surtidor en forma de llamita.

Janessky abarca de una ojeada circular la extensión de lo que podría ser el claustro de un antiguo monasterio, reconvertido en residencia veraniega de un poderoso hacendado.

En el centro del patio destaca el surtidor de piedra con forma de llamita, rodeado de un círculo de hierros torneados. Hay unos cuantos sujetos de aspecto patibular sentados entre las columnas de hualte y las enredaderas que rodean las paredes de la gran casa solariega, estilo colonial. Ni uno solo de los hombres le presta la menor atención. La fuente que se alza en medio del claustro refresca el aire. Miríadas de insectos nocturnos revolotean en torno a la fuente y los tizones de la barbacoa. Una lechuza solitaria canta en los bosques cercanos, en espera de atrapar a un roedor despistado. Chirrían los grillos en la lejanía y ululan los cárabos y las pacapacas. La atmósfera adquiere una densidad misteriosa.

En la parrilla sobre los tizones de la barbacoa, una vieja vestida de negro y cubierta su cabeza con un pañolón de lunares, asa las lonjas de carne de res. De la hoguera ascienden chispazos rojizos en vuelo vertical. Los diez o doce individuos tumbados en hamacas o sobre el terral, mantienen conversaciones en murmullo, en espera de que la vieja les sirva las lonjas de res que asa en las brasas.

El serbio vuelve a echar una mirada circular y patea en el suelo, como si espantase una alimaña bajo sus pies. Varios de los circunstantes giran los pescuezos para observar qué sucede. En realidad, el serbio pretende llamar la atención de sus hombres. Da un paso al frente y descubre al americano y al chileno tumbados en sendas hamacas y casi ocultos entre las plantas. Los dos han bebido más de la cuenta y están bastante mareados, aun cuando se han

percatado de la presencia de Janessky. Ni siquiera piensan en saludarle y darle la bienvenida.

El recién llegado salva la distancia en un par de zancadas y toma asiento en una hamaca al costado de sus dos socios.

–Señores, ya mismo nos estamos regresando a Lima. El coronel Leary nos reclama.

El chileno Enrique Macías escupe a la tierra en un arranque de repugnancia, por el sabor a herrumbre que proviene del cañazo ingurgitado en exceso. Las facciones del chileno Macías, propias de un boxeador curtido en mil escaramuzas, ojos torvos, nariz aplastada y labios gruesos, contrastan con la fisonomía rubicunda de su compañero de correrías, el norteamericano Robert Lloyd Hilbert, el piloto de bombarderos y desertor de la guerra en Vietnam. En éste, el rostro aniñado, las pupilas de un verde esmeralda más la pronunciada nariz puntiaguda, rememoran a un Pinocho legendario.

Robert L. Hilbert ha bebido tanto y está tan ebrio, que le supone un extraordinario esfuerzo de concentración articular dos palabras seguidas y ordenar sus pensamientos. Si bien acierta a visualizar al serbio, la borrachera le induce a que aparezca en su pantalla mental como si estuviera emborronado y tuviera múltiples facetas.

–¿Para qué quieren que nos regresemos de nuevo a Lima? –inquiere el chileno, a la par que esputa al piso reiteradas veces.

–Qué nos interesa… –le responde el yugoslavo en tono cortante.

–El señor, como se llame, el dueño de esta chacra, ¿adónde para?

–Bah, qué nos interesa dónde para o si le apetece darse un paseo por estos sitios a nuestro patrón. Si nos paga bien, lo que haga el patrón o cómo se llame es lo de menos. Nosotros tenemos suficiente con cumplir las misiones que nos encargan y hacer nuestro trabajo lo mejor que sabemos, ¿te parece, compadre?

–Como tú digas –asiente Macías, sin el menor entusiasmo.

–Si hay que viajar a Lima, viajamos y en paz –ratifica el europeo.

Uno de los peones reparte cojuditos de madera de zapote con los que ingurgitar la chicha. El olor a la carne asada impregna la atmósfera.

Desde muy lejos, resuena el canto lúgubre del cao, lo cual augura malas nuevas para los cristianos. Aunque ninguno de los circunstantes apetece detenerse a reflexionar si será verdad o un cuento lo de los malos augurios del pájaro nocturno. El vientecillo otoñal, en soplos discontinuos, estremece los enramados de las enredaderas y de los bosques cercanos, transportando aromas a pasto y floresta.

El chileno se encoge de hombros y sale del tema sin demostrar interés por que el europeo le facilite otras noticias. Después de tratar en vano de agrupar los pensamientos y traducirlos en palabras, vuelve a sentir el sabor herrumbroso. Aunque está vez se traga el gargajo,

mete un bufido sin aparente causa. Poco después, baja la mirada y se queda observando los tizones enrojecidos a impulsos del viento.

–Bah. Después de todo, ¿qué pintamos en este desierto de miércoles? Les atizamos bien duro a los soldaditos durante estos meses, nos estamos atorando de arena, nos estamos quedando sordos por los explosivos que les metimos a los petroleros y a las patrullas del ejército, ¿cierto? Está bien. Para mí que va siendo hora de cambiar de aires. Bueno, pues ya empiezo a notar el olor a dinamita. Me arden las tripas por aventarme lejos de este maldito desierto –acierta a decir a la carrera; vuelve a escupir con ganas y tras arrancarse el penúltimo gargajo, reanuda–. De cualquier modo, ¿qué más dará? En esta porquería de país no encontré nada interesante. Lo cierto es que me salta el poto por correr a fierrazos a los cachaquitos de mierda que nomás paran jodiendo en Lima o donde sea que haya que viajar.

Se acerca al serbio un cholito patas al suelo que apesta a guano de vacas a medio kilómetro. El de las patas al suelo escruta de soslayo y con ojos comprensivos a los dos borrachos, al mismo tiempo que pregunta:

–¿Y, jefe? ¿Qué hacemos con la…?

–¡Ahí, nomás, caracho! ¡Cuidado, cuidado, compadre! A la hembrita me la tratan como si fuera una santa. Ni se les ocurra mirarla. Déjenla en la cocina con las mujeres y olvídense de ella.

Otro individuo de dudosa catadura reparte cigarrillos entre los sicarios. Los puchos relumbran en la noche como si fueran ojos de dragón. Poco a poco, los circunstantes recalan en las inmediaciones de la hoguera. La vieja cocinera reparte las lonjas de carne recién asada. Antes de regresar a sus sitios, los sicarios llenan los cojuditos con clarito de la mejor marca del porongo que alguien ha colocado en el centro del patio. Otros prefieren las botellas de cerveza, cuyas tapas arrancan a dentelladas.

Un sujeto malcarado rasga las cuerdas de la guitarra, acompañando a dos colegas que contienden en un duelo de cumananas[3] y chiques[4] de mal gusto. De tanto en cuando, la brisa tardía aviva las últimas brasas de los tizones. En cuanto a Robert L. Hilbert, está tan borracho que no sabe con certeza si Janessky habla con absoluta seriedad o les está gastando una broma. Sea lo que sea que el otro esté diciendo, su mente está tan abotagada que le resulta imposible traducir en pensamientos coherentes lo que escucha o lo que le parece escuchar.

Al cabo de unos minutos de indecisión, se incorpora, no sin antes intentarlo varias veces y hace ímprobos esfuerzos por afianzar los pies en la tierra y avanzar siquiera un paso. Lo intenta dos o tres veces más, hasta que lo consigue.

Parece a punto de irse de narices al terral, trastabilla, resopla,

toma aliento y se excusa en un chamullar tortuoso de su lengua de trapo:

–¡Ay, ay! ¡Cómo me duele la cabeza! ¡Caramba! Yo quiero ir a dormir. Cabeza mía duele mucho. ¡Buff! Yo me agarro una borrachera bestial.

Efectúa el segundo paso y de nuevo está en un tris de irse de cráneo al terral. Dando tumbos, avanzando dos pasos hacia delante y uno atrás, atraviesa el patio y penetra en el interior de la casa.

Una corte de gallos al unísono rompe en cantos tempranos. De improviso, se desata un remolino que arroja tendales de arena, estremece los techados de gualte y reaviva la hoguera. Al paso de los minutos callan los gallos, cede el viento, guardan silencio los cumananeros y el malcarado deja de tañer la guitarra. El fuego fenece. Se apagan las brasas y humean los rescoldos. La luna trepa hasta lo alto del firmamento, envuelta en una corona de vaharadas blanquecinas.

Macías salta de la hamaca y sigue los pasos de Hilbert. Antes de abandonar el patio escupe al piso, suelta un eructo y masculla palabrotas entre dientes. Janessky se dirige a él invitándole:

–Espera un ratito, compadre. Compré una hembrita en Huancabamba, ¿qué te parece? ¿Nos la jugamos a los naipes?

El chileno finge no haber oído la oferta del europeo, sino que abre la bragueta, saca el pajarito y camina a trompicones regando la arena ante la indiferencia de los que sestean en el patio interior de la residencia. La noche avanza muy despacio hacia un amanecer lánguido y tristón. El misterio y la magia flotan en el aire o los lleva y los trae el canto fúnebre del huacabó. «¡Yacabó, yacabó, yacabó!».

Los dos cumananeros y el de la guitarra meten unos berridos y se van con la música a otro sitio. El serbio está más que decepcionado; resopla, suelta una maldición y arranca brotes a puñadas. Está tentado de moler a patadas a los cuatro zánganos que permanecen tendidos en la arena, adormecidos y borrachos, aunque se contiene a tiempo.

Recorre el patio en un par de zancadas, se planta al lado de los que dormitan, mete una patada al porongo vacío y los reta:

–¡Arriba! ¡Vamos, pues, pandilla de maricones! ¿Qué pasa con ustedes, carajo? ¿Es qué no hay un guapo que quiera manducarse una hembrita sabrosona?

–Che, míster. Vea, pues –dice uno.

–Todavía es temprano –farfulla otro–. La noche es larga y pesada. Las tripas están llenas y primero habrá que hacer la digestión. Déjenos la hembrita, que ya daremos cuenta de ella cuando se nos pase la borrachera.

–Ya, pues, acá la esperamos –sugiere el primero–. Segurito que es un buen remedio para cortar el trago, patrón.

Janessky da media vuelta y entra en la casa. Está que arde en brasas como consecuencia de la fiesta que ha decaído miserablemente. En la cocina trajinan las mujeres con denodado afán, restregando en ollas, peroles y culeritos.

Huele a humo, a sazonadores, a vida. El serbio escruta, dibujado en su rostro un rictus de estupidez dichosa, al grupo de mujeres que trabajan en los fogones. Pasea los ojos de cazador en acecho por la cocina, hasta que localiza a la serranita y avanza hacia ella. La muchachita de ojos almendrados, negrísimos, cabello azabache y labios carnosos, juega con un gato endrino. La muchacha se encuentra de cuclillas, con la falda sobre las rodillas y las piernas un tanto abiertas, en una pose de una sensualidad lujuriosa, por inocente.

–Párate, muchacha.

La jovencita suelta al animal y obedece la orden del extranjero. El gato ronronea alrededor de las piernas de la niña. Piernas firmes, torneadas, de carnes acaneladas. El serbio aferra por la barbilla a la muchacha forzándola a que alce la cabeza. Las pupilas oscuras e inocentes transparentan la angustia que le inspira el extranjero de aspecto de diablo. Una sombra de pesar recorre el semblante de la niña-mujer adelantada.

–Dime una cosita, cholita bella, ¿eres virgen? ¿Eres virgen, chinita?

La chiquilla está muerta de la vergüenza. En un arranque de pudor, se zafa de la mano que atenaza su barbilla y agacha la cabeza. A la chiquilla le tiemblan los pechos, le tiemblan las piernas y las manos. Janessky la toma por un brazo y tira de ella hasta sacarla de la cocina. Las mujeres del servicio –que están acostumbradas a ser testigos y en ocasiones protagonistas de toda suerte de excesos–, intercambian miradas y gestos de pesar y de complicidad pasiva, cobarde y resignada. Conocen de sobra y por anticipado lo que está en trance de suceder.

Antes que la serranita sea violentada, lo han sido otras y otras. Incluso alguna de ellas ha sufrido el mismo ultraje.

Janessky conduce a la muchachita por el largo corredor y la obliga a entrar en su habitación. La serranita se deja llevar, mansa y temerosa. De repente, al descubrir el enorme lecho, se detiene en seco y hace el amago de retroceder. El eslavo perfila una mueca de desagrado, la deja en medio de la estancia, da un paso atrás y cierra la puerta.

–Por favor, señor, déjeme salir. ¿Qué quiere hacer conmigo? –pregunta con voz trémula y mira a los ojos de ese monstruo, aterrada.

–¿Tú qué crees?

–Por favor, señor, una es muy niña para eso.

El serbio se encoge de hombros y finge no haberla escuchado. Luego se desentiende de la chica, corre las cortinas, toma asiento al

borde de la cama y comienza a descalzarse como si tal cosa.

–Tranquila, chinita, tranquila. No me tengas miedo. Yo no me como a nadie, ¿sabes? Eres una muchacha muy linda. Sí, te ves muy linda, chinita. De veras que eres una bella mujercita.

El vestido adornado con florecillas, los zapatos recién estrenados, el perfume a jazmines, hasta el más insignificante de los detalles en la chica desprende aroma a esencia de flores nuevas, pasto fresco y fruta silvestres.

La chiquilla es la imagen de la inocencia y la mansedumbre.

–Quítate las ropas –ordena Janessky.

Ella retrocede a refugiarse en un rincón y posa los ojos despavoridos en el serbio. Este a su vez observa a la chica de un modo muy especial, sentado al borde del gran lecho.

–Hey, hey, ¿Que te ocurre, cariño? Tranquilízate, ¿vale? ¿Por qué me tienes miedo? Ya te he dicho que yo no me trago a nadie. Anda, pues, desnúdate. Quiero verte calata. Seguro que estás muy bien. ¿Sabes? Eres muy linda, de veras.

La voz del europeo es tan amenazadora como el retumbo de un trueno en la Sierra: con apenas oírle hablar, hace temblar su cuerpo y su corazón se acelera por el espanto.

–Señor, señor, ¿qué quiere conmigo? ¿Para esto me trajo de la Sierra?

Janessky emite un sonoro resoplido. Llegado a ese extremo está en trance de perder la paciencia y hacer uso de sus modos fuertes. Apunta el ademán de incorporarse. Duda. Tras pensárselo un par de veces, sin terminar de decidirse, muy despacio, se incorpora y abre el armario ropero. Sus movimientos son automáticos en apariencia, aunque precisos y calculados.

De espaldas a la chica rebusca en sus pertenencias, extrae una botella y un vaso y vierte un chorro de pisco hasta la mitad. Sin que la muchacha advierta la maniobra, abre un sobrecito, espolvorea en el licor un reguero de coca y agita el vaso con minucioso cuidado. Después se acerca al rincón donde está refugiada la muchacha y le ofrece la bebida, con acento falsamente persuasivo.

–Bebe, cholita linda. Te hará bien beber un traguito, ¿sí?

La serranita retrocede, se parapeta detrás de una silla y rehúsa la bebida moviendo la cabeza. Janessky dibuja una sonrisa engañosa e insiste. Impelida por la insistencia y la risita engañosa, casi malvada, la muchacha traga a borbotones el licor emponzoñado.

El europeo retrocede a sentarse al borde de la cama. Muy despacio, apaciblemente, finge estar enfrascado en la tarea de desnudarse; no obstante, de tanto en tanto echa miradas de reojo a la muchacha parapetada detrás de la silla. Al cabo de un rato, desaparece la imagen del serbio de los ojos de la chiquilla. ¿Dónde está? ¿Qué ha sucedido?

La habitación es gigantesca, de paredes muy altas y el techo casi hasta el cielo. Ella es muy chiquita, muy chiquita.

Alrededor de la lámpara eléctrica vuelan y revuelan cientos de rayitos multicolores que explotan, se desvanecen… Hasta que otra vez vuelven a girar en esa especie de carrusel frenético. En ese instante, la muchacha nota que se resquebrajan los muebles, la lámpara y el lecho.

Se le viene encima una tormenta de relámpagos azules, blancos, rojos y amarillos. Dentro de la cabeza y desde la tripa le ascienden lenguas de un fuego que no quema y que le brota del pecho, de los brazos, trepa hasta la frente y se desvanece en el aire para volver a empezar otra vez en un ciclo infinito. El calor que no quema, le arrasa las entrañas y le embota la cabeza. La ardentía salta del vientre hacia arriba y se desploma de la frente hacia abajo.

El serbio advierte en el acto los efectos de la cocaína en la muchacha. Muy despacio, recreándose, salta de la cama y se acerca a ella. Durante un par de segundos la contempla con una expresión de estupidez glotona. Retira la silla. La toma del brazo. Rebusca entre las prendas. Le desabotona la blusa. Le arranca el sujetador… Se agacha y le baja la braguita hasta las rodillas.

Ella se deja manipular sin ofrecer resistencia. Le interesa un pimiento que el extranjero mendaz, o el hijo del diablo hurgue, que sobe su piel tersa. Lo está mirando, pero no lo está viendo. El cuerpo se le hace risa a la muchachita. Risa le da que las manos del hombre recorran sus pechos, los brazos, el vientre. Lágrimas de risas le resbalan desde los párpados a la boca. Risa le da que vuelen su blusa floreada y el sostén flamantito de encajes rosados. Risa le entra al ver reflejada una chica calata en el espejo y un diablo rubio arrodillado frente a ella. Risa le da que le acaricie los muslos, los senos, los hombros, le meta los dedos entre las piernas…

¿De quién serán los muslos, los senos y los hombros que acaricia el diablo rubio? ¿Si ella fuese la chica del espejo? ¡No! ¡Es imposible! ¡No puede ser! La chica del espejo nada hace cuando supone que los dedos del hombre oprimen sus pechos y le estrujan los pezones.

Quieta y feliz está cuando la arroja de un aventón encima del lecho sobre las frazadas. Quieta y serena está cuando el diablo rubio presiona en sus muslos y le separa las piernas. Rota en carcajadas está cuando el animal se encarama encima de ella. Ni siquiera se pregunta por qué ese hombre o ese diablo aceza tanto, la besa en la boca, muerde sus labios, en el cuello, en las orejas. Tampoco hace nada cuando ese hombre o lo que sea pugna porque ella abra las piernas y comienza a bramar y a soltar arremetidas. Hasta que, de improviso, siente un dolor intenso que hiere su carne bajo el vientre. Emite un grito agudo que le brota de lo más hondo del pecho. Se retuerce.

Cierra la boca y rechina los dientes. Mete un chillido agudísimo.

Al siguiente dolor, el dolor es más intenso, mucho más intenso. En ese instante, se percata de que la chica del espejo es ella. Sí, es ella. Ella es la que empieza a retorcerse, a soltar manotazos y tratar de quitárselo de encima. Mete un empujón y, como no logra escapar, le clava las uñas en la espalda, le hinca los dientes en lo que sea, en el cuello, en el hombro…

El diablo siente el aguijón clavado en su carne y mete un respingo y la descabalga. Ella aprovecha para saltar de la cama, ir a la puerta y tratar de abrirla. ¡Es inútil! La puerta está cerrada con llave. El diablo se lanza contra ella y la atrapa junto a la puerta. Antes de que ella intente huir de nuevo, el engendro de Satanás la agarra de los pelos, se los retuerce, la levanta en el aire y la estampa en el suelo. Después la agarra de un brazo y la arrastra por el piso.

La muchachita grita, mete unos alaridos terribles, forcejea, suelta patadas, arañazos y lanza mordiscones a porfía. Su resistencia y su furia son inútiles. El energúmeno la vuelve a alzar del suelo… Arroja el cuerpo de la muchacha a la cama y vuelve a montarse encima de ella. La aplasta contra el lecho. Puja, aceza y brama como si fuera un toro herido de muerte. La muchacha abre los ojos y tropieza con los ojos de Satanás, ojos azules, ojos del maligno. Lo que tiene encima es el diablo. Un diablo que abre de par en par unas fauces babeantes.

Contra toda lógica, la niña ha perdido el miedo al diablo y le escupe en las mismas fauces. El diablo la golpea en la cara, en la boca y la insulta. Escupe e insulta. Entonces ella se ha quedado exhausta, sin energías. Aun cuando lo intenta, le resulta imposible moverse. Siente desgarrársele la carne debajo del vientre. Es inútil resistir.

Un dolor intenso y mucho más profundo que los anteriores, asciende a la garganta, trepa hasta su frente. Está desnuda. Tiene las manos agarrotadas. El engendro de Satanás ha clavado un cuchillo en sus entrañas.

–¡Perra chola! ¿Era esto lo que querías? ¡Era esto!

Ella ha dejado de llorar. Cesa el dolor. Cesa la comezón bajo el vientre. La angustia también cesa. El animal excitado, jadeante, mordisquea sus labios, en el cuello, en las orejas. Y prosigue soltando empellones. Respira afanosamente, presiona en su vientre, aúlla, gruñe, brama.

¿Qué le está pasando? ¿Esa es la forma de abrirse a la edad de mujer? En sus más bellos sueños se veía al lado de un joven galante, amable, que halagaba su vanidad de niña. Era un jovencito sin rostro o quizá resumiría cada uno de los rostros de sus vecinos conocidos. A él nunca le negaría nada. Al joven de sus sueños le entregaría el alma y el cuerpo. Aceptaría al joven de sus sueños, como ahora acepta al bárbaro, a la fiera insaciable. Pero no, ¡esto es horroroso! El

energúmeno no posee su cuerpo, sino que lo ultraja, lo injuria, lo desprecia. Ha convertido su lindo cuerpo en una piltrafa, para satisfacer su instinto de perro hidrófobo.

La fiera que abusa de ella, que ha reducido a escoria su condición de persona, ¿qué ha conseguido? Ella no le pertenece. Jamás le pertenecerá. Lo más hermoso era su inocencia y está intacta. El diablo extranjero nada más sabe encadenar horrores a su vida, a la vida de sus semejantes, a la vida de la adolescente.

El extranjero es el culpable de que una fortaleza ardiente como era su cuerpo, esté quebrantado, sucio, corrompido. El extranjero mendaz, el hijo del diablo, ha hecho que su formidable corazón se haya transformado en un pozo alagadizo, legamoso.

La niña ha dejado de llorar. Ha dejado de dolerse. Le han abandonado las fuerzas. Se ha quedado petrificada. Está muerta en vida. ¡Muerta en vida! ¿Si nada hubiese ocurrido? ¿Si lo que ha creído sentir fuera el reflujo de una pesadilla? Ah, sí, claro que esa pesadilla es real y le duele intensamente en la carne, en los ojos e injuria su piel.

–¡Toma esto! ¡Tú lo quieres! ¡Tú me lo pides! ¡Toma! ¡Perra chola! ¡Te gusta, ah, te gusta!

Al horror le sustituye el vacío. Después, más vacío. El diablo al fin la descabalga. Ahora cree encontrarse sola, rota y desnuda. Si se contemplase en el espejo, se vería fea, sucia. O descubriría a otra que no es ella. Sin poderlo remediar, le brota de muy adentro un llanto triste e inconsolable. Aparece sangre en los muslos, en el vientre de la niña. El yugoslavo se pone en pie, apipado, resollando.

En ese caos, apenas si atina a distinguir un cuerpo tendido encima de las frazadas, impregnadas de sangre, sudor y semen. La braguita rosada, hecha harapos, adherida a la pierna, tan mancillada y sucia como su piel, como toda ella. Janessky se agacha y clava en la niña sus ojos glaucos, ojos de diablo. La serranita es preciosa. Le alocan sus pechos túrgidos, la piel sedosa, las carnes apretadas.

–¡Puche, tu madre! ¡Estás para comerte, chinita bella!

De improviso, la muchacha emite un alarido, mete una arremetida y se lanza contra el miembro viril, embadurnado de sangre, flujos, sudor y semen.

El corazón pide a gritos arrancarle y despedazarle «esa cosa» que tanto daño le ha hecho. Pillado por sorpresa, Janessky suelta un bramido, retrocede un paso y se retuerce de dolor como consecuencia del zarpazo en el pene. En el mismo acto, la bestia, el diablo, el depravado insaciable arremete contra la muchacha hecho una furia:

–¡Hija de perra! Esta me las pagas. ¡Chola de mierda!

Con toda la rabia puesta en la cara, empieza a golpearla, repartiendo manazos y pateaduras. La chica se revuelve como puede,

araña, patea y muerde, muerde. El serbio se zafa de la fiera y se abalanza sobre ella hecho un demonio, la agarra por los pelos, la eleva en el aire, la estampa en el piso y la muele a patadas.

No contento con eso, abre la puerta, la agarra de los pelos, la arrastra pasadizo adelante y de un empellón la arroja sobre los cuatro que se han tumbado a dormir en el patio. Los cuatro sujetos se ponen en pie de un salto.

–¡Párense, imbéciles, tarados, párense! ¡Ahí les va esta porquería! ¡Cómansela! Si no la pisan ya mismo, les arranco los huevos y me los trago. ¡Vamos, carajo! ¿A qué esperan, rosquetes de cagada?

La deja ahí, botada en la arena, desnuda, acobardada, sangrando de la boca y entre las piernas. Los cuatro burros, sin despejar del todo la borrachera y las pesadillas, contemplan a la chica como si fuera una visión de otro mundo. Muy despacio, van acercándose y la rodean. Uno recoge las prendas que acaba de arrojar el serbio y se las coloca debajo de la muchacha. Otro se desprende del poncho, lo sacude en el aire, se acerca a la chica, intercambia una señal con los otros para que la alcen en vilo y acomoda las ropas a modo de lecho. Tienden a la muchacha encima y retroceden un par de pasos.

Durante un rato, los cuatro individuos de aspecto patibular; intercambian palabras entre ellos, sin decidirse. Uno de ellos rebusca en unos aparejos amontonados en un rincón, retira una petaca de licor, se arrodilla junto a la muchacha que lloriquea por lo bajito y le ofrece un trago. Ella rehúsa y se pone boca abajo. Entre dos vuelven a colocarla boca arriba, estirándole de las piernas y de los brazos. El de la petaca y el del poncho se acuclillan al lado de la chica, sonríen, los ojos fijos en el cuerpo de carnes apretadas, de senos abultados.

Terror.

–Beba, nomás, cholita linda. Beba, pues.

Como la serranita se obstina en cerrar la boca, entre los cuatro le endilgan a la fuerza el aguardiente de la petaca. El licor quema sus labios tumefactos a causa de los manazos del yugoslavo. También le arde la garganta y el estómago. Mas el alcohol que le arde por dentro atenúa el dolor y hace que el haya desaparecido de su mente. En un reclamo de lucidez, realiza un esfuerzo sobrehumano por incorporarse; da un respingo; intenta recoger los miembros y agarrar su cuerpo que ha dejado de ser el suyo: el cuerpo bello y apenas recién estrenado.

Una de las bestias le suelta un sopapo. Las otras la inmovilizan en el suelo de arena apelmazada. La luna amarilla, aunque no sonriente, alumbra unas jetas de fieras que se acercan a ella presurosas. Uno tras otro revientan los botones de las braguetas. Brincan las tripas de burros deformes tras los garrotes que les asoman entre las piernas.

La muchacha cierra los ojos, contrae los músculos, da un salto y

logra incorporarse. Antes de que atine a dar el primer paso, los cuatro a un tiempo se echan encima y la inmovilizan de nuevo en el suelo.

Ya ni siquiera se defiende. ¿Para qué? Se deshace en un lamento manso, que ninguna de esas alimañas atiende. Hace esfuerzos por pedir auxilio, a pesar de que las palabras no le llegan a la garganta. Al primer alarido la golpean en la cara. Después tapan su boca con un trapo impregnado en aguardiente. Está tumbada en el suelo fuertemente sujeta de los brazos y las piernas. Siente o tal vez intuye que nada más le queda por sufrir.

Ahora en verdad carece de pensamientos. Han desaparecido los dolores. Incluso ella misma está ausente, fuera de su cuerpo. Por eso, aunque le oprimen las piernas y los brazos y tratan de hacerle doler y le han clavado las uñas en la piel, no siente dolor alguno. Sabe que tampoco pueden herirla.

¿Si de repente les rogase, les suplicara que la dejen ir? ¿Para qué? Los que merodean junto a ella son hienas, bestias desaforadas. A pesar de que lo intenta, se retuerce, trata de morder el trapo de la boca, todo es inútil. Ninguno de esos cafres sentirá piedad de ella. Las hienas apetecen su carne tersa. Esos energúmenos están como locos por disputarse su cuerpo. Un cuerpo perfecto, de mujer en plena sazón.

Le arrancan la braguita pegada a la pierna. Le recuestan más y más sopapos en la cara, para que deje de sacudirse y que termine de reventarles los tímpanos con tanto chillido y alarido.

Al fin, abandonada y sin energías, se encarama encima uno de los sujetos, el de la petaca de licor. Ese maldito apesta a perro muerto. Le ha arrancado el trapo de la boca y osa besarla en los labios heridos, en los senos, por el cuello… El burro ríe feliz. Le cuelgan de los belfos babas placenteras que le caen a ella en la boca.

–¡Amorcito lindo! ¡Si hueles a rosas!

Cabalga encima de ella, vuelve a mordisquear sus senos. Se desboca en sacudimientos. Brama como un toro. La muchacha domeñada, ningún esfuerzo realiza por frenar las acometidas del que cabalga encima de ella. No puede encogerse ni cerrar las piernas. Hasta que el animal, partiendo en dos sus carnes, consigue ensartarla. El tipo que la viola es como el diablo rubio: le hace doler el vientre y tal vez le ha sacado más sangre.

El nuevo diablo se estremece, mete un sacudón, se deshace en espasmos, ahogos y tembladeras. Luego se queda quieto, se derrama dentro de ella, suspira, suelta un cuesco, echa a reír y la descabalga. La pesadilla continúa. Vuelven a alzarla en vilo. Acomodan los harapos y la tumban encima. Otra vez la fuerzan a tragar buchazos de aguardiente. Por segunda vez le tapan la boca con un harapo empapado en alcohol.

Después es otro miserable el que la cabalga. Ella quisiera ahorcarle, devorarle, romperle la piel a rasguñadas… Es en vano.

Más tarde, es otro quien sigue brincándola durante horas, y horas, por toda la eternidad. La colocan boca abajo. La tienen agarrada con fuerza. El cuarto de los violadores se encarama encima de ella y empieza a sodomizarla. La muchacha chilla como un perro al que estuvieran torturando. A ese miserable parece que le excitan los gritos de la chica… En lugar de detenerse, acrecienta las embestidas, hasta hincarle el pene en el ano y desgarrarle la carne. El dolor es tan intenso y tan desgarradores sus chillidos, que tienen que meterle en la boca más harapos para que termine de aullar. Hasta que el pene se incrusta en su cuerpo una y cien veces.

Resquebrajada y sin aliento, lo que hagan con ella es indiferente. Uno la penetra por detrás. Otro por la boca. Otro más por delante… Todos beben de sus senos, borrachos y satisfechos. Ella los acepta ebria de furor, como si fuera una ninfa insaciable, les espera ansiosa. Le produce pena rechazarlos.

Está sola y desnuda. Le han quitado los harapos de la boca. Ha dejado de sentir dolor. No grita. Ni se revuelve contra ellos. Han desaparecido de su conciencia el dolor y los alaridos.

El cielo está teñido de rojo y azul. La luna hace rato que ha dejado de observar el horrendo espectáculo desde su ojo universal. Hace rato también que la luna ha dejado de alumbrar a los burros deformes. El patio fúnebre se transforma poco a poco en un concierto de luz, rumores y trinos de los pájaros madrugadores. El surtidor en forma de llamita salmodia en susurro quedo el derrame del eterno fluido.

La niña yace tendida boca arriba al lado de sus violadores. Se siente vacía, un tanto aletargada. La muchacha se arrastra como un pájaro aplastado. Se pone a gatas como puede. Recoge sus ropas hechas harapos. Se acerca a cuatro patas a las plantas. Muy despacio. Hace frío, bastante frío. Está sucia, muy sucia, bañada en flujos, sudor, semen y sangre. Lo intenta y acierta a poner en marcha sus piernas anquilosadas. Pasito a paso, despacio, muy despacio, atraviesa el patio y se esconde en un rinconcito al cobijo de las ramas y las flores.

Le sienta bien el roce húmedo de las hojas y los pámpanos en la piel injuriada. Luego Se encoje en posición fetal, como si abrazando su desnudez pudiera sentirse bien. Como si fuese un bebé al que alguien ama y no un trozo de carne ensartado. El gato negrito ronronea a su lado y se acuesta entre sus piernas. Los ojos fatigados de una viejilla triste se posan en la serranita acurrucada en las plantas. Durante un rato, la anciana piensa que está dormida, pero un débil estremecimiento en el aire le indica que está tiritando descontroladamente; tiene apretada la mandíbula y la cara rígida.

Cuando la anciana llega hasta ella, no dice nada. Ni siquiera

intenta tocarla, solo la mira con sus ojos arrasados en lágrimas. La campesina se agacha junto a la niña y solloza en silencio. La mujer cargada de años, arrugas y miseria, aún conserva un hueco en el alma para la ternura, el corazón limpio y los ojos humanos.

–¿Qué te hicieron, mamita? ¿Qué te hicieron? Ah, linda cholita, ¿qué te hicieron?

La anciana acaricia el rostro de la desventurada jovencita y alisa sus cabellos. La serranita está hecha un nudo, temblorosa y asustada. La vieja acerca a sus labios un mate con una infusión tibia. La muchacha bebe del mate sin resistirse.

–Tome, mi hijita. Beba un sorbito de achupalla[5]. Beba, pues, mamita linda, pa que le regrese la vida. ¡Beba, cholita bella!

Los pájaros de las cercanías, ajenos al sufrir humano, cantan al albazo con renovadas fuerzas y alegría.

–Qué pena por usted, mi florcilla, qué pena.

Un picaflor revuela entre los pimpollos. El gato endrino salta en pos del animalito decidido a darle caza. Las moscas por miles rodean a los cuatro desgraciados que roncan ahítos, aunque infelices.

–Beba, pues, pa que le regrese el calor al cuerpo. No llore, mi linda cholita. Usted es linda. Usted es pura, hijita mía.

La muchachita de enormes ojos negros y cabello color azabache, siente que no está sola: la vieja le entrega todo el amor que le resta, un amor viejo y achacoso, si bien amor fraterno. Un amor que, en lo más profundo de la espantosa soledad en que se encuentra perdida, es tan dulce como la achupalla.

–21–

El yugoslavo Milko Janessky irrumpe como una tromba en el patio. Observa de pasada los restos de la orgía nocturna. Frunce el zuño y esboza una mueca de satisfacción un tanto perversa. Está a punto de girar sobre sus pasos y retirarse; pero de casualidad descubre a la vieja campesina de cuclillas junto a la serranita y avanza hacia ellas con los ojos inyectados en sangre, hecho una furia. El extranjero es la maldad personificada y tiene ojos de diablo.

–Mira lo que me hiciste, perra sarnosa –le muestra las mordeduras y rasguños en el pecho, los brazos y la cara–. Me jodiste. Me escupiste. Me rasguñaste. Fíjate bien, cholita de mierda. Mira, si me viene en gana, te mato a palos y te echo a los perros y que te traguen, ¿te enteras?

Seguro que ese extranjero medio endemoniado es capaz de cumplir sus amenazas a poco que se le claven en los crespos las siniestras intenciones, piensa la vieja campesina, horrorizada. Es que el demonio rubio es un desalmado y carece de piedad. La anciana tiembla por dentro de espanto. Está convencida de que ese monstruo de

perversidad, al que considera medio compactado y minchulai[6] jamás amenaza en balde; si le viene en gana, ningún empacho tendrá en matar a la muchacha. Nadie más que el Taitita Divino podrá impedir que ese criminal cumpla sus amenazas. A ese hijo de Satanás le importaría un pimiento reducir a despojos a la desventurada chica y arrojar sus despojos a los perros. Si a mal fueran las cosas, si le viniera en gana podría volver a hacerla objeto de una nueva canallada, a las que es tan aficionado.

La vieja campesina desmesura los ojos, horrorizada. De lejos se nota la perversidad impresa en el rostro de ese extranjero depravado.

¿Si de verdad cometiera la atrocidad que le pasa por las mientes? Tal vez lo habría hecho, de no ser porque en ese instante irrumpe en el patio un cholito del tamaño de un caniche, hundido hasta los pelos en sudor, agitado.

–Jefe, jefe. Por la acequia. Un pericote entró a la hacienda. ¡Pucha, su madre! Ese sujeto está loco, patrón. Les tronchó el pescuezo a dos perros. Muertecitos están, pues. ¡Guá, qué sujeto pa salvaje, patrón! También jodió al Zacarías. Bien muerto está el cuitado. ¡Dios lo perdone! Ahorita lo traen pa la casa. Ese *desgraciau* le metió un machetazo al Zacarías y le majó el guargüero. ¡Qué barbaridad, Santo Señor! Ese individuo es el mero Satas, patrón.

–¿Y qué fue, pues? ¿Ya lo atraparon?

–En ésas estamos. Le corrimos de la casa y se nos refundió allá por la acequia. En el montecito está escondido. Por eso vine, pues. Habrá que obligarlo a salir, patrón. Los perros no se avientan. Le cogieron miedo a ese desgraciado.

Janessky arroja al cholillo una mirada despreciativa que mete miedo.

–¿Y los peones?

–Ahí están, patrón. El señor Rafael me dice que vaya usted pa echarle el guante. ¡Che, que ese sujeto está medio loco!

El serbio escupe al piso e inicia el ademán de ponerse en marcha. Antes de avanzar un paso en dirección a la puerta de la solana, gira en redondo y se encamina al rincón donde dormitan los cuatro que han ultrajado a la serranita. Los despereza a pateaduras y les ordena que lo sigan.

Hilbert y Macías aparecen en el patio. Janessky les invita desde la puerta de la solana:

–Vengan con nosotros; vamos a divertirnos un ratito. Ahorita empieza la «fiesta» de verdad.

El pasillo central se llena de gritos y de individuos que corren de una parte a otra surgiendo de los pabellones de invitados y de las estancias de la servidumbre. Más de veinte sicarios van en pos del peón y Janessky que recorren a la carrera los senderos que rodean la

selva de choclares y frutales aledaños a la propiedad.

A todo galope salvan zanjones, taludes y sembradíos, aproximándose a una espesura de arbustos y pajonales. A lo largo de los cauces de las acequias, obturados por los matorrales, los yerbajos y las clemátides, sobrevuelan miríadas de insectos atraídos por la humedad y la floresta. Los insectos enrabietados revuelan alrededor de los que avanzan a la carrera. Muy a lo lejos, aúllan los perros.

Janessky suelta manotazos y escupe los mosquitos que se le meten en la boca. Alrededor del río Chira crece una bruma deshilachada por los rayos solares que apuntan desde lo alto de los cerros andinos. El serbio cobra ventaja al cholito y a los que le siguen. El chileno y el yanqui cierran la comitiva muy rezagados. Si «la diversión» consiste en dar caza a un pericote de porquería, ¿para qué apurarse?

Al pie de una empalizada, en el fondo de una zanja, agoniza uno de los perros guardianes, degollado, embadurnado de heces, sangre y lodo.

–¿Ve usted, jefe? ¡Ese jijo de una gran puta le sajó el pescuezo al animalito de Dios!

Explica el cholito al serbio. El europeo ni siquiera hace mención de detenerse a observar la bestia degollada, sino que prosigue la carrera guiado por los ladridos de los canes y las imprecaciones de los peones, a cada instante más cercanos.

El perro malherido se debate en el fondo de la zanja, envuelto en cuajarones de sanguaza, tierra, pedregullos, yerbajos y hojarascas. La bola peluda patalea al aire, se retuerce, da varios remezones, emite un gruñido, un estertor y deja caer la cabeza. Entre la pelambrera que rodea sus bolas de vidrio, acribilladas por los aguijones de los insectos, resbalan goterones de lágrimas cuasi humanas.

Hilbert y Macías atraviesan a un metro del zanjón a paso tranquilo. El americano se detiene, da un paso en la dirección de la zanja, observa al perro que agoniza, escupe al suelo, mete la mano al bolsillo interior de la casaca, agarra la pistola, apunta y le descerraja un disparo en la cabeza. El animal da un respingo, se estremece, patalea y cae muerto.

–Lo siento; así dejas de sufrir –expresa el gringo y reemprende la marcha.

El chileno ha proseguido su camino sin prestar atención a la bestia agonizante. Cuando el americano se pone a su altura, Macías le reprocha:

–Bah, no merecía la pena despilfarrar una bala en ese perro sarnoso; yo me la hubiese reservado para metérsela en la cabeza al pericote que lo jodió.

–Porque tú eres bastante bruto, compadre.

Paralela al cauce de la acequia y la empalizada discurre una trocha

invadida de pajonales y maleza. Un poco más a lo lejos, la ribera boscosa del río. En lontananza, los contrafuertes de los cerros andinos, envueltos en una neblina difusa.

A medida que clarea, arrecian los cantos de los grillos y los pájaros, entreverados con los ladridos de los perros y las imprecaciones de los peones que azuzan a las bestias.

Un sol legañoso asoma en la cresta de los picachos andinos. Corre una brisilla errática saturada de esencias a azahar, rosales salvajes y pasto amargo. Cuadrillas de ratones y reptiles huyen a esconderse de los que avanzan en tropel.

Un escuadrón de peones armados de lampas, palanas, horcones y pértigas de madera, rodean un montecito de cañas bravas, zarzales, maleza, hiedras y arbustos enmarañados. Los servidores de la hacienda obedecen las órdenes del capataz que les grita que «no sean huevones y que entren al bosquecillo tupidísimo».

Desde algún lugar en los sembradíos, entre los aullidos y el bullicio de los pájaros, resuenan los lamentos desgarradores del agonizante y los gritos de quienes lo atienden. Los dos perros que han sobrevivido a la refriega, ladran al montecito. Eso, sí, aunque les azuzan, no se atreven a entrar y enfrentarse al forajido o lo que sea. A medida que se aproximan al espeso montecito, por la cabeza del serbio cruzan preguntas horribles a las cuales todavía no está en condiciones de contestar.

El recuerdo de la noche pasada con la serrana bravía le incita a un voraz deseo destructivo. Los arañazos y mordiscos que le ha propinado la muchacha le escuecen mucho más por dentro que en la piel. Es perceptible el vibrato de la tierra gravitando en el aire: es como la señal del estremecimiento del terror. Ahí, en el estado especial de espanto, es donde el serbio localiza su pálpito de goce.

En el caso de un individuo como el eslavo, acostumbrado a la violencia implacable e indiscriminada, el amor y la muerte son las dos caras de una misma pasión. Cuando tropieza con el sufrimiento y el terror impreso en los rostros de sus enemigos, le invade una especie de exaltación placentera, mucho más intensa que el sexo o las drogas. Para determinados individuos de la condición de Janessky, el amor unido al sufrimiento extremo, al estupor provocado por el pavor y la muerte, están en umbilical unión, son la misma cosa.

El espectáculo de la horrenda mutilación, de los espasmos del agonizante, no solo le produce una dulce embriaguez, sino que le excita en tal modo como si penetrase a una mujer. Ahora, en el instante previo a la tragedia, vuelve a sentir el escozor de las heridas provocadas por su última víctima, la indómita serranita.

El europeo sustituye el rostro espantado de la muchacha por la cara aterrorizada del pericote que ha cometido el imperdonable

pecado de invadir su territorio.

Hacia el objeto de pavor confluyen su energía, su voluntad, su empeño. Necesita dar rienda suelta a sus emociones acometiendo una misión especial. Le pica el deseo de imponerse al adversario de turno. Como ha ido imponiéndose a sus antiguos jefes, los agentes de la KGB y la Stasi, a los Comandos de Seguridad yugoslavos y a los soldados y a los gendarmes peruanos. Su fuerza de voluntad está hecha para superar las adversidades. Merced al olfateo de su presa, crece y se alimenta su voluntad de poder, sus ansias de dominio y su capacidad de aniquilación.

–¡Maldito engendro del demonio! ¡Ahí está, ahí está! –brama el capataz.

Un cholito renegrido, sudando la gota gorda, aparta las hojarascas y los bejucos valiéndose de una palana.

–¡Vamos, hijo de perra, sal, sal, sal! ¡Sal, ratero de mierda!

Un individuo muy flaco, de cabeza cubierta con una mata de pelo de pichana, tira de guicapa[7] con todas sus ganas, a la par que suelta escupitajos y rezonga a los perros. Los otros peones apalean los ramajes con las pértigas o la emprenden a remecidas y lisurazas. De la hojarasca y las cortaderas se desprende el shulay[8] empapando a los peones y a los pastores alemanes. En el seno de la pequeña selva, sin embargo, nada sucede. Janessky echa una ojeada, frunce el ceño y acentúa el rictus de molestia.

Le suena absurdo que un simple pericote haya puesto en jaque a un ejército de idiotas armados de lampas, palanas, horcas, pértigas, palos y machetes. ¡Para matarlos! Al capataz se le ha puesto el pelo como escarpias, observa de reojo al serbio y rompe en aspavientos de estupor. Al percatarse del rictus despreciativo del europeo, da un paso al frente y tira de palana tajando ramajes, a la par que apostrofa a los peones, incitándoles a que penetren en la espesura.

–¡Sarta de mariconazos, entren y saquen por las puras huevas a ese desgraciado! ¡A qué esperan, perezosos de porquería! ¡Qué sujetos para cojudazos! ¡Pues no les ahueva un pericote de mierda! ¿A qué esperan, pues? ¡Jalen duro, huevones! Entren por el ratero, ¡carajo! ¡Por qué se quedan ahí, quietos como muertos! Vamos, pues. ¡Qué tal raza de inútiles! ¡Véanlos! Pero si nomás es un pericote de cagada. ¡Aviéntense de una santa vez, cobardes, rosquetes!

El capataz arenga a los peones. Eso, sí, más que todo pretende agradar al serbio, al que le señala:

–¿Se da cuenta, patrón? ¿Los está viendo? Si más parece que fueran mamacitas, carajo. Ya va siendo hora de darle su merecido a ese desgraciado. ¿Sabe qué, patrón? Yo lo vi; es un serrano pestoso. Ansina mismo que lo íbamos a joder, le cuadró al Zacarías y le dio un machetazo en el gargüero. Pa la casa lo llevan. Muertecito va. Y a los

perros también los jodió. ¡Ahí los ve, a esos dos! ¡Zurraus de miedo están! Ladran nomás, pero no se atreven a aventarse ahí dentro.

Janessky está más que furioso. Da un paso al frente y escudriña hacia el interior del montecito: las ramas, los tallos, las cabuyas, las hojas, la maleza, los zarzales, las cañas y los yerbajos son tan tupidos que le impiden reconocer el interior del bosquecillo. El matorral está rodeado en la parte posterior por una laguna de aguas estancadas. Nubes de insectos sobrevuelan las aguas y los matorrales. Las aguas de la laguna son cenagosas y desprenden un intenso tufo a putrefacción.

–¡Manga de maricones, qué mierda les pasa! ¿Un serrano pestoso y los jodió?

¡Para matarlos a todos! ¡Quién lo ve! ¿A qué esperan, huevones de cagada? ¡Entren por él y agárrenlo! –berrea el yugoslavo.

–Che, patrón; vea que…

El capataz se remanga la pernera del bombacho y le muestra un harapo ensangrentado que le cubre la herida en el muslo, provocada por el machete del supuesto pericote.

–Ese hijo de Satanás, tira de machete como el mismo negro[9]. Patrón, le digo que ese sujeto está zafau del cerebro. Hay que verlo para creerlo. Es un flacuchento y andrajoso, pero los perros le cogieron miedo. Un presidiario será, patrón, seguro. Cuando me se vino encima, me fijé que tiene dos cicatrices en el hocico y unos ojos de indio maloso, de los malos, malos.

Janessky guarda silencio, en tanto atisba a lo hondo de la espesura. Sin apenas moverse, observa de reojo al capataz que le muestra la pierna herida. Los peones apalean los ramajes y azuzan a los pastores alemanes que ladran enfurecidos, aunque no osan asomar los hocicos en los matorrales.

Janessky está aburrido de andarse con remilgos y de ver a su tropa indecisa. Acuciado por un impulso de enojo mal disimulado, aparta al capataz de un empellón, le arrebata la palana, y antes de internarse en el bosquecillo, reta despreciativo a sus hombres:

–¡Váyanse al infierno, huevones de mierda!

Dicho lo cual, arremete contra los matorrales, hecho una furia y reparte palanazos a diestro y siniestro, aplasta ramas y hojarascas dispuesto a abrirse camino. Los pastores alemanes prorrumpen en aullidos y carreras, exhibiendo medrosos las fauces en las enramadas. De improviso, chasquea el filo acerado de un machete, sajando brotes, maleza y hiedras. Los pastores alemanes retroceden a la carrera emitiendo alaridos de terror. El yugoslavo bracea ardiendo de rabia, decidido a despejar los enramados y penetrar hasta el corazón de la jungla donde ha buscado refugio el pericote o lo que sea.

No bien mete las narices en la broza, cuando de nuevo crujen las ramas, suena un golpe seco y el europeo da un respingo echándose a

un lado. El chicotazo es tan vertiginoso y certero, que la punta del machete impacta en su clavícula. En una fracción de segundo, el emboscado lanza otro machetazo, si bien en esta oportunidad no acierta con Janessky que se ha hecho a un costado y retrocede de espaldas. Los peones cesan de apalear y corren en auxilio del serbio que brama de furia y de dolor. Hilbert y Macías observan desde la distancia lo que está sucediendo, aunque para nada aceleran los pasos. Alrededor de cincuenta individuos merodean en torno al bosquecillo, atraídos por la gresca.

Janessky ha recibido un fuerte puntazo en la clavícula y de la herida abierta mana un borbotón de sangre que le salpica en el pecho y empapa el polo de color celeste. El chicotazo profundiza hasta el hueso y deja al descubierto la pulpa asomando por el corte en la prenda.

El yugoslavo cubre su herida con la mano, rechina los dientes y ruge:

–¡Amárrenme un trapo, sarta de inútiles! ¡A qué esperan, tarados del carajo!

Los canes aúllan espeluznados. Uno sangra del hocico, el otro cojea. Los que rodean al serbio atisban desconcertados, si bien ninguno se atreve a intervenir. Con las imprecaciones del yugoslavo como fondo, el capataz y dos peones improvisan un torniquete. Por fortuna, el tajo ha dejado el hueso al descubierto, si bien el corte no es muy profundo y, a pesar de que sangra abundantemente, no parece que corra peligro la integridad del herido.

Tumbado en el pasto, el semblante teñido en odio como nunca antes lo han visto igual. Janessky grita, voz en cuello:

–Ya me están yendo por un cilindro de queroseno. ¡Apúrense, tarados! Vamos a prenderle fuego a ese perro sarnoso.

Los peones y malandrines pululan alrededor del montecito y la acequia entre indecisos y preocupados. La hediondez a putrefacción proveniente de las aguas estancadas se mezcla con la pestilencia a guano, orines y el aroma a flores y pasto.

Tres sujetos irrumpen a todo galope portando escopetas y un fusil. Al verlos aparecer, Janessky les ordena:

–¡Mátenlo, inútiles, maricones de cagada!

Los escopeteros apuntan a los matorrales y descargan una primera andanada. Los perdigones y las balas acribillan la hojarasca, las cañas y las cabuyas; pero en el seno de la jungla ni una brizna de aire altera la calma.

Macías escudriña hacia la ribera de la laguna que circunda el bosquecillo, da un rodeo por detrás de los que disparan y sueltan machetazos y palanazos, llega al borde de la acequia, examina las aguas estancadas, echa una mirada a los matorrales, se agacha y

comienza a gatear sigilosamente.

De nuevo arrecian las detonaciones. A lo largo del valle resuenan los ecos de los estampidos. De improviso, se estremecen los ramajes y del interior del matorral surge un alarido.

–¡…!

–¡Lo mató!

Los hombres irrumpen a la carrera atropellándose unos a otros. Cerca de treinta individuos se mantienen a la expectativa, unos metros retirados del escenario de la locura. Hilbert fuma tranquilamente al cobijo de la copa de un sauce. Al percatarse de la agitación de los peones, achina los ojos, deslumbrado por el resplandor solar.

El serbio sigue tumbado en el pasto sujetando el apósito que tapona la herida, pensando que el que ha resultado herido es el pericote, vocifera:

–¡Acaben con él, maricas! Cien dólares a quien le arranque los huevos. ¿Oyeron?

Chasquean las cañas y ramas al quebrarse. Los remezones de los hombres, sus imprecaciones y los aullidos de los perros producen un estrépito de batalla. Siete empleados de la hacienda salen del bosquecillo arrastrando un cuerpo ensangrentado. Sin embargo, no es el forajido el herido de muerte, sino el capataz flaco, de cara macilenta, al que el pericote le ha seccionado el cuello a la altura de la yugular. La sangre del capataz degollado tiñe de salpicaduras rojas a los peones que lo cargan.

El agonizante abre los ojos y la boca de par en par, se agita, patalea, emite una especie de gruñido inhumano, suelta un vómito de sangre y acelera en los pataleos. La existencia se le escapa por el pescuezo a borbotones.

–¡Achachay, achachay! –exclama uno de los peones, horrorizado.

–¡Lo degolló! –barbota otro, sujetando la cabeza casi seccionada del capataz.

El machetazo propinado por el forajido deja pendiendo la testa cubierta de pelo en forma de plumero; de la tráquea cercenada fluye sangre a raudales.

Los hombres del serbio están espantados ante lo que ven. Del primero al último son conscientes de que el capataz morirá irremisiblemente desangrado en unos minutos. Por mucho que corran los que cargan con él, será inútil: lo que transportan es un cadáver dando los postreros estertores.

–¡Rápido, acérquenlo a la casa! –vocifera el eslavo.

Los perros, enervados a causa de haber olfateado la muerte, arrecian en las carreras y los aullidos en torno a los matorrales. Durante unos instantes, el valle queda sumido en un extraño silencio, solo roto por el zumbido de los insectos. Desde la laguna asciende un

vaho pastoso que desprende un intenso hedor a sumidero. En las laderas de los picachos andinos comienzan a descorrerse los velos de la bruma matinal. El sol achicharra el desierto. Arriba, muy arriba, vuelan bandadas de gallinazos que emiten ásperos graznidos. Los pájaros de los montes cercanos y de los choclares han cesado de revolar, espantados por el griterío y las detonaciones. Muy en la distancia, resuenan las voces de los peones que transportan al capataz que acaba de exhalar el último aliento.

En la pequeña jungla suena un chasquido. Seguido, un gruñido sordo. Se estremecen las ramas como si estuvieran librando una pelea entre los matorrales.

–¡Quémenlo a punta de plomazos, rosquetes! ¡Mátenlo, mátenlo, mátenlo, terminen con ese desgraciado de una maldita vez! –grita Janessky, que parece que estuviera fuera de sus cabales.

Los escopeteros y el del fusil vacilan un segundo. En lugar de descargar las armas contra el amasijo vegetal, se han quedado mirando, estupefactos, la procesión de empleados que portan el cuerpo exangüe del capataz.

Los gritos del eslavo rebotan en ecos al infinito.

Lo que sucede a continuación parece una escena extraída de una pesadilla. Se separan los tallos y las plantas y emerge una especie de criatura de otro mundo blandiendo un machete. Visto y no visto. El sujeto es flaco de pena, acribillado a rasguñaduras, el rostro cruzado por un par de cicatrices en forma de aspa, los ojos salidos de las órbitas, el pantalón y la camisa hechos harapos. El que sale huyendo del interior de los matorrales es el serrano Granda, el ayudante de Harry Vegas, el secretario general de la Prefectura de Piura.

En una fracción de segundo, se incorpora de un respingo, da un salto y logra abrirse paso entre la peonada soltando machetazos a diestro y siniestro. A través de los desgarrones de las ropas asoman chicotazos y heridas sangrantes. El filo del machete está embadurnado de restos vegetales y sanguaza. El serrano Granda echa a correr tratando de internarse en los choclares. Uno de los hombres de Janessky le corta el paso lanzándole una estocada con una pértiga. El serrano esquiva el ataque ejecutando un escorzo. Dos tipos armados con sendas horcas intentan cerrarle el paso. Granda hace el intento de retroceder hacia la maleza, blande el machete y suelta furibundos mandobles a izquierda y derecha.

De pronto, le rodean más y más hombres armados de garrotes y palanas. Granda está perdido. Aun así, se bate con desesperación buscando una salida. Los escopeteros, el del fusil y los individuos que rodean al serbio, se han quedado pasmados, sin reaccionar, prendidos de los movimientos de esa especie de ser intramundano. Los pastores alemanes escapan aullando, como si la guicapa les acabase de caer en

los lomos.

Granda da un brinco, suelta un machetazo y atraviesa entre los que le contemplan atónitos. En ese instante, se abre paso entre la broza el chileno Macías. Si Granda está hecho un desastre, el chileno no le va a la zaga: desgreñado, el rostro surcado de rasguños y magulladuras y la camisa hecha jirones. El chileno se desembaraza de los bejucos y las púas de los zarzales, se pone en pie de un salto y se lanza tras los pasos de Granda, puñal en ristre.

–¡Mátenlo, mátenlo, carajo! ¡Baléenlo, hijos de puta! ¡Disparen, mátenlo, huevones de mierda! –ruge Janessky, ebrio de furor.

Empero, sus hombres no se mueven, mirando atónitos a esa criatura intramundana. En ese lapso, los acontecimientos se suceden a velocidad de vértigo. Ninguno de los presentes reacciona a tiempo. Granda mete un salto y se arroja de cabeza a las aguas de la laguna. Los peones y los sicarios corren tras él. Se detienen al borde del cenagal embrozado sobre el cual revolotean miríadas de insectos.

En un arranque de furia, los escopeteros comienzan a disparar sin ton ni son. Janessky arremete en imprecaciones obscenas contra sus hombres. Hilbert arroja el cigarrillo al suelo, se apoya de espaldas en el tronco del sauce, los brazos cruzados al pecho, la cabeza inclinada y observa el discurso del espectáculo con aire de indiferencia, aburrido. Mientras los escopeteros continúan disparando a las aguas de la laguna sin ton ni son, Janessky patalea y vocifera hasta quedarse ronco.

Los peones y los mercenarios rodean el cenagal, golpean en las aguas con las pértigas y las palanas, arrojan piedras o clavan estoconazos. Los estampidos, los aullidos de los perros, los gritos de la peonada y las imprecaciones del serbio, atraviesan en ecos el valle y rebotan contra las laderas de la Sierra. Los mosquitos, por millones, enervados como consecuencia del tiberio y las salpicaduras de las aguas, ascienden y descienden en revuelos y arremeten contra los humanos impulsados por una voracidad insaciable.

El espectáculo es delirante. Los peones inspirados en el recuerdo del capataz y el compañero muertos, golpean, pinchan y disparan en el sitio por donde Granda se ha arrojado al sumidero. Hilbert abandona su refugio, atraviesa el descampado y retrocede despacio siguiendo el curso de la acequia. Los baladros de la peonada, los disparos, los aullidos de los perros y las imprecaciones de Janessky, le han puesto de mal humor.

Hasta el más templado de los hombres da muestras de haberse vuelto guillado de repente. Quizá es que son tan idiotas que parecen incapaces de hacer otra cosa que vociferar y pelearse con las aguas de la laguna.

¿Qué pretenden conseguir desgañitándose y disparando

pedradones y tiros a la laguna? ¡Merecerían que les metiesen de balazos, por estúpidos! Si Hilbert por dentro está que trina, por fuera trasluce indiferencia y hastío. Solo él es consciente de lo que está sucediendo. Eso que se supone que está rodeado de hombres diestros y preparados.

Es increíble. Mientras todos están arremolinados al borde de la laguna fangosa, ¿dónde está el del machete? ¡Sarta de inútiles! ¿A qué y contra quién disparan?

Hilbert ha visto clara la jugada desde el primer momento y es consciente de las medidas que debe tomar. De hecho, que no pierde el tiempo como los otros. Está curtido en mil batallas, por lo que una presa como el sujeto del machete y la cicatriz en la cara no va a escapar de la hacienda así porque sí. Los alardes de los sicarios y la peonada sobran. Sobran los bramidos de Janessky y la insensata balacera contra las aguas de la acequia. Ya está bien de bromas y es hora de obligarle a pagar al sujeto que se ha llevado por delante la vida del capataz y del peón. Tal vez por el olfateo de la muerte, los sicarios y los hombres de la hacienda se han aturdido o se han vuelto idiotas; de lo contrario, ¿cómo entender un comportamiento tan absurdo? Los sentimientos desbordados bloquean la razón.

En cuanto a Robert Hilbert, el sujeto, pericote o lo que sea, le importa un pimiento. Lo que le interesa es que pague por los daños que ha ocasionado… Por si tiene algún cómplice, dejarle claro que ningún desgraciado puede entrar en territorio vedado, causar tantos daños y largarse tan ricamente.

Unos segundos más tarde, monta guardia en un recodo de la acequia cubierto de líquenes y malezas. Clava la vista en un punto de las aguas. Se agacha y avanza en cuclillas en paralelo al cauce. Unos metros más arriba, se detiene en seco y permanece tumbado en el suelo, escudriñando entre la broza del canal. A los dos segundos se arrastra al borde de los cañaverales y vuelve a tumbarse conteniendo la respiración.

De nuevo vuelve a agacharse. Gatea muy despacio, sigilosamente. Baja la cresta. Avizora a las aguas y reanuda la marcha, la vista pegada al lecho de la acequia. A su espalda quedan el tumulto de la peonada y los alaridos de los perros y de Janessky.

–¡Váyanse todos al infierno, maricones de cagada! ¡Denle duro, carajo! –ladra el europeo.

–Tranquilo, patrón. Ese desgraciado seguro que está en los infiernos. A estas horas si no lo quemamos de un balazo, estará reventau con la mugre del estanque. Caracho; segurito que está bien muerto –argumenta un moreno corpulento, de ojos siniestros, con dos dedos de la mano diestra amputados.

–¡Pujen, pujen, denle ahí, ahí! –arenga el chileno.

–¡Acaben con él, imbéciles, acaben con ese perro sarnoso! –gruñe Janessky.

El americano ha retrocedido un centenar de metros. Se acerca a un nuevo recodo de la acequia. Agacha la cabeza hasta soterrarla en la retama. Escupe los insectos que le entran a la boca a puñadas. Vuelve a incorporarse. Parpadea deslumbrado. Achica los ojillos hasta hacerlos de pulga. Se lleva una mano a la frente con objeto de protegerse del reflejo del sol… Esta vez permanece quieto en el sitio.

–¿Ven alguna cosa?

–Las aguas están enlodadas, patrón. De seguro que ese maldito ya está ahogau. Nada vemos.

–Para mí que no haiga nengún crestiano que resista tanto tiempo debajo del agua. Más que muerto estará ese desgraciado –afirma el moreno corpulento.

–¡Mierda para que lo traguen los gusanos! –escupe Janessky.

Otean entre los jirones de la neblina formada por el vapor de las aguas. Los perros han cesado de gruñir. Los peones y los sicarios, poco a poco, dejan de disparar, de lanzar piedras y golpear con las pértigas y las horcas, dando por sentado que el del machete estará ahogado en el fondo de la laguna. De nuevo cantan los grillos y los pájaros. También se remansan las aguas de la laguna. Unos pinchan con horcas y pértigas en el lodo, otros escudriñan por si… Empero, «el ahogado» sigue sin emerger a la superficie. Los escopeteros permanecen apostados al borde de la ciénaga, dispuestos a disparar a la menor señal de alerta. La brisa estremece los ramajes del matorral, en ese trance olvidado.

El serbio enrabietado como consecuencia del dolor y la furia, continúa repartiendo estocadas verbales a los peones y a los sicarios de su cuerda:

–¡Qué mierda les pasa, carajo! ¡Métanse a la laguna, rosquetazos de caca! ¡Por qué no se echan al agua, desgraciados! ¡Sáquenlo de una maldita vez, tarados del carajo!

Ni los peones ni la tropa de sicarios se dan por aludidos. Si tanto le interesa sacar al ahogado, que se arroje él a la ciénaga. Algunos le miran de reojo, otros intercambian gestos elocuentes, varios escupen al pasto… Los más escrutan las aguas fangosas en espera de que salga a flote el cadáver del pericote o de lo que sea. En cuanto a Hilbert, éste prosigue la marcha reptando paralelo al cauce.

De sopetón, como si le hubiese picado una culebra, da un respingo; se incorpora de un salto; atraviesa una maraña de arbustos; clava la vista en las aguas; mete la mano al bolsillo interior de la casaca; retira la pistola; apunta y dispara dos veces hacia el lecho de la acequia. Los estampidos resuenan a lo largo del valle multiplicados en ecos y rebotes. Los que merodean al borde de la acequia voltean a cerciorarse

de lo que sucede, con el tiempo justo de observar «algo» que chapotea en la acequia y estremece la maleza de la ribera. El serrano Granda se debate entre las aguas y la broza, boqueando, braceando y pataleando como un poseso.

Hilbert avanza hasta el borde del cauce, apunta de nuevo y acribilla a balazos al desgraciado intruso. Granda se hunde en el fango. Aparece un segundo y vuelve a sumergirse. Los peones y los mercenarios echan a correr hacia el recodo de la acequia donde Hilbert acaba de rematar al intruso. En menos que canta un gallo, más de treinta individuos dirigen miradas de incredulidad al sujeto que flota sobre las aguas al pie de los cañaverales, mientras el cauce se tiñe de rojo.

Robert L. Hilbert retrocede un par de pasos. Escupe al suelo y echa miradas cargadas de desprecio a la tropa de imbéciles que gritan, tiran de palos, rejones y horcas contra lo que es un miserable cadáver. Uno de los escopeteros la emprende a perdigonazos contra el serrano y le revienta la cabeza. El del fusil le imita y descarga una ráfaga de balas en un absurdo intento de rematar a un simple cadáver. Alrededor del cauce revolotean millones y millones de insectos, atraídos por la sangre.

El cadáver se balancea en los cañaverales envuelto en sangre, limo y fango. Hilbert se sacude las ropas. Deposita en el bolsillo de la casaca su pistola. Escupe al piso con repugnancia y emprende el regreso a la casa. Un centenar de metros más arriba, se cruza con dos peones que transportan un cilindro de keroseno.

El yugoslavo se pone en pie y se acerca a pasos renqueantes al borde de la acequia, escupiendo rabia por la boca, ordena:

–Ya me están sacando esa porquería de la acequia. Vamos, pues; ¿a qué esperan?

Los peones insertan al serrano Granda con los dientes de varias bieldas, lo alzan en vilo y lo arrastran por el pasto. El odio que les inspira el cadáver es tan grande, que muchos siguen golpeándole y otros le pinchan con las pértigas y los rejones, hasta reventarle las tripas y desgarrarle las vísceras. El cadáver descuartizado desprende una intensa pestilencia a ciénaga.

El ser intramundano, la criatura, otrora un ventarrón de furia desatada, es, en la extrema quietud de la muerte, un informe pingajo embadurnado de lodo. Los perros, azuzados por el serbio, arremeten a dentelladas contra los despojos humanos. El espectáculo es horripilante. Los más impresionables entre los mercenarios y la peonada, voltean las cabezas y reprimen las náuseas. Otros, repugnados por el muerto que apesta a mierda y a fango, dan media vuelta y se deshacen en náuseas y vómitos.

Hay un gigante negro de aspecto feroz acompañado de un flaquito

blanquillo que observan la escena con ojos indiferentes el gigante negro y a punto de reventar de repugnancia el blanquillo lampiño.

El sargento Demetrio Vela, El Loro, clava la mirada, una mirada de hielo, en el serbio y frunce el ceño. Se le antoja imposible entender y es incapaz de asimilar que ese fulano, de los que dicen duros, duros, sanguinario y medio sádico, se ensañe con un desgraciado, con un salvaje que ha sido capaz de mantenerlos en jaque y que se ha llevado por delante a dos hombres y les ha tomado el pelo a todos ellos con tanta facilidad.

Seguramente su jefe, el coronel Sergio Bolaños, será muy feliz el día que él termine con el europeo, con el americano y le arranque la cabeza con sus propias manos al chileno Macías.

Milko Janessky trata de desquitarse de su herida y de la muerte de sus dos hombres, emprendiéndola a puntapiés contra los despojos del desventurado Granda. Harto de golpear, teñido en sangre el polo a causa de la herida abierta de nuevo, fuera de sus cabales, ordena a sus hombres:

–¡Quémenlo! ¡Métanle fuego a este desgraciado de porquería, carajo!

CAPÍTULO X

–22–

PROXIMIDADES DE LIMA

SEGUNDO SEMESTRE DE 1988

En el rostro del coronel Faustino Leary son perceptibles las huellas de una noche de insomnio, sueños inquietantes y pesadillas. Desciende las escaleras del segundo piso, asoma la nariz al porche y parpadea con insistencia, deslumbrado al chocarle en pleno rostro el destello solar. El día amanece despejado, si bien un tanto fresco. Corre una brisa errática que estremece los follajes de las enredaderas, los matorrales, los grandes árboles y las flores de las jardineras.

El coronel Leary intenta avanzar un par de pasos; empero, le pesan demasiado las piernas y le duele intensa y persistentemente la cabeza. Está muerto de sed, los músculos los nota flácidos, los pensamientos embotados, como si sufriera la resaca de una borrachera. Bien es verdad que la velada nocturna se prolongó hasta altas horas de la madrugada; aunque él en particular no comió ni bebió en exceso. En realidad, solo tomó a primera hora de la noche y en la cena dos vasos de whisky y una copa de brandy; después, ni una gota. Lo chocante es que apenas ha conciliado el sueño y lo poco que ha dormido le han perturbado las pesadillas. De ahí que se haya levantado muy temprano y haya decidido despejarse yendo a dar un paseo por su hacienda. Desde la última grada del porche otea hacia el horizonte, sin prestar atención a lo que le sugiere el incomparable panorama que se extiende a sus pies.

Desciende las gradas muy despacio, debido a que persiste el intenso dolor de testa, la sequedad en la garganta y una profunda flojera muscular. La residencia campestre del coronel Leary linda con la hacienda El Cóndor, propiedad de Natalia Rosell, por la que sigue estando muy interesado y que todavía no ha conseguido arrebatársela a su legítima propietaria.

Alrededor de la casa del coronel resaltan los macizos de buganvillas, un bosque de tamarindos y palteros y los penachos de las magnolias, muy próximas a agostarse, en el bello esplendor del ocaso. A medida que el sol sobrepasa los cerros andinos, es más intenso el resplandor y más molesta la fotofobia que padece el propietario de la hacienda.

El fulgor solar difumina, por exceso de luz, las siluetas de las palmeras, de los cocoteros, de los sauces, de los palteros y de las

enredaderas. Desde los pimpollos de los maceteros y las ramas de los árboles, los insectos, las moscas y los pajarillos saludan a la mañana otoñal. La brisilla errática revolotea entre las copas de los tamarindos, naranjales y limoneros diseminados a lo largo y extenso de la hacienda, hasta donde la vista abarca y más allá.

El coronel Leary poco a poco está comenzando a recuperar el tono muscular y el relativo buen humor a medida que camina a paso marcial, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón. Viste una camisa de manga corta de blancura impoluta, pantalón oscuro y botas de cuero de media caña.

El bullicio de las aves y los susurros de la brisa, al chocar en las copas de los árboles, se superponen a los lejanísimos voceríos de los peones de su hacienda y los que laboran en la de El Cóndor. Esta última es la hacienda más extensa de la zona y se despliega en lontananza, allá donde el trazado andino y el mar erigen los límites del horizonte. Sin saber a qué achacarlo, se siente bastante nervioso, molesto y agobiado. Aun cuando especula acerca de las hipotéticas causas de su malestar, no atina a discernir si es como consecuencia de la noche de inquietud o guarda relación con esa inusual y extraña calma que percibe a medida que atraviesa los sembradíos y recorre los senderos aledaños a la acequia.

Unos minutos más tarde, abandona la trocha principal y se interna en un sendero tachonado de retamas, hiedras y pajonales y cubierto por las frondas de los árboles que crecen a ambos márgenes. Las hierbas, los bejucos y las hiedras ensamblan una jungla húmeda y fulgente, más enmarañada cuanto más se acerca a las riberas de la acequia. En el deambular ensimismado nota los latidos de su corazón al golpearle en las sienes, en el refluir de la sangre.

Tan concentrado está en sus pensamientos, que ni siquiera le causan molestia las púas de los espinos y las ramas en las que se enredan sus cabellos y le rasguñan la frente. Tampoco le incomoda en exceso o se ha vuelto inmune al polvillo urticante de las telarañas que cuelgan de las ramas. Las resonancias huecas del silencio interior son las que le producen desazón. A intervalos crecen o desaparecen los gritos de la peonada y cesa de escuchar el retumbo en susurro de la brisa al mecer los enramados, que produce el efecto de los flujos y reflujos del mar al golpear en un muro de arrecifes.

De trecho en trecho, ladea la cabeza en ángulos recelosos, como si quisiera grabar en la memoria la maleza del camino. No es tanto que tema toparse con una culebra o cualquier alimaña, sino que a cada paso que avanza, aumenta la sensación de calma, de inquietante y oscura calma que la tierra por sí misma no exhala. Ha recorrido algo más de dos kilómetros y medio, cuando está a punto de patear un abultamiento que sobresale de los hierbajos y las hojarascas. Lo que

ha estado en trance de patear es uno de sus perros, reducido a un simple cadáver.

El animal es una bola peluda, monstruosamente hinchada. El coronel Leary se detiene en seco, examina con extrañeza y atención al animal muerto… Escupe al piso en un gesto de repugnancia y gira el cuello para escudriñar hacia los costados del sendero. Superado el desconcierto inicial, arruga el entrecejo y escupe de nuevo al piso, aunque apenas si le afecta el espectáculo de la muerte. A la repulsión le sobreviene un ataque de cólera fulgurante, incontenible. El semblante demacrado sigue siendo esa especie de mascarilla de yeso imperturbable.

Las pestañas y las cejas perfilan en oscuro los trazos de su faz de emperador de otro tiempo. En un ataque de ira irreprimible, esputa una maldición en viva voz y propina una pateadura al animal. A causa de la pateadura salen revoloteando nubes de insectos y se desprenden parte de las heces que embadurnan las piltrafas. Las fauces del pastor alemán se advierten impregnadas de cuajarones babosos, lo que revela la marca del veneno y la reciente muerte del animal.

Un centenar de metros más abajo, halla otro perro muerto, el cual presenta idénticas señales a las del primero. El pastor alemán yace al pie del tronco de un sauce. La fiereza de los dos pastores alemanes negros, peludos, es apenas un recuerdo. Ahora hay dos bolas hediondas de lana deformadas hasta lo monstruoso, que exhiben unas fauces babeantes. Sumido en desconcierto, tenso, cauteloso, reanuda el paseo y se dirige a la ribera de la acequia, en el rincón donde desemboca un torrente.

En esta oportunidad, en un arranque de corajina, propina una patada a una raíz y suelta un bramido, lleno de rabia:

–¡Maldición! ¿Qué diablos está pasando?

Está comenzando a ponerse nervioso de verdad. Se ha borrado de su rostro el rictus de indiferencia espartana que lleva puesto como estandarte de su personalidad. El recuerdo de la última noche expresa una lógica de espanto, lo que confiere sentido a las pesadillas que le han perturbado el sueño. Es ni más ni menos que «la presencia» de la muerte rondando alrededor de su cabeza. Aun cuando es muy difícil que sucumba a los augurios negativos, en ese momento es como si le persiguiera un halo de fatalidad. Está desconcertado y le invade la ansiedad. Otro en su lugar habría girado sobre sus pasos y hubiese regresado a la casa. Sin embargo, el coronel Leary es un tipo duro y en su ánimo fermenta una imperiosa necesidad de proseguir la marcha, de buscar, de indagar hasta esclarecer la clave que explique lo sucedido. Antes de reanudar la inspección, echa una ojeada de pasada a los dos cancerberos muertos y avanza sendero abajo bordeando el cauce de la acequia.

De sopetón, vuelve a alarmarse, nota un roce, una sombra, algo confuso que se arrastra a ras de los yerbajos, las retamas y las hiedras. Lo primero que le viene a la cabeza es que pudiera tratarse de una culebra o un lagarto. En previsión de que sea otra cosa, se lleva la mano a la sobaquera, empuña el revólver, apunta y dispara al bulto. El tiroteo reverbera en ecos y retumbos y viaja al infinito a lomos de la brisa errática. Los pájaros, los grillos, los insectos e incluso el torrente guardan silencio, como si se hubieran sumido en una quietud que conturba la conciencia.

Arriba, muy arriba, una escuadrilla de gallinazos emite roncos graznidos, indiferentes los pájaros carroñeros al drama que acontece a ras de tierra. Leary alza la vista hacia el trecho de firmamento que se cuela a través de las hojas de los árboles: la brecha hialina parece vacía. En cambio, la sensación de que está siendo vigilado desde cualquier rincón se hace tan elocuente como desconcertante.

Entonces, sin poderlo evitar, siente que se le forma un nudo en la garganta. El destello luminoso en arrojo violento del espejo de las aguas de la acequia, le ciega los ojos y produce el efecto de que los montes de la otra ribera se hubieran vuelto transparentes. El coronel está tenso y permanece al acecho, la mano diestra en el gatillo del revólver, decidido a disparar de nuevo. ¿Contra qué o contra quién?

Transcurren los segundos y nada extraño altera esa confusa calma que circunda la acequia. El bosquecillo comienza a impregnarse de una luz tenue, tamizada por la maraña vegetal. Leary se vuelve con rapidez y descubre a uno de los perros próximos a la acequia, al pie de un bosque de arbustos, zarzales, hiedras rastreras y pasto tupido. A diferencia de los otros perros envenenados, a éste le han golpeado certeramente con un garrote o una barra de hierro en la cabeza y se la han destrozado.

El coronel Leary empieza a disparar maldiciones, oprime el gatillo dispuesto a pulsarlo si fuera preciso, pero no parece necesario. En la posición de tensa espera, observa con extrema atención al perro descalabrado a garrotazos. Se mantiene unos segundos más con la vista fija en el animal. Luego, de sopetón, gira sobre sus talones y reemprende el camino de retorno.

Miríadas de mosquitos saltan de las ramas, le aterrizan en los ojos, en la frente, se le introducen en la boca, dentro de las fosas nasales y en las orejas. Despeja a manazos los insectos y escupe los que se le han metido en la boca, más en un arranque de cólera que de repugnancia.

Unos pasos más, agacha la cabeza, pues una rama puntiaguda le ha rasguñado la frente. En un nuevo arranque de ira, suelta un violento puntapié a los hierbajos que se le enredan en los botines y sale a toda prisa del sendero que bordea el cauce de la acequia perseguido por

miríadas de mosquitos enrabietados.

Más arriba, trepa a lo alto de un talud y se interna en una trocha que rodea un extenso sembrío de maizales. A unos treinta metros del recorrido, repara en las marcas de roderas de autos o tractores y que surcan el camino en varias direcciones. En un gesto mecánico, alza la vista hacia un montecillo de espinos y sauces. Lo que está mirando le produce una violentísima conmoción. Lo que ha descubierto o imagina que está viendo parece demasiado macabro para ser real.

Vacila un segundo, dos, tres… Se frota los ojos y prorrumpe en exabruptos. El resplandor de los rayos solares que penetra a través de los claros del follaje le enceguece. El destello solar, sin la menor duda, le está engañando, lo que provoca «la ilusión» óptica de imaginar que ve lo que no ve. Pero no. Lo que está viendo para nada es el efecto del resol, una alucinación o el reflujo de la pesadilla nocturna. Lo que imagina estar viendo es un hombre que pende de una rama colgado del cuello. El ahorcado es uno de sus guardaespaldas victorianos. La lengua del ahorcado está ennegrecida y le cuelga hasta el cuello. Resaltan el rostro amoratado y desfigurado, ensangrentada la nariz y tumefactas las órbitas de los ojos.

A los pies del que cuelga del árbol, izado medio metro sobre el pasto, aparece su otro escolta, tirado boca arriba en la tierra, degollado. Los asesinos se han ensañado con sus guardaespaldas. A los dos les han roto las narices, les han cosido a golpes y a pateaduras. Al del suelo le han tronchado los dientes y le han arrancado los ojos con una lanceta. Su boca está abierta de par en par, tal vez por asfixia o porque le forzaron a tragar excrementos humanos antes de liquidarlo. Los dos desventurados se hallan desnudos. El del suelo que yace tumbado boca arriba, aparece envuelto en hojarascas, lodo y hierbajos. Escuadrones de insectos y hordas de hormigas disputan las piltrafas del occiso. A los dos les han reventado las tripas de las que desprenden un intenso pestazo a fango. Sus victimadores los han arrastrado hasta ese rincón de la trocha. El que está tumbado en el pasto ha dejado un rastro de sanguaza y varios metros de intestinos, lo cual señala el camino por donde lo han arrastrado. Los dos cadáveres presentan marcas de haber sido torturados sin piedad antes de asesinarlos.

Al del suelo le han arrancado los ojos y al ahorcado, aparte de haberle destrozado la cara, le falta una de las orejas. Es posible que le hayan arrancado la oreja por odio o para comérsela. Asimismo, les han arrancado las uñas de los dedos de los pies. Por cómo les han quedado los muñones de los dedos de las manos y los pies, el coronel Leary deduce que se los han tronchado minuciosamente, deleitándose.

Superado el estupor inicial, rodea el espeluznante hallazgo y persigue la marca que han dejado los intestinos y el reguero de sangre.

Un centenar de metros más abajo, tropieza con los restos de los dedos y las uñas, las ropas convertidas en harapos, ensangrentadas y destrozadas, pisoteadas por los asesinos y las ruedas de los autos. En medio del sendero encuentra un par de zapatos. Encima de un montón de lajas ennegrecidas por la multitud de hormigas que los devoran, acierta a descubrir tres de los cuatro testículos amputados a los occisos. Un reguero de sangre le indica el camino que han seguido los asesinos. Encima de otra laja aparecen dos ojos cubiertos de hormigas y de insectos, que tal vez son los del primero de los cadáveres.

A lo largo de la senda y alrededor de los ajusticiados, aparecen marcas de suelas claveteadas, idénticas a las que calzan los soldados de las tropas de asalto. Allá donde lance la vista, distingue huellas y harapos ensangrentados, salpicaduras de vísceras, regueros de sangre y bardoma.

El espeluznante hallazgo pone de relieve la extrema crueldad con la que han actuado los autores del crimen. Un poco más allá, aparece otro perro, sin la menor duda envenenado. La crueldad desplegada por los que han masacrado a sus escoltas victorianos le ha dejado estupefacto. Ahí es que se vuelve lentamente en espera de que su conmoción disminuya y de ese modo intenta recuperar el control de sus emociones.

No es nada fácil. Hasta el punto de que su estómago presiona de tal forma contra sus costillas que se ve forzado a hacer enormes esfuerzos para controlar los vómitos. Una vez que vence las náuseas, gira en redondo y emprende el camino de regreso a la casa a toda velocidad. La realidad le grita que los autores de la masacre son energúmenos acostumbrados a actuaciones de ilimitado sadismo y refinada crueldad.

A la memoria le acude el rictus del mayor Adolfo Farrel en la habitación del hotel Diplomat. Entonces no puede por menos que asociarlo al trágico y espantoso fin de sus guardaespaldas.

Sí, le ha quedado grabada a fuego en la memoria la obsesiva mirada que le pegó el milico a los desventurados victorianos, como si desde ese momento los hubiera condenado a muerte. A una muerte miserable, dolorosa y zarrapastrosa.

La venganza del oficial de los Servicios de Inteligencia del Ejército ha demorado muy poco en producirse. Y lo ha hecho de la manera más horripilante que cabría imaginar. En estas circunstancias, otra persona que no estuviera dotada de la fortaleza de ánimo y el temple del coronel Leary, habría sucumbido al espanto, se hubiese dejado llevar por el mensaje que revela el atroz crimen y hubiera escapado del lugar, de la ciudad e incluso del país.

Por el contrario, el coronel Faustino Leary está curado de espantos y jamás se dejará amedrentar. Esas atrocidades le impresionan lo

justo, puesto que las ha experimentado en incontables ocasiones desde que ingresara en el Ejército. Todavía sujetando el revólver en la mano diestra, a grandes zancadas salva los declives del terreno y enrumba a la casa. Ni un segundo más está dispuesto a dedicar a quienes han dejado de constituir motivo de especial recaudo.

No obstante, y a pesar de que intenta desterrar las imágenes de los ajusticiados, es imposible evitarlas y a cada paso que avanza se le hace presente el macabro hallazgo. El salvajismo de los actores del crimen es propio de monstruos desalmados.

El coronel irrumpe en la casa hecho un huracán y patea lo que se le pone por delante. Suelta un portazo y entra en el comedor, en el que dos de sus sirvientes se encuentran ocupados recogiendo la vajilla utilizada en la velada nocturna.

–Ustedes dos, dejen lo que están haciendo. Agarren un bidón de queroseno, se acercan a la acequia y meten fuego a todo lo que encuentren. Incluyendo a los perros, al que verán colgado del sauce y el que encontrarán botado en el pasto. ¡Apúrense, carajo!

Los dos servidores ni siquiera se atreven a decir una palabra: le contemplan atónitos, puestos en él sus ojos de hombres tristes.

Tampoco los sirvientes entienden qué es lo que sucede. Aunque lo supiesen, jamás osarían objetar en contra de su patrón.

–¡Es que no me escucharon! ¿Qué miércoles esperan? ¡Huevonazos de porquería! Metan fuego a todo lo que vean y no dejen ni una huella. Si cuando yo regrese encuentro una marquita, a ustedes dos yo mismo les meto fuego.

A renglón seguido, pica espuelas y abandona la casa. Se embarca en un auto y sale coheteado en dirección a Lima. En poco más de dos horas y media aterriza en su domicilio en San Isidro. Estaciona el auto campero en la cochera; atraviesa el largo corredor y se encierra en su despacho privado.

En esta oportunidad, demora un buen rato en tranquilizarse. Cuando considera que ha sujetado los nervios y que es dueño de la situación, respira fuerte; desaloja el aire de los pulmones a resoplidos; alza la cabeza y fija los ojos en una litografía situada en la pared de enfrente, una copia de Saint-Germain-l'Auxerrois, en cuya base, escrito en latín y traducido al castellano, están escritos en tinta china dos proverbios de la Edad Media, a los que suele recurrir cuando las emociones le dominan: *Potissimus irae fructus peonitentia* (La cólera nace con locura y acaba con arrepentimiento…) *Homo extra corpas est suutn cum irascitur* (Cuando un hombre monta en cólera la razón desaparece).

Una vez más, los proverbios medievales le recuerdan la imperiosa necesidad de recuperar sus emociones y utilizar la cabeza.

Pulsa el interfono y reúne a sus colaboradores más cercanos, a los

que les ordena:

–Ya me están averiguando ustedes qué unidad militar estuvo de ronda por las inmediaciones de la hacienda o por la hacienda El Cóndor, la pasada noche. Necesito saber el nombre de los oficiales que los mandaban y cuál era la misión que estaban cumpliendo, ¿entienden? Y lo quiero para hoy mismo. No se queden mirándome con esas caras de pánfilos y pónganse en marcha, ¡carajo! ¡A qué miércoles esperan! ¡Lárguense de una maldita vez!

Terminada la filípica, ordena que entren los funcionarios de sus oficinas comerciales que ocupan el lugar de los otros empleados, tan medrosos y desconcertados como los que han salido pitando.

–Quiero que me hagan el seguimiento de todas las transacciones del Alto Estado Mayor con los agentes del mercado libre de armas y pertrechos de campaña. Necesito saber desde qué entidad bancaria hacen las operaciones financieras, si abonan las cuentas en pagarés internacionales o cuál es el modo de pago o de crédito que están utilizando los del Alto Estado Mayor. ¿Me explico? También quiero que me vean el estado de las operaciones, la localización de los fletes, el armamento adquirido, los consignatarios encargados de los fletes, los puertos de embarque y desembarque, las salidas y entradas… todo, absolutamente todo.

No bien ha pronunciado la última palabra, sin tomar respiro, le toca a su asesor legal, el chino Jorge Schong, al que apuñala con la mirada, mientras éste contempla asustado a su jefe parapetado tras los lentes de concha:

–¿Y tú? ¡Gran sapo de miércoles! ¡Chino del carajo! Ya me estás sacando hasta el último Inti de la Caja de Ahorros de la FAP.

El oriental trastoca la mueca de media sonrisa helada en un mohín de consternación, a la par que abre y cierra la boca, sin atinar a articular una miserable palabra. Mientras tanto, el coronel Leary, que esta vez en realidad, aunque lo parezca, es dueño de sus emociones y no se siente dominado por la cólera, reparte mandobles verbales a diestro y siniestro y vapulea a la docena de empleados concentrados en el despacho, que los soportan sin rechistar.

Una vez que termina de despellejar al último de sus colaboradores, les señala la puerta y los empleados se ponen en fuga. Acto seguido, como si tal cosa, dulcifica el gesto en parte, aplica un fósforo encendido al cigarrillo y succiona a toda velocidad. El abogado Schong aprovecha la tregua para retirar del interior de la cartera un documento que coloca a un palmo de las narices de su patrón.

–Coronel, siguiendo sus instrucciones, intenté trasferir las cuentas de la Caja a otro banco más «seguro». Lo que pasa es que el Consejo de Administración nos bloqueó las cuentas.

–¡Qué estupidez es esa!

–Vea, pues. Son órdenes de la Gerencia General. Cuando fui a pedir explicaciones a la gerencia, el general Herrera me citó en su oficina, me dijo la vida y me mandó a rodar.

–¡Mojones de mierda para esos tarados!

Las imprecaciones del coronel contra el general Herrera suben de intensidad, hasta convertirse en groserías soeces. A renglón seguido, propina un puñetazo al tablero de la mesa. Tras resoplar como una fiera herida de muerte, poco a poco acierta a sujetar los nervios. Vuelve a encender un cigarrillo, le da un par de caladas y lo arroja al cenicero. Finalmente, respira fuerte, vuelve a observar la litografía y otra vez controla el ataque de cólera. Apunta el ademán de retomar los esputos verbales, pero se detiene en el gesto, pues en ese instante suena el teléfono. Lo descuelga con tanta celeridad que está en un tris de arrancar el cable de cuajo.

–Haló.

–¿Coronel Leary?

–Sí; ¿con quién hablo?

–Mayor Álvaro Medina. A sus órdenes, mi coronel.

Leary carraspea para aclararse la voz, atempera la tensión de su rostro y mueve de sitio automáticamente alguna de las carpetas que colman su escritorio, para relajarse o porque le viene en gana.

Es sorprendente cómo ese hombre es capaz de recomponer el semblante. Más sorprendente aún que pase de la ira a la calma y que lo haga a increíble velocidad y más todavía que hable con un timbre de voz casi apacible.

–Me alegro de saludarlo, mayor. Dígame una cosa, ¿de quién fue la genial «ocurrencia» de allanar mi hacienda? ¿Quién fue el tarado que se zurró en mis narices y les reventó las tripas a mis guardaespaldas?

–Francamente, coronel, no iban contra usted.

–¿Fue cosa del mayor Adolfo Farrel? ¿Salió la orden de bajarse a mis escoltas de ese tarado mental?

–Negativo. El mayor hace cosa de tres días que viajó en misión oficial a los Estados Unidos.

–¿Entonces?

–Ya, bueno, ¿qué le diga? El «problemita» es bastante desagradable, ¿me explico? Lo que pasa, por así decirlo, es que lo de sus escoltas como que ya fue, ¿comprende? Lo cierto es que lo de los colegas fue una orden que vino de arriba… Yo más bien pienso que no iba directamente contra usted, repito.

–No me venga con esa huevada de que lo de mis escoltas no iba conmigo, carajo. Si jodieron a mis guardaespaldas, es como que me jodieron a mí, ¿se entera?

–¿Qué tan fregada es la vaina, coronel?

–¡Qué tal raza! ¡Se pasaron! Me fregaron lo suficiente como para

estar ardido y dispuesto a ajustarles las cuentas a los que me tocaron las pelotas, ¿entiende?

–Este, bueno, ¿qué le diga? La gringa Rosell… El general Herrera. ¿Va entendiendo? Al parecer, la hija del general Rosell le fue con el cuento al general Herrera. Me refiero a lo del hotel Diplomat. Es más, me cuentan que la gringa se niega a venderle las haciendas. Lo de sus guardaespaldas es una advertencia, ¿comprende?

–¡Hijos de…!

El sentido opaco de las palabras de su interlocutor remueve un sedimento emotivo en el ánimo del coronel Leary, análogo a la perplejidad o al desconcierto.

–Pero por supuesto, coronel. Ya, pues, todo está bien contrastado, es verdad –responde de modo tajante su interlocutor–. Le repito, que ese temita es bastante delicado, por así decirlo, coronel.

Leary frunce el ceño, incrédulo. En tanto aguarda en silencio que el otro esclarezca el sentido del enredo, aguzando el oído a fin de captar hasta el último detalle.

–El «temita de los victorianos» es una encomienda especial que ordenó el general Herrera en persona. Acá me dicen que el general quiere darle a usted un golpe de advertencia. ¿Me comprende?

–Ah, ya, comprendo, comprendo. Una pregunta, ¿quiénes fueron los ejecutores de ese operativo?

–Parece que la operación la ejecutaron algunos comandos de las Tropas de confianza, de las que están al mando del general en la Guerra de la Sierra. Usted ya sabe cómo se aplican esos colegas si el jefe les ordena misiones especiales. Los comandos son eficaces, coronel, están bien preparados. Les suelen encargar misiones «desagradables». Me refiero a los conflictos de la Sierra y a los cómplices de los terrucos.

–Ya, siga, nomás.

–A lo que parece, «el jefe» se tomó muy mal lo del hotel o le agarró fastidio a usted, coronel.

–Ya. Otra pregunta, ¿fueron esos que dicen Los Diablos de la Sierra, los que se levantaron a mis escoltas?

–¿Quién le dijo lo de Los Diablos de la Sierra? –requiere el confidente, sobresaltado.

–¿Por qué?

–Bueno, acá se rumorea lo de que el general Herrera creó un organismo súper-secreto, al que le nombran Los Diablos de la Sierra; pero yo no sé si será verdad. Claro que si a usted le dijeron que fueron ellos… ¿Cómo será eso, pues?

En vista de que su confidente sabe menos que él, prefiere cambiar de tema:

–¿Algo más que yo deba saber?

–Supongo que por ahora la gringa y «el jefe» habrán quedado satisfechos con lo de sus guardaespaldas. De paso le advierten a usted, por si se le ocurre pensar en los hijos de la gringa, ¿me comprende?

Leary guarda silencio mientras hace acopio de alguna de las frases que le hierven por salir al pico. Una vez que decide replicar a su interlocutor, procura soltar las menos lamentables y habla recuperando el acento autoritario, pese a la carencia de énfasis.

–¿O sea que la perra gringa y el general…?

–Correcto. Al «jefe» le dio bien fuerte por esa mujer. A ciertas edades las chaladuras son muy chocantes. Lo que pasa es que alocan al que las sufre. Usted me comprende…

El coronel agradece los servicios a su confidente y corta la conferencia. A juzgar por las manifestaciones de su interlocutor, el asesinato de los escoltas victorianos está claro y encaja a la perfección: la inapelable negativa de Natalia Rosell a vender las haciendas, el desembarazarse de Farrel facturándolo a los Estados Unidos y el impedimento, más o menos legal, arbitrario y provocador, que le impone la gerencia de la Caja de Ahorros, impidiéndole que retire su propia plata.

Las evidencias indican que la hija del general Rosell, la astuta Natalia, ha jugado unos triunfos insospechados. La primera consecuencia la ha experimentado en sus carnes mediante el atroz castigo infligido a sus escoltas. Los victorianos han pagado con su pellejo la osadía de su patrón, que cometió la imperdonable afrenta de violar la intimidad de la hetera y amenazarla veladamente.

La pécora desvergonzada seguro que estará jaraneándose a sus anchas en brazos de cualquiera de sus dos amantes.

El coronel Faustino Leary desde mucho tiempo atrás había previsto hacerse con las haciendas del general Rosell, a fin de disponer de una serie de bases estratégicas dedicadas al procesado, almacenamiento y la distribución de la cocaína, así como al entrenamiento de sus hombres en la cruenta pelea que le enfrenta al ejecutivo aprista, conforme al pacto firmado con el banquero Abraham Fheyfer. Además, contaba con operar desde las pistas de aterrizaje instaladas en la hacienda «El Cóndor», en las de Colombia y Panamá, con lo que ello implicaría de franquicia a la hora de exportar la cocaína en sus aeronaves y las de sus socios.

Lo que jamás habría figurado en sus planes es que la loba Rosell le haya asestado un terrible mordisco. Es una obviedad que había menospreciado a la hija del general Rosell, equivocando la táctica de medio a medio. La maniobra de la astuta gringa, advierte a las claras que no está dispuesta a tolerar otro incidente como el de la habitación del hotel Diplomat… Y que ya puede olvidarse de sus amenazas.

Masacrar a los guardaespaldas victorianos les resultó muy sencillo

a los comandos de los llamados Diablos de la Sierra, que ejecutaron su «obra» de castigo en medio de la noche y en la más flagrante impunidad. Los soldados y oficiales que integran las tropas de élite, están acostumbrados a las más crueles atrocidades en la guerra contra los sediciosos y se han esmerado en hacer méritos de cara al salvaje que los manda, aplicándose con la mala saña de que son capaces. Si en esta oportunidad los sacrificados han sido sus guardaespaldas, ¿acaso el mismo no ha estado en trance de correr idéntica suerte? Tal vez sí. Claro que sería ridículo perder un minuto más entreteniéndose en disquisiciones insolubles.

Lo sucedido le fuerza a replantear su estrategia inicial. De igual modo, deberá replantearse los objetivos inmediatos. Aun cuando se resista a admitirlo, el castillo inexpugnable en apariencia que había construido para protegerse, comienza a desmoronarse desde la base. Es desde ese instante que el coronel Leary empieza a ser consciente de lo comprometida de su situación, aun cuando no pierde aplomo o retrocede un milímetro de los objetivos marcados.

En llegado a este extremo en las especulaciones, suspira un par de veces. Relaja los músculos y posa la mirada en un punto en el infinito, mientras reflexiona en lo sucedido.

El episodio de la acequia, lo primero que pone de relieve es que hay «flancos» débiles en lo que respecta a su seguridad personal. En consecuencia, deberá adoptar nuevos y más efectivos controles internos y en la elección del personal.

Además, deberá tomar medidas disciplinarias muy severas y contundentes no solo contra los autores e inductores de la horrenda atrocidad, sino con alguno de sus empleados que no parece haber sido muy diligente.

EPÍLOGO

El coronel Faustino Leary permanece abstraído en una contemplación de nada, con los ojos y los pensamientos vueltos hacia dentro. Sus pensamientos discurren en idas y revueltas, huidas y retornos. El meollo de la cuestión radica en que, en este caso, ha ido a plantear batalla a un enemigo despiadado y poderoso, aliado de la gringa desvergonzada. La batalla cambia de escenario, para su desgracia. En otro orden de cosas, las estrategias que tan favorables resultados le han proporcionado a lo largo de su peripecia humana, sirven de muy poco contra adversarios de tanta envergadura y de sobrada crueldad.

«No iban directamente contra usted». Son las palabras entresacadas del diálogo que ha mantenido con su confidente. ¿Si hubiesen ido contra él? Lo habrían atrapado en bolas, como al más indefenso de los corderos. A las alturas del conflicto entre él y la gringa Rosell, sería una solemne estupidez desatar una confrontación frontal en toda regla. Aunque también lo sería agachar la cabeza y arrojar la toalla. Lo que le urge es evaluar convenientemente lo acontecido, replegarse y recuperar energías, para cuando esté en condiciones adecuadas de entrar en acción, desencadenar una ofensiva que le resarza del golpe que ha recibido.

La réplica de la gringa Rosell, en colaboración con el general Herrera y sus tropas especiales ha sido una salvajada. Un exceso propio de quien concentra igual cantidad de odio que de falta de escrúpulos. A un tipo como Leary, acostumbrado a disparar de frente, le repugna la cobarde ejecución y el sadismo ilimitado, los tormentos y el escarnio que padecieron los victorianos. Asimismo, le bulle en la cabeza y le mortifica, tanto como la masacre de sus guardaespaldas victorianos, la sospecha, la casi certeza, de que alguno de los suyos le juega sucio y le ha traicionado. ¿Traición? ¿De quién? ¿Desde dónde? ¿Cómo? Detrás de la vil represalia se esconden uno o varios miserables que les facilitaron a los soldados las pistas sobre la presencia y movimientos de los guardaespaldas en la finca. Lo que hizo posible que cayeran en la emboscada. Sus hombres no eran tan lerdos como para meterse de cabeza en la boca del lobo.

Otro aspecto de la historia que le sorprende, y mucho, es el que no hayan ido de frente contra él. Aun cuando se encontraba en la casa en compañía de un grupo de amigos, si les hubiese apetecido, podrían haberles «dado chicharrón» a todos ellos. Y lo hubieran hecho sin mayores complicaciones. De haberlos liquidado, ningún fiscal se hubiera atrevido a poner en marcha una investigación. En el supuesto

de haberle apiolado solo a él, está convencido de que sus amigos habrían mantenido las bocas cerradas y sus socios tampoco se preocuparían de cobrar venganza. Esa es la realidad y Leary lo entiende a la perfección. Eso, sí, lo que cuenta es que está vivo, un tanto desconcertado, si bien mucho más sereno de lo que cabría esperar. Llegado a este extremo, supone que, si la orden partió del general Nicolás Herrera, éste eligió a sus escoltas pensando en causarle un estrago lo bastante rotundo, aunque sin sobrepasar determinados límites. Es decir, algo así como lavar la ofensa que él y sus sicarios infligieran a Natalia Rosell, tal vez someterle a la garantía del miedo, pero nada más. De ser así, ni mucho menos va a amilanarse a causa del mazazo recibido. Antes bien, es consciente de que le han situado entre la espada y la pared y que en lo sucesivo deberá adoptar medidas de precaución adicionales.

Más allá de traiciones y reveses, la conciencia le dicta que debe dejar las dudas y los temores a un costado, porque más allá de especulaciones y de falsas ideas, está obligado a hacerse respetar. A partir de ahí, la cuestión radica en cómo y cuándo ofrecerles la réplica adecuada a sus adversarios. Entre otros argumentos y armas con los que cuenta a su favor, conserva la valiosa documentación que le entregó el general Francisco Rosell. Sí, en ese detalle quizá estriba el hecho de que Los Diablos de la Sierra hayan puesto especial esmero en no extralimitarse o atentar directamente contra su persona. En este caso, la traición y el sacrificio han rondado sobre su cabeza sin tomarle como chivo expiatorio.

Los documentos que le traspasara el general Rosell son un formidable parapeto tras el cual cobijarse. Los intereses del Estado y los de la Milicia se verían gravemente afectados de haberle sucedido una desgracia y si «los papeles» hubieran caído en manos de los jueces y fiscales norteamericanos. Con esta idea en la mente, más seguro y fuerte, enciende un cigarrillo. Apenas succiona un par de veces y aplasta acto seguido la colilla en el cenicero.

Poco a poco, la razón ocupa el sitio de la incertidumbre y los lugares de la furia. El apelar a la cordura le brinda un panorama mucho menos inquietante que el que cabía estimar antes de la llamada telefónica de su confidente, infiltrado en el Servicio de Inteligencia del Ejército. En efecto, de haberlo querido, los que ultimaron a los victorianos podían haber hecho otro tanto con él: ahora, en lugar de reflexionar acerca de la tragedia, sus ejecutores materiales, cómplices y autores intelectuales, estaría ocupando un hueco entre los dos occisos.

Echa hacia atrás la cabeza; la apoya en el respaldo del sillón y cierra los párpados. A su mente aflora una idea satisfactoria que contrarresta el horror experimentado en las últimas horas. La historia

de los victorianos es historia pasada. Lo importante, aparte de contarlo, es que atesora un precioso salvoconducto que utilizará a su debido tiempo y cuando lo considere conveniente para sus intereses. De ahí en poco, organizará la ofensiva y los que le han agraviado sabrán lo que es bueno. Si el general Herrera y la gringa Rosell están dispuestos a jugar, juego tendrán. Eso, sí, aunque en ninguna circunstancia usando los naipes que le han dejado fuera de la partida, sino los que usó, usa y usará mientras le reste una pulgarada de voluntad. Coraje no le falta, inteligencia tampoco, ni aliados a los que apelar si la situación lo exigiera.

Durante un buen rato más de reflexionar en calma y sin obcecarse, el coronel Leary llega a la conclusión de que le han propinado un terrorífico mazazo, pero ni mucho menos lo han dejado fuera de combate. En consecuencia, ante la tesitura de que le vuelvan a agarrar desprevenido, deberá tomar la delantera a sus contrincantes, rearmarse y dar inicio a la contraofensiva. Desde ese instante comienza a pergeñar un plan de respuesta que pondrá en práctica sin más dilaciones.

El nuevo plan que está cobrando forma en su mente, le surge con una racionalidad incomparable y a la vez, le produce una sensación de poder que le resulta perturbadora. Sus ojos casi violáceos de tan negros, recuperan el brillo y la vivacidad habituales. Se incorpora en el sillón.

Descuelga el teléfono y marca un número de larga distancia:

–Doctor Alexander Kholer, le habla el Coronel Faustino Leary, desde Lima.

–Es un placer escucharlo, coronel. ¿Qué se le ofrece?

–Se trata de un problemita relacionado con las Fuerzas Armadas de mi país.

–Usted dirá.

–Le informo que el Alto Estado Mayor no está en condiciones de pagar las armas automáticas, los aparatos electrónicos y los equipamientos de campaña que negoció el general Herrera con usted y sus agentes.

–¿Cómo es eso? ¿Está convencido de lo que dice, coronel?

–¿Lo duda? Bien, chequee sus cuentas y lo comprobará.

–Ah, ya, comprendo, comprendo. Si la cuestión es como usted me cuenta, sería un problema y muy desagradable. Ese material ya se encuentra de camino, ¿comprende?

–Tranquilícese. Nuestra organización se hace cargo del material. Repito, nos hacemos cargo del embarque. Si le queda alguna duda, converse con el general Herrera y pregúntele cómo piensan abonar los pagos restantes y que le explique cómo es la situación contable de la Caja de Pensiones de las FAP.

–Lo haré.

–Perfecto. Yo lo estaré esperando.

–¿A qué se refiere usted, con eso de la entidad bancaria de los militares, estimado coronel? ¿Qué está pasando con la Caja de Pensiones?

–Los agentes financieros de Herrera desviaron «los fondos reservados» para «tapar huecos» en la Caja, pues la situación contable de esa Institución es desastrosa, ¿me comprende?

–Ah, ya, comprendo, comprendo. ¿Qué tan desastrosa es la cuestión financiera de esa caja?

–La Caja de Ahorros y de Pensiones de las FAP bordea la quiebra técnica. A día de hoy no les queda ni un Dólar en la reserva… Así son las cosas, amigo mío. Al general Herrera unos comisionistas avivados lo tomaron de idiota y se metió en inversiones ruinosas. Si «alguien» le pasa la voz a los del Ejecutivo o a la gente de la Superintendencia de la Banca, el escándalo será inevitable. Herrera y sus colegas del Alto Estado Mayor necesitan ganar tiempo. Con lo del desvío de los «fondos reservados» y otras cosillas van capeando el temporal. Pero la verdad es que, si ustedes les entregaran el material, no cobrarían ni un centavo de Dólar, se lo prometo.

–¿Es rigurosamente veraz lo que usted me está diciendo, coronel?

–Lo es. Mis asesores legales les harán llegar a ustedes los documentos que lo prueban.

–Está bien, está bien. Reconozco que es un grave contratiempo… En fin, si fuera como usted dice…

–Bien. En ese caso, usted se comunica conmigo lo antes posible. Usted me da el «Okay» y de inmediato ordenaré una transferencia bancaria por el importe del valor de ese cargo. ¿Estamos de acuerdo?

–Pero por supuesto que estamos de acuerdo, estimado coronel.

–Como le decía, el ingreso lo haremos en una de sus cuentas cifradas en el Comercial Bank Of América, en Miami, ¿correcto? ¿O prefiere en las islas Bahamas?

–Como usted guste.

–Ya, pues, nosotros nos hacemos cargo de la compra. Quédese usted tranquilo. El embarque lo trasvasarán a uno de nuestros mercantes, en Cartagena de Indias.

–Perfecto. Así lo haremos. Le estoy muy agradecido, coronel.

La situación empieza a resultarle satisfactoria al coronel Leary; es más, ha recuperado la iniciativa y ahora es él quien reparte las cartas. Pulsa el interfono y ordena presentarse en el despacho a su hombre de confianza.

A los pocos segundos, irrumpe en el despacho un individuo flaco, de pelo rubio encanecido y ojos entre grises y celestes, de mediana estatura y de piel muy pálida.

El sujeto luce una cicatriz en el mentón derecho y viste un polo azul de mangas cortas y pantalón tejano.

–Buenas tardes, coronel. ¿Me mandó llamar?

–Tome asiento, míster Bailey.

David Bailey retira una de las sillas tapizadas en cuero y toma asiento frente a su patrón. Al irlandés le basta una mirada para captar las intenciones de su jefe. Solo en raras ocasiones requiere de explicaciones complementarias.

David Hodgson Bailey nació en Dublín, en abril de 1941. A los quince años se desplazó a Londres y trabajó como botones en un hotel en las cercanías de la plaza de Trafalgar. Fue vendedor de libros a comisión, repartidor de paquetería, electricista, camarero y taxista. Apenas cumplió los veinte años, ingresó en las filas del IRA. Merced a los trabajos que realizó, conoció de pe a pa los edificios más emblemáticos de la capital británica. Desde que militó en el IRA, se especializó en dispositivos de seguridad y demoró muy poco en ser el más avezado activista republicano en ese campo.

Al fin y tras ímprobos esfuerzos, obtuvo una plaza como empleado de la administración londinense. Entre sus colegas era conocido como un hombre tranquilo, discreto, de acertado criterio, un tanto frío de carácter, si bien muy eficaz y diligente. En cambio, sus jefes afirmaban que a veces era un tanto lento y rutinario y demasiado taciturno.

No obstante, en Bailey siempre primó la discreción por encima de cualquier otra virtud. Tan es así que ni siquiera sus compañeros de trabajo más cercanos tuvieron noticias interesantes de su vida privada, de su matrimonio, de sus aficiones, sus debilidades y lo que le resultase cordial. Tampoco los que con él colaboraron durante muchos años supieron explicar a las fuerzas policiales inglesa, irlandesa, alemana, italiana, holandesa y española algún detalle especial de él, salvo que era muy hábil en su oficio. Eso, sí, todo el mundo ignoraba que Bailey fuese un patriota irlandés.

En este aspecto, comenzó a forjar su pensamiento desde el día en que su padre le contó la historia de la Rebelión de Pascua y le inoculó el rencor contra los ingleses. De igual modo, le advirtió que desconfiase de todo quisque y que nunca hablase de sus ideas en la escuela o en el trabajo. Las advertencias del padre calaron hondo en David Hodgson Bailey que acertó a mantener sus ideales en secreto.

Su padre murió de un balazo en la cabeza, en un altercado con el ejército de ocupación, en el interior de un terminal de autobuses, en Belfast. Desde entonces el rencor contra los ingleses aumentó de grado hasta degenerar en obsesión. La mayor parte del tiempo libre lo dedicó a profundizar en el conocimiento y perfeccionamiento de los mecanismos de seguridad.

A los dos años del fallecimiento de su padre, decidió pasar a la

militancia activa. Los republicanos le encomendaron las primeras misiones al regreso de unas vacaciones en Irlanda. Al parecer, Bailey reavivó el espíritu patriótico ante el recuerdo de su padre y porque le impresionaron los testimonios de quienes luchaban contra los ingleses dentro y fuera del Reino Unido y como reconocimiento del apoyo que le brindaron los patriotas con los que entabló contacto en sus viajes a Dublín.

En apariencia, nada cambió en su vida, pues permaneció en su puesto de trabajo en Londres. En cuanto a sus compañeros de trabajo, se mostró tan discreto, taciturno y diligente como de costumbre, aunque insatisfecho y cargado de odio.

David Hodgson Bailey se sentía descontento consigo mismo, puesto que creía que no había hecho gran cosa por defender la causa en la cual con tanta reverencia creía su padre. Pero pronto cambiaron las tornas. Gracias a sus amplios conocimientos en materias de técnicas de seguridad, durante un par de años se dedicó a usarlas en atentados contra organismos oficiales. En ese tiempo, además, le encargaron la misión de adiestrar a terroristas irlandeses y europeos.

En rigor, Bailey no era un hombre con dotes de mando; tampoco tenía en su cabeza una ideología política muy definida. Más bien su principal preocupación consistía en luchar en favor de la causa republicana. En ese sentido, fue eficaz y cumplió a la perfección las misiones que le encomendaron. Sus trabajos fueron oscuros, ya que él así lo quiso. En el fondo de su corazón, se entregó al servicio de la causa patriótica, por la mala conciencia y el miedo a morir sin haber cumplido la promesa que hiciera a su padre. Pasando el tiempo constató que su aportación era muy valiosa, aun cuando a él le pareciese que su dedicación y sus conocimientos eran intrascendentes. Lo cierto es que la vida conspirativa en la que estaba involucrado fue su principal sueño de joven, cuando compartiera doctrina con su padre.

De las misiones iniciales de escaso relieve, pasó a otras más delicadas. Merced a su pericia, su eficacia y su discreción, pronto ocuparía puestos de responsabilidad en las filas del Ejército Provisional. Más tarde, tuvo la oportunidad de entablar contactos con organizaciones árabes y en general de varios países europeos, como el Ejército Rojo, ETA, etc. De ahí pasó a planear y ejecutar acciones de alto riesgo y resultados catastróficos para sus enemigos.

David Hodgson Bailey jamás fue ni se comportó como un militante revolucionario al estilo de los adoctrinados o fanáticos, aunque en su comportamiento lo diera a entender. En ese sentido, los terroristas vascos le proporcionaron algunos detalles de sus experiencias a la hora de enfrentarse a la dictadura española. También le «enseñaron» a «objetualizar» a sus enemigos y a eliminar «los mal llamados

escrúpulos de conciencia».

En vista de que las policías inglesa e irlandesa estaban tras su pista, huyó a Berlín, donde trabó amistad con Franz Heiner, en plenos motines de 1967 contra el Sha de Irán. Su amigo Franz murió de un tiro en la espalda por un policía berlinés, lo que le produjo un inconsolable dolor y le convenció de que era necesario pasar a la ofensiva y comprometerse en una idea más amplia. Es decir, era el momento de «internacionalizar la lucha armada», puesto que la mayor parte de la Europa Occidental caminaba en dirección al fascismo. De ese modo llegó a formar parte de los círculos más extremistas de Berlín Occidental y de la llamada Universidad Libre. Hasta tal punto se comprometió en la causa internacionalista, que ayudó a Ulrike Meinhof y sus socios a liberar a Andreas Baader, en mayo de 1970. Posteriormente se ocupó de los fugitivos aprovisionándoles de armas, explosivos y dinero, alojándoles en casas secretas y facilitándoles la fuga a Palestina y Jordania.

Una vez que Baader Meinhof fueron capturados en la República Federal Alemana, en junio de 1972, David Bailey se convirtió en una especie de «terrorista errante». Se sumó a las facciones del Ejército Rojo y también cooperó con los terroristas vascos en los atentados más sonados de la banda ETA. En ese periodo pergeñó y participó en asaltos a bancos en Hamburgo, Múnich, Wiesbaden, Ámsterdam, Bruselas, París, Barcelona, Bilbao y Madrid. En unión de los terroristas de la banda ETA, participó en la planificación y ejecución del atentado que costó la vida al almirante Carrero Blanco. Después se dirigió en compañía de un comando de ETA a Argelia y más tarde regresó clandestinamente a la república de Irlanda.

Antes de que se cumpliese un mes de su regreso a la Isla, resultó herido en un encontronazo con la policía británica. Gracias a la ayuda de los republicanos logró escapar a Nankhín, en China, donde conoció a Abimael Guzmán Reinoso.

Al final de su peripecia viajó con Guzmán al Perú y se unió a Sendero Luminoso. Tras incontables atentados y enfrentamientos contra el ejército y la policía, las fuerzas del orden peruanas lo atraparon en Chaclacayo, en las cercanías de Lima, cuando preparaba un atentado contra un transporte militar, en la Carretera Central. Fue condenado a treinta años de cárcel por la Corte Suprema de Justicia de Lima. Preso en la isla de El Frontón, enfermo, desanimado y desencantado, consiguió evadirse del fortín limeño gracias a la colaboración de mercenarios al servicio del general Francisco Rosell (la fuga tuvo lugar diez meses antes de los terribles sucesos del 19 de junio de 1986).

Desde entonces buscó refugio en la Selva, al servicio del general Rosell. Como uno más de los antiguos esbirros del capo de la droga, y

a petición expresa del hoy finado general, fue transferido al servicio del coronel Leary. En este caso, el nuevo capo de la droga siente por el irlandés un aprecio especial: valora su audacia, su habilidad en el conocimiento y manejo de explosivos, los sistemas de seguridad y las excelentes relaciones que mantiene con los dirigentes senderistas. A lo anterior, habría que añadir el hecho de que tanto Leary como Bailey sean de ascendencia irlandesa.

En resumidas cuentas, el coronel Leary confía más que en ninguno de sus colaboradores en el irlandés, y a él le encomienda las misiones más difíciles y complicadas. Por cierto, el antiguo activista es un potencial suicida descreído, si bien seguidor a ultranza de su nuevo patrón.

En estos detalles reflexiona el coronel Leary, en tanto observa a hurtadillas a su hombre de confianza y queda satisfecho de lo que ve.

–Bien, ¿usted dirá qué es lo que se le ofrece, coronel? –pregunta el irlandés.

–Míster Bailey, ¿qué le diga? Me interesa que haga un trabajo muy delicado.

–Usted dirá, coronel.

–Quiero que se ocupe de los que masacraron a los victorianos y de «algún desgraciado que nos está jugando sucio».

–¿De qué se trata, coronel? –requiere el irlandés, con un timbre de voz revestido de indiferencia profesional–. ¿Qué es lo que me ordena usted, mi coronel?

–Por ahora lo principal es que se ocupe de ajustarles las cuentas a los que les reventaron las tripas a mis guardaespaldas. Ninguno de los desgraciados que cometieron la salvajada que cometieron puede irse de rositas, así nomás, ¿okay? Me refiero a los oficiales que mandaban la tropa de Los Diablos de la Sierra, que yo creo que fueron los que torturaron y mataron a los victorianos, ¿comprende?

–Sí, claro. ¿Alguna cosa más que yo pueda hacer?

–Ah, sí, naturalmente. Le comentaba lo del «traidor», porque para mí que alguno de los que estuvieron conmigo en la casa les pasó la voz a los oficiales que dirigen a los llamados Diablos de la Sierra. En fin, ponga en marcha un sistema de seguridad que haga imposible que lo de la hacienda vuelva a repetirse. Ah, es imprescindible golpear bien duro. Que no le tiemble la mano. Si es preciso hacer ruido, hágalo. En cuanto al desgraciado o desgraciados que nos juegan sucio, atájelos a como dé lugar. Es una cuestión de vida o muerte atrapar al traidor o los traidores y darles su merecido, ¿comprende?

–Ok. Ok. Ya, comprendo.

–Que todo el mundo se entere y que sirva de advertencia, ¿de acuerdo?

–Descuide, coronel, no hay problema. Me ocuparé de esos

asuntillos.

El irlandés Bailey se incorpora de un respingo, saluda a su patrón con una inclinación de cabeza y sale del despacho tan discreto y tranquilo como al entrar. El coronel Leary ha vuelto a quedarse solo, aunque esta vez se siente mucho más seguro y confiado. Al contraluz de la penumbra de la estancia, su rostro demacrado adquiere una hermosura diabólica.

El ambiente del despacho privado del coronel es cálido y acogedor. Cuando se queda en silencio, no se oye ningún sonido, salvo un tarareo ocasional procedente del vecino de la residencia contigua… Donde Beethoven acaba de ser reemplazado por una sonata de Schubert que resuena a lo lejos.

El ambiente le hace recordar los días en que, de niño, esperaba que pasara una tormenta de verano. Se había ido la luz. La casa estaba en silencio. No se oía nada salvo el rugido de un trueno remoto. Su madre leía para él y sus hermanos menores a la luz de una vela, Ciro Alegría y «sus perros hambrientos», o «Los tres mosqueteros», en unos libros ilustrados.

Lo único que se le ocurre en ese instante, es que las mejores historias son siempre las de hombres que llevan espadas, capa y sombrero o las fábulas de animales que hablan. Sus pensamientos han comenzado a recuperar su ritmo. De nuevo comienza a sentir el cálido sabor de su inconmensurable voluntad de poder, de su capacidad de recuperación. En su mente aparecen dos imágenes: sus dos escoltas victorianos cruelmente ajusticiados y su «querida enemiga».

Las dos imágenes aparecen y desaparecen en sus pensamientos, como si alguien accionara un interruptor para confirmar que una bombilla funciona. En la luz descubre a la atractiva periodista de las piernas largas, si bien en la oscuridad le parece vislumbrar las proximidades de la acequia como un lienzo macabro, cubierto de desperdicios humanos, sumido en el silencio ominoso, en el silencio de la muerte. Lo primero que dice para sus adentros, es que continúa siendo un soldado y como tal solo puede mirar adelante. Entonces el interruptor de la bombilla deja de accionarse. Lo que aparece en su pantalla mental es la imagen de Nora Vallejo, su «querida enemiga». En un intento de saborear esos momentos de relajo, esboza el ademán de llevarse a la boca un cigarrillo. Se detiene en el intento y se limita a aspirar el aroma del tabaco rubio que sujeta entre los dedos.

En vez de torturarse inútilmente al evocar el rincón próximo a la acequia, donde quedaron los escoltas victorianos ajusticiados, vuela a través de la imaginación en pos de la periodista de las piernas largas. Apenas cierra los ojos y los vuelve a abrir y cerrar para concentrarse.

Cuando lo hace, nota en su cuerpo la sensación de ebriedad y el calor del cuerpo, como el hormigueo previo al beso y las caricias, su

cuerpo, su aliento sobre su boca, los labios de ella sobre los suyos. Las manos de ella sobre el pecho de él, ellos dos.

Nora Vallejo y él, aparecen besándose, acariciándose, haciendo el amor. Ahora se encuentra con ella en la habitación de un hotel, en paisajes de ensueño, en las sombras y en las nubes: cogidos de la mano, besándose y hablándose cariñosamente. Todo eso porque a pesar de la aparente imagen de mujer inasequible, en el fondo su querida enemiga es como una mujer más. Una mujer que estará a su merced como tantas otras. Porque ese cosquilleo que siente, los celos y la inquietud, no son más que las manifestaciones externas de un deseo posesivo.

Como suele decir, en su favor de hombre conquistador, seguro y experimentado, «ninguna mujer ha podido y podrá alardear de haberle roto el corazón». Es más, la Vallejo no será diferente a sus anteriores amantes, a las que de continuo se ha jactado de llamarlas mujeres de corazón frívolo. Y como suele proclamar, «la enfermedad de los corazones frívolos se cura con la misma facilidad con la que se rompen esos corazones».

En su cabeza persiste la idea, y él la cultiva con mimo, de que su querida enemiga en breve se convertirá en una especie de trofeo para él. Un símbolo de la parte de mujer que le ha desafiado y que ningún otro hombre podrá poseer.

Nota que sus miradas se encuentran. Tiene la repentina y extraña sensación de poder ver a través de esos ojos tan claros. Le parece saber, de una forma precisa y real, quién es ella en verdad. Como una historia construida sobre la base de cosas que has tenido la oportunidad de examinar, sin ningún episodio oculto ni falso. Sin nada contradictorio, enterrado por dentro que amenazara con echar sus mejores sentimientos por el retrete el día menos pensado. También le llegan visiones de Nora Vallejo desnuda en su habitación, recuerdos de ese día en que disfrutarán tanto de su compañía que ella se olvidará de sí misma. Olvidará que él es otra persona y abandonará sus inhibiciones. Se quedarán con él los detalles de su anatomía, las graduaciones de la sombra bajo sus senos. Bailará con la música que brota de la tierra o del cielo.

La imagina pasándose una mano por el pelo, manteniendo la otra sobre un pañuelo de seda invisible que revolotea frente a su boca, bailando, sonriendo y bailando. La esquiva odalisca baila desnuda para él, que es su único espectador, el amante gentil, caballeroso y apasionado que ella quiere y merece. En la nueva evocación, ella y él. Poco a poco van sucumbiendo a las caricias. Cuanto más hacen el amor, más osados se vuelven.

Hay un fabuloso contacto entre los dos: el cabello desparramado, los senos erguidos, la boca entreabierta, los ojos entornados. Ambos

respiran con fuerza. En la frente de la atractiva mujer se han formado diminutas gotas de sudor. Él se las retira con la boca. Ella sacude la cabeza y sonríe. Asoma la lengua entre los dientes. Hablan en voz baja. Las bocas se acercan más y más. Mientras los labios de él se enredan en un mechón de pelo.

En la cabeza de él crece la idea de que ni ella ni él son las mismas personas; pero esa idea le parece divertida. Ella continúa con él. Nota con absoluta certeza los movimientos de sus músculos bajo el peso de su cuerpo sobre el de ella, la forma en que se mueven sus piernas, la tensión de sus caderas. El que ella esté con él es lo que necesita. Empero, la realidad, la odiosa realidad, es que ella no se encuentra ahí, en su casa, en su cuarto, en su cama.

Sin embargo, aunque nada más sean imágenes existentes en su mente, la atractiva periodista de las piernas largas será suya y se quedará con él. Su querida enemiga le encandila más y más intensamente cuanto más despiadada es la pelea contra sus adversarios. Eso, el de que la esquiva odalisca todavía se resista ante él, más que contrariarle, es un nuevo acicate para el todopoderoso capo del narco o para un hombre fascinado por una mujer. Un hombre como cualquiera, sin otros adjetivos.

* * *

Poco a poco, las cosas del mundo real que se encuentran de puertas para afuera, comienzan a penetrar de nuevo en su mente. Aunque todavía no consigan devolver a su querida enemiga y a sus verdaderos y despiadados adversarios a las estanterías de su cabeza. De repente, Faustino Leary parece darse cuenta que la habitación está vacía y él sigue sintiéndose solo. Todavía es incapaz de aceptar que sus enemigos son muy poderosos y que es preferible emplearse a fondo contra ellos, en vez de llenarse de falsas esperanzas.

En la calle el día es cálido y luminoso, sin un rastro de bruma en el firmamento sobre la ciudad, como tampoco en su mente. Como si el asesinato de sus guardaespaldas no se hubiera producido nunca. Hasta atina a distinguir frente a la ventana una mariposa multicolor revoloteando en el aire, como si fuera un emblema desplazado de lugar. En la distancia, a la manera de un eco indefinido, una campana tañe lenta y cadenciosa; tal que si fuera un réquiem o un llamado a la conciencia. La casa es una especie de panteón solitario y silencioso.

A él siempre le agradaban el bullicio de la casa antes de haberse despertado del todo, el tacto de la almohada y las sábanas suaves contra su piel y el de la mujer que dormía a su lado, los aromas del desayuno que se deslizaban escaleras arriba y le obligaban a bajar al comedor y desayunar solo. Nunca le gustó empezar el día hablando de lo sucedido la noche anterior con su ocasional amante o con su esposa,

antes de divorciarse.

Hasta el resplandor del sol amarillo y caliente sobre el rocío de la hierba del jardín, era una sensación tan gratificante que la disfrutaba a tope, así se encontrara solo o acompañado. Justo detrás de los pliegues de los recuerdos, Faustino Leary tiene un instante de calma para celebrar su buena fortuna. El punto discordante, es que continúa sintiéndose solo e intranquilo.

En la luz de ese día, por más que se resista a aceptarlo, flotan fantasmas por todas partes. La atractiva mujer que ha estado haciendo el amor con él en su imaginación, también es un espectro fantasmagórico.

Si cierra de nuevo los ojos, la siente vestida con un traje de noche, de lentejuelas verdes y oscuras, como las moscas de la Selva. Esas moscas mercuriales, que al mismo tiempo huelen y atraen a la muerte. La mujer de sus sueños flotaba en el aire como un ángel de la Natividad que anunciara la llegada de la estación de la esperanza.

Pero no. Ella no es el ángel que flota en el aire. Tampoco le anuncia una nueva estación para la esperanza. Ella es su enemiga irreconciliable.

Ella le mira como si se encontrara fuera del mundo. Como si fuera un espantoso recuerdo, envuelto en un aura de miedo, horror y muerte, de secuestros, crímenes y venganzas. Y él es quien provoca el miedo, el horror, los secuestros, los crímenes y las venganzas. Lo trágico para sus contrarios y sus rivales, es que él está convencido de que es quien tiene en sus manos la garantía del miedo y la usará cómo y cuándo le plazca.

FIN

[1] Se. Señorita

[2] Chimú. Reino preincaico de la costa norte del Perú.

[3] Cumananas. Coplas piuranas. En Piura, en la Costa septentrional y en la Sierra, es un cantar improvisado compuesto de: cuartetos o décimas que suelen entonarse al son del arpa o guitarra. Los temas son, generalmente, cuartetos compuestos al mismo instante de cantar, por los concurrentes a una fiesta o a una chichería. En ellos se expresa un pique de malicia, travesura o una desafiante intención. Son frecuentes los duelos entre dos o más cumananeros que despliegan su ingenio durante varias horas ante la curiosidad y regocijo de los circunstantes. También se dice: CAMPISTA, CHIQUES, DECIMAS, VERSADAS. Las cumananas terminan con un prolongado quejido: ¡Ay!, ¡ay!, ¡mi palomita! ¡Ay!, ¡ay!, ¡mi palomita! ¡Ya yaaaaaiiiiiiiii!».

[4] Chiques. Coplas piuranas. Diferente tonada a las cumananas. Terminan con una desafiante interjección.

[5] Planta de la familia de las bromeliáceas. De sus tallos se hace una bebida muy agradable. También llamada Cardón de los Andes. Muy parecida al magüey. Palabra ketchwa.

[6] Minchulai. El que ha hecho pacto con el diablo. También Compactado. (Diablo). Minchulai, derivado del ketchwa Supai: diablo y minga: reunión amistosa. Persona a quien se le considera que mantiene tratos con el diablo o con malos espíritus.

[7] Guicapa. Vara empleada en la Sierra para castigar a los animales, también llamada Nicula.

[8] Shulay. Rocío que se forma con el viento después de la salida del sol. Palabra ketchwa: rocío o salir el rocío.

[9] Negro. Diablo; por aproximación. Se llama también Juaajuaye debido al personaje que se pintarrajea de negro en las danzas en los días de fiesta. Personaje misterioso al que acuden los brujos pidiendo protección en sus akelarres.

Colección Lunaria, 114
LA GARANTÍA DEL MIEDO

Primera edición: Septiembre, 2021

© Del texto: José Ruivary
© Del texto de la contraportada: Joan Gonper
© Diseño de portada: Karen Ruiz de Varillas

© De la edición: Ed. CELYA
Apdo. Postal 1.002. Toledo (España)
Tfno: 639 542 794 celya@editorialcelya.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.